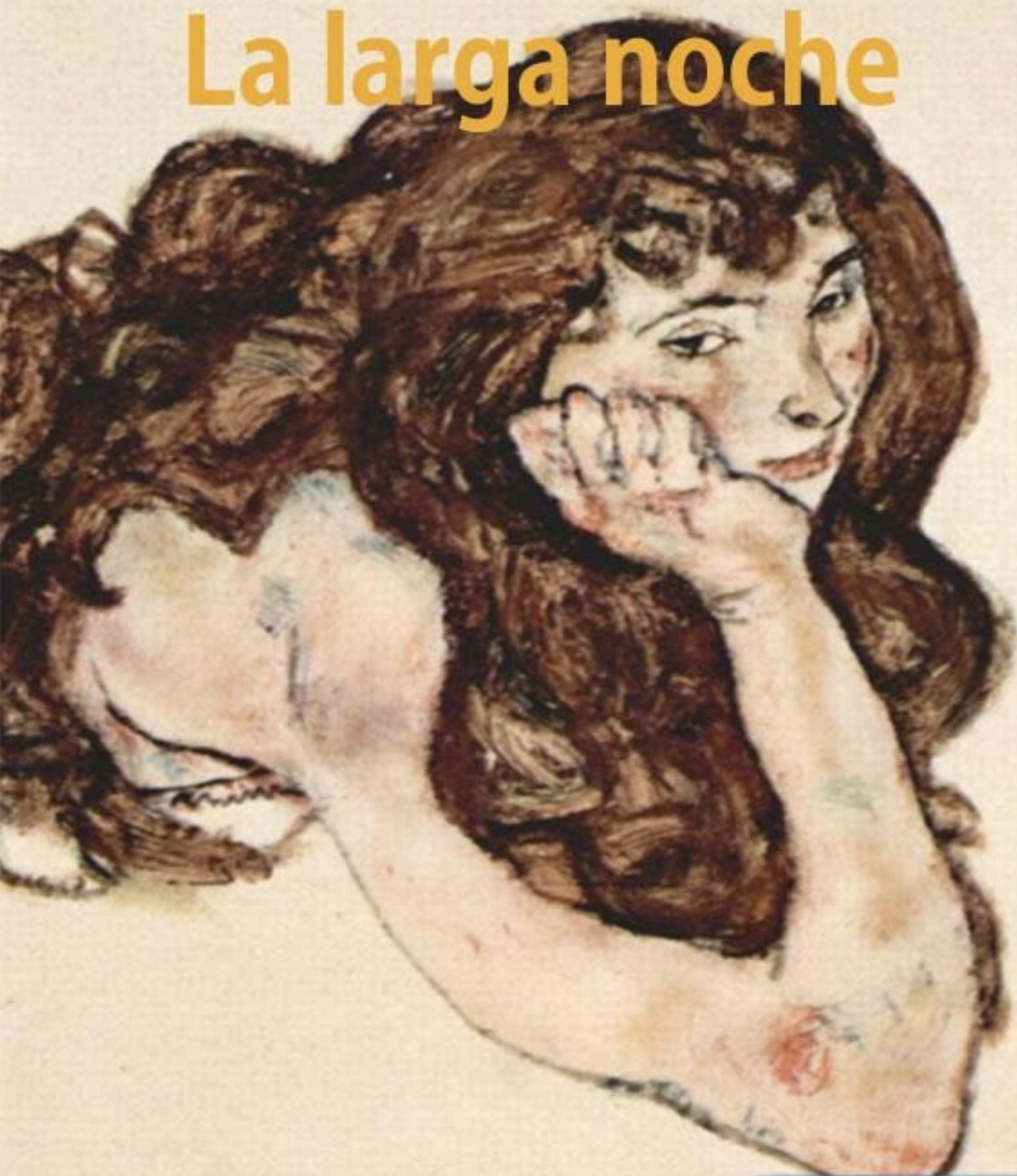


Carmen Amoraga

La larga noche



Lectulandia

A principios del siglo xx, los hermanos Tavares —dos conocidos cineastas catalanes— reciben el encargo de un misterioso caballero de Madrid, que les solicita una serie de películas pornográficas destinadas a una alta autoridad del Estado.

El rodaje reunirá a Candela la China, la más afamada prostituta de Barcelona, a Oriol Mora, un *dandy* de dudosas inclinaciones sexuales y a Bruno Bonet, un operador de cámara misántropo. Pronto descubrirán que tras la desinhibición sexual en la que viven, se oculta una profunda infelicidad. La larga noche es una novela sobre la carnalidad del amor. Sentidos y sentimientos se confunden en las vidas de unos personajes que no dejan, a pesar de todo, de buscar la felicidad. Como en las novelas anteriores de Carmen Amoraga, erotismo, sensualidad y ternura se conjugan en una visión literaria sugerente y perturbadora del amor.

Lectulandia

Carmen Amoraga

La larga noche

ePub r1.0

Titivillus 27.09.15

Título original: *La larga noche*
Carmen Amoraga, 2002
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para José María y para Julia, por todas sus historias, por toda su ilusión.
Y para mi Julia, por su amistad, como siempre.*

Para Miguel Ángel, por los largos días, por las largas noches...

*Érem dos
i un silenci per resoldre
llarg i tendre.*

*I aquell neguit als llavis
d'amants nous
que ens anunciava el crit de l'alba.*

*Un dia següent
i un milió més.*

Xavier Aliaga

I

El día en que Candela Galán probó el sabor de las lágrimas

Candela Galán no le tenía miedo a las lágrimas, ni al dolor, ni a la soledad, tal vez porque llevaba demasiado tiempo llorando, sufriendo y sintiéndose sola, y nada de eso la había matado. Al contrario, muchas veces deseó estar muerta, pero ni el daño, ni el llanto, ni el abandono habían conseguido más que sumirla en una larga agonía, lenta, amarga, una agonía tan miserable que a ella misma la volvía mísera. No tenía nada, ni antes ni ahora, y en el fondo sospechaba que eso sería lo único que tendría para siempre: nada; nada salvo ese terrible resentimiento contra el mundo entero que preñaba su mirada de la soberbia de quien verdaderamente nada tiene que perder, y que a la postre parecía ser el único motivo de que Candela no hubiera muerto en realidad, si es que en realidad estaba viva, porque de eso solo daba fe el movimiento cadencioso de su pecho y algunas otras tareas que su cuerpo realizaba de forma mecánica: fumar, beber, seducir, bailar, fingir.

Se apoyó en el quicio de la ventana y aspiró el humo de su cigarrillo para espantar el sueño. No había dormido, y tampoco ese día tendría tiempo de hacerlo. A sus pies, las Ramblas bullían de gente a pesar de que había amanecido poco antes. Eran personas distintas a las que paseaban por esa misma calle unas horas más tarde: las vendedoras de flores apalabraban el precio del género que después vocearían entre los viandantes; algunos jóvenes probaban el paso mientras se acomodaban los grandes carteles que anunciaban elixires prodigiosos para la belleza, remedios contra la alopecia y antídotos milagrosos para todos los males; los recaderos y los mozos de reparto, a pie, en bicicleta y en carro, competían en una carrera imposible por llegar los primeros a ningún lugar. Observó durante un rato a un grupo de niños andrajosos y sucios que perseguían a unas muchachas con aspecto de criadas y apelaban a su caridad. «No tengo nada, dejadme en paz», le pareció que exclamaba con desprecio una de ellas. Entonces, se retiró del vano, rebuscó entre la ropa arrugada sobre el diván hasta que encontró el bolso adornado con falsas perlas que había lucido la noche anterior, y regresó a la ventana con unas monedas en la mano.

—¡Eh! ¡Mocosos! —gritó, para llamar la atención de los críos.

Se miraron entre ellos, indecisos. Eran pobres como las ratas y no dudaban en humillarse a cambio de una limosna, por pequeña que fuera; pero a pesar de no ser más que unos mocosos, tal como ella les había llamado, tenían muy claro que para conservar lo poco que podían haber ganado era preciso que no se mezclasen ni con

las putas ni con los borrachos, pues la experiencia les había enseñado que esa era la mejor manera de acabar perdiendo su puñado de monedas. Sin embargo, la que les llamaba desde la ventana no tenía mal aspecto, y además parecía trabajar en una buena casa, lo que ya era mucho decir en un barrio como aquel, en el que las mujeres pintarrajeadas como si fueran payasos que se hubieran extraviado de las pistas del circo Apolo, se ofrecían a los hombres desde cualquier esquina o, en el mejor de los casos, en un local lleno de chinchas y de cochambre. Pero adinerada y todo, no dejaba de ser una puta, por eso dudaban si hacerle caso o marcharse de allí, aunque fuera a costa de abandonar su botín.

—¡Eh! ¡Venid aquí, acercaos! —volvió a gritar Candela, un tanto impaciente—. Tengo algo para vosotros —los niños titubearon un instante—. ¿Acaso el dinero de una puta vale menos que el de una criada? —rio con cierta amargura, y les hizo un ademán con la mano vacía—. No seáis tontos, venid aquí...

Normalmente, Candela no insistía por nada. No tenía por qué. Su vida se limitaba a pasearse por el salón, dejándose adular y aparentando que escuchaba con interés los requiebros de los clientes, que parecían ignorar que subiría con ellos a la habitación aunque no pronunciasen ni una palabra, porque el único gesto imprescindible para conseguirlo era el de sacar su billetera y pagar el champán que bebían y el cuerpo que acariciaban; pero por alguna extraña razón que ni ella ni el resto de las pupilas del *madame* Giselle llegaban a comprender, la mayor parte de la clientela de aquel burdel se empeñaba en creer que había que conquistarlas para luego llevarlas a la misma cama en la que ellas dormían hasta bien entrada la mañana.

Los niños se acercaron poco a poco hasta el callejón, y Candela les lanzó las monedas desde la ventana; se arrodillaron para recogerlas y salieron de la callejuela rápidamente, sin detenerse a darle las gracias siquiera a su benefactora. «A las sirvientas se lo hubieran agradecido a voces», pensó Candela con resignación, pero al fin y al cabo ella no les había entregado el dinero a cambio de su gratitud, sino para calmar su conciencia, para acallar todas las preguntas que le martilleaban los oídos con su estruendoso silencio. ¿Cuánto tiempo había pasado, dos años, veinte? ¿Era todavía joven, o era ya vieja? Les ayudaba para no oírse, solo para eso, pero aun así, se escuchaba una y mil veces. ¿Y sus hijos? ¿Qué habría sido de ellos, en caso de haberlos tenido? ¿Serían mendigos? ¿Perseguirían a las doncellas en busca de unas monedas y rechazarían el dinero de las putas? ¿Estarían sucios y vestirían con harapos, como aquellos muchachos? Y si hubiera engendrado hijas, ¿habrían ido también a parar a un burdel, a uno cualquiera, después de que un canalla les destrozase la vida y las ilusiones?

Aquello era lo que más le dolía, que la suya fuera una desgracia de amor, pues a la ofensa de haber sido engañada se sumaba la vergüenza, todavía más insoportable, de saber que se había dejado engañar, que no había sido más que una estúpida por creer todas aquellas mentiras. Así era como seguía pensando en él, cada día, a pesar de todas las veces que se había jurado olvidar todo lo que había sido Candela Galán

antes de llegar a Barcelona. Y lo peor era que la mayoría de las veces se sorprendía con la secreta esperanza, secreta incluso para ella misma, de que su memoria le devolviera una historia diferente a la que había vivido. Nunca sucedió tal cosa, y Candela no fue capaz de acostumbrarse a convivir con su pasado, como hacen quienes se acostumbran a sobrellevar una enfermedad dolorosa e incurable, o como aquellos que aceptan una condena a cadena perpetua por un crimen del que no son culpables. Entonces se revelaba contra la melancolía, enfadada y dolida al mismo tiempo, porque ella más que nadie sabía que los recuerdos ingratos tienen la habilidad de transformar la realidad hasta convertirla en insoportable. «Los recuerdos no son más que trampas de la memoria», fue una de las primeras lecciones de *madame Giselle*.

—¿Puedes decirme qué parte de nuestros recuerdos ocurrió en realidad como lo vivimos de nuevo en nuestra mente? —le dijo—. No hace falta que me respondas, yo te lo diré: ninguna. Nada es como lo recordamos. Ahí es donde reside el engaño: la memoria quiere que creamos que el pasado siempre es mejor que el presente. Pero eso no es cierto. Eso no es cierto en absoluto, así que mucho mejor si olvidas tus recuerdos.

También recordaba aquella tarde, la primera vez que vio a *madame Giselle*, con un aplomo fingido que trataba de enmascarar su miedo y su angustia. La mujer la había observado detalladamente, con la codicia contenida de quien acaba de adquirir una piedra preciosa a precio de ganga, y valoraba su pieza en busca de defectos que subsanar.

—Tendrás que engordar, querida. Estás muy flaca y los hombres prefieren tener dónde agarrarse —*Madame Giselle* rio, mientras acariciaba con la mano el pecho de Candela—. ¿Has tenido algún disgusto, Candela?

La joven asintió y bajó los ojos, avergonzada. *madame Giselle* movió complacida su cabeza.

—¡Bravo, Candela! Entonces podemos arreglarlo. Eres una mujer muy hermosa. Tienes un pelo negro precioso, y unos pechos divinos. Divinos —repitió la expresión, y también la caricia iniciada unos instantes atrás sin que Candela mostrase rechazo—. Dime, ¿eres virgen? —Candela negó con la cabeza, avergonzada, pero *madame Giselle* no pareció inquietarse—. No importa demasiado. ¿Podrías parecerlo, al menos un par de veces?

—Pues... no sé —*Madame Giselle* arqueó la ceja izquierda. Candela se vio obligada a rectificar—. Pero si me lo propongo, puede que lo consiga.

Madame Giselle se acercó a ella y la observó con detenimiento.

—Claro que sí, claro que serás capaz. Tú podrás hacer todo lo que quieras —la tomó de la mano con cierta ternura—. Escúchame bien: elige con cuidado qué quieres en la vida, porque conseguirás que sea tuyo. Lo sé. Nunca he visto a nadie con tus

ojos. Por aquí han pasado mujeres hermosas, infinitamente más bellas que tú, pero no se trata de eso. Son tus ojos. Los he visto de tu mismo color, tan grandes y almendrados. Los he visto más bonitos que los tuyos, incluso. Pero nunca los he visto con esta determinación.

Candela sonrió, alentada por el optimismo de *madame* Giselle.

—Estupendo, querida... Así me gusta, que sonrías —dijo, casi en un susurro—. Esta es la casa más afamada de Barcelona, y tú pronto serás la sensación de las Ramblas, ya lo creo, querida... verás cuántos hombres enloquecerán por ti... Ya lo estoy viendo, Candelita, solo serán necesarios algunos retoques... Déjame pensar: me bastan unos minutos...

Madame Giselle la llevó de la mano frente a un gran espejo.

—Desnúdate —le ordenó. Candela la miró, desconcertada—. He dicho que te desnudes. ¿No me has oído?

La joven obedeció; comenzó a quitarse los vestidos malolientes que llevaba puestos desde hacía seis días, y sintió alivio al desprenderse de ellos: la camisa de muselina en otro tiempo vaporosa y que había perdido varios de los botones, la falda larga que una vez fue de un suave color malva y que ahora aparecía adornada con varios lamparones grasientos, las enaguas y las bragas sucias, las medias rotas, el abrigo raído... Todo quedó tendido en el suelo, a los pies de Candela.

—Tiraremos toda esta ropa tan sucia y tan pasada de moda. Mejor aún, la mandaré quemar —murmuró *madame* Giselle dando un puntapié al montón de despojos. Luego, observó la desnudez de Candela—. Ahora, querida, mírate bien y piensa en lo que estás viendo.

Candela no entendía adónde quería llegar aquella mujer, pero la obedeció igualmente. Con cierto pudor, dirigió su mirada hacia el pelo ensortijado, tan sucio como la ropa que *madame* Giselle había decidido destruir; echó un vistazo a los labios carnosos, a las mejillas sin rubor, al cuerpo desnudo al fin. Estaba demasiado flaca, tal como había advertido *madame* Giselle. Las costillas sobresalían bajo la piel, donde los huesos habían ganado terreno a la carne, y las piernas parecían demasiado endebles para sostenerla. Lo único que todavía poseía, como un vestigio de la mujer admirable que había sido, eran sus pechos, redondos, turgentes y con los pezones enhiestos, en parte por el frío y en parte también por la excitación de saberse observada por *madame* Giselle, y su sexo, o para ser más exactos, el vello negro, rizado y abundante que cubría su sexo. Entornó los ojos, avergonzada.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó *madame* Giselle de improviso.

—Cometí un pecado horrible —*madame* Giselle levantó de nuevo la ceja izquierda, en señal de incredulidad—. No me mire así, es cierto: cometí un pecado horrible —insistió Candela—. Fui amante de un hombre casado, y ahora no puedo volver.

Madame Giselle hizo un mohín contrariado.

—¡Qué vulgaridad! Con un hombre casado... Había imaginado que tu historia

sería más interesante... En fin, qué se le va a hacer.

—Le he dicho que fui la querida de un hombre casado... ¿Qué más quiere oír? ¿Hay algo más escandaloso que eso, señora?

—Claro que sí, niña, hay miles de historias más escandalosas que la que tú y miles de muchachas como tú protagonizáis continuamente, desde que el mundo es mundo. ¿Esperabas ser la única? Pues lamento decirte que no, Candela: Barcelona está llena de vergüenzas como la tuya —sonrió con ironía—. Porque, eso sí, Candela, todas sois tan honradas que os podéis ir a la cama con el marido de otra y luego saludáis a su mujer tranquilamente a la salida de misa, pero la decencia regresa de golpe cuando él os abandona, y es entonces cuando ya no podéis seguir viviendo en vuestras casas, en vuestros pueblos...

—Mi historia es diferente... —la interrumpió Candela—. Él me dijo que...

—Ya lo creo, querida —*madame* Giselle la hizo callar con un gesto de la mano—. Él te dijo que te quería, te contó que se había casado por obligación, te juró que huiríais juntos en cuanto lo tuviera todo atado y que seríais felices lejos de allí. Podría jurar que fue así, niña. Pero tienes toda la razón. Tu historia es diferente, y no por sus promesas, idénticas a las que usan todos los hombres para llevarse al huerto a pobres bobas como tú. No es diferente por eso, ni mucho menos, sino por la manera en la que puede terminar. ¿Cuánto tiempo llevas en la calle?

—La verdad es que no lo sé... No sé el tiempo que ha pasado desde que llegué. Puede que varios meses.

—¡Jesús, María y José! —la mujer se santiguó aparatosamente—. ¿Has oído hablar de los macarras, de los chulos, de los proxenetas? Esos te sacan las tripas en un abrir y cerrar de ojos si les das problemas, y si no les obedeces, te pegan cada día, te toman, aunque sea a la fuerza, cuando les viene en gana, y por supuesto, se quedan con todo tu dinero... ¿Cómo has podido sobrevivir en estas condiciones?

Candela se encogió de hombros.

—Él me dio dinero, y acordamos encontrarnos en una pensión. Al principio, pensé que no había podido salir tal como había previsto y creí que se reuniría más tarde conmigo. Por eso no me marché. Le esperé durante semanas y cuando no tuve con qué pagar, me quedé en la calle. No quería moverme de allí, para que pudiera encontrarme cuando viniera a reunirse conmigo... No sabía que nadie me pudiera sacar las tripas, ni que me pudieran pegar, y no me preocupaba que me robaran un dinero que ya no tenía. No sé cómo no me mataron... Pero si quiere que le diga la verdad, hubiera preferido estar muerta cada vez que amanecía y tenía que enfrentarme un día más a una vida tan distinta a la que él me había prometido.

—Pobre criatura... —se burló *madame* Giselle—. Pero no me has contestado. ¿Cómo conseguiste sobrevivir?

—Pedí limosna, empeñé la ropa y las joyas que había traído conmigo. Cuando me quedé sin nada, la dueña de la pensión se apiadó de mí y me permitió dormir en el zaguán algunas noches, pero en unos días también dejó de compadecerse de mí.

—¿También? ¿Quién más perdió la compasión, querida?

—Cuando me di cuenta de lo que realmente había ocurrido, se me acabó la lástima. Al fin y al cabo, tenía lo que merecía, ¿no le parece? lo que merecía, ni más ni menos. Así que cuando, un día, un hombre se paró frente a mí y me confundió con una prostituta, no me pareció extraño. Ya ve, todas esas preguntas, ¿por qué me ha hecho eso?, ¿qué va a ser de mí ahora?, ¿cómo voy a poder vivir sin él? Tantas preguntas sin respuesta... Y en un instante, se despejaron todas mis dudas, todas las incógnitas: llevaba tanto tiempo comportándome como una puta que eso era lo que debía seguir haciendo... Lo único que me resultó raro fue darme cuenta de lo poco que me importaba. Al principio, solo lo hacía cuando alguien se acercaba, pero no tardé en imitar a las otras y empecé a provocar a los hombres. Conseguí ganar lo suficiente para comer, para regresar a la pensión donde debía reunirme con Fernando y para desempeñar uno de mis vestidos, el que usted acaba de tirar ahora.

—Pero, ¿cuánto tiempo hace de eso?

—Unos meses, ya se lo he dicho —contestó Candela, con desgana.

—¡Dios del cielo! Eres una mujer con mucha suerte... Has sobrevivido en la jungla de las Ramblas y no solo has salido sin un rasguño, sino que mantienes el orgullo en tu mirada. A ti se te ha aparecido la Virgen, querida.

—Eso sí es cierto, señora. Ha sucedido hace unos minutos, cuando usted ha detenido su coche frente a mí...

—Hace días que me hablaban de una mujer bellísima que merodeaba por el barrio chino, así que salí a buscarla para ver si realmente era tan extraordinaria como me habían contado. Cuando te he encontrado apenas si he podido dar crédito a lo que estaba viendo, y eso que entonces no tenía ni idea del tiempo que llevabas en esas condiciones. La calle podía haber sido tu ruina. No entiendo cómo no has terminado con la cara rajada —repitió—, porque las putas de la calle son muy envidiosas y habrían recelado de tu belleza. Ni comprendo cómo no has caído en manos de cualquier chulo, que te hubiera exprimido como un limón, hasta que no quedase ni rastro de tu hermosura y entonces... —hizo un gesto con los dedos—. A veces pasan cosas incomprensibles en la vida, qué le vamos a hacer —se encogió de hombros—. En fin, querida, aquí será diferente. Al menos, los clientes son limpios y respetuosos, porque hasta los más depravados no pierden nunca la compostura. Son todo lo decentes que pueden ser los hombres que se van de putas —las dos rieron—. Esta es la mejor casa de Barcelona. La mejor. Y tú vas a brillar como una estrella.

—¿Está segura?

—Por supuesto, mi reina. Solo tenemos que mejorar un poco tu aspecto, y rehacer tu pasado. Veamos... Barcelona está llena de ramera y de videntes europeas, que llegaron aquí huyendo de la guerra y cuando se acabó decidieron quedarse a disfrutar de nuestro clima y de nuestros hombres. Y eso ha perjudicado mucho a las muchachas de aquí, porque se ha puesto de moda el exotismo y los acentos de otros países, y a ver dónde encuentras a estas alturas mujeres exóticas... Todo son

problemas... ¿De dónde eres tú, Candela?

—De Cuenca.

—¿Cómo vas a ser de Cuenca, con esos ojos tan negros y tan rasgados? Tú eres una chinita preciosa que ha llegado directamente del Perú a mi local.

—¿Y por qué del Perú?

—¿Y por qué del Perú? —repitió *madame* Giselle, sorprendida por su pregunta—. Verás... La mía también es una historia vieja, y larga, pero te la resumiré: hace tiempo conocí a un hombre de Perú y me habló de los ojos rasgados de las mujeres. Debían de ser como los tuyos. Así que ya puedes ir aprendiendo un acento exótico, lo mismo da que sea de Lima que de Sanlúcar de Barrameda. No pongas esa cara, y escúchame, porque después de esta tarde, tú y yo no vamos a volver a vernos nunca más. Atiende bien a mis palabras, si quieres que la suerte siga de tu lado: a lo único que van prestar atención los hombres cuando te tengan delante será a tu cuerpo. Así que, ya puedes aprender a usarlo como es debido.

Aquella misma noche, Candela bajó al salón envuelta en tules dorados que apenas cubrían una malla del mismo color que su piel; un cinturón repleto de falsos diamantes, cornalinas, ágatas y rubíes escondía su sexo y dos gemas brillantes pendían sobre sus pezones. Candela, que hasta entonces solo había desfilado en procesiones religiosas, se paseó entre los clientes contoneando sus caderas exageradamente y fumando un cigarro egipcio sin tragarse el humo, como si en toda su vida no hubiera sido otra cosa más que lo que estaba siendo: una virgen recién llegada de América al mejor burdel de Barcelona. Examinaba a los hombres de frente, con aplomo, y sostenía la mirada de quienes la examinaban a ella, alternando la arrogancia propia con una timidez fingida. Bebió champán, también por primera vez, y el hormigueo de las burbujas le produjo ganas de llorar, inesperadamente. Apuró la copa de un trago y con una entonación que solo podía engañar a aquel que creyera que esa noche iba a desvirgarla, exclamó cuánto le gustaría retirarse a su habitación en ese mismo momento.

—Con usted, por supuesto, si desea seguirme —susurró al caballero que la acompañaba.

—Yo mismo iba a proponérselo, señora mía. O mejor dicho, señorita mía —respondió.

Era un hombre de cabello entrecano y aspecto amable cuyo mayor atractivo residía en un enorme bigote blanquecino que se atusaba continuamente y en una mirada tranquila, una cualidad que Candela atribuyó erróneamente a toda la persona de su cliente. Antes de invitarle a subir las escaleras de mármol que conducían a las habitaciones, Candela le incitó a beber y a fumar, le rio las gracias y bailó con él hasta que su aliento comenzó a entrecortarse y, erróneamente, la joven le supuso demasiado cansado como para cometer excesos en la alcoba. Su vitalidad no se había

resentido ni por el baile ni por el alcohol, y por si aquello no fuera suficiente error, el bigote resultó no ser el mayor de todos sus atributos, tal como pudo comprobarlo Candela cuando se desabrochó los botones de la bragueta de su pantalón y le mostró el más grande de todos sus tesoros.

—Mira —le dijo con orgullo—. No habías visto alguna vez algo como esto ¿verdad? —Candela respondió que no, con su gesto más sincero de toda la noche—. Lo imaginaba. Todas me decís lo mismo. Desnúdate —le ordenó mientras se sentaba en la esquina de la cama.

Candela obedeció el mandato y con cada una de las prendas que iba dejando caer en el suelo, descuidadamente, la respiración del hombre delataba su estado de excitación, hasta el punto de que no permitió que terminase de quitarse la ropa y él mismo terminó por arrancársela en un arrebató de pasión.

Las manos de él temblaban al tratar de acariciarla torpemente, y el nerviosismo inicial dejó paso a un enojo tan sorprendente como excesivo.

—¡No sabes hacer nada! —le gritó—. Yo he pagado por una virgen, pero no por una mojígata. Ahora vas a ver lo que es bueno: lo vas a ver bien de cerca, y vas a sentirlo también. Tócalo —le dijo señalando su entrepierna.

Después, sin acabar de desnudarse, le ordenó que se introdujera aquel miembro descomunal dentro de la boca, una labor que Candela realizó a duras penas, tanto por la magnitud del encargo como por el esfuerzo de contener las arcadas; más tarde, todavía con la ropa puesta, le exigió que se pusiera de rodillas frente a él y mientras le azotaba las nalgas, le anunció cuanto se disponía a hacer a partir de ese instante.

—Ahora vas a ver lo que es bueno —le repitió—. Vas a saber cómo lo hacemos los hombres de verdad, para que desde hoy solo quieras estar conmigo, porque solo yo te voy a hacer gozar.

Candela acataba todas las órdenes de su cliente con diligencia y le alentaba con suaves gemidos y miradas insistentes, tal como *madame* Giselle le había enseñado unas horas atrás. Cada vez que le preguntaba cuánto le gustaba lo que le estaba haciendo, ella exclamaba con voz entrecortada que nunca había creído que pudiese existir un placer semejante y le suplicaba que no dejase de moverse de esa forma dentro de ella, pero sentía su cuerpo como si fuera el de otra persona; se compadecía de sí misma, pero era incapaz de sentir la humillación de sus golpes, ni el dolor de sus furiosas embestidas. Solo cuando su mirada se cruzaba con el espejo y el azogue le devolvía su imagen desnuda, con el pelo revuelto y aquel hombre cabalgándola como si ella fuera una yegua, Candela no podía evitar que un sentimiento se abriese paso en su pecho, una pregunta tan grande como el círculo que formaba la boca de su amante para dejar salir sus gemidos. ¿Era ella, realmente? Reconocía sus ojos, sus labios, su frente, sus hombros, sus pechos agitados cada vez que la penetraba desde atrás, y aún así, ¿era ella? Si lo era, ¿por qué no le dolía? ¿por qué no le asqueaba? ¿por qué no le importaba?

El cliente eyaculó al fin sobre su espalda y recuperó parte del decoro y la

tranquilidad que había demostrado en el salón.

—Lamento haberte gritado antes —se disculpó—, pero he pagado mucho por estar contigo, ¿sabes? La próxima vez, te vas a enterar de lo que es bueno —anunció, fanfarrón, mientras se abrochaba de nuevo la bragueta—. Quiero que desde hoy tu cuerpo sea mío.

Candela se quedó un rato en la habitación. No sentía dolor, ni sentía lástima, ni sentía vergüenza. Se puso en pie, y observó su cuerpo desnudo frente al espejo. Tenía la piel de las nalgas enrojecida, las huellas de las manos de él todavía se agarraban a sus hombros y la espalda aún estaba surcada por marcas blanquecinas. Sus pupilas dilatadas se habían habituado a la penumbra de la habitación, y su cuerpo se había adaptado al cuerpo del hombre que había pagado por ella más dinero del que Candela hubiera tenido jamás. «Quiero que desde hoy tu cuerpo sea mío», le había dicho antes de marcharse. Siguió mirándose al espejo durante unos segundos, y el cristal continuó repitiéndole las mismas preguntas que le había formulado unos instantes atrás. ¿Era ella, realmente? Seguía reconociendo sus ojos, sus labios, su frente, sus hombros, sus pechos, y aun así, ¿era ella? Si lo era, ¿por qué no le dolía? ¿por qué no le asqueaba? ¿por qué no le importaba? No había notado la rabia, ni el dolor, ni mucho menos el placer, como tampoco los sintió la tarde que un borracho se paró frente a ella en la puerta de la pensión en la que Candela seguía esperando a Fernando con voluntad en apariencia inquebrantable. Un solo gesto sirvió para que Candela comprendiera que la había confundido con una fulana y, tal como le había contado a *madame* Giselle, la realidad le golpeó en la cara con la violencia de un temblor de tierra, literalmente: hacía días que no comía más que fruta podrida, y el hambre y el aliento repugnante del hombre se asociaron de tal manera que Candela acabó perdiendo el equilibrio varias veces mientras le seguía por la calle, consciente de lo que iba a suceder al cabo de unos instantes. Con el paso del tiempo, le resultaba sorprendente que aquel fuera su único recuerdo de la primera vez que se prostituyó, como si el asco fuera el único resto de humanidad que quedaba en su cuerpo. Solo sintió eso, asco, cuando rozó sus piernas para levantarle la falda, cuando le apartó las bragas, cuando se coló en su cuerpo como un reptil, cuando le llenó el cuello con babas pegajosas antes de dormirse sobre ella, todavía con su sexo dentro de ella.

Candela no se sobrepuso nunca de aquella sensación de repugnancia, ni siquiera en el burdel de *madame* Giselle, cuando después de estar con un hombre, podía frotarse con un paño y agua enjabonada el cuerpo entero. Aquella primera vez sintió que la suciedad se le había metido hasta el tuétano de sus huesos, creyó que el mundo la había puesto al fin en su lugar, asumió que desde ese momento no le quedaba más remedio que pagar por todo lo que había hecho y no fue capaz ni de llorar, ni de lamentarse, por el giro que había tomado su vida.

Por eso le sorprendió tanto darse cuenta de sus lágrimas al retocarse el maquillaje después de que se marchase el primer cliente del *madame* Giselle. Esa misma noche y las noches siguientes, Candela volvió a ser desvirgada con menos vehemencia por

varios clientes más, y después de que cada uno de ellos saliese del cuarto, el llanto regresaba de la misma manera que había llegado la primera vez, inesperadamente. Candela saboreaba sus lágrimas en silencio mientras recomponía su exótico vestuario, y se repetía una y mil veces que no le tenía miedo a las lágrimas, que no lloraba por haberse convertido en puta a pesar de haber llegado hasta allí para ser la mujer de su amado, ni porque esa sería la vida que la esperaba desde aquel momento; que no lloraba por Fernando, se decía, ni porque otras manos la hubieran tocado, ni porque otros labios la hubieran besado, ni porque otros hombres la hubieran poseído de una manera en la que Fernando nunca la poseyó, ni porque adivinara un dolor que no le dolía. Y era verdad, no lloraba por ninguno de aquellos motivos. Candela lloraba únicamente porque su vida había dejado de importarle.

Candela abandonó definitivamente la ventana y se sentó frente al espejo para que su propia imagen ahuyentase unos recuerdos que no le agradaban. Aquella noche no había tenido tiempo para dormir a pesar del encargo que la esperaba al día siguiente. Observó sus párpados hinchados y la estela enrojecida que dibujaba el borde de sus ojos, y se acercó hacia la cómoda para recomponer su maltrecho aspecto.

Hizo palidecer su cara con polvos de arroz, se pellizó los pómulos un par de veces antes de aplicarse un poco de colorete y se sombreó los ojos con lapislázuli; finalmente dio color a sus labios. Caminó unos pasos hacia atrás y observó su cuerpo, apenas cubierto por una túnica casi transparente que sugería el nacimiento de sus pechos, la línea de sus caderas, la robustez de sus muslos, un cuerpo tan diferente al que lucía cuando llegó por primera vez a ese burdel. Ladeó la cabeza hacia la derecha y dejó que la imagen del espejo le devolviera una sonrisa.

—Ay, Candela, Candelita —se dirigió a sí misma del mismo modo en que Fernando solía llamarla—, si alguien te hubiera podido decir todas las cosas que iban a suceder...

Madame Giselle abrió la puerta sin llamar y entró en la estancia.

—¿Estás preparada?

—Sí, claro. Hace rato que espero que venga a avisarme. Ni siquiera me he echado a dormir —se incorporó de la banqueta—. ¿Le gusto, *madame*? ¿Me he maquillado bien?

—Estás perfecta, preciosa. ¿Cómo dicen ellos? ¡Ah, sí! Lista para pasar a la historia —*madame* Giselle sonrió y la miró con satisfacción—. Ay, Candela. Tu madre no te diría esto nunca, en la vida, pero yo sí puedo decírtelo: estoy orgullosa de ti. Mucho, esa es la verdad.

Candela sonrió.

—¿Están ya todos los demás?

—Sí —respondió *madame* Giselle—. Deben de estar esperando que lleguemos para poder empezar.

—Está bien. Solo necesito un instante para ponerme el vestido.

Candela se soltó la cinta de seda que mantenía ceñida la túnica a sus caderas. Su desnudez conmovió a *madame* Giselle, que la observó mientras se vestía con un recatado traje de tarde de color crema, la camisa abrochada hasta el cuello y la falda larga. Llevaba botines blancos con botones de nácar y tacón cubano, y después de abotonarlos hasta los tobillos se ciñó una pequeña corbata de satén.

Antes de salir volvió a mirarse al espejo; con el dedo índice se retocó el carmín, y con la mano derecha se ahuecó el cabello.

—¿De verdad estoy bien?

Madame Giselle no respondió a su pregunta.

—¿Recuerdas la primera vez que entraste en mi casa, cuando te busqué por las Ramblas?

—Hace un rato me estaba acordando de todo eso, *madame* —confesó Candela—. ¿Cuánto tiempo hace?

—Qué más da cuánto tiempo... Lo que importa es que entonces eras como un diamante en bruto. Me di cuenta nada más verte y no me equivoqué. Ya ves que en lo único que cometí un error fue al decirte que no volveríamos a vernos... aquí estamos, frente a frente, una vez más.

Madame Giselle guardó silencio unos instantes, pensativa.

—Estamos teniendo suerte, las dos. Yo estoy ganando dinero y tú no has perdido la cabeza ni por un hombre, ni por una mujer, ni por el juego, ni por las drogas. Ya sabes cómo son las cosas, querida. ¿De verdad no recuerdas cuánto tiempo llevas aquí? —Candela negó con un gesto—. Hace exactamente un año, siete meses y tres días que entraste conmigo por esa puerta. Lo sé bien, porque eres la que más ha durado a mi lado. Todas acaban muertas o enfermas. O se van a otra casa, las muy traidoras...

—¡Dos años! —exclamó Candela, ignorando el último comentario de *madame* Giselle—. ¿Cómo es posible que haya pasado tan poco tiempo? A veces creo que acabo de llegar, y otras veces siento que llevo aquí toda la vida.

—Bueno, querida, en el fondo puede que sea así. La Candela Galán que eres hoy no tiene nada que ver con la Candela Galán que eras entonces. Llevas aquí toda esta vida —le acarició el pelo con dulzura—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto, querida?

—Por supuesto que quiero. Será divertido, aunque no vaya a ganar demasiado dinero. Además, no es la primera vez que alguien va a ver lo que yo estoy haciendo.

—Ya lo sé... Pero esto es diferente. Es... En fin... No es por asustarte, pero es un delito, al fin y al cabo. Y puede que quien ha hecho el encargo no tengan en cuenta ese detalle si algún día quieren denunciarnos...

—Pero ¿quién nos va a denunciar, *madame*? Los Tavares ya nos advirtieron: no puede sucedernos nada, justamente por la identidad de nuestro cliente. No tenga miedo, y deje de meterme miedo a mí... Ahora solo quiero saber si estoy bien.

Dígame la verdad —*madame* Giselle asintió—. Pues entonces, vamos. No quiero hacer esperar ni un minuto más a Oriol Mora.

II

El día en que Oriol Mora se convirtió en un hombre sin escrúpulos

Hacía tiempo que Oriol Mora aspiraba a ser un hombre sin escrúpulos; por ese motivo aceptó sin dudar la oferta de los hermanos Tavares. Muchas horas antes de que sucediera, había coincidido con Juan, el menor de los dos, en un par de tabernas de la calle del Raval; primero se habían ignorado mutuamente, pero pronto se reconocieron, ya que los dos solían frecuentar los mismos *cabarets*, las mismas tabernas, las mismas terrazas, los mismos burdeles. Nunca hasta ese día se habían encontrado a solas, y Oriol se entretuvo observando los rizos oscuros del joven Tavares, especialmente aquellos que habían conseguido escapar del fijador que ceñía su melena y que daban al hombre un aire de niño ingenuo a pesar de tener los treinta más que cumplidos. Por lo demás, fue inevitable que la atención de Oriol Mora, acérrimo admirador de la belleza masculina, se centrara en Juan Tavares: los hombros anchos, la mirada tan penetrante que parecía traspasar el humo que flotaba en el local, los labios finos con tendencia a la sonrisa, el pelo negro, la expresión contrariada. Pero lo que más le atrajo a Oriol de aquel hombre fue sin duda el desafío, pues no había nada en la vida que le agradara más que obtener algo que en principio le estaba negado. Pocas veces lo había conseguido, era verdad, pero en aquellas ocasiones el placer que había experimentado rozaba la categoría de lo sublime.

—No se trata únicamente de conseguirlo —explicaba Oriol con ademán distraído, como si lo que estaba contando no tuviera nada que ver con él—. Cualquiera puede obtener cualquier cosa, eso es algo que no admite debate. Son los días largos llenos de planes ardientes, las horas eternas de los preparativos, el encuentro breve que parece casual, el comentario equívoco que ha de carecer de maldad en el tono, la mirada amante en el momento oportuno, los guiños, los roces, la conquista, al fin... Son esos detalles los que rebasan el límite —Oriol cerraba los ojos, evocando aquellos momentos en la penumbra que le brindaba el gesto—. Y más aún: es asistir como un testigo mudo al momento de vacilación, cuando todo está a un paso de derrumbarse. Y la entrega final: la entrega completa. Cualquiera puede hacer suyo un cuerpo —miraba a su alrededor, anticipándose a la expectación de una audiencia compuesta exclusivamente por borrachos y por putas—. Pocos pueden poseer un alma.

Y él era uno de los escasos mortales que podía vanagloriarse de haber conseguido

ese placer sobrehumano, aunque para su desgracia, no había tenido la misma fortuna con la única persona que en verdad le había importado. Así las cosas, esa noche resolvió que el apuesto director de cine con el que coincidía en todos los antros de depravación y de quien todos parecían hablar, había de ser suyo. Volvió a observarlo, esta vez sin disimulo: la decisión estaba tomada. Tampoco eso admitía discusión.

—Estoy de suerte —se dijo Oriol, con una media sonrisa—. Parece triste y atormentado: no será difícil acercarme a él.

No solo estaba de suerte, sino que también estaba en lo cierto. Juan Tavares no tardó en darse cuenta del interés que despertaba en el hombre que le miraba con descaro desde el final de la barra, de modo que le correspondió con una atención similar y se fijó en él con detenimiento. Así fue como reconoció a Oriol Mora, visitante asiduo de cualquier casa de putas de Barcelona, fuera cual fuera su condición. Contaban de él que le habían visto en las rifas de mujeres de la más baja calaña, en los burdeles de lujo, en las tiendas y en los lupanares de la calle Migdia; por contar, hasta contaban que no era extraño verle partir en un coche alquilado con varias rameras de Terra Negra, cuya compañía rechazaba de inmediato cualquier hombre de buena reputación. Únicamente aquellos comentarios, y su manía de pegarse con chulos y proxenetas, eran capaces de acallar las voces que aseguraban que ese hombre no era más que un maricón.

—¿Cómo se puede explicar que un hombre se maquille y se perfume, si no es así? Ese tipo es un marica, un sodomita, un invertido. No hay más que ver la pinta que tiene, a pesar de que intente ocultarlo con esos trucos absurdos: ese es un maricón al que habría que colgar por los huevos —argüían los que le acusaban de ser homosexual.

Mirándole entre las mesas atestadas de gente y el ajeteo de los camareros de la taberna, Tavares tuvo que reconocer que tal vez aquellos que acusaban a Oriol tenían razón. Observó las cejas depiladas, las pestañas rizadas, los rasgos de la cara suavizados con un maquillaje fino y pálido, apenas apreciable y, sin embargo, capaz de eliminar cualquier imperfección de su rostro; contempló la camisa de satén y el pañuelo de seda ciñéndole el cuello, un complemento ya en desuso que Oriol lucía con tanta elegancia como si fuese la última moda. Tampoco le pasó desapercibida la mirada de Oriol, prendida en cada uno de sus movimientos. Se sintió incómodo por aquella inspección tan atenta, y más todavía cuando Oriol levantó su copa en un inequívoco gesto de saludo.

—Es lo menos ambiguo que le he visto hacer esta noche —pensó el director mientras le imitaba el ademán.

Horas más tarde, los dos habían de recordar los detalles del encuentro con la lengua espesa de los borrachos y la seguridad de haber sellado una amistad inquebrantable. Pero en aquellos momentos, mientras Oriol recorría la distancia que le separaba de Juan con la bebida en la mano y la sonrisa en la cara, ninguno de los dos podía figurarse que estaban a punto de entrelazar sus vidas de semejante manera;

fueron necesarios muchos vasos de licor para que comenzaran siquiera a intuirlo. Primero apuraron sus copas de champán, después se desafiaron con el aguardiente.

—Como los hombres de verdad —arguyó Tavares.

Oriol apuró su vaso de un solo trago, y sin perder la compostura esperó a que Juan terminase el suyo.

—Como los hombres, no hay duda —replicó sonriendo cuando el otro dejó de toser y escupió en el suelo el licor que había bebido.

Al aguardiente le siguió la absenta, el ron, el anís escarchado, y la caña legítima de la misma Habana, con la que, a iniciativa de Juan, brindaron por todas las mujeres a las que habían poseído.

—Y por las que no tardaremos en poseer —respondió Oriol con un guiño cómplice.

—Escucha, Oriol —Juan Tavares se aflojó en nudo de la corbata y carraspeó varias veces antes de seguir hablando—. No te lo tomes a mal, pero la gente —se aclaró la garganta de nuevo—... en fin, ya sabes como es la gente. Todos hablan mucho, y llegados a este punto de nuestra amistad... Verás, hay algo que me gustaría saber...

Su amigo le detuvo con un movimiento de la mano. Apenas recordaba el motivo que le había guiado a acercarse a él al principio de la noche, una atracción que, por otra parte, Oriol sentía por casi todos los hombres y las mujeres que se cruzaban en su camino. Juan le gustaba desde hacía tiempo, y a pesar de la borrachera reconocía el pelo negro, los rizos esquivos, los hombros anchos, la mirada penetrante, los labios finos, y hasta el gesto contrariado, pero al cabo de las horas Juan Tavares se le había mostrado como era en realidad, gracias en buena parte al efecto del alcohol. Habían compartido risas, chismes, bromas, recuerdos, sueños, e incluso algún pequeño secreto.

—Los grandes —coincidieron ambos entre risas—, ya los contaremos en otra ocasión.

En aquellas circunstancias, Oriol se hizo cargo de que solo tenía dos opciones para explicar aquel sentimiento que comenzaba a oprimirle el pecho, casi por sorpresa. Calibrándolas estaba cuando Juan intentó formularle aquella pregunta. Le detuvo con un gesto de la mano. «No sigas», le quiso decir. El otro entendió, guardó silencio y ladeó la cabeza para disimular su pesadumbre. «¿Cómo he podido ser tan bruto?», pensó mientras tomaba otro trago. Fue entonces, al observar aquel ademán apenado, cuando Oriol terminó de decidirse. Lo miró de nuevo y le sonrió.

—Eh, venga, venga, Juan, Juanito, mi querido amigo. ¿A qué viene esa cara ahora? Somos amigos. Aquí no ha pasado nada, nada de nada. Si hablan, que hablen. Les dejaremos que digan todo lo que quieran, hasta que se cansen o hasta que se les caiga la lengua a pedazos de tanto palique. Hace mucho tiempo que no sentía ningún afecto sincero por otra persona... hombre o mujer, no te apures —se acercó hasta el oído de Juan para evitar que nadie pudiese escucharles, como si la algarabía del local

no fuese suficiente para guardar el secreto que se disponía a revelar—. No hay nada de qué preocuparse. No corres ningún peligro a mi lado.

—¿Me das tu palabra?

Oriol le sonrió de nuevo. De no haber sido quien era, estaría tumbado en el suelo con el labio partido, pero Juan Tavares tuvo desde la primera noche aquella insólita virtud: nada de lo que hiciera o dijera podía molestarle.

—Pues claro que te doy mi palabra —Oriol repitió su expresión y añadió también la propia—. Te doy mi palabra de hombre.

Estrecharon sus manos con fuerza e hicieron chocar sus copas con precaución para no romper el cristal, no porque este fuera de buena calidad, sino para evitarse problemas con el dueño del tugurio. Más tarde compartieron opio, mujeres y cocaína, y como prueba de su amistad, no les importó compartir también la misma cama con dos mujeres distintas con el propósito de intercambiarlas más tarde. Cuando Oriol se quitó la ropa, Juan no pudo evitar observar de reojo el cuerpo desnudo de Oriol, los brazos, el pecho, las piernas. Desvió la mirada hacia su sexo, con disimulo, y para su sorpresa, lo encontró firme, erguido, indiferente a la suciedad de la cama, al frío del cuarto, al ruido que llegaba del salón, demasiado cercano, e incluso a la vulgaridad de las muchachas que habían elegido, apremiados por la necesidad y cegados por el alcohol. Agachó la cabeza en busca de su propia excitación y no la encontró; más bien al contrario, una vez pasado el efecto de todo lo que habían bebido, ya no le parecía buena idea haber acompañado a Oriol a aquella casa de tan mala reputación, y además, no sentía el menor entusiasmo por la joven que le acariciaba de mala gana. Estuvo tentado de apartarla de un manotazo, enfadado por su torpeza y por las ojeadas que lanzaba a Oriol y a su compañera cuando creía que él no la observaba, pero su orgullo le impidió marcharse de allí dejando que Oriol fuera mejor que él, así que echó mano de su imaginación para poder imitarle aunque ni por asomo llegó a su altura, para su vergüenza y para disgusto de su fulana.

—No hay mejor manera que esta de acabar una noche de juerga —le dijo Oriol cuando las mujeres ya se habían retirado y solo ellos descansaban sobre el mugriento colchón.

El otro asintió, enfurruñado.

—Hemos tenido suerte. La próxima vez yo escogeré.

Tavares se incorporó y del bolsillo de la levita que Oriol había dejado caer en una silla, cerca de la cama, extrajo un pequeño frasco de cristal labrado en el que apenas si quedaba algo de cocaína.

—También me encargaré de esto la próxima vez —advirtió Juan al tiempo que tendía el envase a su amigo.

Estaba apesadumbrado, como si hubiera perdido una secreta batalla. Se arrellanó en la cama y observó de nuevo a Oriol mientras colocaba una pequeña dosis de cocaína en la mesilla de noche y se acercaba hasta el cristal del mueble, indiferente a la mirada de Juan. Fue entonces, al verlo aparentemente ajeno a su vigilancia pero

disfrutando de su detenida observación, cuando Juan decidió incluirlo en sus planes.

—No es la primera vez que compartes cama y mujeres con otro hombre, ¿no es cierto?

—No, no es la primera vez.

—Y, dime, Oriol, con sinceridad, ¿qué es lo que más te ha gustado, el hecho en sí, o saberte observado por otras personas?

Oriol sonrió, por toda respuesta.

—Verás... hay un asunto que me gustaría proponerte, y que tiene mucho que ver con las habilidades que me has mostrado esta noche.

Hablaron largo rato en la misma cama sucia en la que habían fornicado, y en la misma cama sucia en la que habían hablado, sellaron su pacto con un apretón de manos como el que horas atrás había apaciguado aquel amago de desencuentro. Se despidieron al alba, cuando las farolas de la ciudad comenzaban a apagarse y los obreros se disponían a iniciar el primer turno en las fábricas. Ya en el calor de su cama, limpia y más sola que nunca sin su amigo Juan Tavares, Oriol acarició con los dedos la huella que le había dejado al marcharse. Recorrió con el corazón la distancia entre el pulgar y el índice, donde había sentido la presión del otro en la despedida, y recordó los rizos de su pelo descansado en la almohada, el trato cerrado cuando el olor a sexo aún permanecía en el aire, la tímida disculpa.

—Sobre lo de antes... La gente y sus comentarios sobre ti...

—Ya te he dicho que no tiene importancia. No importa, de verdad, a no ser que quieras que te responda —le dijo, desafiante.

Esta vez fue un gesto de Juan el que impidió que siguiera hablando.

—Ya sé todo lo que necesito saber, no es preciso que me digas nada más.

Pero más tarde, entre las sábanas limpias y el sol recién estrenado tras el ventanal, Oriol lamentó no haber continuado con aquella conversación. Era la primera vez en mucho tiempo, quizás en toda su vida, que tenía la sensación de haber encontrado un amigo de verdad, y solo por ese motivo se arrepintió de no haberle hablado de Amadeo Serra, a quien había de amar hasta el día de su muerte por muchas y fundamentadas razones. Para empezar, le amaba porque al cabo de los años, y a pesar de todo lo que había sucedido entre ellos, no era todavía capaz de evitar que un escalofrío le recorriese la espina dorsal cuando recordaba su rostro, aquella cara divina que había deseado besar tantas veces, y que, en cambio, nunca había besado; recordaba las caricias furtivas y se veía a sí mismo, años atrás, incapaz de controlar aquel amor que no debía sentir; le amaba también porque en las noches en las que el sueño se mostraba esquivo, no le era difícil volver a sentir en su pecho la presión leve de la mano de él, apremiándole para que le acariciase, y entonces podía volver a percibir cómo su caricia descendía por sus costados hasta llegar a las caderas, en donde apenas se detenía antes de posarse definitivamente justo encima de su

entrepierna. Otras veces, sus dedos tomaban el camino contrario: recorrían las costillas de abajo hacia arriba, y la caricia perdía cualquier apariencia sexual cuando la palma de su mano parecía fundirse con la piel de él, entre el cuello y la mejilla, antes de que Amadeo le azuzase de nuevo. «¿A qué hemos venido aquí?», que todavía podía oírlo. «Haz lo que has venido a hacer, no pierdas más tiempo». Recordaba sus deseos, su ansia por tener todo cuanto se le escapaba de él.

—¿Qué será de nosotros si algún día nos descubren? —preguntaba Oriol, cubriendo con su mano la de Amadeo.

—Eso no va a ocurrir nunca, si nos andamos con cuidado —respondía Amadeo con seguridad absoluta, apartando su mano de la de Oriol.

Él siempre dudó de aquella certeza, pero los acontecimientos terminaron por dar la razón a Amadeo: nadie les descubrió jamás. Su historia de amor concluyó por otros motivos, mucho más dolorosos para Oriol. Y esa era otra de las causas por las que estaba tan seguro de no dejar de amarle en lo que le quedaba por vivir: porque no hay nada en este mundo que afiance tanto el amor en el que ama como el abandono del ser amado.

Oriol pasó años añorando al amor de su vida, pensando en él cuando poseía otros cuerpos, y cuando a solas gozaba del suyo; cuando observaba a las parejas que paseaban alegres por las Ramblas al atardecer, camino del puerto; cuando la desdicha parecía vencerle y se preguntaba si acaso aquel dolor inhumano era el precio por una felicidad como la que él había aspirado a poseer. Pero ese no resultaba su estado natural. Oriol era un hombre de sonrisa fácil y espíritu débil que no soportaba la aflicción demasiado tiempo; de manera que, consciente como era de que el recuerdo de Amadeo había de permanecer en su corazón como una marca indeleble, se hizo el firme propósito de olvidar los malos momentos y recordar únicamente los buenos, aunque para conseguirlo fuera preciso inventarlos.

Así era como en las noches sin sueño podía recuperar la emoción de aquellos días, cuando el presagio de su vuelta acababa por dejarlo sin comer y sin dormir, postrado en la cama víctima de una enfermedad sin causa ni cura de la que sanaba milagrosamente cuando la promesa que anunciaban las cartas que llegaban a su casa, siempre a nombre de su madre y con el remite de la esposa de Amadeo, se volvía real con la presencia de los Serra Fortuny, sonrientes y tranquilos, en el centro de la plaza, saludando a los veraneantes a los que no veían desde el año anterior. Durante años nadie se extrañó del afectuoso abrazo con el que Oriol y Rafael Serra se reencontraban tras tantos meses de ausencia, y si nada había de particular en la relación entre los dos muchachos, menos motivo de escándalo había en el apretón de manos y la palmada en la espalda con la que Amadeo saludaba al mejor amigo que su hijo tenía en aquel pueblo.

Los Serra Fortuny habían llegado a Camprodón guiados por la obstinación de

Elisenda, que sospechaba que su esposo mantenía una relación adúltera en Barcelona. El rictus amargado de Amadeo en cuanto cruzaba el umbral de su casa, su silencio, y la ausencia de relaciones sexuales entre ambos desde hacía años, no hacía otra cosa más que confirmar sus sospechas. Y por si aquello no fuera suficiente, cuando llegaba el buen tiempo, su marido la enviaba fuera de Barcelona con el pretexto de que un cambio de clima mejoraría la mala salud de Elisenda, nada más incierto por otra parte, pues ella enfermaba en cuanto Amadeo la dejaba en la torre de la playa y regresaba a la ciudad, porque de sobra sabía que no eran los negocios los que le retenían en Barcelona: tenía la certeza de que se trataba de las piernas inacabables de Gertrudis Cruz, una castellana de dudosa procedencia y escasa formación, a la que él había tenido la desfachatez de instalar en su oficina como su secretaria personal, nada menos. A la terrible vergüenza de saberse convertida en el centro de todas las habladurías de la sociedad barcelonesa, se sumaba el martirio sin fin de imaginar todo lo que su esposo, a quien amaba profundamente además, sería capaz de hacer con la tal Gertrudis en su ausencia.

Incapaz de tolerar aquella situación por más tiempo, convenció a su médico de que el clima que realmente le convenía no era el de la costa, sino el de la montaña, y a ser posible, una que estuviera lo suficientemente lejos de Barcelona para que Amadeo no estuviese tentado de regresar a la menor ocasión. Así llegaron a Camprodón: Elisenda dispuesta a retener a su marido al precio que fuera y Amadeo preparado para dejar el pueblo con cualquier excusa. No hizo falta, pues desde el primer momento ambos encontraron allí lo que habían estado buscando.

Se instalaron en un hotel y Elisenda adquirió la costumbre de ahogar sus penas dando largos paseos por las alamedas señoriales de la ciudad, y regalarse inacabables festines gastronómicos, a los que convidaba a todas las fuerzas vivas de Camprodón y al resto de veraneantes del pueblo para que disimularan su soledad y su tristeza, pues su marido nunca la acompañaba ni de día ni de noche, para disgusto de doña Elisenda. En una de aquellas primeras comilonas en las que el embutido y el vino atestiguaron el nacimiento de amistades entrañables, conoció a Margarita Fuster, viuda de don Tomás Mora.

—No sabes la suerte que tienes. ¡Ojalá Tomás me hubiera enviado lejos de aquí! —le espetó cuando Elisenda le confesó su desgracia—. Pero no lo hizo: tuve que ver cómo perseguía a todas las criadas de la casa, y también a las mujeres del campo. Sospecho que la comarca está llena de bastardos con su rostro. Siempre que salgo a la calle espero encontrarme a alguien con su misma nariz enorme y retorcida, que era inconfundible y que él decía que le daba personalidad —rio, nerviosa, y bajó la voz para que ningún otro comensal pudiera escuchar su conversación—. Su crueldad conmigo no tuvo límites: no contento con humillarme de aquella manera, todas las noches me obligaba a yacer con él, varias veces incluso, porque el mismo diablo debió señalarle con el vicio de la lujuria. Me forzaba a hacer cosas abominables, cosas terribles, cosas que mi moral y mi educación me impiden contarte al detalle,

pero que me han condenado para toda la eternidad.

—Mira, haz el favor de no compararme la situación, Margarita, por el amor de Dios —objetó, enojada, mientras escogía una loncha de salchichón y se la llevaba a la boca. Tomó un sorbo de vino antes de seguir hablando sin que su enfado disminuyera—. Para empezar, lo tuyo ya no tiene remedio; en cuanto a las cosas abominables, y puedo imaginar de qué se trata, no eras tú quien las proponía, solo las sufrías en tu carne, nunca mejor dicho, y eso Dios, en su divina misericordia, lo tiene en cuenta. Solo tienes que confesarte. Todos los pecados de este mundo tienen solución si estás arrepentida, ¿acaso no lo sabes?

—Para ti es muy fácil decirlo, pero yo me moriría de vergüenza si tuviera que... si tuviera que decirle a alguien todas las humillaciones de Tomás.

—¿Ni siquiera a un cura?

—¡A un cura menos que a nadie! Un cura es un hombre...

—¡Margarita! Un cura es un cura... Un hombre, sí, pero un hombre de Dios que no va a escandalizarse por nada que le cuentes y, lo que es mejor todavía, un hombre que no puede revelar a nadie lo que tú le has confesado.

—Ya sé que debo parecerte una estúpida —Elisenda asintió varias veces—. Pero no puedo soportar la idea de revelar ese suplicio... y tampoco puedo imaginar que por un pecado del que no soy culpable, voy a estar condenada para toda la eternidad. Mi vida en este valle de lágrimas ha sido tan horrible, Elisenda, que solo me consuela pensar en el Paraíso.

—Si quieres que te diga la verdad, no creo que estés condenada, pero en cuanto llegue a Barcelona lo consultaré con mi confesor que, por cierto, es amigo personal de Su Ilustrísima, el Arzobispo, nada menos. Quizá, si tú te confieras a través de mí, pueda absolverte... pero para eso tendrás que contármelo todo —bebió un largo trago, y observó de reojo cómo Margarita parecía conforme con su decisión—. Pero, ¿y yo? ¿Qué, eh? ¿Qué me dices de mí? Quiero a Amadeo, no soporto imaginar que está con ella, y necesito que me quiera a mí como yo le quiero a él. Pero Amadeo es tan frío, siempre se muestra tan distante... ¿Y nuestro hijo? ¿Qué hago con Rafael? Es tan inocente, el pobre... A veces, creo que es algo bobo, no parece saber nada de la vida, y tiene dieciséis años. Te voy a decir una cosa, Margarita, porque me mereces toda la confianza, aunque te acabo de conocer, pero siento que seremos grandes amigas. Te lo digo con sinceridad: yo no puedo hacerme cargo, con todo este sufrimiento que llevo a cuestas.

—No te preocupes por él. Yo también tengo un hijo. Es algo menor que el tuyo, pero está muy despabilado, se ve que ha salido al padre, qué le vamos a hacer. Yo le pediré a Oriol que cuide de Rafael.

Horas después de aquella comida, Margarita Fuster envió a Oriol a buscar al hijo de su nueva amiga para que las dos familias estrecharan lazos. Y Oriol obedeció a su madre de manera literal: estrechó los lazos todo lo que pudo; de hecho, si por él hubiera sido, hubiera detenido el tiempo en aquellos años, cuando vivía siempre a

escondidas, cuando la felicidad se mantenía tan próxima como lo estuviera la sonrisa de su amante, que con tan poco se conformaba. Pero los acontecimientos pocas veces van de la mano con los deseos, y la vida de Oriol Mora no era una excepción.

—Pobre Juan, pobre Juanito Tavares —Oriol recordó los veranos de otro tiempo, tumbado en la cama, mientras fumaba morosamente un cigarro. Dio una calada profunda. Se llenó de humo los pulmones y lo expulsó despacio—. Pobres de aquellos que piensan que soy menos hombre que ellos... Si supieran... Si Juan supiera —acercó el pitillo a su boca con una sonrisa—, nunca me hubiera hecho esta propuesta.

Oriol tenía razón: si Juan Tavares hubiera albergado la menor duda sobre su hombría, nunca le hubiera invitado a formar parte de aquel gran proyecto; pero después de haber compartido esa noche cama y mujeres con él, cualquier comentario acerca de su nuevo amigo no le merecía el menor crédito. Con aquella seguridad como aval, lo defendió ante su hermano, que se negaba a que alguien con la fama de Oriol pudiera relacionarse con ellos.

—Tú estás loco —había protestado Gumersindo Tavares—. Ese nos arruina el encargo: si no es más que un maricón. Parece mentira que insistas, tratándose de un encargo de esta envergadura. Toda Barcelona lo sabe: Oriol Mora es el más maricón de todos los maricones de la ciudad, por mucho que se esfuerce en disimularlo.

—Te digo que no. No es ningún maricón. Y aunque lo fuera... después de lo que he visto, no me importaría serlo yo también —le retó con la mirada—. No solo no nos va a arruinar, si no que va a ser nuestra salvación. Vamos a intentarlo. Confía en mí.

Desde que habían recibido aquel encargo, Juan y Gumersindo discutían constantemente: al principio, sobre la conveniencia o no de aceptarlo; más tarde, por los riesgos que aquella decisión podría acarrearles y, por último, sus disputas giraban en torno a la mejor manera de llevarlo a cabo. Gumersindo solo transigía con la condición de que pusieran todo su arte al servicio del trabajo, y en ese punto entraba de lleno Oriol Mora, sobre el que tuvieron las polémicas más agrias, pero al fin Juan convenció a su hermano después de largas horas de conversación.

—Tú nunca has creído en este proyecto... —le reprochaba Juan—. Por eso cada vez que algo se complica, vuelves a la carga con tu cantinela de «no debimos aceptarlo, aún estamos a tiempo de echarnos atrás...» En fin, Gumersindo, tú sabrás lo que más te conviene en este momento de tu vida. Y tú sabrás también si lo mejor para ti es rechazar un encargo como este.

—Lo que dices no es verdad, y lo sabes perfectamente —se defendía Gumersindo—. Nuestras películas tienen fama mundial y no es la primera vez que... —carraspeaba, nervioso—. Caramba, no es la primera vez que ellos van a ver nuestro trabajo. Pero esto es diferente. Y si vamos a hacerlo, es preciso que todo sea perfecto.

Gumersindo era capaz de enumerar una lista larga y detallada de todos los fallos que dificultaban su trabajo, desde el lugar de la grabación hasta la dudosa legalidad del proyecto, y Juan, más ambicioso y osado, los rebatía uno a uno, pero contar con Oriol Mora como actor sobrepasaba sus límites y a punto estuvo de abandonar la tarea. Sin embargo, y en contra de todo pronóstico, los dos hermanos llegaron a un acuerdo salomónico: Gumersindo estaba en su derecho de rechazar a Oriol, pero primero tendría que verle. Y así fue como acabaron convocando a Oriol a las ocho de la mañana de un martes que amaneció lluvioso en un tinglado industrial solitario y en aparente estado de abandono.

El propio Juan fue quien le abrió la puerta y le apremió a que entrase.

—Apresúrate. Todos deben de estar dentro.

—No me atosigues, haz el favor. Me he levantado a una hora en la que normalmente aún no me he acostado —protestó Oriol.

Juan le miró y le sonrió.

—Estás hecho una birria —le frotó la espalda para que entrara en calor—. Escucha: esto es muy importante, es un proyecto muy importante, para todos. También para vosotros. Todo tiene que salir a la perfección.

—¿Quién es ella?

—La conoces de sobra. Se llama Candela, Candela *la China* —le guiñó un ojo y le sonrió con complicidad—. Me consta que os conocéis bien, me lo acaba de confirmar ella misma. Le he dicho hace rato que ya habías llegado.

Oriol mostró su complacencia con un gesto.

—¿Estaremos solos?

—¿Cómo vais a estar solos? ¿Has perdido la cabeza? Naturalmente que no: no puede ser. Estaremos con vosotros.

—¿Estaremos? ¿Quiénes?

—Mi hermano Gumersindo y yo. Y Bruno Bonet, por supuesto —Juan se adelantó a la pregunta de Oriol, y respondió—. No te apures, no pongas esa cara, hombre: él es de confianza. Bruno Bonet es el mejor cámara.

III

El día en que Bruno Bonet escuchó la música

Tenía aspecto de hombre enfermizo, y de hecho, Bruno Bonet era un hombre enfermo. Hacía poco que había cumplido treinta y tres años y ya parecía un anciano aunque, para no engañarnos, fue un hombre viejo desde el mismo día en que nació. De eso, en su opinión, hacía ya demasiado tiempo, y si bien en ningún momento llegó a ansiar la muerte como salida a su penosa existencia —a la manera en que solían proclamar a gritos los borrachos con los que se encontraba en sus noches de juerga, y que lloraban por las esquinas los amores perdidos—, tardó en descubrir un motivo que le mantuviese del lado de la buena vida. Con el tiempo, como todos, también él terminó por encontrarlo, pero por aquel entonces aún faltaba mucho para que llegase ese momento.

Quienes lo conocían durante el día alababan su tesón, su inteligencia y su habilidad tras las cámaras; aquellos que frecuentaban su compañía nocturna elogiaban su moderación con el alcohol y las drogas, su discreción en los líos de faldas de sus compinches, y la sobriedad en el trato con las mujeres, fueran de la calaña que fueran: lo mismo le daban las putas que las señoras, parecía decir con su impasible actitud. Y era verdad, porque no veía en ellas más que rostros susceptibles de ser fotografiados. Ojos, pechos, bocas, y cualquier otro encanto del cuerpo femenino no provocaban en él otro deseo que el de inmortalizarlo en el papel de un retrato. Muchos eran quienes le tachaban de loco, y aunque todos coincidían en que las rarezas formaban parte del carácter de Bruno, no faltaba quien culpara de aquella extraña demencia a las fiebres que un mosquito salvaje le contagiara en una ciudad de Brasil, donde emigró para perfeccionar el arte de rodar películas. Pero en cualquier caso, nadie en toda Barcelona era capaz de descifrar el carácter verdadero de Bruno Bonet.

De haber podido hacerlo, su fama de chalado no hubiera sido menor. Bruno Bonet atesoraba todas las manías imaginables en un ser humano: jamás se calzaba el zapato izquierdo después del derecho, acostumbraba a utilizar calcetines de distinto color aunque en tono similar, se abrochaba los botones de la camisa comenzando siempre por el último ojal, se lanzaba el agua a pequeños golpes sobre la cara para despabilarse, y nunca, bajo ningún concepto, caminaba por la misma calle por la que antes hubiera pasado un cortejo fúnebre.

—No soporto el olor a muerto —se excusaba ante los viandantes con quienes se

cruzaba, y que observaban con extrañeza su gesto contrariado.

—No sea usted memo, por Dios, que los muertos no huelen, y menos aún estos, ¿o es que no lo sabe? —le increpaba habitualmente alguno de ellos, que en la mayor parte de los casos resultaba ser un familiar del difunto.

Él les miraba con soberbia y caminaba con decisión al mismo tiempo que hablaba con voz desagradable, como si sus palabras encerrasen una extraña maldición.

—Pobres de ustedes, que no saben ni oler la muerte.

Se alejaba dando grandes zancadas para disimular su vergüenza, y se dirigía hasta su casa, un pequeño piso de la calle Tallers en el que sin importarle la hora ni el consiguiente retraso que aquella extravagancia le suponía, se desnudaba, se bañaba y se cambiaba completamente de ropa antes de salir de nuevo al exterior, limpio y perfumado, listo al fin para conjurar su destino. En realidad esta costumbre no era gratuita. Había padecido tifus, viruela, escarlatina, neumonía, y meningitis, por no mencionar otros males que en su día fueron llamados menores, entre los que se encontraban el raquitismo, la tosferina, los catarros, y los problemas intestinales, como las indigestiones, las aerofagias y un estreñimiento crónico. De algunas de aquellas enfermedades sobrevivió de puro milagro, pero todas le dejaron secuelas físicas y mentales de las que jamás pudo desprenderse y que, aunque no consiguieron arrebatarse la vida, sí lograron amargársela: el leve tartamudeo al hablar que le quitaba las ganas de comunicarse con los demás, los inoportunos gases que tanto le mortificaban, las marcas que le cuajaban el rostro hasta casi desfigurarlos, y el peor de todos los males, aquel inmenso miedo a morir. Le espantaba la idea de marcharse de este mundo dejando tantas cosas por hacer, como filmar los amaneceres que se reflejaban en el mar de manera casi sobrenatural, o retratar todas las estrellas que cabían en el techo de su habitación cuando las imaginaba antes de dormir, o terminar de construir la cámara de fotografiar en la que llevaba años trabajando, o dirigir películas. Esas constituían solo algunas de sus ilusiones. La lista de sueños era interminable y seguía hasta saberse convertido en el mejor director, no de Barcelona, sino del mundo entero. Imaginaba sus apellidos en las enciclopedias de cine que, sin duda, no tardarían en publicarse, Bruno Bonet, un nombre propio en la historia de la cinematografía que estaba empezando a escribirse precisamente en esos momentos y que sería legada al futuro. Bruno Bonet, el pionero. Bruno Bonet, el mejor.

Por las noches, al volver a casa, solitario y taciturno, cerraba tras de sí la cancela y se recostaba en la jamba de la puerta con sensación de victoria por haber sobrevivido un día más. Ya en la cama, acomodaba su cuerpo al hueco que había labrado con paciencia y años en el colchón de lana, y se disponía a dormir; aunque justo antes de cerrar los ojos, Bruno siempre se sorprendía con un lamento prendido en el alma. ¿Cómo era posible?, le reprochaba su propia voz en la mente, ¿cómo era posible que aquel triunfo siempre le encontrase solo?

Pero antes de que ese pensamiento tan recurrente se cruzase en su cabeza para fastidiarle el sueño, Bruno recorría triunfal los espacios de su casa. Avanzaba por el

pasillo sin mirar siquiera de reojo al salón desierto. Pasaba por delante de la cocina sin mueble ninguno, y dejaba a un lado el destartado cuarto de aseo, donde se remojaba en la tina una vez al mes, a no ser que se topase con un muerto. Allí, cada mañana, se lavaba en una palangana de loza cuarteada y se afeitaba en un espejo roto, tan roto como la vida que cada día le ganaba una partida, una más, a la muerte siempre acechante. Hundía la brocha en el agua y cubría con espuma las marcas de su cara; solo en ese momento de intimidad con su propia imagen, a solas con él mismo en el único instante en el que se prestaba atención al cabo del día, Bruno fantaseaba con la idea de lo que hubiera sido su vida de no haber tenido ese aspecto.

Con las facciones cubiertas de jabón, imaginaba en su rostro esponjado la cara arrogante de Juan Tavares, y en su cabello descolorido creía ver el reflejo del pelo negro de Juan Tavares, y en su mirada sin vida se figuraba el centelleo de los ojos alegres de Juan Tavares. Miraba después a su alrededor: el cristal del espejo partido en una esquina, el esmalte agrietado de la bañera, la oscuridad del pasillo que envolvía la casa a la que apenas llegaba la luz desde el patio interior, y en cada uno de esos detalles representaba también la casa de Juan Tavares, en la que nunca había estado y en la que, probablemente, jamás pondría un pie.

Retiraba despacio la crema con la navaja afilada y tras el gesto reaparecía su semblante, como si fuera un viejo y desagradable conocido: la cara alargada, la barbilla escasa, el mentón huidizo, la piel manchada, el pelo tan rubio que parecía no existir, y tan áspero que, al tocarlo, le hacía pensar siempre que mejor si no existiera. Limpiaba los restos de espuma con una toalla y en unos segundos se reconciliaba con su imagen, con su casa, con su vida entera. Volvía a mirar la bañera, y se sentía afortunado de poder tenerla, aunque estuviera rota y pareciera sucia, porque a pesar de todo sabía de sobra que pocos de su condición podían soñar con un piso propio en el que vivir. La mayoría había de conformarse con repartirse con otros el cuarto de baño en una pensión, y los que tenían dinero, apenas si podían pagar una vivienda construida con materiales de una calidad tan pésima que en cuatro días se vendría abajo, tal como informaban continuamente los periódicos de la ciudad. Él, en cambio, había recibido en herencia aquella vieja casa cerca de las Ramblas, y entre las sombras que se filtraban por la ventana, desde el patio de luces, también se colaban las carcajadas de alguien que paseaba bajo su casa, y creía percibir a veces los olores del puerto, la brisa del mar, las sirenas de los barcos; incluso, en una ocasión, hubiera podido jurar que había escuchado el sonido de las alas de unas gaviotas mientras volaban, batiéndose majestuosas en un duelo contra el viento.

Fue una mañana de domingo, lo recordaba bien. Las campanas de la Catedral anunciaban misa, y él imaginaba a las mujeres apresurando su paso para llegar a tiempo. Bruno tenía los ojos cerrados, y fotografiaba con el pensamiento aquella urgencia casi celestial cuando escuchó el aleteo de las gaviotas; estaba medio

desnudo, pero no reparó en aquel detalle: en lo único que pensó fue en coger la cámara y subir a trompicones los cinco pisos que le separaban de aquel vuelo que, estaba seguro, podría retratar. Cuando le apresaron, como si se tratara de un delincuente peligroso, aún permanecía encaramado en la terraza, dispuesto a capturar la imagen del eco que había percibido desde su casa. Fue detenido por escándalo público, y pasó en un calabozo varios días, en los que no lamentó que le privaran de la libertad, de la higiene o de la comida. En aquellos días de encierro solo sintió no tener su cámara cerca para fotografiar las caras de todos los rufianes con quienes compartió celda.

Poco después de tan bochornoso acontecimiento, su familia le animó a aceptar aquel trabajo de maquinista de cine, fotógrafo y cámara en una ciudad de Brasil de la que nunca habían oído hablar hasta ese momento.

—Es un buen trabajo, y una magnífica oportunidad para ti, Bruno —le dijeron—. Allí podrás dedicarte por entero al cinematógrafo. Conocerás a otra gente, aprenderás nuevas técnicas. Podrás hacer lo que más te gusta sin pensar en qué opinarán los demás sobre ti. Y además, así verás mundo, que nunca has salido de Barcelona y debes de estar aburrido de todas sus calles.

Bruno mantuvo un silencio obstinado y no se dignó ni una vez en responder a aquellas personas casi desconocidas que de pronto habían surgido como de la nada para arreglarle la vida. Sospechaba que aquellos parientes querían alejarlo de sus escasas posesiones para arrebatárselas. Acaso confiaban en que alguien tan enfermizo y proclive a padecer toda clase de dolencias, imaginarias o no, poco había de durar en un país infestado de humedad, mosquitos y epidemias tropicales. Y presentía además que si se empeñaba en permanecer en Barcelona, no dudarían en tacharlo de loco para robarle el piso heredado. Así que se limitó a cerrar la boca y a mirarles con desdén.

Bruno trazó con detenimiento la estrategia de su negativa, pero cinco semanas más tarde pudo ver por primera vez el río Amazonas, acodado en la barandilla del vapor Río Negro que le llevó desde Lisboa hasta Brasil; aún no había desembarcado y ya extrañaba los olores y los ruidos de las callejas oscuras de Barcelona, la luz de las grandes avenidas, el brillo del puerto, los árboles, las montañas, las calles, incluso las gentes a las que siempre había detestado. En la cubierta del barco, Bruno comenzó a añorar cuanto había despreciado durante toda su vida, y en aquel instante decidió quedarse allí solo hasta que zarpase el siguiente vapor, sin importarle las consecuencias de no cumplir su contrato. Entonces no lo sabía, pero aún habrían de pasar años hasta que volviese a ver su ciudad y a reencontrarse con todos sus sueños.

Mientras retiraba con la toalla los últimos restos de espuma que quedaban en su cara, Bruno sonreía, al fin. De todas formas, no era el aspecto lo que le envidiaba a Tavares, por más que en los días tediosos de Santos, entre película y película del

Cinema Amazonas, hubiera reconstruido cientos de veces su imagen perfecta. Tampoco era el dinero, ni su buena mano con las mujeres. Pocas eran las noches en que regresaba solo a su casa, más bien al contrario: de sobra era conocida la asombrosa habilidad del menor de los Tavares para poder disfrutar de la cama con más de una mujer al mismo tiempo. Cuando se marchaba con ellas, cada una colgada de un brazo, Bruno le seguía como un perro fiel hasta una esquina cualquiera, en la que decidía despedirse de su jefe tras la juerga compartida. Siempre sucedía lo mismo, invariablemente, como si ambos formasen parte de un guión ya escrito contra el que fuera imposible sublevarse.

—Pero, Bruno, hombre de Dios, ¿ya te retiras? —Tavares le miraba contrariado, el mismo gesto imperturbable, la misma seña para recordarle a las mujeres que le acompañaban, por si acaso las había olvidado.

—Sí, don Juan. No me siento bien esta noche —se justificaba el cámara.

—Ni esta noche, ni ninguna. Y no me llames don Juan, por favor. Venga, ¿insistes en marcharte? —Bruno asentía—. Todavía no conoces mi casa —Tavares trataba de mostrar su enojo—. ¿Desde cuándo te conozco? ¿Desde que eras un chaval?

Bruno le respondía con la misma respuesta de siempre:

—Desde que empecé a trabajar con usted.

Tavares se aproximaba a él con un dedo levantado.

—¿Te he aconsejado alguna vez algo malo para ti?

—No, por supuesto.

—Entonces, ¿por qué no vienes conmigo? Y no es menester que me trates de usted si no trabajamos.

El otro no contestaba, y el director comenzaba a mostrar su disgusto, ebrio e impaciente por el placer que se retrasaba.

—Eres mi empleado, y te pido, no, mejor... te ordeno, eso... te ordeno que vengas conmigo. A no ser que quieras que te despida aquí mismo y de forma irrevocable. Mira qué bellezas. ¿Por qué no hablas? ¿Acaso me tienes miedo? ¿O es que vas a dejar que yo me haga cargo de todo, otra vez?

Bruno levantaba el brazo en señal de despedida. No, no le tenía miedo. Le conocía desde que ambos eran unos críos; de hecho, Juan era solo unas semanas mayor que él, pero el carácter ingenioso y lanzado de Juan eclipsaba hasta tal punto a Bruno, que el propio Bonet acabó por asumir que Tavares llevase siempre la iniciativa de todo lo que le había sucedido desde la infancia: los juegos, las chicas, las aficiones, la bebida que tomaban, la vida que vivían. Bruno se aficionó a la fotografía y al cine por imitar a Juan, sin imaginar que aquel pasatiempo acabaría convirtiéndose en su único motivo para seguir adelante.

Con todo, Bruno no fue consciente del rencor que sentía hacia Juan hasta que comenzó a trabajar para él como cámara. Cada palabra era para él una ofensa, pues sabía de sobra que en el falso tono amable de Tavares se escondía una humillación. «Buen trabajo», le decía Juan, y en el fondo quería decirle: «Nunca llegarás a nada en

esta vida». «Qué suerte tenerte como ayudante», bromeaba, y en la broma llevaba enmascarado el dardo del odio. «Nunca serás nada sin mí». Eso era lo que la había dicho realmente, aunque solo él fuese capaz de discernir el verdadero sentido de sus palabras. El odio que sentía hacia Juan era el sentimiento más intenso que había experimentado en toda su vida, más fuerte que la angustia, más que el miedo. Por eso se obcecaba en llamarle siempre de usted y en público le mostraba una obediencia que rayaba en la sumisión. No, no le tenía miedo, solo le envidiaba, y sí, iba a dejar que se hiciera cargo de todo, otra vez, aunque ninguna de aquellas respuestas saliese de su garganta enmudecida por el relente de la madrugada y la escarcha del resentimiento, ni esa noche ni ninguna otra.

Cuando la jarana terminaba en un burdel, también acompañaba a su jefe hasta el final: mantenía siempre el mismo vaso en sus manos, y rehusaba la cocaína con un gesto ambiguo cuando se la ofrecían. «Más tarde la tomaré», decía, si le preguntaban. Luego aparentaba estar embriagado de alcohol y saciado de polvos narcóticos, y observaba los movimientos de todos sus acompañantes. Le complacía imaginar que la escena no era real, que todos eran actores, que ni la luz ni las palabras eran fruto del azar, y que en la esquina del cuarto él se escondía tras una cámara, dando vida a todas las personas que se movían en la habitación: el hombre que trataba de conquistar a una muchacha de aspecto cándido, la del cabello rubio y los labios rojos que unos minutos antes había vuelto a aparecer entre las cortinas de color carmesí, arreglándose la falda y seguida entonces de otro caballero. También era obra suya la pareja que se besaba con fingida pasión al otro extremo de la sala en penumbra, él con el brazo acodado en una mesa, ella aferrándose a su cuello, como si en verdad le amase. Y de su imaginación había salido también la mujer que caminaba despacio por el local, deteniéndose un instante en cada una de las mesas, regalando una palabra amable con cada insinuación.

Rechazaba la oferta de Juan Tavares por puro espíritu de rebeldía. Bastante era tener que soportar que alardease de su talento a todas horas como para tener que aguantar que se exhibiese cerca de él, como si quisiera remarcar con su perfección cada uno de los fallos de su propio cuerpo. Se negaba a acompañarle con tenacidad, y después, regresaba al mismo burdel en el que había pasado horas rechazando la compañía de cualquier ramera, solo porque era Juan Tavares quien le sugería que subiese con ella a la habitación. Se acodaba en la barra, como hacían los galanes de las películas que llegaban de América, y esperaba a que las furcias fuesen a buscarle. Las rechazaba con desprecio, una por una, hasta que encontraba con la mirada a la que andaba buscando: a la que había desaparecido tras las cortinas con Juan Tavares unas horas antes.

Todavía recordaba la primera vez que lo hizo. Sin ningún motivo que lo justificase, comenzó a probar nuevas bebidas y no tardó mucho en pagar algunas rondas; luego aceptó una pequeña dosis de cocaína que poco a poco fue en aumento. Derrochó bromas, confidencias y buen humor, para asombro de todos los que le

acompañaban.

—¿Qué celebramos hoy? —preguntó Juan Tavares.

—¿Celebrar? —respondió Bruno—. No hay nada que celebrar. Estoy contento, eso es todo. ¿Tan extraño le parece, don Juan?

—Pues sí, francamente.

—Escúcheme bien, don Juan: para que una persona se sienta contenta no hace falta que sea fiesta. Cualquiera puede ser feliz sin motivo, hasta un pobre desgraciado como yo —Bruno habló con rabia y miró con desprecio a su interlocutor, envalentonado por el alcohol y la droga.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Bruno, pero no me negarás que esta noche estás desconocido —Tavares ignoró el resentimiento de las palabras del cámara—. Sería de lo más normal que hubiese una causa, vamos, digo yo... Así que, deja de mentirme y dime qué es lo que te pasa hoy, hombre...

En realidad, Bruno estaba diciendo la verdad: no había ningún motivo, salvo que había sentido ganas de divertirse y se había excedido con la bebida y el resto de las sustancias. Cuando quiso darse cuenta había pasado de la alegría a la euforia que le volvió locuaz y descarado y le hizo sentir más sed y más hambre de la que recordaba haber sentido en la vida.

—Está bien, Bruno, está bien, te creo, y me alegro de verdad. Ya tenía ganas de verte divirtiéndote, borracho como los demás... —Juan se había acercado hasta él—. Ahora solo falta que te decidas por una de estas lindas señoritas que nos acompañan.

Le miró a los ojos. Sabía que su adversario no era consciente del reto que había lanzado y que él había recogido, pero no dejó que aquello le importunara el momento.

—Eso mismo pensaba hacer, pero lo haré cuando a mí me venga en gana, y no cuando lo decida usted —dijo, sin molestarse en ocultar su enfado.

Tavares se encogió de hombros, cansado de escuchar las impertinencias de su empleado. Hizo un gesto con la cabeza a una mujer con la que se cruzó su mirada, sin importarle si era guapa o fea, alta o baja. La cogió por la cintura y subió con ella la escalinata de mármol que conducía al segundo piso, donde estaban las habitaciones. Bruno permaneció horas sentado en la mesa, hasta que el local se quedó prácticamente vacío, rumiando en silencio su resaca y su pesadumbre, sin saber cómo arrancarse aquella sensación de inferioridad que le humillaba esa noche más que ninguna otra.

—¿Qué haces aquí tan solo? ¿Ya te han abandonado tus amigos?

Bruno entrecerró los ojos para distinguir la cara de la muchacha que le estaba hablando.

—¿Tú no has estado esta noche con Juan Tavares? —le preguntó con la lengua enredada.

—¿Con Juan Tavares? ¿El director de cine? —el cámara asintió—. Sí, me ha invitado a una copa y hemos subido a la habitación... Tú y yo podemos hacer lo

mismo, si quieres...

Por toda respuesta, Bruno la cogió por la cintura y subió con ella la escalinata de mármol que conducía al segundo piso, tal como había hecho Tavares unas horas antes. Mientras caminaba a su lado trató de sonreírle, y lo consiguió. Aquello le dio ánimos: si había sido capaz de forzar esa sonrisa cuando estaba a un paso de echarse a llorar, puede que también fuera posible engañar al resto del cuerpo, y estuvo en lo cierto.

Cuando llegaron al cuarto, ella misma le quitó la ropa. Después, le tomó de la mano y le llevó hasta el bidé, en el que le lavó mientras le susurraba palabras al oído que él no escuchó. «Por favor, no digas nada», le pidió. La muchacha le obedeció. En silencio se quitó la ropa y se mostró desnuda ante él en silencio; en silencio Bruno acarició su cuerpo, y dejó que ella acariciara el suyo en silencio. Por guardar silencio, enmudecieron incluso sus pensamientos, y así fue como Bruno fue capaz de permitir que su organismo cobrase vida independiente; como si lo estuviese observando desde otro cuerpo, vio cómo sus poros se dilataban y dejaban que el sudor se deslizase por su piel hasta mojar la piel de ella, y comprobó de qué manera su lengua era capaz de aventurarse en otra boca, y se asombró de la destreza con la que sus dedos transitaban por otro cuerpo, como si en verdad disfrutase con ello. Desde una esquina de la habitación, como si estuviese soñando su viejo sueño, se vio poseerla, se escuchó gemir, se sintió desfallecer.

—¿Te ha gustado? —le preguntó a la muchacha, tendida a su lado.

—Claro que me ha gustado, me has hecho disfrutar mucho, mi amor.

—Pero, dime, ¿te ha gustado más que con Juan Tavares?

—Por supuesto...

Bruno se apoyó sobre su codo para mirarla de frente.

—Dime la verdad —le rogó—. ¿A él también le has mentado? Te pido que ahora me digas la verdad, y si lo haces, te daré una buena propina.

—¡Esto es lo más extraño que me han pedido esta noche! —exclamó.

Bruno le ofreció su cartera para que ella misma cogiese el dinero. Agarró un par de billetes y le sonrió antes de responder.

—Juan Tavares es un hombre muy atractivo, pero cuando paga a una mujer no es para hacerla disfrutar, sino para disfrutar él. Es más agradable estar con él que con un hombre viejo o con un hombre feo... No te lo tomes a mal, no lo digo por ti. Pero Juan Tavares no es el mejor, ni es el que más me ha hecho disfrutar. Así que, también le he mentado. En realidad, todas le mentamos.

Durante mucho tiempo, Bruno Bonet continuó con aquella extraña venganza contra su jefe; fingía ignorarle toda la noche y más tarde regresaba al burdel en el que habían estado para hacer suyo el cuerpo que el otro ya había poseído, y arrancaba de los labios de aquellas fulanas la misma confesión: él era sin duda el mejor de los dos. Quien no tiene mucho por fuerza ha de conformarse con poco, pensaba Bonet, y esa absurda artimaña le bastó para ajustar cuentas con Juan Tavares hasta el día en que la

vio por primera vez.

Ella tenía el cabello negro, las caderas estrechas y los hombros suaves. Bruno avanzó hacia ambos y sintió el irrefrenable deseo de extender su brazo hacia la mujer que acompañaba a Tavares para comprobar que era real.

Tavares se anticipó a sus intenciones.

—Aquí está Bruno Bonet, ¡por fin! —voceó. Miró a la mujer y palmeó la espalda de su empleado—. He aquí al hombre más aburrido con el que se habrá encontrado usted nunca, Candela.

La joven se volvió para observarle, y le sonrió.

—Mucho gusto, caballero.

Bruno cayó fulminado por la extraña armonía de aquellos ojos y aquella sonrisa. Ella le tendió la mano y él fue incapaz de responder ni de palabra ni de obra, y de hecho, durante mucho tiempo, perdió la capacidad para hacer otra cosa que no fuera pensar en esa mujer.

Unos minutos después, la joven se retiró con Tavares y horas más tarde, repitió el recorrido del brazo de Bruno Bonet.

Apenas hablaron; Bruno, por vergüenza, y Candela, por desgana. Ella se abandonó a las caricias de él, y aún sabiendo que fingía, Bruno se acomodó en su cuerpo de hombre al mismo tiempo que poseía el cuerpo de aquella mujer, como si reconquistara un espacio que le hubiesen arrebatado y que en justicia le pertenecía. Se apoderó de su propia piel, de su propia lengua, de sus propios labios, de su propio sexo. Se convirtió en su único dueño, más allá de complejos y de rarezas, al mismo tiempo que acariciaba y se dejaba acariciar, y chupaba y se dejaba chupar, y exploraba en todos los huecos que encontraba abiertos y ofrecía los suyos para ser igualmente explorados; capturó su espíritu, que hasta entonces se le había mostrado esquivo, cada vez que la penetraba, más de él que nunca cuanto más se hincaba en ella, tan de él que cuando todo terminó no quiso ni preguntarle si había sido mejor que Juan Tavares.

Volvió a buscarla en varias ocasiones, para cerciorarse de que lo que había ocurrido la primera vez que la vio no había sido fruto de su imaginación; acudía siempre solo a la estrecha callejuela y cruzaba la puerta sobre la que se anunciaba *madame* Giselle. Se colocaba en un lugar discreto en el que se creía a salvo de todas las miradas y desde su escondrijo confirmaba que, en efecto, todas sus sospechas eran fundadas, con una música suave rondándole la cabeza. «Conozco esta música», pensaba extrañado. Y tanto que la conocía, aunque durante un tiempo no fue capaz de identificarla.

Admiraba su cabello negro, sus labios, sus manos pequeñas. Adoraba su extraño acento extranjero, cada vez de un país distinto sin que nadie reparase en ese detalle; su mirada altanera, como si estuviera allí por su propio gusto, como si no le importasen las manos que la tocaban, los labios que la besaban, los hombres, en suma, que invadían su cuerpo sin ser conscientes de lo que realmente suponía. En

cambio, a él le entusiasmaba su risa, el eco dulce de su voz que permanecía capturado en el aire aún después de que ella hubiera callado, sus ojos rasgados, su modo de andar, su desnudez y su ingenua impudicia.

Bruno se sentía desconcertado por aquel sentimiento de profunda admiración hacia una joven capaz de fingirse virgen varias veces en la noche, y de convertir en ciertas todas sus innegables mentiras cada vez que sonreía; no acertaba a comprender cómo era posible que únicamente él hubiera caído rendido ante ella, hasta el punto de que lo que más le dolía al pensar que otros hombres se acostaban con Candela era el hecho de saber que ninguno de ellos era capaz de admirarla como merecía. Pensaba tanto en ella que descuidó su trabajo, dejó de comer y tuvo problemas de sueño, pues no podía ni siquiera dormir pensando en el modo de conseguir más dinero para pagar por Candela.

Y fue justo entonces cuando Juan y Gumersindo Tavares le mandaron llamar con urgencia. Le convocaron a las cinco de la tarde en un café de las Ramblas, muy cerca del Liceo y casi al lado de su casa. Llegó puntual, y los encontró circunspectos, sentados en la mesa, sin mirarse y sin hablar entre ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras tomaba asiento—. ¿A qué vienen estas caras?

Juan carraspeó y Gumersindo comenzó a hablar en voz baja, como si revelase un secreto.

—Verás, Bruno, se trata de un asunto de máxima discreción. De discreción absoluta —Bruno asintió en silencio—. Tú sabes que en los últimos años las costumbres se han relajado mucho, ¿me comprendes? La gente sale, bebe, se divierte... en fin, qué te voy a contar. Estamos en los años veinte, ¿no es así? Ahora todos quieren pasarlo bien, y para animarse, cualquier cosa es buena, eso lo sabes también.

Gumersindo detuvo la conversación un instante para tomar un sorbo de café. Luego continuó hablando.

—Muchas noches hemos visto juntos algunas películas, ¿recuerdas? Películas sicalípticas, me refiero. La mayoría se graban fuera del país, pero de un tiempo a esta parte, también se están rodando algunas en Barcelona, supongo que lo sabes también. Nosotros siempre hemos hecho cine serio, cine de argumento, cine de verdad... y tú has colaborado siempre con nosotros. Eres nuestro empleado más leal. Por eso queremos que estés con nosotros en este proyecto.

—Los dos confiamos plenamente en ti —Juan palmeó la espalda de Bruno.

—Hemos recibido un encargo. Un encargo de una importancia capital: una persona cuya identidad no puedo revelarte por tu propia seguridad, desea que nosotros hagamos una de estas películas para él. Hemos aceptado, y queremos que tú seas nuestro cámara.

IV

El día más largo

Estaba molesta: eso era evidente. No había parado de moverse inquieta desde que se acomodó en la silla que el camarero le había apartado de la mesa. Ella pareció carraspear, sin atreverse siquiera a dirigirle la palabra al mozo, ni mucho menos la mirada.

—Pero siéntate, mujer. No seas tímida: aquí nadie te va a comer —le diría el caballero, guiñándole un ojo con complicidad e imitando el silencioso rugido de un tigre—. De momento, al menos.

Le observó con detenimiento: el bigote fino, el pelo engominado, la expresión ufana. En la solapa de la chaqueta lucía un clavel reventón que hacía juego con el chaleco cruzado que apenas dejaba entrever una camisa blanca, impecablemente planchada.

—Qué manos tan lindas tienes... —murmuraría, acercando las suyas para rozar los dedos de ella—. Dios no ha debido traerlas a este mundo para tareas tan ingratas... Suerte que yo les tengo reservadas otras mucho mejores —levantó una ceja y sonrió—, para los dos, querida.

Ella retiró la mano, avergonzada, y jugueteó con la copa de cristal en la que no tardarían en servir el vino elegido por él. También el caballero escogió la comida para los dos: *potage bisque d'écrevisse*, *filets de soles au vin blanc*, *poules sautées à la Valenciènne*, *pouding au Sabayon* y *petites caisses de Chantilly*. Ella parecía mareada solo al escuchar esa cantidad de nombres que sin duda escondían tras ellos unos manjares tan exquisitos que ni en sueños se habría atrevido a probarlos.

—Es la primera vez que vengo a un restaurante —le diría, con expresión tímida.

Él no dejó de hablar, pero hacía un buen rato que ya no le escuchaba. Se entretenía mirando al resto de los comensales, las gotas de cristal finísimo de la lámpara que colgaba del techo, los trajes de las mujeres, las cadenas de los relojes que asomaban del bolsillo de los hombres. Se revolvió en el asiento.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntaría él.

—Solo tengo quince años. Tenga compasión de mí —le suplicaría ella, bajando la mirada, avergonzada—. Mi amo me amenazó con despedirme si no venía con usted.

—Te despedirá si sigues planchando tan mal las camisas —se levantó una solapa de su chaqueta y le mostró los restos de la quemadura de una plancha—. De alguna manera tendrás que compensarme.

—Discúlpeme —le interrumpiría ella—. Me siento mal, creo que he de ir al lavabo.

Él se levantó, ceremoniosamente.

—Querida, cuánto lo siento. Debe de ser por el corsé: esa cintura deliciosa ha de merecer un gran sacrificio, sin duda. ¿Llevas sales en el bolso? —ella negaría con la cabeza—. No importa: un poco de agua fresca te irá bien. Eres tan joven, querida, tan joven... y tan hermosa. Ve, pues, ve, pero no me hagas esperar tu regreso. Vuelve pronto, te lo ruego.

Mientras avanzaba por el pasillo, trató de dominar sus pasos para que no delataran su precipitada huida; preguntó por la puerta trasera al camarero que les había atendido, mas en su ofuscación terminó confundiendo la salida con la entrada a la cocina. Así fue como se encontró con él: buscando su libertad y atraída por unos aromas tan deliciosos que al punto le provocaron el ansia de probar todos los platos que él preparaba.

El cocinero la miró, divertido al comprobar su turbación, y se acercó hasta ella lentamente.

—Señorita —le diría—, ¿tiene usted algún problema con la comida que ha pedido?

—No, señor —ella le devolvería la mirada con fingido aplomo y añadiría—: No tengo ningún problema, porque no he probado aún ninguno de los manjares que usted prepara.

La soberbia le duró justo lo que él tardó en cruzar la distancia que les separaba. Entreabrió la puerta de la cocina y observó el comedor. Después se volvió hacia ella y sonreiría.

—Pues ya puede regresar: sus platos están en la mesa, y, además, su acompañante parece inquieto.

Antes de responder, ella se aclaró la garganta y se alisó la falda del vestido con ambas manos.

—Verá, en realidad no voy a volver. Quiero irme de aquí: he entrado en su cocina por error, y le pido disculpas. Estoy buscando la salida.

El cocinero pareció contrariado.

—¿Cómo? ¿Es que acaso piensa marcharse sin tomar absolutamente nada? No puedo permitir que haga usted semejante cosa, señorita.

—No voy a volver a la mesa, le digo —repetiría.

—No es necesario que vuelva. Puede tomar lo que quiera aquí mismo —apartó de una manotada las sartenes, las cazuelas y el resto de utensilios de cocina, colocados sobre una gran mesa de madera—. Aquí mismo, sobre esta mesa.

Ella insistió en su protesta:

—No tengo con qué pagarle —susurraría.

—¿Pagarme? —él la miró a los ojos y acarició su mejilla con la mano—. Tiene usted la piel de seda. Quédese. Quédese y pruebe mi comida. Esa será mi mayor

recompensa, viniendo de usted.

La llevó del brazo hasta los fogones de la cocina, donde algunos guisos terminaban de cocerse. Unos cazos exhalaban humo, otros desprendían olores que anunciaban su exquisitez, y todos sin excepción resultaban tan apetitosos a la vista que ella tuvo dificultades para contener sus impulsos y emprenderla con cualquiera de los platos que él le mostraba. Se pasó la lengua por los labios mientras él comenzaba a explicarle la elaboración de las recetas cuyo resultado eran los manjares que tenía delante.

Él volvió a mirarla, como si fuera a proponerle una travesura.

—Venga conmigo. ¿Tiene hambre? —le preguntaría.

—Sí, la verdad es que estoy hambrienta, y también algo mareada.

—Debe de ser por el calor de los fogones, y por tantos olores mezclados. No se asuste. Permítame —la tomó de la cintura, y sin esfuerzo, como si recogiese a un pequeño pájaro recién caído del nido, la subió a la mesa de roble que antes había despejado para ella—. Además, va usted muy abrigada ¿Me permite, de nuevo?

El cocinero le aflojó despacio el nudo de la pequeña corbata que adornaba el cuello de su vestido color crema, y a continuación desabrochó los primeros botones de la camisa, que dejaron parte de su pecho al descubierto. Depositó sus manos justamente allí, y allí mismo las dejó descansar no más de un par de segundos, un tiempo que resultó suficiente para que la joven advirtiera el color de los ojos almendrados del jefe de la cocina, y reparara también en sus labios gruesos, en contraste con el fino bigote con el que se adornaba el rostro. Miró también el cabello cárdeno, que de tan negro parecía morado, los hombros fornidos, los brazos velludos y fuertes que asomaban por debajo del delantal blanco, arremangado hasta los codos. Se detuvo en observar los dedos, largos y afilados, rematados por unas uñas romas e inmaculadamente limpias. Y justo en aquella demora reparó en que una de las manos de él descansaba todavía sobre su pecho agitado.

—Caballero, por Dios, ¿qué pretende usted?

Lo dijo con la vista fija en el piso, y tal vez fue ese el detalle que eliminó de su queja cualquier atisbo de reproche, hasta convertirla casi en una súplica.

Como respuesta, el hombre no solo no se retiró del lugar en que se hallaba, sino que aprovechó para acercar la otra mano hasta su pelo. Con destreza, aflojó el moño con el que mantenía sujeta una cabellera azulada y que resultó ser una melena larga y rizada que caía sobre su espalda. Ambos permanecieron en silencio, ajenos al trajinar del comedor. Y en silencio, ella le permitió que jugueteara con las guedejas de su cabello suelto, le dejó que hundiera en el pelo su cara para empaparse con su olor, y deseó que los dedos que hasta entonces habrían permanecido quietos sobre su pecho recorriesen la distancia que mediaba entre sus caderas y sus muslos. Con su propia mano acompañó la de él cuando la introdujo por debajo de la larga falda de su vestido y le acarició las piernas, cubiertas por unas medias de seda que horas antes habría robado del taller de planchado de ropa, ignorante de todo cuanto más tarde habría de

sucedarle. Por ignorar, ignoraba incluso hacia dónde se dirigía su compañero en tan atrevida caricia, mas de inmediato lo supo.

La observó con expresión traviesa y frenó su movimiento cuando recorría con diligencia el revés de sus muslos.

—Soy un desconsiderado, y le pido perdón —ella le miraría desconcertada—. Había olvidado que tenía usted hambre.

Le dio de comer de su mano cada uno de los platos que el caballero había demandado para ella. Le dio de beber de su boca el vino que el viejo había encargado también, y entre plato y plato complació el único de los ruegos de su compañera de mesa. «Tengo calor», dijo ella, aunque nadie pudiera oírlo.

«¿Cuánta?», le preguntó él. «Mucha». Por eso la desnudó.

En primer lugar le quitó la camisa, y a esta le siguió la falda, larga, y los botines. «¿Sigues teniendo calor?» «Mucha. Algo me quema por dentro», sería su respuesta. Así que le desabrochó el corsé, le bajó las medias, la liberaría de las enaguas, y como en su mirada encendida pudo comprobar la insistencia de su ardor, le quitó también los calzones con los que únicamente permanecía cubierta su desnudez. La miró, embrujado, y en prueba de su éxtasis se arrodilló frente a ella, con la cabeza gacha y las manos juntas, como dando gracias al cielo por tanta belleza, y cuando hubo terminado con su plegaria, continuó revelándole los secretos de su cocina.

Le enseñó las salsas que más le agradaban, y para compartirlas con ella como la ocasión merecía, las cató todas en el improvisado plato en el que convirtió su cuerpo, deslumbrante y agitado. De sus pechos lamió salsa de jerez, y en su ombligo se empapó de la de champán. Humedeció su sexo con aliño de *brandy*, y regó su trasero con la crema bearnesa, hasta que no quedó parte alguna de ella que no hubiera sido lamida, comida y chupada por la boca y la lengua de él.

Él todavía estaba vestido, pero ella no encontró resistencia alguna cuando se incorporó para desnudarlo. Con los olores cremosos prendidos aún en sus manos, repitió uno a uno los pasos que él había recorrido antes sobre ella. Le tumbó sobre la mesa, le preguntó si tenía calor, y cuánta, le desvistió con dedos temblorosos por la excitación, y recorrió con su lengua el cuerpo entero de él. Lamió sus labios, el lóbulo de sus orejas, el cuello, el pecho, las piernas, y hasta los pies. Le besó después en la boca, mientras escogía las salsas con las que conocer su nuevo sabor.

—¿También tú vas a probarme?

—Ya sé a qué sabes. Prefiero reservar tus caldos para otros menesteres —le respondería al oído.

Untó con salsa su verga, y la acarició con ambas manos, despacio, primero, rápido, después.

—¿No sientes curiosidad por su sabor? —él parecería tener la voz entrecortada por la excitación.

Ella sonrió, y para responder a su pregunta examinó con la lengua su piel bañada en el caldo.

—Es un sabor sabroso. Sabroso y amargo. Pero todo esto sirve para muchas más cosas —anunciaría.

Para demostrarlo, aliñó de nuevo su sexo y el de su compañero con las salsas que él había preparado, y montó sobre él a horcajadas. Rodaron por la mesa en una francachela de besos y caricias. Intercambiaron sudor y saliva, y coincidieron en llamarse con nombres diferentes a los que los dos tenían. Ella se acomodó en su cuerpo, y dejó que fueran sus manos las que dispusieran el lugar exacto que ella debía ocupar: sobre él, bajo él, de rodillas, sentada, de pie, tumbada sobre el costado. Dejó que entrase en ella por cualquier lugar por el que encontrase acceso, y no permitió que de su boca saliesen más que gemidos cuando él comenzó a acariciarle el trasero y lo cubrió con salsas cremosas, ni cuando separó sus nalgas y la penetró.

—¿Tienes calor? ¿Tienes calor ahora? —él sentiría cómo ella reconocía su ardor cuando comenzase a mover las caderas—. Así me gusta, y a ti también, que tengas calor, que comas todas mis salsas. Pero hay todavía una que aún no has probado.

Ella le suplicó: «Dámela, dámela, rápido», y como él no había sido capaz de negarle ni uno solo de sus caprichos, salió de ella y se derramó sobre su boca, para que su amante paladease el mejor de los sabores con los que podía obsequiarla.

V

La noche más larga

El sonido del proyector se detuvo de pronto, y una luz tenue iluminó la sala. Todos guardaban silencio. Candela todavía no podía creer cuanto había visto y apenas tuvo tiempo de ocultar su turbación cuando la lámpara del salón de los Tavares alumbró la estancia. Aun avergonzada, observó de reojo a Oriol, cuya expresión reflejaba de forma inequívoca su vanidad. Se había gustado. Mucho, además. De eso no cabía la menor duda.

En el otro extremo del salón, Bruno se entretenía mirando un retablo que colgaba de la pared, aparentemente ajeno a lo que acababa de suceder. Juan se levantó para acercarse hasta él, y aprovechó la circunstancia para extraer un pañuelo de su chaqueta y limpiarse unas gotas de sudor imperceptibles que habían aparecido sobre su frente coincidiendo con la última escena de la película.

—Vaya, veo que te gusta el arte —se dirigió a Bruno en voz baja—. Tanto tiempo juntos, y es como si no nos conociésemos... Es una tabla románica. Tiene varios siglos, y un valor incalculable.

Bruno respondió con indiferencia. Ni siquiera hubiese alzado la vista de la pintura si Gumersindo Tavares no se hubiera levantado ruidosamente de la butaca en la que hasta entonces había permanecido sentado. Se aproximó hasta el ventanal e imitó a su hermano: retiró el sudor de su frente y de su cuello con un pañuelo, y después se volvió hacia los demás. Miró a Juan, todavía al lado de Bonet, y desvió la vista hasta el sillón en el que Oriol parecía sentirse tan cómodo como si estuviera en su propia casa. Contempló también a Candela, a quien habían invitado a la proyección por deferencia con *madame* Giselle, pero no fue capaz de soportar la mirada de sus ojos rasgados por mucho tiempo.

En su mano sostenía una copa de jerez, y la elevó hacía ellos, en indudable gesto de elogio.

—Han estado ustedes muy bien —les dijo.

Juan le miró, enojado.

—¿Cómo que han estado muy bien? ¿Solo eres capaz de decir eso, Gumersindo? Ha sido algo magnífico —se dirigió a los otros cuatro, en cierto modo emocionado—. Soberbio. No puedo decir más. Señores, señora, señorita: hemos hecho historia.

—¿Cómo que hemos hecho historia? —Candela parecía indignada—. ¿Quién va a tragarse semejante cuento? Nadie entra así en una cocina. ¿Quién se va a creer que yo

tengo quince años? Y esa es otra cosa, porque ella, ¿no era joven y pura? ¿No se supone que era virgen? —les miró. Los demás asintieron—. ¿Cómo es que entonces se comporta de esa manera con el cocinero? Sin mediar palabra, no se dicen nada, y, ¡hala!, a follar como si ella no hubiera hecho otra cosa en la vida. Y luego, el pequeño detalle de que ni un solo camarero entre en la cocina en todo el rato que ellos están allí... Esto no hay quien se lo crea. Nadie en su sano juicio verá esto con buenos ojos. Lamento decirlo, Gumersindo, pero la historia que vamos a escribir va a ser bien corta.

Juan sonrió.

—¡Ay, querida! No tienes ni la menor idea de qué estás diciendo. Las personas que van a ver esta película, los que nos han encargado esta película, no buscan un buen argumento. No les importan los errores que hayamos podido cometer Juan y yo en la dirección, o Bruno en la cámara. No es eso lo que buscan. Buscan un cuerpo magnífico como el tuyo, unos pechos firmes como los tuyos, un culo glorioso, como el tuyo. Y otros buscan también un hombre como Oriol. Quieren ver su vigor. Quieren ver su sexo. Quieren excitarse con su prodigiosa manera de hacer el amor. Eso es lo que quieren, y eso es lo que nosotros hemos querido darles: excitación —mientras hablaba, se acercó hasta Candela hasta situarse a su lado. Tomó la mano de ella y la puso sobre su bragueta—. Y como puedes ver, lo hemos conseguido.

Candela mantuvo su mano sobre el abultado pantalón de él hasta que el propio Juan la retiró.

—Y ahora, queridos amigos, salgamos a celebrarlo. Vamos todos. Esta ha sido la primera vez, pero después de haber visionado la película, algo me dice que seguiremos escribiendo juntos la historia del cine sicalíptico en este país.

Nadie pareció creerle, pero Juan Tavares tenía razón.

Aquel fue un día largo y, como no podía ser de otro modo, larga fue también la noche que le siguió. No era la primera que Candela vivía hasta el alba, y tampoco en aquella ocasión hizo nada que no hubiera hecho en otras noches, por más que no bailaran en los salones de *madame* Giselle, ni sus ostentosas cortinas de encaje y brocados atestiguasen el movimiento sensual de sus caderas, de camino a cualquiera de sus habitaciones ni a cualquiera de sus reservados. Como tantas veces, Candela coqueteó con cuantos hombres tuvo a su alcance, aunque esa noche, la noche larga, tan solo provocó a los hermanos Tavares, más que nada, por respeto: no en vano acababan de sellar una relación profesional de la que todos saldrían bien parados. Brindaron por eso también, repetidas veces además.

Cuando abandonaron la casa del mayor de los hermanos Tavares, Candela aún no las tenía todas consigo sobre el éxito de aquel trabajo: hacía muy pocos años que el cine había comenzado a popularizarse, y era un negocio prácticamente nuevo, hasta el punto de que todavía había quien pensaba que la cámara era capaz de robar el alma

a cuantos se ponían delante de ella. Por si eso no era suficiente, no abundaban los actores que se atrevieran protagonizar películas pornográficas y los directores se veían obligados a recurrir las actuaciones de prostitutas, chulos y clientes que no tuvieran miedo de la justicia. Esa era la causa de que, en la mayor parte de los casos, mujeres inmensas, de caderas infinitas y pechos caídos, acabaran engullendo entre de sus carnes a los galanes, por lo general escuálidos y con aspecto enfermizo, que las acompañaban en la escena.

Aquellas películas picantes, con argumentos tan parecidos al que ella y Oriol habían protagonizado por primera vez, se proyectaban a menudo en los lupanares de más prestigio de todo el país. La propia *madame* Giselle había organizado algunas de aquellas sesiones en su local. Y no era la única: en otras casas de citas, con las luces apagadas, los hombres contemplaban entusiasmados las historias de jóvenes inocentes que perdían la virginidad mientras acudían a buscar consuelo espiritual a la sacristía de una iglesia, o se excitaban hasta la fatiga con las interminables bacanales de un doctor que atendía a sus pacientes femeninas de un modo poco corriente. Candela también había presenciado algunas de aquellas proyecciones, y agazapada tras los visillos había podido ver damas barrigudas y culonas revolcándose con hombres, mujeres, y animales en toda clase de posturas y de situaciones. Después de la película, Candela y las demás abandonaban a toda velocidad su escondrijo y acudían al salón principal de *madame* Giselle, donde poco después eran literalmente raptadas por los caballeros que habían asistido al pase de la cinta.

Precisamente, esa fue una de las principales razones de su negativa cuando le propusieron protagonizar la primera película, pero Juan Tavares no tardó en encontrar motivos para convencerla.

—Vamos, Chinita, no estarás insinuando que la nuestra vaya a ser un sinsentido como lo son las demás... —Candela sostuvo su mirada, pero no se atrevió a contrariar al director—. Ignoro los motivos que te han hecho acabar en el salón de *madame* Giselle, no se ofenda, *madame*, ya sabe que la suya es para nosotros la mejor mancebía del mundo entero, y no tengo que recordarle la admiración que todos sentimos por su Candela —Juan se anticipó al mohín de fastidio de *madame* Giselle y continuó dirigiéndose a Candela—. No sé cómo has llegado hasta aquí, pero se percibe que eres una mujer de cierta cultura. Sin duda habrás oído hablar de los hermanos Tavares, de nuestras películas —Candela y *madame* Giselle reconocieron que Juan estaba en lo cierto con un gesto de la cabeza—. ¡Pues entonces, querida! ¿De qué sientes miedo? Tú tienes un cuerpo regio, digno de cualquier película de calidad, y tu pareja no tendrá nada que ver con los mequetrefes que actúan tan nefastamente en las demás, sin ningún tipo de clase, ni de gusto, ni de pudor. Este, hasta podrá enseñar el culo, no te digo más.

Madame Giselle y Candela rieron con ganas, y Gumersindo, fiel admirador de cualquier tipo de belleza, enmudeció para contemplar de nuevo la hermosura de la joven. Observó el cabello negro y suelto, y se maravilló con el modo en que los

caracoles oscuros se replegaban sobre sí mismos hasta enmarcar el óvalo perfecto del rostro de ella, como si Dios hubiera pretendido representar en su cara una obra de arte. Tenía la tez morena, y sus ojos negros empequeñecían de manera prodigiosa cada vez que sonreía. Por desgracia, aquello ocurría en pocas ocasiones, pero aun así, desabrida y ceñuda, poseía un donaire que nunca había sido visto en toda Barcelona, hasta que sin saber muy bien cómo, vino a dar al lupanar de *madame* Giselle. Entre sus incontables atractivos, destacaban los labios, gruesos y apetitosos, los pómulos marcados, los pechos, firmes y tan poderosos que habían sido los auténticos culpables tanto de la fortuna de *madame* Giselle como de la desgracia de algunos hombres hasta entonces de provecho, que habían enloquecido por el amor no correspondido que sentían hacia la inalcanzable Candela Galán, y que se habían expuesto a la ruina, a la desgracia y, lo peor de todo, a la mofa de la sociedad que en ningún caso perdonaba un desliz semejante.

Los planes que *madame* Giselle había trazado para ella cuando la recogió de la calle, literalmente, habían dado su fruto. Tal como planeó, su imponente físico y su altanero desdén habían dado pábulo a docenas de rumores. Contaban de Candela que procedía de una de las familias más ricas de todo el Perú, y que por sus venas corría la sangre de una princesa inca, aunque también había quien aseguraba que de regreso de La Habana había coincidido con ella y con el amante que la abandonó nada más llegar al puerto de Barcelona, y no faltó quien se jactó de la confesión que la joven Candela le hiciera entre lágrimas después de compartir una noche de sexo tierno al tiempo que apasionado: su familia era pobre como las ratas y ella había acabado como pupila de *madame* Giselle en un denodado intento por huir de la miseria; en realidad hubieran podido escribirse varios libros con los diferentes cuentos que circulaban en la ciudad sobre las causas que la habían hecho desafiar al océano, en esto sí estaban todos de acuerdo, para convertirse en puta, aunque nadie sabía a ciencia cierta cuál era el motivo verdadero de su llegada a Barcelona. Realmente, nadie confiaba en llegar a saberlo nunca, pero más allá de cualquier teoría que explicase la presencia de Candela en aquel lugar acostumbrado a la belleza y a la generosidad con la que las mujeres se exhibían ante los hombres, la admiración que causaba Candela era incuestionable.

Pensando todo aquello andaba Juan Tavares cuando reparó en las diminutas pecas que colmaban la nariz de Candela y que se resistían a desaparecer bajo el maquillaje de la muchacha. «Qué linda niña debiste ser, Candelita». Quiso decírselo, pero acalló aquel impulso y continuó tratando de persuadir a Candela del provecho de su idea.

—Y además, hay un detalle que no has tenido en cuenta. Sabes bien que muchas de estas películas se exhiben en los propios burdeles, burdeles de clase, no en cualquier lugar. Y siempre ante un público dispuesto y curioso, que eso tampoco hay que olvidarlo.

—Pero, Juan, no olvides que hace tiempo que algunos cines de la ciudad proyectan estas mismas películas cuando acaban las sesiones respetables. Y las

invitaciones no son una ganga —objetó *madame* Giselle.

—Por supuesto, eso es verdad. Pero se trata de películas en su mayor parte extranjeras, casi siempre de Francia o de Alemania, auténticos maestros, por cierto. Sin embargo, yo no estoy hablando de esas. Los extranjeros nos llevan siglos de ventaja en todo: cuando nosotros todavía estábamos escandalizados con la visión de una corista que se buscaba una pulga en el camisón, ellos ya estaban rodando verdaderas maravillas. El español es un pueblo de papanatas, y eso nos va a costar un retraso incalculable.

—Juan —dijo Gumersindo—, haz el favor de no perder el hilo de lo que estás diciendo, porque de lo contrario no terminaremos nunca.

—Es cierto. Les pido disculpas, señoras. Yo les estaba contando el reto que para nosotros supone rodar una película de estas características, una película de calidad. Y para esta, para la nuestra, la única salida no será ni las proyecciones en los burdeles ni en los cines de madrugada. Existe una puerta que se abre para los nuevos creadores, para aquellos que no tienen la mente obtusa, y nosotros entraremos por ella. Hay personas que piden expresamente a un profesional que realice un trabajo de esta envergadura. El cinematógrafo es algo nuevo, que apenas da sus primeros pasos, y que por eso avanza de manera rápida. Eso entraña un serio peligro, y es que cualquiera se cree que con una cámara en la mano puede hacer películas... ¡Ignorantes! El cine es arte, arte en movimiento, y eso pocos lo saben captar.

Juan miró a su hermano en busca de aprobación, y este tomó la palabra.

—Nosotros no somos amigos de la falsa modestia, para qué te vamos a engañar. Gumersindo y Juan Tavares son los mejores directores de cine que en estos momentos tiene el país. Hemos trabajado con las mejores actrices y los mejores actores: Isabel Reina, La Bella Julia, Ana Magna, Vicente Abad, Miguel Real... Supongo que habrás oído hablar de todos ellos, y que más de una vez habrás ido al cine a ver una de nuestras películas.

—Claro que sí, ¿por quién me toman? Yo no vivo fuera del mundo, así que no me hablen como si fuera estúpida, ustedes saben de sobra que lo que yo soy es puta, no idiota —protestó Candela.

—No te enfades, Chinita, que si lo decimos así es porque queremos que entiendas por qué dos directores de nuestra categoría vamos a adentrarnos en este tipo de películas en el que nuestro trabajo quedará más que nunca en la sombra. Nadie sabrá que esta obra es nuestra, ni tampoco las que vendrán después, porque esta no será la última, de eso puedes estar segura —Juan bajó la voz—. Esta película es uno de esos encargos de los que te hablábamos hace unos instantes. Alguien muy importante nos ha hecho una petición en nombre de otra persona más importante todavía. No puedo decirte nada más. Ellos nos han dejado total libertad a la hora de trabajar, pero nos han impuesto dos condiciones. Una, es que hemos de hacer una buena película, nada que ver con las basuras que están rodando otros. Y la otra condición, Candela, es que la protagonista debías ser tú.

Candela guardó silencio, impresionada, y *madame* Giselle le dirigió un gesto de complicidad con la mirada.

—Está bien —dijo al fin la joven—. Me han convencido. Pero ahora quiero que me expliquen quién será mi compañero, y sobre todo, cuánto dinero voy a ganar con el trato.

Por el trato fue por lo primero que hicieron chocar sus copas en aquella noche, varias semanas más tarde de aquella primera conversación. Brindaron por él después de empaquetar con papel de estraza el rollo de la película y dejarlo a buen recaudo tras el cuadro de un antepasado de los hermanos Tavares. A la mañana siguiente, Gumersindo partiría hacia Madrid para entregar en mano el resultado final del pedido al misterioso sujeto que lo había encargado. Por él brindaron en segundo lugar, y repitieron el brindis cuando el alcohol dejó paso al opio y la cocaína que *madame* Giselle les había obsequiado tras rechazar la invitación para acompañarles a festejar el fruto de aquel trabajo.

—Ya saben que yo no dejo jamás mi salón.

Gumersindo se acercó a la mujer.

—Vamos, *madame*, una noche como esta bien podría hacer una excepción —replicó el director.

—He hecho ya muchas con ustedes, aunque no lo crean. No solo no salgo de mi casa, sino que no frecuento la compañía de nadie, ni dentro ni fuera de mi negocio. Tengo por costumbre no relacionarme con más ser humano que con mi sirvienta. Ni siquiera tengo trato con mis pupilas, a las que solo veo personalmente cuando voy a decidir si van a quedarse conmigo, Candela puede confirmar mis palabras: hace más de dos años que no nos veíamos las caras, ¿no es cierto? —la joven asintió con una leve inclinación de la cabeza—. De no ser por la categoría de este encargo, no hubiera aceptado recibirles, aunque me alegro de haberlo hecho —les sonrió—. Pero no se enojen, caballeros, se lo ruego. Y acepten este pequeño regalo, para que lo disfruten a mi salud esta noche.

Bruno también trató de rehusar aquella velada con varios pretextos distintos, que al final eran el mismo: estaba cansado, excitado y angustiado por los últimos acontecimientos.

—Esta vez, Bruno, no te voy a consentir que nos abandones por nada del mundo —la voz de Tavares sonó afectuosa y firme al tiempo—. No vamos a admitir ni una sola de tus excusas, ¿no es así, Chinita?

—Claro, Bruno, venga con nosotros.

Candela lo tomó del brazo. Bruno cerró los ojos.

Cerró los ojos y los mantuvo cerrados la noche entera, para no ver cómo el amor de su vida acariciaba a Juan Tavares con las manos, con la mirada, incluso con el tono de su voz. También coqueteó con Gumersindo, pero aquel detalle apenas si le

importunó: solo mantuvo cegada la vista para no mirar a su eterno rival y para recordar eternamente el roce de la mano de Candela sobre su chaqueta. «Ven con nosotros», había dicho, y aquel breve instante de complicidad fue suficiente para que Bruno aspirase de lleno todo su olor: con aquel gesto, tenía bastante. Por eso quiso dejar los ojos cerrados a la realidad que pasaba frente a ellos. Bruno sabía que ese empecinamiento en desviar la mirada de lo que estaba ocurriendo era aún más lamentable que el atreverse a afrontar los gestos maliciosos que Candela le regaló a Juan aquella noche, los guiños, los arrumacos con los que trataba de excitarle, pues en su imaginación, los besos, los abrazos y la pasión que desprendían los ojos de Candela al mirar a Tavares era tan real que llegó a producirle un sufrimiento físico más doloroso que cualquier enfermedad inventada o verdadera que hubiera padecido en la vida. Solo el olor de Candela, solo la certeza de saber que Candela estaba a su lado, impidió que Bruno abandonase la juerga en más de una ocasión. «Qué dulce hueles, Candela», pensaba Bonet, con los ojos cerrados y con la certeza de saberla cerca, más allá del resto de los sentidos que podían engañarle, más cerca de lo que Juan podría llegar a sentirla, unido a ella en la secreta comunión que le brindaba su aroma, convencido de que la dulzura que desprendía al moverse a su alrededor encerraba el auténtico sentido del alma de Candela.

Y era verdad: Candela olía a lilas, a almizcle, a jacinto y a nardo, ya que esos eran los componentes del perfume que se hacía elaborar en una droguería china de una calle del Raval. Años atrás, su amante la sorprendió una noche con un frasco de cristal esculpido, en cuyo interior se escondía la misma esencia de su persona, tal como él le confesó.

—Así es cómo tú eres: seductora, sensual y apasionada. Ese es tu aroma y yo quiero que lo lleves siempre pensando en mí. Al cabo de los años, podía escuchar la voz de su amante, tan clara y tan fuerte como si acabase de pronunciar aquellas palabras, cada vez que ella dejaba caer unas gotas de perfume tras el lóbulo de sus orejas, en sus codos, en el pliegue de su falda, para que las habitaciones se llenasen con su aroma al caminar. Y entonces recordaba también las palabras de *madame* Giselle.

—No te molestes en extrañar el sol del verano pasado —le dijo, la tarde que llegó a su casa—. Puedes recordar cuánto te calentaba, pero ya no puedes sentir su calor.

Pero se equivocaba: ella todavía notaba en su piel la vehemencia de las manos de su hombre, y de la misma manera, era capaz de percibir su desdicha y de apreciar en su cuerpo las cicatrices de todas aquellas caricias. El dolor de las promesas rotas aparecía cuando menos lo esperaba, sin aviso, como las cosas importantes que suceden en la vida, y por mucho que *madame* Giselle la hubiera prevenido contra sus recuerdos, Candela sentía sobre sí el dolor inmenso de la ausencia de Fernando tanto como lo sintió cada uno de los días de su retraso, hasta que por fin admitió que su

amante la había abandonado, sin importarle ni su compromiso, ni el calor de sus manos al acariciarle, ni el olor de su cuerpo al hacer el amor.

El aroma almizclado hizo que también Candela cerrase los ojos, apenas un instante amargo, triste, suficiente para que Bruno, incapaz de olfatear aquel recuerdo hiriente, pudiese respirar la falsa arrogancia, el miedo escondido y el dolor inmenso que la China no era capaz de ocultarle.

Así que aquella noche, la noche larga, Bruno acompañó a los demás y certificó el nacimiento de los vínculos que, sin saberlo, les mantendrían unidos por el resto de sus vidas. Al amparo de la bebida y las drogas, Oriol les brindó lo mejor de su repertorio: chistes, putas y añagazas para llevarles justo a donde él quería. De su mano recorrieron los peores lugares de la ciudad, en los que las armas compartían espacio con los sombreros de las señoras, y estas se sentaban al lado de las rameras y de los matones, algo que divertía sobremanera a Oriol.

—Ay, Candelita, que en este mundo nada es lo que parece.

—¿Y a qué viene eso ahora? —Candela sorbió un trago de su copa de champán.

—Pues a eso, querida, a que nada es lo que parece: ni tú, ni yo, ni ellos tampoco —respondió Oriol, señalando a los Tavares.

—¿Cómo que no? Yo te demostraré lo que son.

Ambos eran hombres, y así se lo mostró a su amigo. Jugueteó con ellos con bromas y medias palabras, les provocó con expresiones equívocas, les excitó con sus gestos y con sus silencios, y finalmente abandonó el local del brazo de Juan Tavares, ante la mirada divertida de Oriol y el gesto apenado de Bruno.

—Amigo Bruno —la voz de Oriol sonó lejana. Le sacudió el brazo—. Amigo Bonet —repitió—. Más vale que la olvides: esa mujer nunca será para ti.

Bruno no le miró.

—Nunca es mucho tiempo.

Oriol y Bruno continuaron a solas el recorrido por la noche. Gumersindo les abandonó con el pretexto de su edad y su mala salud y los dos jóvenes reanudaron juntos la odisea. Más alcohol, más drogas, más bailes, más putas, hasta que en una de esas vinieron a dar de nuevo con la mirada apagada de Candela Galán.

Ella acababa de despedir a Juan Tavares en la verja de *madame* Giselle. Se separaron con un beso húmedo, y ambos interrumpieron la osada caricia al escuchar pasos que se acercaban. Fuera comenzaba a amanecer.

—¡Chinita! —vociferó Oriol—. Debe de ser el destino. Aquí, el señor Bonet y yo venimos dispuestos a encontrar a una mujer dispuesta, y nos encontramos con la mejor. ¿Verdad, Bonet, amigo mío?

Bruno no respondió, y Candela aprovechó el silencio para tomarles del brazo a los dos y arrastrarse adentro, al tiempo que se despedía del último amante.

—Estoy reventada —dijo, mientras enmascaraba un bostezo con un abanico—. Entrad conmigo y tomemos juntos unas copas, os lo suplico... No soportaría tener que estar con nadie más.

—Iremos contigo, pero tal vez uno de nosotros no tenga ganas de que descanses tan pronto —Oriol guiñó un ojo cómplice a Bruno, que les seguía silencioso.

—No me hagas reír —Candela bostezó.

Tenemos dinero. Ambos.

El cámara pellizcó a Oriol para que dejase de importunarle.

—¡Por favor! Los dos habéis gozado de mí más de lo que nadie en este mundo lo ha hecho nunca.

—Nunca... Qué palabra tan absoluta... ¿Sabes qué dice un amigo mío? —Candela negó con un gesto—. Dice que nunca es mucho tiempo, y yo opino que tiene toda la razón. Haznos disfrutar más. Puedes hacerlo.

Candela los había conducido hasta uno de los reservados. Tras la celosía, los tres observaron a las parejas bailando al ritmo de un tango y esperaron en silencio a que un camarero les trajese la comanda: ron, *whisky* y champán. Nada más lo hubieron recibido, Candela abrió su bolso de charol negro y les ofreció un frasco diminuto repleto de cocaína.

—Gentileza de Juan Tavares —dijo mientras les acercaba el envase.

Bruno rechazó la oferta. Oriol se lo arrebató de las manos.

—Exquisito, querida. No hay mejor paraíso que el artificial. Debería existir una ley que lo decretase —sonrió—. Aunque lo que has dicho no es toda la verdad: todavía puedes complacernos mucho más. Solo nos hemos deleitado con tu cuerpo, todos, es verdad. Pero estoy seguro de que nosotros dos quisiéramos disfrutar también de tu alma.

Candela le devolvió la sonrisa.

—De mi alma —dijo—, nadie puede disfrutar.

Los tres guardaron silencio.

—Todos tenemos vidas penosas —Bonet habló sin ser consciente de sus palabras, con la lengua enredada por el alcohol y el ánimo envalentonado por la cocaína que había tomado en grandes cantidades, hasta que rechazó la que Candela le acababa de ofrecer, solo porque procedía de Juan Tavares—. Yo mismo, soy el más penoso de los tres. Apuesto lo que queráis.

Oriol rio, en parte nervioso.

—Te aseguro que no.

—Lo mismo digo. Yo no solo soy la mejor de las putas...

Bruno la interrumpió:

—Y de las actrices, que eres la mejor también, eso no puedes olvidarlo, y menos esta noche.

—Está bien: no solo soy la mejor de las putas —repitió sus palabras y miró hacia al cámara antes de continuar— y de las actrices. Soy también la persona más desgraciada de este mundo.

Oriol tomó un sorbo de su copa de champán y aspiró de nuevo un surco de cocaína que había dejado caer sobre la mesa.

—Ay, querida, ese dudoso honor es mío, me temo.

—¿Tuyo? ¿Sabes acaso lo que estás diciendo? ¿Sabes lo que es sufrir por amor? ¿Sabes lo que es acostarte con hombres que no te importan en absoluto? ¿Sabes lo que es tenerlo todo, y sentirte infeliz? —Candela rompió a llorar: también ella había bebido más de la cuenta—. ¿Sabes lo que es observar tu cuerpo como si no fuera tuyo, saber con certeza que nada de lo que pueda sucederle te acabará afectando? ¿Sabes lo que es tratar de olvidar un pasado que te persigue, que te encuentra en cualquier lugar por mucho que te escondas? Dime, Oriol, ¿sabes qué es eso? ¿Sabes de lo que estoy hablando?

Oriol cerró un instante los ojos antes de responder.

—Sí, Candela. Lo sé, para mi desgracia.

—Parece que los tres podemos hablar en el mismo idioma —Bruno alzó su vaso de licor mientras intervenía—. Brindo por eso: por nuestras vidas penosas. A juzgar por nuestras caras, no sería capaz de decir cuál es la peor. Por eso, no solo brindo: os reto —les observó, en busca de su reacción, como si acabase de revelarles un secreto—. No me miréis así: os desafío a que me demostréis que vuestra historia es peor que la mía.

Oriol le cogió la copa que sostenía en la mano, y Candela rio antes de levantarse del sillón. Los dos hombres pensaron que la noche había terminado y se dispusieron a retirarse lo más dignamente posible. El cámara tendió el brazo al actor, para ayudarlo a enderezarse.

Y entonces fue cuando escucharon la sorprendente propuesta de Candela.

—Mañana por la noche, aquí mismo, en este reservado, *madame* Giselle resolverá quién de nosotros tres es el más desgraciado. Traigan bien preparadas sus historias.

—Está bien, Candela —aceptó Oriol Mora—. Empezaremos con la tuya.

VI

La vida triste

El destino de Candela lo había decidido una partida de cartas. Muchos años antes de que aquel acontecimiento tuviese consecuencias en la vida de la joven, Esteban del Moral y Augusto Ladrón de Guevara bebían vino y coñac y fumaban tabaco como si el mundo no fuera a encontrar un siguiente amanecer al que les aguardaba después de aquella timba ilegal. Alrededor de los jugadores, los hombres observaban las sienes palpitantes y la mirada angustiada de Esteban del Moral, que acababa de perder una fortuna acumulada durante varias generaciones a manos de Augusto Ladrón de Guevara y de sus cartas, y que, a pesar de la tragedia, trataba de mantener intacta la compostura.

Esteban llevó la mano a un bolsillo de su levita y extrajo un pañuelo blanco de hilo fino, limpio y almidonado, con el que se retiró el sudor de la frente.

—Traigan un poco de agua, háganme el favor —Esteban tenía la voz seca por el miedo.

—¿Cómo que agua, amigo Esteban? Nada de agua —Augusto palmeó la espalda del hombre al que había arruinado—. ¡Traigan vino para todos, vino del bueno! Si alguien quiere más coñac, tráiganlo también. Pidan lo que quieran. Pidan champán si les apetece. No se preocupen, yo invito. Y usted, Esteban, no ponga esa cara... Por el amor de Dios. Recuerde que yo mismo, hace años, estaba en su misma situación, y míreme ahora, Esteban, míreme bien. La vida da y quita, ¿comprende? Da y quita, con una mano y con la otra, ¿lo ve? —Augusto gesticuló, completamente ebrio de felicidad y de alcohol—. Da y quita, sí, señor, eso es.

En efecto, años atrás Augusto Ladrón de Guevara perdió sus tierras y su dinero en otra partida de cartas muy parecida a la que acababa de terminar con los naipes boca arriba y la sonrisa en la cara. Desde entonces, su esposa y su hijo habían sobrevivido gracias a la caridad de los padres de ella, que se hicieron cargo de su familia con la condición de que Augusto jamás regresase a la casa, y la esperanza de que su hija olvidase a un marido con el que nunca se debió casar y decidiera darlo por muerto, tal como le aconsejaban siempre que tenían ocasión.

—Hace tanto tiempo que no les veo... —Augusto habló para sí. Miró a su contrincante—. Caray, Esteban, no puede hacerse una idea de lo que he ganado esta noche.

—Y usted no puede figurarse lo que yo he perdido... —Esteban bajó la voz y la

vista, avergonzado—. ¿No habrá manera de que lo arreglemos, Augusto? —sonrió, dispuesto a seducirle con su oferta—. ¿Qué me dice? Está de buena suerte, ¿por qué no jugamos otra partida? Será la última, lo prometo.

—Ya no puedo ganarle nada... Como no sean sus calzones —todos rieron, con excepción de los dos jugadores, que eran los únicos conscientes de la magnitud de la victoria y de la derrota. Augusto observó la determinación en la mirada de su adversario—. En ese caso, ¿qué podríamos apostar?

—Mi honor —respondió Esteban. Tomó un trago largo; después, le explicó su propuesta.

Repartieron cartas nuevas, porque Augusto Ladrón de Guevara era un jugador empedernido pero también un hombre compasivo con las desgracias de los demás; por eso aceptó aquella última partida con el que, a la postre, terminaría siendo su consuegro.

María Lucía, la hija de Esteban, era una mujer todavía joven y relativamente hermosa, así que el hijo de Augusto no se opuso al plan de su padre. Tenía veintiún años y el futuro al fin resuelto cuando la desposó. De aquella ceremonia, Fernando solo recordaba el espanto de María Lucía cuando se dio cuenta de que el traje de novia se había manchado con los pétalos que pisaba al acercarse al altar. Según el protocolo ideado por la novia, una niña vestida de blanco debía dejar caer rosas en el suelo para que los esposos caminasen sobre ellas y entrasen con buen pie en su nueva vida, pero alguien se olvidó de aquel detalle y hubo que improvisar una solución de urgencia. Así fue como Fernando y María Lucía recorrieron el camino hasta la capilla sobre pétalos de flores de azafrán, que al fin y al cabo también eran rosas, como le decían a María Lucía para consolarla del mal trago de ver el borde del vestido de su traje de novia teñido de amarillo, aunque ensuciasen la ropa. Pero para María Lucía no había ningún consuelo que la confortase de aquel desastre, porque hacía años que soñaba con el día de su boda, y aquellos sueños se habían vuelto una auténtica obsesión desde que conoció al que había de ser su marido.

Ella quería casarse y traer hijos a este mundo, tres en concreto, y sabía que el paso del tiempo reducía sus posibilidades de encontrar un buen esposo. La gente pronto comenzaría a murmurar. Le inventarían enfermedades, manías, defectos físicos que acabarían espantando a cualquier pretendiente joven de su misma posición, y tendría que conformarse con un viudo de cualquiera de los pueblos cercanos, o con algún forastero de apellido relumbrante y poca fortuna que quisiera casarse con ella a pesar de todo. Ya estaba resignada a su destino cuando su padre le habló de don Augusto Ladrón de Guevara, de su hijo Fernando, y de aquella partida de cartas en la que había perdido toda su fortuna y la había recuperado después en una apuesta desesperada. Si la suerte no le hubiera sonreído en el último momento, la familia de María Lucía lo hubiera perdido todo, pero el destino quiso que las cartas

de Esteban fueran mejores que las de Augusto y que este tuviera que ceder a su hijo en matrimonio, tal como habían acordado. Solo con aquella artimaña de jugador despechado, el padre de María Lucía consiguió que su hija recuperase lo que, de no haber sido por su mala cabeza con el juego, hubiera sido suyo legítimamente.

María Lucía estuvo tres días en la cama, enferma de ira, y tardó varios meses en volver a dirigirle la palabra a Esteban, pero, en el fondo, sus miedos habían terminado: fuera por el motivo que fuera, al menos no tendría que quedarse soltera, lo que atenuó en parte el disgusto de casarse con un muerto de hambre que sin duda habría salido al padre, y se conformó con el matrimonio, sin aceptar que era su propia familia la que estaba en la ruina, y con el firme propósito de tratar a su futuro marido como si fuera un regalo lujoso que su padre le hubiera comprado.

María Lucía no imaginaba que su esposo no era ni golfo ni pobre, sino un joven tan atractivo que cuando lo conoció apenas pudo creer en su buena suerte. Aún así, no se enamoró de él nada más verlo, ya que era una mujer de naturaleza práctica y desconfiada, pero la dicha de saber que tendría a su lado a un hombre sano, fuerte y guapo para el resto de su vida le fue suficiente para suplir la falta de amor y se entregó con entusiasmo a la preparación de su boda. Fue con su madre a las mejores tiendas para escoger la tela de su vestido de novia, y para comprar algunos detalles que todavía faltaban en el ajuar que comenzaron a prepararle cuando apenas había aprendido a caminar; acompañó a su padre al campo donde pacía el ganado, y señaló los corderos que debían apartarse del rebaño para el convite. Elaboró la lista de los invitados, escueta por orden de don Esteban, y mandó una carta firmada por él a cada uno de ellos. Aleccionó a las criadas que ayudarían a servir el banquete, ordenó el menú que había de prepararse, supervisó a las cocineras mientras hacían el caldo para la sopa y preparaban la carne para el cocido y la masa para el pastel de bodas, vigiló a los hombres que disponían las mesas en el patio de la casa y hasta se ofreció a ayudar al cura para dictarle el sermón de la ceremonia.

Con el escaso tiempo libre que le dejó semejante trajín, eligió las sábanas para la cama de su primera noche de casada, preparó la habitación con velas y con hojas de menta y romero para que el cuarto oliese como si la mismísima noche abierta se les hubiera colado dentro. Y pocas horas antes de la boda, se metió en la tina rebosante de agua perfumada y se frotó todo el cuerpo con un cepillo de crin, hasta que la piel le quedó tan tersa que sus dedos se deslizaban por ella como si se hubiera untado con la crema china que había encargado en la farmacia para estrenarla en su noche de bodas. María Lucía se sentía agitada y lo justificaba ante sí misma por la excitación de los esponsales, pero en realidad su desazón obedecía a otros motivos.

Pensaba en Fernando a todas horas y anhelaba con desesperación que a su futuro marido le ocurriese lo mismo; pretendía saberlo todo sobre él y quería que ese conocimiento le llegase sin orden ni concierto, por eso tomó la fastidiosa costumbre de convertir sus encuentros en una especie de interrogatorio de tal envergadura que Fernando comenzó a ser consciente de la cárcel en la que se convertiría su vida. Ella

quería conocer a cuántas mujeres había amado, cuántas veces le habían roto el corazón, cuál era su plato preferido, cuál su color predilecto... Anotaba el resultado de sus pesquisas en una libreta de tapas de hule: las medidas del cuerpo de su novio que consiguió a través del sastre en el que encargó su traje para la boda, las enfermedades que había sufrido y que le contó el médico de los Ladrón de Guevara, sus hábitos, sus manías y los nombres y los apellidos de los antiguos amigos, de los parientes cercanos y de cualquier hombre o mujer con el que Fernando hubiera tenido la menor relación, para invitarles a una fiesta o para mantenerlos lejos, según los casos. Fernando contestaba a sus preguntas, solícito: Eliseo Quintanilla, Lucas Pérez, Virgilio González, Agustina Pavón, una retahíla de nombres a menudo inventados, pronunciados sin asomo de impaciencia, pero en cuanto dejaba la casa de su prometida, la furia de sus zancadas al alejarse de allí delataba su irritación tanto como el ritmo con el que bebía un vaso de licor tras otro en el casino y en las tabernas, y el abrazo con el que se aferraba a la cintura de cualquier fulana; poco después, mientras la montaba sin otra pasión que la de la misma rabia, le tapaba la boca con las manos para no dejarla hablar, como le gustaría hacer con María Lucía, y se repetía que algún día no podría controlarse y se lo diría, que prefería mil veces irse de putas, le espetaría en su cara, antes que aguantarla un minuto más, por mucho que supiera que la tendría que soportar a su lado la vida entera.

Pero eso María Lucía no lo sospechó nunca, y no llegó a anotar aquella secreta costumbre en su cuaderno, de modo que el día de su boda, todavía en la bañera, se acarició despacio los brazos y el cuello; se tocó los pechos y sin darse cuenta imaginó que era Fernando quien la acariciaba esa misma noche, cuando ya todos se hubieran marchado y la casa aguardase silenciosa a que su esposo la hiciera suya. Se estremeció solo de pensarlo. Salió del barreño, rápidamente, con un único pensamiento en su cabeza: todo tenía que ir bien, todo tenía que ir bien. Pero aquella niña se encargó de arruinarle el día.

—¿Cómo puedes no darte cuenta? —protestó María Lucía, indignada por la indiferencia de Fernando—. Después de esto, lo que comentará todo el mundo es que María Lucía del Moral se ha casado tarde y manchada... ¡Parece mentira que no sepas cómo es la gente!

—¿Ves como no tenías que haberte empeñado en casarte de blanco? Si nos hubieras hecho caso a todos y te hubieras puesto un vestido oscuro, como hace todo el mundo, no sería tan grave —dijo Fernando, incapaz de reprimir la burla.

—¡Yo me caso como me da la gana! ¿Has visto alguna vez una princesa casarse de oscuro? Pues si una princesa se casa de blanco, yo también puedo hacerlo... Todos hubieran hablado de mi traje blanco... Y además, lo que mal empieza, mal acaba. Esto es una señal. Hemos empezado mal, y acabaremos mal. Y la culpa de todo la tiene esa cría estúpida que no ha tenido cuidado cuando tiraba las flores y que me ha arruinado el matrimonio.

La pequeña, a la que el novio conocería más tarde durante el convite, era la única

hija de una prima segunda de su esposa. Su nombre era Candela Galán, y por más que aquel día trató de calmar el enojo de su mujer, Fernando no pudo evitar darle la razón al cabo de los años: tal como adelantó María Lucía el día de su boda, la niña les arruinó el matrimonio.

Pero antes de que llegase ese momento, Candela y su pariente lejano habían coincidido en bodas, velatorios, navidades, fines de año y en todas las celebraciones familiares que se sucedieron en la larga década. Ella nunca le había prestado atención al marido enclenque de su prima, de quien se decía, y con razón, que se había casado con ella por dinero, y que despilfarraba la fortuna en bares, en juegos, y en putas, una palabra horrible cuyo significado desconocía pero que suponía gravísimo por el tono en el que la pronunciaban; él tampoco se había fijado en la pequeña más que por su extraña costumbre de andar siempre con un chucho blanco pegado a sus faldas y por su empeñamiento en rechazar a cuantos pretendientes le presentaban sus padres. Aunque en realidad era María Lucía, que sentía una profunda antipatía hacia ella, quien le hacía notar esos y otros detalles.

—¿No ves que está como atontada? Eso es porque habrá salido a su tío, y porque además nació a los ocho meses y no se acabó de formar bien. Está siempre en las nubes, con esa estúpida sonrisa en la cara, como si se riese de todos nosotros... Más vale que sus padres vayan pensando en meterla a monja, porque a esa no la casan en la vida.

—Lo mismo decían de ti, y, ya ves, casada y bien casada.

—Pero mi caso es diferente, no se puede comparar. Yo era una niña normal, y no como esa, que parece que está lela. Y además, mis padres tenían mucho más dinero que los suyos y por eso me compraron un marido.

María Lucía, que nunca creyó los pormenores con los que se fraguó el matrimonio, no estaba dispuesta a permitir que Fernando olvidase los motivos de su boda, y mucho menos desde que se había enterado de que su marido era uno de los clientes más habituales de las casas de citas de la ciudad.

Fernando dejaba hablar a su mujer porque no le importaba en absoluto cuanto pudiera ocurrirle a Candela, que él bastante tenía con soportar la miserable vida que le había tocado en suerte, mucho más mísera ahora que cuando no tenía donde caerse muerto.

No aguantaba a su María Lucía, ni sus preguntas, ni sus celos constantes; al principio se empeñó en enamorarle con trucos, zalamerías e incluso con habilidades en la cama que sorprendieron al propio Fernando, hasta que comprendió que aquella era una causa perdida y se conformó con amargarle la vida y con recordarle a todas horas que él era algo de su propiedad, como los muebles que vestían su casa, como los cuadros que la adornaban, como los criados que la servían.

De la época de la conquista solo sobrevivieron la destreza con la que María Lucía se desenvolvía en la alcoba y la animadversión que sentía hacia Candela. Fernando ignoraba sus comentarios: lo mismo le daba que aquella niña se casase, que se

quedase soltera, que se hiciera monja o que la partiera un rayo. De no ser por María Lucía, que no le había perdonado la ruina de su vestido de novia, nunca hubiera perdido ni un segundo en pensar en ella; nunca, al menos, hasta el día en que la vio desnuda y ya no fue capaz de quitarse aquella imagen de la cabeza.

Ocurrió durante el velatorio de don Julián Moragón, un tío abuelo de María Lucía, un invierno en el que el cólera hizo estragos en la familia y era extraña la semana que no había que ir de entierro. Las mujeres acompañaban la aflicción de doña Crescencia, ya viuda de Moragón, velaban al cadáver rezando el rosario y los hombres fumaban, bebían coñac y comentaban los acontecimientos desde la última vez que se vieron, algunos la noche de antes en el casino y otros pocos días atrás en cualquier funeral. Aunque Candela ya había cumplido catorce años aguardaba sentada en una sala contigua, junto a los más pequeños, y miraba fijamente la habitación donde las damas acompañaban a su abuela, con el finado de cuerpo presente. El muerto esta vez era su abuelo.

En realidad, María Lucía tenía razón: la trataban con la misma condescendencia que empleaban cuando se dirigían a su tío Ángel, hermano de su madre e hijo del difunto. Le llamaban Angelito, a pesar de que tenía casi cuarenta años y medía casi dos metros de altura. Nadie sabía bien por qué, pero desde que nació Angelito no fue como los demás, era más torpe, más lento, más callado, y lo que al principio era una sutil diferencia acabó convirtiéndose en una horrible realidad para la familia, que decidió ignorarlo casi por completo, hasta el punto que hubieran fingido que no existía de no haber sido por su desmesurada envergadura.

Él correspondía a ese desinterés con su propia indiferencia, con una curiosa excepción que crispaba los nervios de sus familiares. Cada vez que alguien entraba en la casa, Angelito se arrimaba al visitante con sigilo y comenzaba a olisquearle disimuladamente.

—Perdone, caballero —preguntaba con educación exquisita—. ¿Ha cagado usted hoy?

Nadie supo nunca la razón de aquella extraña curiosidad que, por otra parte, nunca quedaba resuelta.

Después de unos instantes de inútil espera, Angelito abandonaba la sala sin conocer la respuesta y regresaba a su hermetismo habitual. No hablaba con nadie y se paseaba por la calle murmurando una extraña letanía, con un hilo de baba que le bajaba hasta la camisa, impecablemente blanca y almidonada excepto en el punto exacto en el que las gotas caían, una tras otra, hasta formar una mancha gris y húmeda. Como no hacía daño a nadie con su falta de higiene, ni su malsana investigación ocasionaba más que algún que otro rubor, lo dejaban campar a sus anchas por toda la ciudad. Le gustaba acercarse hasta el río, cruzar el puente de San Pablo y detenerse justo en la mitad, en el lugar que muchas mujeres escogían para

lanzarse al vacío y poner fin a sus vidas. Él esperaba, paciente, a que alguna vez sucediera en su presencia, para ver si era verdad que el vuelo de las enaguas amortiguaba la caída y evitaba una muerte segura; aguantaba allí, acodado en la baranda, silencioso, absorto en el vacío infinito que le separaba del suelo. La visión de un gigante en medio de la pasarela de madera que hacía que más de uno cambiase de idea y decidiese cruzarla más tarde, por más que todos supieran que Angelito, el pobre, era el ser más inofensivo de la ciudad. Permanecía allí, incansable, ajeno a las miradas y a los comentarios, hasta que el frío comenzaba a calarle los huesos y hacía mella en su curiosidad; así sucedía cada día, excepto cuando llovía, nevaba o había procesión, porque seguir a la Virgen con una vela en la mano era otra de sus aficiones favoritas. Y fue precisamente en una procesión cuando el pobre Angelito encontró la que se convirtió en su única distracción.

Caminaban tras las andas, detrás del obispo, cabizbajos, circunspectos, repitiendo con voz apenas audible las oraciones que el obispo entonaba en alto. La madre de Candela sujetaba la mano de la niña entre las suyas cuando notó que su hija la apretaba con fuerza y no hizo caso al estrujón con el que la pequeña trataba de llamar su atención. Candela insistió una y otra vez sin obtener resultado, hasta que el rezo cesó y decidió aprovechar el momento.

—Madre —la llamó, y el silencio multiplicó el volumen de su voz—. ¿Qué es eso que el tío Angelito tiene en la mano?

Todos dirigieron sus miradas hacia él. Con la izquierda sostenía el cirio con el que había comenzado la procesión, medio devorado ya por la llama. Con la derecha, trataba inútilmente de aprisionar el enorme miembro que sobresalía de algún lugar de la bragueta de su pantalón. La madre de Candela soltó su vela y tapó con las dos manos los ojos de la niña, pero por entre los dedos de aquella improvisada venda, y por encima de los gritos horrorizados de los peregrinos, Candela siguió observando a su tío y a la extraña trompa que le salía del cuerpo, como si el pobre Angelito, ahora más pobre que nunca, fuera uno de esos elefantes que había visto dibujados en los libros de la biblioteca de la casa; era larga, y gruesa y a pesar de que la piel parecía enrojecida, Candela supuso que su tacto sería suave. Estaba surcada por una vena tan azul que ella pudo distinguirla pese a la oscuridad; Angelito la agarraba con fuerza, con los dedos separados, como si quisiera abarcarla en toda su magnitud, una tarea imposible a juzgar por los resultados.

La visión acabó convirtiéndose en una de sus mayores pesadillas durante mucho tiempo, pero lo que más llamó la atención de Candela, lo que provocó la risa que nadie le perdonó y acabó costándole la fama de chiflada, fue la expresión de su tío, entre el asombro y el éxtasis, como si hubiera entrado en trance detrás de la Virgen. Hicieron falta cuatro hombres para sacarle a rastras de la procesión, y eso que el pobre Angelito no opuso la menor resistencia, pero parecía que el alma hubiera acabado por salirse definitivamente de su cuerpo y lo hubiera dejado convertido en un peso muerto.

La madre de Angelito acompañó a aquella desastrosa comitiva y tapó con su propia mantilla la entrepierna de su hijo sin perder la compostura, como si el hecho de que Angelito se masturbase mirando a la Virgen fuese lo más natural de este mundo. Saludó con una leve inclinación de la cabeza a las personas con las que se cruzó de camino a casa e incluso a algunas les dedicó una sonrisa, pero el disgusto la obligó a guardar reposo durante casi una semana, y doña Crescencia ya nunca más fue vista en ninguna procesión.

A Angelito, el pobre, no se le volvió a encontrar por el puente de San Pablo, lo que llenó de sosiego a quienes tenían que cruzarlo con asiduidad; decidieron confinarlo dentro de la casa, y a nadie en la familia se le ocurrió mencionar de nuevo el incidente hasta que el padre de Candela la encontró dibujando hombres con trompas enormes saliendo de sus pantalones y sin mediar palabra, le partió en la cara la rama con la que trazaba sus dibujos en la tierra del patio.

—Ya tienes doce años, Candela —le dijo su madre más tarde, mientras le curaba el costurón que le cruzaba la mejilla—. Dios quiso que fueses nuestra única hija, y quizá te hemos mimado demasiado...

—¡Pero yo no estaba haciendo nada! —protestó Candela entre lágrimas.

—¿Cómo que no? ¿Y qué me dices de esos dibujos? ¿Te parece bien que te rieras cuando pasó lo del tío Angelito, el pobre? Y no contenta eso, te pones a dibujar... eso... en medio de corral...

—Yo solo he dibujado la trompa del tío Angelito. ¿Qué tiene eso de malo?

—Eso no era una trompa, Candela... ¡Ay, hija!... Algún día lo sabrás, por desgracia... Por ahora, aún estás a salvo... —observó la expresión asustada de la niña y continuó revelándole el secreto—. Escúchame bien, Candela. Dentro de unos años te casarás y sabrás de qué estoy hablando... Sabrás que me refiero a un horrible instrumento de tortura que tienen los hombres para hacer daño a sus esposas... A cambio de todo ese sufrimiento, podrás traer hijos a este mundo —acarició su cara con cierta ternura—. Pero aún no tienes por qué preocuparte... Así que, por favor, te pido que no vuelvas nunca más a dibujar lo que viste aquel día en la procesión. Olvídalo mientras puedas.

A pesar de las palabras de su madre, a Candela le costaba creer que lo que su tío Angelito tenía entre las piernas, lo mismo que a él parecía haberle producido tanto placer aquel día, fuera capaz de causar semejante mal a ninguna mujer; pero aun así pasó años sintiendo un terror tan grande que no hubo una sola noche que no despertara empapada en sudor con un grito atravesado en la garganta; en sus pesadillas, hombres de todos los tamaños la perseguían con una trompa tan grande como el de su tío, quién sabe con qué fin.

Ese sueño, que terminó siendo premonitorio, fue la razón de que Candela se empeñase en comportarse siempre como una niña y se jurase que no se casaría jamás. Y fue también la causa de que el día del funeral de su abuelo, cuando el tío Angelito entró en la habitación donde velaban al muerto, se desabrochó tranquilamente la

botonadura del pantalón y comenzó a acariciarse frente al cadáver de su padre, Candela no pudiera soportar la impresión. Se levantó de un brinco, sin percatarse de que una sirvienta pasaba junto a ella con una bandeja de café que se derramó entera sobre su pecho. Los gritos de susto y dolor de Candela se mezclaron con los alaridos de espanto de las mujeres que acompañaban al cadáver. En medio de semejante alboroto, los hombres trataron de sacar al inmenso Angelito de la habitación, y las criadas llevaron a Candela, casi al borde del desmayo, a uno de los dormitorios para comprobar la gravedad del accidente. Le quitaron la blusa y le desabrocharon camisa interior; tenía el hombro derecho en carne viva, y las quemaduras descendían hacia el pecho. Alarmadas, la dejaron en la cama, medio desnuda, y fueron en busca del médico, que por fortuna había acudido al velatorio. Estaban tan asustadas que no se dieron ni cuenta de que el marido de María Lucía las había seguido hasta la alcoba y allí permanecía cuando ellas se marcharon.

Se acercó a ella en silencio, conmovido por su sufrimiento. Sacó la mano del bolsillo de su pantalón con la intención de acariciarle el pelo para consolarla, pero, inexplicablemente, el gesto inocente perdió la inocencia en el brevísimo espacio que les separaba. Tumbada en la cama con la respiración entrecortada, ya no era solo la joven que se empeñaba en portarse como una niña. La Candela que tenía a su merced en ese instante no era la chiquilla revoltosa que rechazaba los novios, ni era tampoco la cría demente que criticaba su mujer. De repente, esa Candela, la que tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, la que le mostraba los senos redondos, pequeños, con los pezones erizados por el frío y quizá también por el susto, fue para él una mujer, más mujer de lo que era la suya y cualquiera de las mujeres con las que pasaba las noches antes de regresar a su casa de madrugada. Quiso acariciar el hueco que formaba su clavícula, la hendidura que dibujaba su cuello al respirar; deseó curar con su saliva y su lengua las heridas de su piel, y continuar lamiendo hasta llegar a sus pechos. Se preguntó a qué sabrían, e inmediatamente se respondió: a marrasquino, sabrían, a dulce de leche, a chocolate, a la sal de las lágrimas que resbalaban desde sus mejillas, a todas las delicias que podía imaginar, como sus labios, como su pelo, como el ombligo que se escondía en mitad de su vientre, en medio de las caderas, justo encima de su sexo.

Candela levantó los párpados en ese instante y encontró al marido de su prima con la mano levantada, detenida entre los dos, sin atreverse a tocarla y sin querer regresar al bolsillo del que había salido. No solo no tuvo miedo, sino que los ojos de él fijados en ella actuaron como una pócima milagrosa sobre sus heridas, cuyo efecto inmediato fue la desaparición del dolor. A cambio de aquella repentina curación, comenzó a experimentar un calor desmedido que provenía de lugares a los que el café hirviendo no había podido llegar, debajo de su piel, en sus huesos, en el medio de sus piernas. No sabía lo que aquello podía significar, pero no sintió desconfianza hacia ese hombre. Al fin y al cabo, se dijo, Fernando es de la familia, y no querrá lastimarme.

—¿Estás bien? —le preguntó Fernando.

Ella no respondió con palabras, sino con una sonrisa que terminó de transformar su cara y su expresión, y que tuvo la virtud de multiplicar su edad: Candela se convirtió entonces una mujer que sabía lo que Fernando quería y que estaba dispuesta a ofrecérselo. Él no comprendía cómo todo aquello podía estar sucediendo, pero si algo había aprendido en la vida era que la mayoría de las veces todo carece de sentido, así que dejó que su mano recorriese al fin el camino que había deseado desde el primer momento, y aprisionó el pecho de Candela entre sus dedos. Se inclinó junto a ella en la cama; con su lengua la alivió del dolor de las heridas, lamió las areolas, mordisqueó los pezones, paladeó su sabor a marrasquino, y a dulce de leche y a chocolate, y también a las lágrimas que habían resbalado desde sus mejillas, y a todas las delicias que podía imaginar. Con la mano que le quedaba libre, acarició el sexo de Candela y lo supo húmedo, aun por encima de la ropa.

—Tócame —le pidió.

Ella comenzó a acariciarle la nuca, pero él la guio hasta su bragueta.

—Tócame aquí. Así —puso sus dedos sobre los de ella para guiarla—. Tócame así...

Candela notó cómo la entrepierna de Fernando se hinchaba con el contacto de su mano.

—¿Esto es lo que se tocaba el tío Angelito?

—Esto mismo, sí.

—Y a ti, ¿te gusta como a él?

—Oh, sí... —suspiró Fernando—. Más que a él. Mucho más.

Candela se sentía excitada y también curiosa; por eso, a pesar de los consejos de su madre, se incorporó y desabrochó el pantalón de Fernando. Asombrada, comprobó que el instrumento de tortura que su madre le había descrito era, en realidad, tan suave como ella había imaginado cuando vio el de su tío en la procesión. Sintió que no había nada que temer. Lo sostuvo entre sus dedos, atraída por su color oscuro, más que el de la piel, y por su extraña facultad para endurecerse. Fernando tenía los ojos cerrados, pero su expresión revelaba un goce inequívoco que ella no sabía si relacionar con su mano o con alguna otra causa que ignoraba. Sus dudas eran del todo fundadas, pues el placer de Fernando no se limitaba únicamente a sentir el contacto de Candela. La sangre le hervía en las venas por otros motivos tan importantes como el calor que la piel de Candela desprendía sobre la suya: le excitaba que los dos estuvieran solos en aquella habitación cuando todos los demás permanecían en otro cuarto intentando dominar al tío Angelito; le excitaba el juego prohibido de someter a Candela a su entera voluntad sin ser capaz de comprender cómo había podido ocurrir algo semejante; le excitaba pensar qué sucedería si alguien les sorprendía, y más todavía le excitaba suponer lo que podría pasar si nadie les encontraba. Le excitaba la impúdica fascinación que su verga causaba en Candela, su expresión curiosa al mirarla, la delicadeza de la caricia desvergonzada.

Unos pasos en el corredor evitaron que les descubrieran. Candela se recostó de nuevo sobre la cama y recompuso sus ropas sin que Fernando le indicara que lo hiciera, pues algo en su interior le decía que nadie iba a consentir lo que había ocurrido entre ella y el marido de su prima María Lucía, a quien pasó a detestar desde ese mismo momento. Y cuando su madre entró en la alcoba seguida por el médico, encontró a Fernando vigilando la fiebre de la muchacha, con la mano fraternalmente posada sobre la frente de la muchacha.

—¿Cómo está, Fernando? —le preguntó, angustiada.

—No se preocupe. En mi opinión solo ha sido el susto. Candela está mejor que nunca —respondió. Y decía la verdad.

Aquella fue la primera vez que Fernando rechazó a su mujer con el pretexto del cuerpo aún presente del viejo familiar y el disgusto de la aparición del tío Angelito. La impresión le duró cinco días con sus noches, al término de los cuales María Lucía le exigió que cumpliera como un hombre, tal como había hecho cada día —y recalcó el «cada día» con un tono imperativo—, desde que se casaron. Él trató de eludir el mandato de su esposa, fingió malestar, se hizo el dormido e incluso se provocó el vómito, pero ninguna de las excusas sirvió para que su mujer cesase en el empeño. Se sentía incapaz de desobedecer a María Lucía, pues temía que ella creyese, con razón, que había algo más detrás de aquella negativa y que relacionase su cambio de actitud con el instante que pasó a solas con Candela en el funeral. Enfadado y entristecido al mismo tiempo por su falta de carácter y por el recuerdo de Candela, cerró los ojos dispuesto a mostrarle su desprecio, pero esa venganza pueril trajo con ella un regalo que Fernando no esperaba. A través de los párpados entornados, en la penumbra del cuarto, Candela fue tomando forma en el cuerpo de María Lucía. El tacto de la piel, el olor, el sonido de los gemidos entrecortados, no eran los de la mujer que había accedido a comprarle como esposo y le exigía que cumpliera con los deberes de un marido, sino los de la niña que había sido capaz de despertar sus sentidos más profundos, los que se habían escondido incluso de sí mismo. Le sonrió, sin darse cuenta, y Candela le devolvió la sonrisa, con la mano tendida hacia él y con la misma expresión traviesa en su mirada que le venía robando el sueño desde aquel encuentro.

En su mente se reprochaba que solo fuera una cría, pero precisamente por eso la poseyó en el cuerpo de María Lucía como ese día le hubiera gustado hacerlo. Acarició su pelo, su rostro perfecto, y deslizó los dedos entre su boca carnosa. Sintió cómo ella le devolvía el gesto con la lengua, y entonces la supo suya. Recorrió el cuello con labios urgentes, deseosos de explorar el camino que les separaba de allí donde querían estar. Llegaron al fin. Acompañó a su lengua con dedos febriles; lamió, acarició y paladeó todo el cuerpo de Candela, aquel sabor a chocolate y lágrimas que ya nunca podría apartar de su memoria, en todos los años que le quedaban por vivir. Montó a lomos de Candela, y se dejó cabalgar por Candela, y

miró a los ojos de Candela cada vez que entraba en ella y también al abandonar el cobijo que le brindaba su cuerpo; le besó la espalda, le acarició las caderas, le confesó su locura, le prometió la misma vida si ella le amaba, lloró en su hombro por su desdicha, y al terminar, mientras todavía trataba de recuperar el pulso y de retener el alma dentro de su cuerpo, una mano que se le posaba en el pecho le devolvió a la realidad, bruscamente.

—Ay, Fernando... ¿dónde has guardado todas estas palabras, todos estos años? ¿Por qué nunca has hecho estas cosas hasta ahora? Quiero que, desde esta noche, sea siempre así.

Se dejó abrazar por su mujer y hundió su rostro en el pecho de ella: no quería que descubriese su desventura.

A esa misma hora, Candela no podía conciliar el sueño, igual que le venía sucediendo desde hacía días, los mismos que habían transcurrido desde el último funeral. No comprendía qué había sucedido en aquellos instantes, y el alba la encontraba tratando de dar con una explicación. Por la reacción de Fernando y por la suya propia, intuía que aquello no debía de estar bien, y por si no fuera suficiente, había desobedecido a su madre, que bien claro le ordenó que se mantuviera alejada de la bragueta de un hombre; no solo no le había hecho caso, sino que había acariciado al marido de María Lucía, un familiar, en definitiva, y eso debía de ser pecado mortal como mínimo. Pensó en confesar sus culpas, porque sin duda Dios le perdonaría aquel momento de debilidad en el que sucumbió a la tentación, pero desechó la idea al recordar la cara de don Gregorio, su confesor, que ya cuando era una niña se mostraba reacio a absolverla de faltas menores, como los celos, la envidia o la gula. Al final, todo se resolvía con tres padrenuestros, dos credos y algún ave maría, pero estaba segura de que en este caso, no sería capaz de rezar todas las oraciones que le impusieran como penitencia. Y, además, ¿cómo le iba a decir lo que le había tocado al esposo de María Lucía, a quien también confesaba? Y lo peor de todo, ¿cómo podría reconocer cuánto le había gustado hacerlo? Candela no sabía que su caricia tenía un nombre ni que la parte del cuerpo que había tocado también tenía un nombre que no era cola. No tenía ni idea del modo con el que la llamaría don Gregorio, el mismo que utilizarían todos los demás si sospecharan qué había ocurrido y su inmenso deseo de que volviera a ocurrir.

Rebuscaba en los libros de la biblioteca de su padre alguna pista que le aclarase qué le estaba ocurriendo, pero todos hablaban de guerras, de aventuras, de desastres y de amor; en las novelas por entregas que su madre escondía en la cesta de los estambres para que nadie supiera que las leía, el amor era también protagonista. Los amantes soportaban los más crueles tormentos, sin que sus manos llegasen a rozarse una sola vez, sufrían terribles separaciones y se sobreponían a las trampas de destino antes de poder al fin casarse y disponerse a pasar una vida juntos. Pero aquello no era

lo que Candela sentía por Fernando. Ella anhelaba volver a verle a solas porque intuía que él tenía las respuestas para todas las preguntas que bullían en su cabeza: qué estaba ocurriendo, le preguntaría, por qué sentía que algo entre sus piernas se le derretía cuando pensaba en él, por qué las huellas de su pecado permanecían húmedas en sus bragas, como una señal indeleble, por qué sus pesadillas habían cesado y en sus sueños él era el único hombre que la perseguía hasta que ella se dejaba coger.

Pero pasaron semanas antes de que volvieran a encontrarse, y cuando al fin coincidieron en el salón de la casa de otra tía que acababa de morir por los rigores del invierno, y que casualmente era hermana de Julián Moragón, fingieron indiferencia. Ella, que había abandonado la costumbre de permanecer con los más pequeños, asumió las obligaciones de su edad y se retiró junto a las mujeres a rezar por la difunta; él bebió coñac, fumó cigarros puros y habló de política y negocios con el resto de los hombres de la familia, pero aprovechó el reflejo de los cristales de ventanas y de puertas para observarla. Comprobó que había crecido, que había perdido peso y que sus pechos se anunciaban generosos por debajo de su vestido de luto. Salió al patio a tomar aire, angustiado por aquella certeza que le desbarataría la vida. Se dijo que era un hombre. «Un hombre», se repitió. Eso era. Entró de nuevo a la sala y se acercó hasta su mujer.

—¿Estás bien, querida?

María Lucía le respondió en voz baja, con un guiño:

—Más que bien, Fernando.

En efecto, María Lucía no se había sentido mejor en todos los años que llevaba casada con Fernando. A pesar de su naturaleza desconfiada, María Lucía no era capaz de suponer que Fernando no había descubierto una nueva forma de darle placer, ni tampoco se dio cuenta de que su marido inventaba en su cuerpo el cuerpo de otra cada vez que la poseía. Ella hubiera muerto de celos y rabia si hubiera sabido que no era más que un instrumento a través del cual Fernando hacía real la pasión desenfrenada que sentía hacia otra mujer, que imaginaba en sus besos los sabores de otros besos, que escuchaba en sus palabras el rumor de otras palabras. Pero María Lucía no tenía la menor sospecha de lo que ocurría, ignoraba la realidad, y tal vez por eso, era más feliz que nunca.

Su marido se acercó a otras mujeres del grupo, y se interesó por la familia y por la salud de cada una de ellas, hasta que también a la joven Candela le llegó su turno.

—Y tú, Candela, ¿estás mejor de tus quemaduras?

—Sí, señor, mucho mejor. Muchas gracias.

Sus palabras sonaron tranquilas; sin embargo la agitación de su pecho fue la contestación que Fernando había soñado cada noche, cuando todo quedaba en un silencio tan profundo que era imposible no escuchar sus propios pensamientos, y también fue aquella turbación la que le ayudó a improvisar su plan: en un rincón de la casa escribió una brevísima carta que deslizó entre los dedos de Candela durante la despedida, para asombro de la joven. Más tarde, en la soledad cómplice de su

habitación, Candela estuvo horas con la esquila entre las manos, pues la prisa y la emoción convirtieron la letra de Fernando en un galimatías casi imposible de traducir; finalmente, Cuando hubo desechado mensajes como «No puedo pescar sin ti, déjame los cebos con el tío Angelito» o «No debo pensar en ti, que eres tan nociva como el tío Angelito», Candela creyó morir al descifrar el auténtico sentido de la nota: «No dejo de pensar en ti, te enviaré noticias con el tío Angelito».

Hubiera preferido un millón de veces que Fernando ya no recordase lo que sucedió aquella tarde; por su parte, había llegado a convencerse de que su actitud obedeció a una especie de fiebre producida por las quemaduras y que el remordimiento fue el encargado de fijarle en la memoria, como grabada con el hierro candente de marcar el ganado, la imagen de Fernando lamiendo sus pechos y la suya propia, con el sexo de él entre los dedos. Pero aquella carta lo cambiaba todo. De pronto, lo que había arrinconado en su mente como si formase parte de una alucinación, volvía al presente con la fuerza devastadora de un huracán. Aturdida, se hincó de rodillas en el suelo, frente a la figura de la Virgen de la Luz que velaba sus sueños desde una hornacina de la pared con la capa azulada y el niño en los brazos, y rezó sin descanso durante horas, pidiendo perdón, pidiendo clemencia, pidiendo que un milagro le arrancase aquel inconcebible sentimiento de las entrañas, un sentimiento tan poco parecido al amor y tan cercano al pecado. No dejó de rezar hasta que el amanecer iluminó la estancia y la misma claridad terminó influyendo en el ánimo y en los pensamientos de Candela. Esa mañana solicitó permiso a su madre para visitar con más frecuencia a doña Crescencia, a la que Candela no había vuelto a ver desde el día del entierro de su abuelo, hacía ya más de dos meses.

—Esta noche he soñado con la abuela —le dijo a su madre, anticipándose a su gesto de extrañeza—. En mi sueño, vagaba en camisón por el cementerio. Se había cortado el pelo, iba descalza y sin sus anteojos, y lloraba, porque no podía encontrar la tumba del abuelo. Creo que es una premonición.

La madre se santiguó.

—¡Una premonición! —exclamó—. ¿Y qué crees que podemos hacer?

—Nada. La abuela ya tiene el destino escrito, pero mientras tanto, yo quiero pasar más tiempo con ella.

Para cuando su madre se decidió a consultar con don Gregorio y la convenció de la poca probabilidad de que Candela tuviese ese tipo de visiones, a las que por otra parte solo eran dadas las santas y las brujas, doña Crescencia —que desde que se convirtió en la viuda de Moragón quedó recluida en el interior de su casa—, ya se había acostumbrado de mil amores a que su nieta fuese con ella a merendar chocolate con picatostes, torrijas con nata y otros confites que hasta entonces tenía que comer sola mientras caía la tarde y observaba pasar a la gente a través de los visillos, de modo que la madre no vio inconveniente en que Candela continuase con sus visitas por más que no entendiese la causa de aquel ardid. Cuando Candela le sugirió que quería hacer compañía a la vieja los jueves por la noche, cuando convidaba a sus

amigas para rezar la novena y la soledad de una casa vacía que había estado llena era aún más insoportable para la anciana, la madre de Candela consultó la decisión con su marido. No imaginaban que en lugar de entonar oraciones con los dedos manoseando las cuentas de un rosario, las viudas bebían anisete y jugaban al chinchón, al julepe y al siete y medio, y que después de la partida la abuela caía rendida en la cama con una sensación de proximidad con Dios infinitamente mayor que si en realidad hubiera rezado, así que le dieron permiso a su hija, sin sospechar nada de lo que ocurriría a partir de ese instante, ni tampoco nada de lo que había sucedido hasta llegar a ese punto.

Cada tarde, Candela llegaba a casa de su abuela Crescencia y mientras las criadas servían la merienda en un juego de porcelana fina, hurgaba en la chaqueta del tío Angelito que colgaba del perchero de la entrada, en busca del mensaje que Fernando le había dejado en uno de sus bolsillos. Antes, y con el pretexto de que tanta inactividad acabaría atrofiando el cuerpo de Angelito, el pobre, mucho más de que lo ya estaba su cerebro, Fernando le había acompañado hasta el puente de San Pablo y había permanecido con él unos minutos, acodado en la baranda, con el brazo rodeando a duras penas el inmenso cuerpo de Angelito para esconder la carta que más tarde encontraría Candela, y para recoger la que ella misma le había dejado la tarde anterior.

El propio Fernando se ofreció para esa tarea en el funeral de la cuñada de doña Crescencia, cuando la anciana se quejó de la penosa situación por la que atravesaba su hijo.

—Desde que se murió su padre no para de golpearse la cabeza con el armario de su habitación, una y otra vez. Sé que he de sobrellevar con paciencia esta carga que Dios me ha enviado, pero a veces confieso que no sé cómo hacerlo —murmuró la viuda—. Ya he tenido que encargar varias puertas nuevas porque las ha descerrajado a cabezazos, no os digo más...

—Quizá le convendría salir un poco, tomar el aire... con el disgusto que se llevó, puede que haya empeorado de lo suyo —arguyó María Lucía.

Fernando, que vio el cielo abierto en ese mismo instante, no solo apoyó la idea de su mujer sino que se prestó de inmediato a ejercer de lazarillo de Angelito. Doña Crescencia, para la que tampoco el firmamento permaneció cerrado al escuchar semejante oferta, accedió de fingida mala gana a que cada tarde, a las cinco en punto, el marido calavera de su sobrina nieta recogiera a su hijo y le llevara a pasear por sus lugares favoritos, para ver si así se apaciguaban los ánimos del pobre Angelito.

La primera carta llegó por sorpresa, después de semanas sin que Candela no hubiera encontrado entre la ropa de su tío más que pañuelos sucios, piedras, colillas, trozos de periódico y una tristeza infinita por la desilusión de no descubrir nada. Pero su frustración fue todavía fue mayor cuando recibió su primer recado, una nota escueta y

candorosa que reproducía la letra de una vieja copla con la que Fernando quiso pulsar el ánimo de Candela. Ella, que había pasado noches enteras pecando con el pensamiento al imaginar lo que Fernando le propondría en aquellos mensajes secretos, le contestó con enojo que para recibir esa nota no hubiera sido necesario tanto disimulo. Al día siguiente, Angelito trajo de su paseo una carta de más de cuatro hojas que Fernando había redactado con caligrafía casi indescifrable de puro deseo.

Así fue como Candela halló las respuestas que llevaba tanto tiempo esperando. Supo que los hombres no tenían trompa ni brazos entre las piernas, y se enteró de su verdadera utilidad, que en nada se parecía a los castigos que su madre había augurado. No era un instrumento de tortura, y aprendió todos los nombres con los que podía llamar aquello que ya había acariciado, verga, pene, polla, falo, y supo también todo cuanto se podía hacer con él, tocar, lamer, chupar, morder. No quedó una pregunta de Candela que no encontrase contestación en las cartas de Fernando, que ayudado por una pluma y en unas cuartillas arrancadas por venganza de los cuadernos de María Lucía, instruyó a su amante por correspondencia con tanto acierto que consiguió hacerla suya aun antes de poseerla.

En aquellos escritos que después de ser leídos eran devorados por la lumbre de la cocina no se hablaba de amor, sino de pasión desmedida, de deseos infinitos que por alguna extraña razón quedaban satisfechos a través de las cartas del otro. Sin que sus dedos se hubieran rozado ni una sola vez, Fernando llenó los bolsillos del tío Angelito de fantasías para Candela, de lecciones magistrales de su propio cuerpo y del de ella, que se descubrió y aprendió a darse placer por correspondencia y también por correspondencia aprendió de memoria los olores y los sabores de la piel de Fernando, el modo en que le gustaba ser acariciado, la manera en que quería que sus dientes mordisquearan o su lengua lamiera, la intensidad de sus labios al aprisionar en su boca su sexo duro y caliente, las caricias, los juegos que le tenía reservados, las mil formas en las que anhelaba penetrarla. Fernando asumió con agrado la tarea de mostrar a Candela los secretos del sexo, alentado por su impúdica curiosidad y excitado por la certeza de que tarde o temprano harían realidad todas y cada una de las locuras que prometían las cartas.

Fue Fernando quien tuvo la idea de que Candela se quedase a dormir con su abuela todos los jueves, y quien urdió el plan que permitiera a la joven salir de la casa para encontrarse con él. La primera noche, Candela acompañó a las viudas en sus partidas de cartas y no permitió que la copita en la que bebían anisete permaneciera vacía ni un instante, hasta que las ancianas comenzaron a confundir entre risas las figuras de los naipes y les dio por recordar antiguas historias. Mujeres de lágrima fácil, acabaron llorando alrededor de la mesa de juego por los amores perdidos y por los esposos muertos, que no necesariamente tenían que ser la misma persona, pero reservaron su llanto más amargo para la vida pasada sin apenas disfrutar.

—Ay, Candela, todo el tiempo de casa a misa, de misa a casa, sin otra preocupación más que el qué dirán... Y ahora, fíjate, acartonadas como uvas pasas y sin otra diversión que jugar a las cartas mientras todo el mundo cree que estamos rezando. Y lo peor de todo es que si no fuera por esta pequeña trampa, nuestra vida sería un completo aburrimiento —se lamentó una de las amigas de su abuela.

Las otras rieron, con una risa nerviosa. La mujer continuó hablando.

—Hace cuarenta y cinco años que llevo este luto por mi marido —señaló su ropa oscura—. ¡Y solo estuve casada tres meses! Menos mal que por lo menos me dio tiempo a tener un hijo, aunque luego haya resultado ser un tarambana —sonrió, y acarició la cara de Candela—. Tú eres aún muy joven, eres casi una niña... Hazme caso, Candela, aprovecha bien la vida, intenta ser feliz. No hacerlo así sería el único pecado que pudieras cometer. Créeme, hija, que sé de lo que hablo. Al final, lo único que tendrás será un millón de arrugas en la cara y en el corazón, y solo encontrarás alivio para tu pena rebuscando en la memoria.

Cuando aquella noche Candela abrió a hurtadillas la puerta de su habitación y recorrió el pasillo a tientas para salir de la casa, atemperó los nervios y el frío que se le colaba por los pies descalzos con el recuerdo de las palabras de la amiga de su abuela, y con la esperanza de encontrar a Fernando en el lugar donde la había citado, más allá del corral, en la cámara sobre la cuadra donde a esas horas dormía el ganado. Cuando entró, apenas iluminada por la luz de la luna que se puso en su contra y aquella noche ni siguiera estaba llena, Candela se repetía una y otra vez que pecado hubiera sido quedarse en el calor de su cama, lejos de Fernando y de los recuerdos que aquella aventura le pudiera acarrear, pero aun así sus mejillas ardían a pesar del frío cuando distinguió la figura de Fernando en la oscuridad del sobrado. Él la recibió en silencio; en realidad, ya lo tenían todo dicho desde hacía meses.

Hasta el final de sus días, Candela habría de recordar el primer instante en que vio a Fernando de cerca, conscientes ambos de lo que iba a ocurrir en el transcurso de un rato. Ni la distancia, ni el tiempo, ni el rencor podían evitar que Candela reprimiese el escalofrío que le estremecía la espalda como aquella noche de jueves, cuando la mirada febril de su amante le recorrió un cuerpo que hasta entonces únicamente había habitado los territorios de su imaginación; así fue como los ojos, los labios, el cuello, los pechos, las caderas, los muslos, toda la piel de Candela recibieron la caricia de Fernando incluso antes de que él levantase la mano y la acercase lentamente hasta ella, que le recibió dispuesta a dejarle tomar posesión de su cuerpo sin oponer resistencia.

Aquella fue la primera vez, pero por suerte para ambos, no resultó la última. Cada noche de jueves, Candela espiaba a su abuela para escuchar sus ronquidos achispados, y cuando todo quedaba en silencio, prueba inequívoca de que las muchachas que servían en la casa ya se habían retirado, salía en dirección a las

cuadras. Caminaba sigilosa pero tranquila. Solo cuando se acercaba hasta el escondite donde la aguardaba Fernando y creía distinguir su olor entre el resto de los aromas que traía la noche, sentía que el corazón se agitaba dentro de su pecho, al anticiparse al festín que la esperaba dentro. En ese momento, respiraba hondo para espantar al terror de la oscuridad y a la culpa que, justo hasta ese momento, la martirizaba sin descanso. Durante el día, pensaba en sus padres, que no merecían ese indigno comportamiento; le atormentaban los gestos de cariño de su abuela, los cinco céntimos que le deslizaba en los bolsillos cuando nadie las veía, «para que te compres algo», le decía, sin saber que cada jueves por la noche traicionaba su confianza y pisoteaba los principios y la moral y la decencia con la que la habían educado. Y en María Lucía, también pensaba. La imaginaba en su casa, en la calle, paseando del brazo de Fernando, sin sentir ni temor, ni remordimiento, ni vergüenza. Y entonces, siempre en el preciso instante en el que se disponía a dar media vuelta, a regresar a su cuarto, a llorar amargamente, a confesar sus faltas y a renunciar por siempre jamás a Fernando, un crujido procedente de la cuadra le recordaba la impaciencia de su amante, escondido, ansioso, tal vez preocupado. Aceleraba el paso, por última vez, se decía. Y por última vez franqueaba el portón del establo, caminaba entre los animales y entraba en el lugar donde la esperaba Fernando, también por última vez.

Era una habitación amplia, lúgubre, llena de trastos. Cerca de las paredes, desperdigados por el piso, se amontonaban fardos de paja para los animales; había también muebles antiguos, baúles repletos de vestidos pasados de moda, cuévanos y cestos de esparto agujereados, guadañas por afilar, arados rotos, garabatos y azadas destartaladas, y alguna que otra rata, pero los amantes no solo utilizaban su capacidad de invención para gozar de sus cuerpos. Con la ropa de los arcones y la paja de los animales improvisaban una cama, utilizaban los aperos inservibles para espantar a las ratas y con los espejos cuarteados multiplicaban sus cuerpos en un cuchitril que, con ellos dentro, dejaba de ser un almacén de trastos viejos sobre un puñado de animales ruidosos y malolientes.

Consciente de la verdadera naturaleza de sus sentimientos, Fernando no se tomó la molestia de convertir aquel desván en un lugar para disfrutar de un amor que ni siquiera sentía, sino en un auténtico burdel para recibir a Candela y dar rienda suelta a todos sus caprichos. La distribución de mantas raídas, muebles viejos, cachivaches anticuados cumplía un único propósito: multiplicar el placer de Fernando, quien tanto se había sacrificado en la vida al casarse con María Lucía para recuperar la antigua posición social de su familia, y encontró al fin su lugar en el mundo precisamente encima de una cuadra. Pero para él aquello no era más que otra de las bromas que le había gastado el destino. Qué más daba el sitio, pensaba, qué importaba que fuera un palacio, una choza o un desván, si en su interior él se convertía en lo que siempre había querido ser de la mano de Candela, en un explorador de los sentidos, un

aventurero del placer sin miedos y sin barreras. Candela le acompañaba en todas sus hazañas con impúdica curiosidad, ponía su cuerpo a su entera disposición y disfrutaba del sexo como él, sin remilgos, sin escandalizarse por nada de cuanto le proponía, por pecaminoso que pudiera parecerle a cualquier otra persona de su misma educación. De hecho, Candela era la primera sorprendida por aquella extraña sucesión de acontecimientos, pero su deseo por Fernando superaba con creces cualquier otra enseñanza: aquel cuerpo era su credo; Fernando era su Dios. Y por eso, se acostumbró a que la poseyera sin gestos de cariño, a que en la mayor parte de sus fantasías él la convirtiese en una prostituta de lujo, a aceptar regalos poco apropiados para una señorita de su condición, lencería de dudosa procedencia, disfraces que Fernando tomaba prestados de los burdeles de la ciudad, extraños artilugios que proporcionaban un placer indescriptible, fotografías de mujeres desnudas fornicando con enanos, con jorobados, con otras mujeres, ungüentos para facilitar las penetraciones contra natura a las que él era tan aficionado y para las que ella mostraba una predisposición natural en todos los sentidos de la palabra.

Fernando vivía completamente obsesionado por poseer a Candela. Andaba a todas horas loco de deseo, pues en su cabeza no había cabida para otros pensamientos que no fueran los que le transportaban a las noches de los jueves. Su excitación era tan perpetua y su pasión tan ardiente, que le resultaba imposible soportar más de seis horas sin desfogarse, bien en la intimidad del cuarto de baño o bien en la primera casa de citas que se encontrase a su paso; allí permanecía hasta bien entrada la madrugada, más por no volver con María Lucía que por el placer que cualquier otra mujer pudiera proporcionarle, pues ni la más osada de las ramera podía compararse a la que le esperaba una vez por semana sin costarle un céntimo. Perdió interés por sus negocios, que por otra parte, nunca le habían interesado demasiado. Se quedaba dormido a la menor ocasión y aunque siempre tenía hambre de lobo perdió peso, algo de cabello y la mayor parte del buen color de cara del que siempre había gozado. Por si aquello no fuera suficiente, alternaba momentos de euforia con arranques de cólera, que por lo general coincidían con los jueves por la tarde y los viernes por la mañana respectivamente. El resto del tiempo, lo pasaba en una especie de letargo del que solo despertaba por mera necesidad de derramarse.

Y María Lucía, que siempre tuvo ínfulas de princesa, aceptó las infidelidades de su marido como había escuchado decir que hacían las reinas auténticas: con indiferencia. Desde el principio de su matrimonio, supo que Fernando era cliente habitual de los burdeles de la ciudad y no le importó en absoluto; también su padre se iba de putas, ya se lo decía su madre, era como un signo de distinción familiar, y además Fernando seguía cumpliendo con sus deberes conyugales todas las noches, sin importar ni la hora ni las condiciones en las que aparecía. Si llegaba antes del alba, aguardaban juntos a que amaneciera; si lo hacía ebrio, María Lucía esperaba

paciente a que la borrachera se le pasase: ordenaba que alguna sirvienta se levantase para preparar café, le humedecía la frente con paños mojados y le masajeaba las sienes y los hombros hasta que el cuerpo de su marido recuperaba la vitalidad necesaria para contentarla. Por lo demás, era un hombre atento y educado que nunca le llevaba la contraria ni le elevaba la voz, que disimulaba el poco afecto que sentía hacia su esposa, y que toleraba la imperiosa necesidad de controlarle que sentía, con sus libretas de tapa de hule plagadas de listas interminables que perseguían el único secreto objetivo de que nadie en este mundo pudiera satisfacerle más de lo que lo hacía ella. En el fondo tenía la esperanza de que tanto amor fuese suficiente para los dos aunque solo lo sintiese ella, y durante muchos años creyó tener la razón. Pero cuando Fernando comenzó a rehuirla en la cama, se hizo cargo de su error.

Cuando él regresaba, ya de día, María Lucía fingía dormir para que Fernando no pudiera ver los restos que habían dejado sus lágrimas. Lo oía al abandonar la casa y también lo oía al regresar, pero su silencio no significaba que justificase a su marido, a quien amaba con la fortaleza que le daba saberlo perdido. María Lucía estaba convencida de que Fernando tenía una querida a la que amaba, como así lo probaba el hecho de que a ella no quisiera ni tocarla, y no solo creía morir de angustia al preguntarse una y otra vez de quién podría tratarse; también enfermaba por el titánico esfuerzo de dominar su voluntad para no decirle las cuatro verdades que merecía cuando apareciese de nuevo, horas más tarde: que no era una cualquiera, le diría, que no podía reírse de ella en su cara de esa manera, que recogiera sus cosas y se marchase bien lejos. Que era su mujer. Que le había jurado fidelidad y respeto... ¿Acaso ya no se acordaba? Ella sí lo recordaba bien: la ceremonia, la noche de bodas. Las que vinieron después. María Lucía recuperaba en su desvelo los momentos de felicidad que había vivido con su esposo, antes de que se lo arrebataran; por eso, cuando Fernando regresaba a la casa, escondía su llanto en el sueño fingido y para no enfrentar la realidad, seguía disimulando durante el día siguiente, por mucho que intuyera que su silencio la convertía en cómplice de la doble vida de Fernando.

El amor suele sorprender desprevenidos a quienes aman, por eso María Lucía supo que Fernando estaba enamorado de su amante cuando él todavía creía que el deseo era lo único que le retenía junto a Candela, cuando arañaba los últimos minutos a su lado y emprendía una batalla perdida contra el tiempo. Mientras la oscuridad de la noche dejaba paso a las primeras luces del amanecer, acariciaba su espalda desnuda, apoyaba la cabeza en su vientre, enredaba las piernas entre las de ella, la aprisionaba. «Eres mía». Candela reía, y le pedía que se marchase antes de que alguien pudiera descubrirles, pero a Fernando, que entraba siempre sigiloso y con el corazón a punto de reventar por el miedo, la idea de dejarla le volvía valiente. No le importaba que les sorprendieran, es más, mejor si lo hacían, porque así podría pasar junto a ella el resto de su vida y se acabarían las mentiras de una buena vez. En el momento de la

despedida, cuando una semana lejos de su cuerpo se le figuraba demasiado tiempo, tomaba conciencia de su necesidad de ella. Quería volver a poseerla, tenerla de nuevo rendida ante él, abierta y generosa. Quería que ella dijese otra vez las mismas palabras para llenar el silencio al que le desterraba; quería conservar el tacto de sus manos, el olor de su piel, el sabor de su sexo.

Comenzó a añorar su compañía, a imaginar que era Candela quien le esperaba en casa y no su mujer; a menudo, fantaseaba con la idea de una vida diferente, con ella a su lado. Dejó de adquirir ropa usada por las prostitutas y empezó a comprarle regalos distintos: tela para que le cosieran un vestido, un alfiler para la mantilla, un guardapelo, un pañuelo, cualquier detalle que pudiera lucir para él cuando coincidían en misa, en reuniones, en bodas o entierros; en lugares y en eventos a los que Fernando siempre acudía con María Lucía colgada de su brazo y en los que ambos evitaban cruzar sus miradas.

Candela nunca dejó de sentir ni celos ni remordimientos, aunque con el tiempo encontró el antídoto para su mala conciencia, pues aunque descubrió que Dios nunca dejaba sin castigo a quienes contravenían las normas y la moral de la Iglesia, según decía don Gregorio, al fin suspiró aliviada: Fernando y ella llevaban más de un año viéndose en secreto y ninguna desgracia les había ocurrido; aun así, cada domingo intuía que el cura se refería únicamente a ella cuando lanzaba diatribas contra el pecado y los pecadores, contra las mujeres que arrastraban a los hombres en la senda de la lujuria, y contra todos aquellos que desobedecían los dictados divinos. A menudo, notaba cómo un sudor frío le recorría la espalda cuando su mirada se cruzaba con la del párroco y esperaba que el dedo acusador la inculpara directamente a ella como la mayor pecadora de todas cuantas hubieran podido existir sobre la faz de la tierra. Pero ese no era ni por asomo el peor de sus sufrimientos. Cerca de ella, María Lucía escuchaba el sermón junto a Fernando. De cuando en cuando, ladeaba la cabeza y la apoyaba en el brazo de su marido, un gesto que ella nunca podría repetir en ningún lugar y que con gusto cambiaría por cualquiera de las noches de impúdica pasión que habían compartido en el desván.

El amor y el dolor llegaron a Candela a la vez, a traición y con la misma fuerza. Se presentaron de tal manera que se acostumbró a creer que ambos sentimientos siempre acudían juntos. Cada vez con más frecuencia, Candela se planteaba la necesidad de poner fin a aquella relación, pues el placer que Fernando le proporcionaba comenzó a no ser suficiente, sobre todo si lo comparaba con el dolor lacerante de saber que nunca le pertenecería por mucho que la desease, y que era otra la mujer que compartía su vida, por mucho que la detestase. Empezó a sentirse vieja, cansada. Triste. Algunas noches, permanecía abrazada a Fernando hasta que amanecía, sin moverse, aferrada a su brazo, la cabeza apoyada en su hombro, una venganza que en nada sabía como la imaginaba en la iglesia mientras era María Lucía

quien le abrazaba.

Comenzó a pensar que su delito no quedaría impune, que la felicidad de todas aquellas noches de delirio no podía compararse con la desdicha del resto de las horas gastadas en esperar al siguiente encuentro, que la soledad, cruel castigo divino, era la condena que el destino le tenía reservado.

La mañana en que descubrieron muertos a Angelito, el pobre, y a doña Crescencia, Candela comprendió su equivocación. Junto a los cadáveres encontraron la botella de anisete y varios vasos vacíos. Algunos olían a la bebida que doña Crescencia ofrecía en secreto a las otras viudas en las tardes de los jueves; pero los otros todavía rezumaban un olor que el médico no tardó en identificar.

—Doña Crescencia se ha quitado la vida —anunció con calma—. Y me temo que ha hecho lo mismo con la de su hijo. Por supuesto, esto no tiene por qué saberlo nadie.

Solo Candela la lloró sinceramente, porque intuía que aquellas muertes guardaban estrecha relación con la tristeza que el licor producía en las viejas que se reunían para rezar el rosario y que acababan añorando a los amores perdidos, y porque además sabía que muerta su abuela, ya no tendría ningún pretexto para encontrarse con Fernando.

Pero Fernando, que había disfrutado junto a ella de un placer reservado a pocos hombres, no era capaz de resignarse a perderla. La idea de que ella acabara casándose o metiéndose a monja, tal como se rumoreaba, era superior a todas sus fuerzas. Moría de celos, al imaginar que otro hombre la poseía, y de pena al pensar que nunca más volvería a tocarla; verla de lejos le causaba dolor, y si la tenía cerca, apenas podía reprimir el deseo de besarla. No soportaba a María Lucía, y cada vez que acudía a un burdel terminaba llorando como un niño, borracho de alcohol y tristeza. Por eso llegó a la conclusión de que no les quedaba otro remedio que tomar matarratas y morir al mismo tiempo, como había hecho doña Crescencia con su hijo, o reunir el valor suficiente para fugarse juntos. Cualquiera de las dos opciones le resultaba más grata que seguir viviendo sin Candela, y aquella sensación le volvió tan osado que se acercó a ella un domingo, después de misa.

La plaza estaba aún llena de gente cuando llegó hasta ella y comenzó a caminar a su lado.

—No pongas esa cara, caramba. Todo este tiempo hemos sido unos estúpidos. No hay nada de malo en que hablemos: somos familia, ¿ya no te acuerdas? Y estamos rodeados de tanta gente que no pueden pensar que hagamos nada malo. No tengas miedo, nadie nos escucha... ¿Acaso oyes tú a los demás? —Candela negó con un gesto—. Dime, ¿estás bien?

Tal como le había advertido Fernando, nadie pareció reparar en ellos, ni siquiera María Lucía, que caminaba junto a la madre de Candela en dirección a su casa. Ella

aceptó el brazo que Fernando le ofreció para acompañarla en el paseo. Él supo entonces que no tomarían el veneno y allí mismo le contó sus planes de fuga.

—¿Estás seguro, Fernando?

—Estoy más que seguro: no deseo nada más en este mundo.

Fernando decía la verdad: no había nada que deseara más que pasar la vida entera junto a Candela, y por ese sueño entrampó su vida. Fue a una casa de empeño con nombre falso y joyas auténticas, y el siguiente domingo, al salir de misa, entregó a Candela parte del dinero que le dio el usurero por las alhajas. Caminando entre la gente, estudiaron paso a paso los preparativos de su huida. Primero, partiría Candela. Alquilaría un coche que la llevase a Madrid y allí tomaría un tren que la conduciría hasta Barcelona; más tarde, para que nadie relacionase su marcha, le seguiría Fernando. Él le anotó las señas de la pensión en la que debía esperarle; había conseguido la dirección en uno de los burdeles que frecuentaba, aunque ocultó ese detalle a Candela.

—Tendrás suficiente para vivir sin problemas un par de meses, aunque yo llegaré dos semanas después que tú. Tres, como máximo. Me quedará el tiempo necesario para vender algunas tierras —le dijo—. Con ese dinero compraremos una casa, y viviremos como si estuviésemos casados.

—Tengo mucho miedo, Fernando. ¿Y si no sale bien? —Candela estaba angustiada.

—No temas. Lo tengo todo calculado: nada puede fallar.

Fernando tuvo razón solo en parte. Los planes de la fuga inmediata se retrasaron varias veces por motivos tan peregrinos como una enfermedad de su suegra, la venta inminente de unas tierras, un ataque de gota del propio Fernando y una indisposición momentánea y sin determinar de María Lucía. Finalmente, Candela huyó de su casa y tras un viaje interminable, se dispuso a esperarle en la pensión que le había indicado, una fonda sucia y llena de prostitutas de la que no se atrevía a salir ni para comprar comida por miedo a que le robaran. Allí le aguardó muerta de frío y de miedo, pero impasible al desaliento, como las heroínas de los folletines; acodada en la ventana o asomada a la puerta, vigilaba el horizonte para recibirle el día que llegara, sin sospechar que nunca volvería a verle ni a tenerle cerca. De haberlo imaginado, se hubiera cortado las venas allí mismo y durante mucho tiempo, lo único que lamentó fue no haberse atrevido a hacerlo.

Mientras le esperaba no se le ocurrió pensar que la suerte podía haberles vuelto la espalda, pero en ocasiones la vida suele jugar en contra de quienes más necesitan de su buena estrella; tal vez por eso María Lucía encontró en el fondo de un arcón escondido en el desván la valija que Fernando pensaba llevarse en su viaje mientras Candela todavía aguardaba la llegada de su amante. En su interior halló algunas mudas de ropa, las joyas que creía guardadas en la caja fuerte que ocultaba un tapiz

en el salón y todo el dinero de unos campos que Fernando había vendido días atrás. No le costó demasiado atar cabos. Recibió a Fernando con la maleta en la mano, y en medio de un mar de lágrimas, le reclamó las promesas que había jurado ante el altar. Le reprochó su adulterio, le hizo saber que sin él su vida perdería el sentido, le recordó los años de vida en común, le recriminó el dolor que le había causado y le hizo responsable de que no tuviera junto a ella los hijos que el destino le anunciara tiempo atrás. Apeló a su sentido de la lealtad, al de la decencia, y también al de la culpa. Lloró, se enojó, se reinventó para él en apenas unas horas y le prometió un mundo nuevo a cambio tan solo de que se quedara.

Fernando estaba aturdido. No había imaginado que su legítima esposa le amara de aquella forma y tal como ella había pretendido, se sintió culpable por las vidas que de todas formas acabaría destruyendo. Pensó en el futuro que le ofrecería a Candela si acababa reuniéndose con ella tal como le había prometido: nada más que una impostura, una existencia llena de mentiras, de pretextos, de miseria y de humillaciones. Se preguntó si su amor sería capaz de soportar ese peso, y la propia María Lucía, consciente de la duda que Fernando comenzaba a albergar, fue quien le dio la respuesta.

—¿Qué piensas hacer con ella? ¿Dónde os instalaréis? ¿De qué vais a vivir? — Fernando guardó silencio. María Lucía trató de serenarse: si jugaba bien sus cartas, tal como hizo su padre años atrás, no perdería el marido que él le había conseguido —. Tú eres un inútil, nunca has trabajado, no sabes hacerlo. Y no tienes por qué. Si te quedas, no te faltará nada, como siempre, tendremos nuestros hijos, y todos juntos conseguiremos que olvides a esa ramera, que no es más que una ramera, una furcia, una cualquiera...

—No hables así de ella —él protestó con timidez, y María Lucía supo entonces que, como su padre, también ella había ganado la partida que había jugado con habilidad.

—Está bien, querido, está bien —se acercó a él y le palmeó la espalda, condescendiente—. Yo comprendo todo lo que ha pasado: eres hombre, es normal que sucedan estas cosas. Ahora crees que la amas, pero, dime, ¿crees que podréis vivir con el remordimiento de lo que habéis hecho sobre vuestras conciencias? ¿Crees que tú podrás ser feliz, sabiendo que yo estoy aquí, sin ganas de vivir, sabiendo que has arruinado nuestra familia?

Él guardó silencio, vencido al fin. En todos sus planes había previsto cualquier tipo de contratiempo, excepto uno: lo único con lo que no había contado era precisamente con la reacción de su mujer, y eso le perdió. Comenzó a llorar con un llanto suave, silencioso, avergonzado, y María Lucía le prestó el mismo pañuelo con el que había secado sus lágrimas poco antes. Le consoló durante horas, mientras Fernando empequeñecía, replegado sobre el diván, la cabeza gacha, el alma atormentada.

—No pasa nada, querido —le repetía María Lucía, enredando sus dedos en el

pelo de Fernando—. No pasa nada, mi amor —insistía, una y otra vez—. Yo voy a perdonártelo todo, y dentro de un tiempo no nos vamos a acordar de esto que no ha sido más que una tontería.

Permaneció junto a su mujer desde ese día, pero lo único que ganó María Lucía en aquella partida fue un marido triste, un hombre infeliz que nunca dejó de lamentar su infame traición. De hecho, enfermó esa noche y nunca más recuperó la salud. Cayó malherido, víctima de la pena infinita que comenzaba a causarle esa pérdida nueva y ya irreparable. Deseó estar muerto cientos de veces, pero ni siquiera en eso le acompañó la fortuna: la de Fernando Ladrón de Guevara fue una lenta muerte, aunque tampoco aquello lo supo Candela.

VII

La vida amarga

Nunca compartió el horario de los demás. Se acostaba cuando los hombres de bien probablemente acababan de levantarse y hacía suyas las noches de Barcelona hasta que el alba echaba de las tabernas y de las casas de putas a los clientes más rezagados. Él era siempre uno de ellos. Salía a la calle de madrugada, borracho y haciendo un esfuerzo denodado por caminar derecho y guardar la compostura, en un intento por señalar todas y cada una de las diferencias que existían entre él y el resto, por pequeñas que fuesen, por imperceptibles que pudiesen resultar a la vista de cualquiera. Los que se mantenían despiertos a aquellas horas compartían el gesto cansado, la mirada aletargada y también el bolsillo vacío, pero unos salían del local satisfechos, ebrios de alcohol y de lujuria en la misma medida y otros abandonaban el tugurio con actitud apesadumbrada, fiel reflejo de la culpa que sentían por haber gastado demasiado dinero, por haber bebido más de la cuenta, por no tener excusa con la que enfrentarse a sus esposas y, sobre todo, por el ingrato deber de regresar a la vida real, donde las mujeres eran tan remilgadas que nunca se exhibían desnudas ante ellos, y no como las que dejaban en ese salón, que se mostraban impúdicas y desvergonzadas, y cuyo regocijo en el lecho parecía tan sincero que llegaban a olvidar que sus mohines e incluso sus gestos obscenos y provocativos no solo se debían al dinero que habían pagado por ellas. De todos modos, se consolaban pensando que mejor era aquello que buscar a tientas la ranura del camisón por el que sus mujeres les obligaban a penetrar en sus cuerpos, templos sagrados de la fecundidad que después de cada cópula comenzaban a hincharse con un nuevo vástago.

Pero Oriol Mora era diferente. A él nadie le esperaba en casa para escuchar sus excusas torpes y deslavazadas, no había visto nunca un camisón con una abertura en medio, lo mismo le daba gastar y beber más de lo aconsejable y de sobra sabía que al cabo de unas horas regresaría a aquel burdel o a otros parecidos para repetir de manera exacta lo mismo que había hecho aquella noche y las anteriores: beber, esnifar cocaína, fumar tabaco y hachís, bailar y acostarse con una o con varias fulanas a la vez. No se sentía desgraciado por abandonar un mundo, que en definitiva era el suyo, por tan poco tiempo. Su desdicha era otra, y por ese motivo se esforzaba en ocultarla hasta de sí mismo. Aun cuando nadie le observaba, se colocaba el sombrero sobre la cabeza ceremoniosamente, se arreglaba el cuello de la camisa y con la palma

de la mano apartaba de las hombreras de su gabán las manchas de polvo, de alcohol y de drogas, y de paso, retiraba con el mismo ademán los restos de vómito y otras secreciones que atestiguaban la calaña de su noche. «Señores —parecían decir todos sus gestos—, Oriol Mora es un caballero».

Regresaba a su casa paseando para sentir en su rostro el frescor de la madrugada y saludaba con una leve inclinación de la cabeza a las personas con las que se cruzaba, en su mayor parte obreros que se dirigían a las fábricas o vendedoras que apoyaban en sus caderas grandes capazos con pescado fresco. Nunca le devolvían un cumplido que consideraban ofensivo, pero Oriol insistía cada mañana en su costumbre, pues, en el fondo, pensaba que el amanecer ejercía una suerte de redención en su espíritu y se enfrentaba a aquel día como al del nacimiento del nuevo Oriol Mora. Caminaba sonriente, decidido a trabajar, a dejar de dilapidar la fortuna que su familia había atesorado a fuerza de tesón y de empeño. Repetía sus saludos con voluntad inalterable, aunque nadie se los devolviera, y sonreía para sus adentros, pues al fin y al cabo, él sería uno de ellos en cuanto se quitase aquellas ropas apestosas y pudiera asearse, pero antes de que llegase a su casa, comprendía que lo suyo no tenía solución; por eso al despertarse a media tarde con el regusto de la resaca y de la derrota mezclado en la boca a partes iguales, saltaba de la cama con la intención de arreglarse para repetir las proezas de la noche anterior, y de todas las noches que la habían precedido desde que llegó a aquella ciudad, una vida antes. Recordaba la mirada desolada de los hombres que habían salido de la manebía esa mañana sabiendo que no iban a regresar, se anticipaba a la mirada desolada que volvería a ver en otros rostros al cabo de unas horas, y sentía compasión por ellos. Pero su desdicha era diferente, y bien sabía que ni esa madrugada ni ninguna otra iba a ser capaz de ocultársela a sí mismo.

Cuando pisó Barcelona por primera vez acababa de cumplir los veinte y tardó varios años en aclimatarse a su nuevo entorno. Extrañaba el frío de Camprodón, el aire helado que parecía cortarle la piel de la cara y que le había dejado la costumbre de caminar encorvado y con las manos siempre metidas en los bolsillos de su abrigo. En Barcelona había demasiada humedad, no le gustaba la comida y detestaba el ruido que parecía llegar de todas partes y a todas las horas, por más que cerrase puertas, ventanas y oídos a la algarabía que se colaba de la calle, donde, por lo demás, todo el mundo sonreía y parecía feliz con el único propósito de mortificarle. Los primeros días lo visitaron algunos parientes y unos pocos amigos que su abuelo había conservado a través de una correspondencia regular después de marcharse a Camprodón para instalar sus negocios, pero pronto dejaron de lado la cortesía. Se cansaron de que Oriol los recibiera siempre en bata, con barba de varios días y sin molestarse en ocultar las muestras de fastidio por su presencia. Tal y como acabaría haciendo más tarde, gastaba el dinero a manos llenas en naderías y trataba a todo el

mundo con desprecio, en un vano intento por hacer que los demás también sufriesen por la pena que llevaba dentro, pues aquello no era lo que había pasado años enteros soñando, y el mundo tenía que pagarlo.

Pero al cabo de un tiempo, mantener aquel rencor se convirtió en una tarea que requería demasiado esfuerzo. Oriol comenzó a dejarse ver. Al principio se limitó a caminar por las tardes desde su casa hasta el puerto y allí se entretenía mirando el vaivén de las olas hasta que anochecía; más tarde, empezó responder a los saludos de los otros paseantes primero con un gesto y más tarde, y a su pesar, con el atisbo de una sonrisa. Ordenó a sus sirvientes que buscasen una costurera que le cosiera ropa interior de terciopelo fino para no sentir la humedad; escribió a su madre y le pidió que le enviase una cocinera de su confianza y, para habituarse al ruido, no le quedó más remedio que empezar también a hacerlo. Se compró un piano y contrató a un profesor para aprender a tocarlo; se abonó a la temporada de la ópera; envió cartas de disculpa a los familiares y amigos a quienes había despreciado e incluso llegó a cortejar a la hija de uno de ellos con la que coincidía en el Liceo en los días de estreno, pues pensaba que tal vez los últimos años de su vida no habían sido más que una equivocación y el final de sus días lo encontraría rodeado de una familia, hijos y nietos por todos los lados, y no moriría solo como un perro, tal como Amadeo había pronosticado cuando le abandonó. A fin de cuentas, se decía, tal vez no fuera tarde para enmendar aquel error, tal vez no fuese un depravado ni un vicioso ni un pervertido, tal como Amadeo le había espetado cuando le abandonó, pues no había conocido otro hombre más que Amadeo Serra y por ningún otro había sentido el menor interés. Pero con su profesor de piano fue diferente.

Se llamaba Xavier Costa, y siempre le había parecido un viejo hasta que lo vio un día a la luz centelleante de los faroles de las Ramblas, donde por más que intentase negar lo que realmente sentía, todos los hombres le parecían atractivos. Lejos de su casa, y de las teclas del piano, los dedos de don Xavier le parecieron más largos, más albos, más suaves, más libres. Le tendió la mano a modo de saludo, como si fueran viejos amigos.

—Caramba, Oriol, ¿qué hace por aquí? —exclamó el profesor nada más verlo.

Él arguyó una excusa incoherente que el otro fingió creer. A esas alturas de la conversación, con solo dos frases cruzadas, también su rostro parecía diferente al que le recordaba, más joven y más gentil, y su sonrisa era más amplia, y su gesto menos severo, y su piel menos áspera. Todo en él era diferente, mejor.

—Menuda sorpresa encontrarle a estas horas —la voz del pianista interrumpió sus pensamientos—. ¿Puedo tutearle? Ahora no soy su profesor, ni usted mi alumno.

Dudó un instante. Finalmente, asintió con un leve gesto de la cabeza.

—Estupendo. Te convidó a una gaseosa en este bar americano que acaban de inaugurar...

Oriol no pudo evitar un gesto de sorpresa, que el otro percibió de inmediato.

—No pongas esa cara, caramba, que está aquí mismo, al cruzar las Ramblas, ¿lo

ves? —le dijo mientras le señalaba el local con el brazo derecho. Con el otro, le aferró los hombros.

—Como usted diga, don Xavier —respondió Oriol.

Se sentía turbado: todos aquellos meses pasando las tardes de los martes y los jueves con el maestro de música y nunca había notado aquel temblor en las piernas. Estaba asustado, además, por si el otro percibía lo que le estaba pasando.

—Quítame el don —le pidió—. Porque a ver... ¿cuántos años tienes? ¿Diecinueve?

—No, señor, tengo veintiuno —respondió.

—¿Veintiuno? Pareces mucho más joven. Tienes pinta de no saber nada de la vida... —lo miró y sonrió mientras le acariciaba el brazo—. Pero con veintiuno, no tienes excusa para tutearme. Además, solo soy once años mayor que tú. Venga, te invito.

Cruzaron la calle, y para apresurar su paso, Xavier, ya sin el don, aumentó la presión del brazo que mantenía en su espalda.

—Creo que yo no voy a tomar soda —anunció Oriol al sentir la caricia del profesor.

En efecto, no pidieron gaseosa. Cuando llegó el camarero para servirles, Xavier ordenó que trajera una botella de champán y unos dulces para acompañar la bebida, pero la comanda permanecía casi intacta cuando el mozo volvió a la mesa para retirarla, y Oriol y su maestro ya habían partido hacia la casa de Xavier con el pretexto de que el profesor le mostrase al alumno unas partituras que había comprado en una librería de las Ramblas. Con la excusa de ayudarle a la correcta lectura del pentagrama, Xavier cogió con los suyos los dedos de Oriol, y como el joven no retiró la mano, Xavier entendió que todo lo que había supuesto acerca del muchacho mientras le daba clases de música era cierto. Se acercó los dedos de Oriol a la boca y los besó tímidamente, aun expectante por la reacción de su alumno. Como quiera que Oriol echó la cabeza hacia un lado mientras cerraba los ojos, Xavier ya no tuvo dudas. Se arrodilló frente a Oriol, desabrochó la botonadura de su pantalón y comenzó a acariciarle el sexo con la mano; después, se inclinó sobre él y se lo introdujo en la boca.

En todos los años que había pasado con su amante, Oriol nunca había recibido una caricia como aquella, y la lengua de Xavier recorriendo su verga enhiesta tuvo la virtud de revelarles lo que podía ser su vida a partir de ese instante. Sin salir de su asombro, pero dispuesto a aceptar el especial regalo que le brindaba la vida cuando hacía tan poco tiempo que había estado a punto de mandarlo todo al traste, tomó con ambas manos la cabeza de su profesor para indicarle el ritmo que debía mantener, un ritmo que el maestro inició lento pero que el alumno prefería rápido: tenía urgencia por sentir la presión de unos labios también urgentes que le recibían con gusto, que paladeaban con deleite el sabor de su piel y de su semen.

—No sabes las ganas que tenía de hacerte esto... —dijo Xavier, y mostró una

sonrisa de satisfacción—. Todos estos meses viéndote aporrear el piano, mientras lo único que pensaba era en comerte entero.

Se levantó del suelo y siguió hablando mientras salía de la habitación. Al cabo de unos segundos, regresó al salón con dos copas y una botella.

—Es absenta —anunció—. Beberemos un poco, no creas que esto ha terminado tan pronto... No quiero que te marches de esta casa sin haberte conocido más profundamente.

Así lo hizo, y envalentonado por el licor y excitado por la admiración que reflejaba la cara y el cuerpo entero de Xavier, Oriol no tardó en dejar que su maestro de piano venciera todas sus reservas y abriese una a una todas las puertas de su cuerpo en sentido figurado y también en sentido real, pues Xavier se coló en todos los huecos que tenía preparados para él, ansiosos, húmedos, calientes. Para cuando salió de allí, varias horas más tarde de haber entrado, Oriol ya no tenía dudas: al fin había comenzado a habituarse a su vida en la ciudad.

Oriol había crecido sin afecto. Su padre falleció cuando no había cumplido los trece años sin haberle dado nunca un beso a su único hijo, pero a cambio le dejó como herencia un negocio boyante, un futuro resuelto y un sentimiento de culpa que el niño habría de arrastrar hasta el día en que él mismo se fuera a la tumba, pues Oriol tenía la firme convicción de que la muerte de su padre obedecía únicamente a su deseo de que se muriera. Nunca le había querido y tenía la certeza de que el sentimiento era mutuo, como así lo demostraba el hecho de su padre no hubiera deseado que se llamase como él. No lo bautizaron Joan Mora hijo, sino Oriol, un nombre que nadie en la familia había utilizado jamás; tampoco se preocupó de su educación, y solo ante la insistencia de su madre contrataron a una institutriz de buena familia que se había trasladado a Camprodón para pasar la vejez; ella le enseñó a escribir y a manejar las cuatro reglas con relativa soltura para que no tuviera problemas en dirigir ni la fábrica textil ni el negocio de galletas que acabarían siendo de su propiedad. Y Oriol tenía razón, ya que en verdad su padre no había sentido nunca el menor aprecio hacia un niño que llegó al mundo cuando ya todos habían perdido las esperanzas de que su esposa fuera fértil; llevaba más de seis años casado con Margarita Fuster y durante todo ese tiempo, su familia solo había esperado una cosa de ella: que fuera fecunda, pero la fortuna no le alcanzó ni para eso ni para nada en la vida. Era una mujer pequeña, en todos los sentidos a los que podía referirse ese adjetivo. Menuda y oscura, de escasa educación y tan pobre de carácter que le extrañó enormemente dar a luz a un hijo de tamaño semejante al que le mostró la partera, todavía con la piel ensangrentada y con las mejillas mojadas por el llanto.

—Es un varón —le dijo la comadrona al acercárselo.

Margarita le observó con asombro.

—¿Es mío?

—No, señora, ¡qué va a ser suyo! Es de una gitana que pasaba por la plaza de Santa María y yo lo he robado para usted —la mujer refunfuñó, enojada.

Margarita Fuster insistió.

—Pero, mírelo, ¡es tan grande! No es posible que algo así haya salido de mí.

La vieja le arrebató al niño de los brazos, apartó la sábana que cubría su cuerpo y se lo volvió a mostrar desnudo.

—Mírelo usted, señora, mírelo bien —señaló con la mano los minúsculos testículos del recién nacido—. Ha tenido usted un hijo. Si es grande, mejor: así podrá defenderse a golpes si las cosas le van mal, y si encima no ha salido a usted, señora, más suerte tendrá en esta vida.

Margarita, que moría de angustia por la simple idea de que Oriol se le pareciera, deseó toda la vida que la matrona estuviera en lo cierto. Antes de que su hijo se asemejase a ella, prefería mil veces que Oriol heredase el carácter tirano del padre. Ella apenas sabía leer, su escritura era confusa en la caligrafía y en la ortografía, y lo más que se alejó de Camprodón fueron los setenta y siete kilómetros que separaban a su pueblo de la ciudad de Girona, que visitó solo en una ocasión para elegir parte del ajuar de su boda. Para entonces, la fecha del enlace estaba fijada, aunque nunca se había visto a solas con el que sería su esposo. De hecho, no habían hablado ni una sola vez, que para eso estaban los padres de ambos; el de Margarita era el dueño de una fábrica de galletas que con el paso de los años alcanzaría fama mundial y que, por lo pronto, le daba a la familia de su propietario un aire dulzón por el azúcar, la canela, la miel y el chocolate de las obleas.

Algunos años antes de apalabrar el matrimonio, el abuelo de Oriol había arriesgado buena parte de su patrimonio y todo su prestigio en una empresa prácticamente suicida: instalar en Camprodón una fábrica textil. Dejó los negocios que tenía en Barcelona en manos de un administrador de su entera confianza, compró una casa en el centro del pueblo y un solar en las afueras. Al mismo tiempo que los cimientos de lo que sería su hogar, levantó los de su empresa; dio trabajo a los hombres en la construcción, y a las mujeres y a los niños en la fábrica, sin que en todo aquel tiempo le llamaran otra cosa que no fuera loco, pero él no hizo ningún caso a aquellos insultos. En aquel entonces, no imaginaba que algún día sería Joan Mora padre, pero lo que sí tenía muy claro es que aquel negocio resultaría próspero, como al final acabó sucediendo: solo unos años más tarde, la mayoría de los que le habían agraviado viajaban hasta Camprodón para comer embutido y pedirle favores.

Para aquel entonces, ya era Joan Mora padre, y como tal, entró en la confitería de Pere Fuster, cansado de aguantar los disparates del hijo. Decían de él que había hecho suyas a casi todas las mujeres de la comarca, sin ningún tipo de criterio ni de mesura, y él mismo sospechaba sobre la calaña de sus viajes a Barcelona, donde solía ir una vez al año con el pretexto de ver a los abuelos paternos. Joan Mora padre temía que aquellas aventuras dieran al traste con la herencia que algún día recibiría; consultó con su esposa y con algunos amigos y, finalmente, una mañana temprano pidió al hijo

que le acompañara sin decirle a dónde se dirigían.

—¿En qué puedo servirle, don Joan? —Pere Fuster salió a recibirles a la entrada de la fábrica, con la bata manchada de harina. Padre e hijo se miraron en silencio. Joan Mora padre se aferró con fuerza a su bastón mientras el otro terminaba de limpiarse la mano en el delantal antes de tendérsela—. ¿Necesita galletas, dulces...?

—Tengo entendido que tiene usted una hija soltera —no se detuvo en observar la mirada atónita de Pere Fuster ni la de Joan Mora hijo—. ¿Es eso cierto? —esta vez sí le miró y le vio asentir como única respuesta—. Bien. Yo también tengo uno soltero, aquí lo ve —señaló a Joan con la mano derecha, sin soltar el bastón—. Me hago cargo, amigo Pere, de que esta no es la manera de hacer las cosas, pero usted también sabe que yo soy un hombre franco, que no me ando con rodeos ni para hacer negocios ni para decir lo que pienso.

Pere Fuster guardó un incómodo silencio; Joan Mora hijo desvió la vista, avergonzado y sorprendido a partes iguales. Su padre continuó hablando sin asomo de embarazo.

—Ya sabe, también, que soy un hombre muy rico y que algún día mi hijo Joan heredará mi fortuna. Y yo sé que su negocio es próspero y que su hija ha sido educada por una hermana suya, que ha sido monja durante muchos años y cuyas razones para abandonar los hábitos no me importan en absoluto, si me permite decirlo aunque no venga al caso en esta conversación —sostuvo con sus ojos fijos los de Pere Fuster—. No me mire así, y escúcheme bien: creo que sería bueno para nuestras familias que emparentásemos. ¿Qué me dice, amigo Pere?

Tardó un rato en reponerse de la sorpresa, pero pasado ese instante de vacilación, Pere Fuster aceptó el trato que su consuegro le ofrecía y allí mismo, en la entrada de la fábrica de galletas y ante los ojos atónitos de Joan Mora hijo, Pere Fuster y Joan Mora padre cerraron el convenio de la boda de sus hijos como quien sella un tratado de paz. Joan Mora padre salió de la empresa con un surtido de galletas debajo del brazo. Joan Mora hijo abandonó la fábrica con una determinación en la mirada de la que nunca pudo ni quiso desprenderse: no habría de amar nunca a Margarita Fuster, que no conoció nunca el amor de su marido, y para colmo de desgracias tardó seis años en quedarse embarazada, seis años con todos sus días, con todas sus noches, con toda su amargura.

Para huir de ella, Margarita buscó refugio en la oración; por eso, cuando al fin supo que estaba encinta lo atribuyó más a la intervención divina que a la de su propio marido, que ya tenía varios hijos bastardos y había perdido todo interés en fecundar a su mujer. Margarita prendió cien velas y encargó misas para todos los jueves de los próximos cien años, porque había oído decir que los niños que nacieran entonces conocerían más de un siglo. Pagó por adelantado y con generosidad, porque desde el principio puso todo su empeño en que el niño naciera sano y a salvo de cualquier maldición: quería que su hijo tuviera toda la felicidad que a ella le faltaba. Pasó los nueve meses rezando para ello, y mantuvo la vigilia cuando notó que ya quería salir

de su barriga, pues era de dominio público que si una embarazada dormía antes del parto, el mismo demonio o las brujas enviadas por él, nadie lo sabía bien, podían aprovechar el instante para darle muerte. Comió sesos de cordero para que naciese listo, bebió vino para que fuese valiente, y, sobre todas las cosas de este mundo y del otro, rezó sin descanso hasta que, finalmente, Oriol comenzó a vivir fuera de ella un viernes de primavera a las diez de la mañana, después de casi doce horas de doloroso parto en las que se llegó a temer por la supervivencia de los dos. Margarita se alegró, aunque hubiera preferido que el niño naciese en domingo, puesto que cualquiera sabía que los nacidos en ese día eran dotados en general.

Por si acaso, cuando vio a su pequeño lo observó con detenimiento, comprobó que tenía todos sus miembros en el lugar exacto en el que debían estar, y que nada se encontraba fuera de su sitio; le miró a los ojos, buscando su profundidad; le escuchó gritar y llorar hasta que creyó que el alma acabaría saliéndose por sus pulmones. Le vigiló durante horas, y por último, se conformó con el viernes y con sus designios: su hijo sería bello, aplicado para las artes y predispuesto a las aventuras amorosas, pero lo que no supo nunca Margarita es que, como ella, su hijo estaba marcado por la desdicha.

Joan Mora, que con el nacimiento dejó de ser hijo para convertirse en padre, no se preocupó demasiado por la persona de Oriol. Nunca se interesó por sus gustos, nunca le dirigió una palabra de afecto y, de hecho, las únicas caricias que el niño disfrutó de su padre no estuvieron exactamente dedicadas a él: sin que Joan Mora lo supiera, su hijo fue testigo silencioso de la persistente atracción que su padre sentía por las sirvientas, a las que solía reclamar en las horas de la siesta, cuando toda la casa parecía dormir excepto Oriol, su padre y, al menos, una de las criadas. Agazapado en su escondite del cuarto de lavar y planchar la ropa, Oriol espiaba a su padre mientras bajaba las bragas de las muchachas y se les metía por dentro como un animal, resoplando como un mulo y babeando como un tonto; a veces, les desabrochaba el uniforme y manoseaba los pechos, pellizcaba los pezones, amasaba rápidamente aquellos trozos de carne blanca y blanda, y después las obligaba a acariciarle hasta que se derramaba sobre ellas; de cuando en cuando, hacía que una de las sirvientas permaneciera en la habitación observando lo que sucedía, sin saber que sus actuaciones ya tenían su público desde hacía tiempo, cuando Oriol se coló en aquel cuarto para jugar y el miedo le impidió salir tras sorprender a su padre dentro en semejante actitud. De más está decir que aquella primera vez se quedó petrificado al descubrir lo que estaba ocurriendo, pero al cabo de un rato no pudo evitar darse cuenta de que había partes de su cuerpo que crecían inexplicablemente, como si poseyeran vida propia, y reclamaban su atención cada vez más a menudo; por eso, la tarde siguiente no quiso dormir la siesta y cuando todos se retiraron se fue derecho a su escondite, bajo la mesa de la plancha, una decisión que se convirtió en el principio de una costumbre que mantuvo intacta hasta la muerte de su padre, que no solo le dejó como herencia un negocio boyante, un futuro resuelto y un sentimiento de culpa

que el niño habría de arrastrar hasta el día en que él mismo se fuera a la tumba: a su padre le debía también un gusto por el onanismo y una lujuriosa fantasía que también le acompañarían hasta el final de su vida.

La tarde en que Margarita Fuster le pidió a su hijo que fuese a buscar al de su nueva amiga, no imaginaba lo que acabaría sucediendo como consecuencia de aquel gesto de cortesía con la recién llegada. Todavía estaba algo achispada por el vino, y cuando se dirigió a Oriol para ordenarle que fuese a buscar al joven Rafael, tuvo que reprimir un eructo que le trajo de vuelta el sabor a la butifarra que había comido con Elisenda Fortuny mientras compartían sus confidencias. Su hijo se negó, y argumentó varias excusas para eludir el mandato: todas ellas se tropezaron con la firme determinación de su madre.

—Irás a buscarlo, ya está todo dicho. Y en menos de media hora, si sabes lo que te conviene.

—Pero, ¿por qué he de ir? Yo no lo conozco de nada... ¡Seguro que es un barcelonés pedante y estúpido! No me obligue, madre, se lo pido por favor...

—Ya te he dicho lo que tienes que hacer, así que deja de replicarme y cámbiate de ropa para ir a buscarlo.

El hijo siguió renegando y preguntando a su madre qué había hecho mal para que le castigase de aquella manera; Margarita continuó imperturbable en su orden, aunque la argumentó. Le explicó a Oriol que debía ir porque era de buena educación ser amable con los forasteros y porque no le vendría mal tener amistades en Barcelona, «que la vida da muchas vueltas, hijo», le recomendó. Le pidió que la obedeciera porque ella ya se había comprometido con Elisenda Fortuny; le mandó que saliera de la casa en ese mismo instante porque ella era su madre, y se lo ordenaba. Y finalmente, reconoció la verdadera razón de su mandato.

—Hijo, soy yo la que te suplica que vayas, que seas amable con Rafael... Es la primera vez que conozco a alguien interesante, que alguien interesante se interesa por mí, y me pide consejo, y me pide un favor... Soy yo la que necesita mantener su amistad, porque esa mujer puede ayudarme mucho en esta vida... Te lo ruego: ve, y hazte su amigo.

Únicamente por ese motivo acudió a esa cita forzada, y fue cortés con el hijo de la amiga de su madre, y después de haberlo entretenido toda la tarde, lo acompañó hasta el vestíbulo del hotel sin molestarse en disimular el alivio que le producía aquel último paseo. Una vez cumplido el encargo de su madre, tenía la firme intención de no volver a tener trato con Rafael Serra, que, tal como había recelado, hacía gala de una pedantería insultante que en más de una ocasión estuvo a punto de costarle un puñetazo.

Los dos muchachos llegaron hasta la puerta del hotel en silencio, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza agachada. La tarde no había sido agradable para

ninguno de los dos, ya que en lo único que estuvieron de acuerdo fue en la antipatía que sentían el uno por el otro.

—Ya nos veremos por ahí —le dijo Oriol, con desgana.

—No quedará más remedio. Este pueblucho es tan pequeño que a la fuerza tendremos que coincidir —respondió el otro, con desprecio.

Oriol levantó la mirada del suelo y apretó el puño, todavía dentro del pantalón, dispuesto a darle su merecido, y fue justo entonces cuando lo vio por primera vez. En una mano, sostenía un cigarro que fumaba con desgana y observaba a los demás clientes del hotel con una mezcla de desprecio y curiosidad. De cuando en cuando, levantaba el vaso y bebía perezosamente, como si el resto del mundo y él mismo se moviesen a velocidades diferentes. Tenía el brazo apoyado con descuido sobre el respaldo de la silla contigua, en la que había dejado caer la chaqueta y el sombrero. Oriol no sabía por qué, pero no era capaz de dejar de mirarle, como si entre aquel desconocido y él se hubiera establecido un lazo invisible, indestructible, inexplicable. Incluso, comenzó a sentir un extraño hormigueo y un leve mareo.

—¡Eh, tú! ¿Se puede saber qué te pasa? —voceó Rafael—. Estás más blanco que la pared... ¿Te estás mareando, nenaza?

Oriol reaccionó con furia, más por la brusca interrupción de sus pensamientos que por la insolencia del comentario. De un solo golpe, certero, preciso, en el ojo derecho, lo dejó tumbado en medio de la acera. El chillido de Rafael mientras caía coincidió con el final de la melodía que un músico interpretaba al piano dentro del bar. Todos los clientes, incluido el apuesto veraneante, volvieron sus cabezas hacia el exterior. Algunos rieron a carcajadas al ver cómo Rafael daba con sus huesos en el suelo; la mayoría, mostró indiferencia y continuó con sus juegos y sus copas. El forastero, sin embargo, dejó su licor en la barra, cogió su chaqueta y su sombrero, y se puso en pie, sin dejar de observar a Oriol con una especie de brillo burlón. Ya en la calle, se acercó hasta ellos. Guardó silencio un instante, mirando alternativamente a Rafael, todavía en tierra, y a Oriol, aún con el puño amenazante. Finalmente, sonrió y tendió la mano hacia Rafael, en gesto de ayuda.

—¿Qué haces en el suelo?

—Este estúpido me ha pegado —le denunció Rafael.

—Y tú, ¿no te has defendido?

—¿Cómo iba a defenderme? Él me ha cogido desprevenido. Y me ha tirado al suelo...

El hombre soltó la mano a la que se aferraba Rafael, y este perdió el equilibrio.

—¿Por qué me hace esto, padre? —preguntó, rojo de vergüenza.

—¿Padre? —Oriol también enrojeció.

—Sí, joven. Soy el padre de este niñato al que cualquiera puede tumbar de un solo golpe. Amadeo Serra —tendió su mano hacia Oriol, esta vez para saludarle como si fuera un adulto—. Mucho gusto en conocerle, joven.

—Siento mucho lo ocurrido, señor —se disculpó Oriol, y él mismo levantó del

suelo a Rafael—. Su hijo no ha hecho nada malo. La culpa de todo ha sido mía...

—Otro gesto que le honra, joven. No solo es usted fuerte, también generoso. Conozco perfectamente a mi hijo, y sé que se tiene bien merecido este bofetón. No hace falta que se disculpe.

Amadeo siguió hablando con Oriol un rato más, hasta que la noche cayó, de golpe, sin que se dieran cuenta, y solo la luz que salía del interior del hotel y de las casas más próximas iluminaba las caras de ambos, y el propio Amadeo se brindó a acompañarle hasta su casa.

Aquella noche, en la cama, pasó un buen rato recordando el traje claro, la camisa blanca, el pañuelo anudado en la garganta que no desentonaba a pesar del calor de la media tarde —«Me han dicho que luego refresca», se justificó Amadeo al reparar en la mirada de Oriol—, el sombrero de paja, los botines negros, la elegancia que parecía acompañar cada uno de sus movimientos. Pensó en el modo en que lo había tratado, como si fuera ya un hombre. Recordó el respeto que le había mostrado: «No solo es usted fuerte, también generoso», le había dicho despreciando a su propio hijo. Pensó en Amadeo Serra durante tanto tiempo que, de pronto, le sobresaltó el canto de los gallos que anunciaban un nuevo día. A punto estuvo de salir de la cama de un salto, pues se sentía feliz y excitado, solo por la idea de que, tal vez, en unas horas volvería a encontrarse con él, quizá en la plaza, o en la tahona, o paseando cerca del Ter, tal vez en traje de baño, como había oído decir que se hacía en las playas, y sin darse apenas cuenta, lo imaginó desnudo. Esa imagen lo alteró. Nunca había pensado en un hombre al acariciarse, aunque para ser honesto, tampoco las mujeres ocupaban su mente en aquellos menesteres. De sobra sabía que lo que hacía era pecado mortal y que aunque Dios acabara perdonándole, esas prácticas precipitarían su muerte; en el mejor de los casos, era consciente de que aquel desperdicio seminal lo condenaría a la ceguera, le haría perder la memoria o lo convertiría para siempre en un hombre flaco y enclenque. Si continuaba masturbándose era porque el placer de aquella caricia era superior a todos los castigos que pudiera recibir en este mundo y en el otro, pero imaginar a otro hombre mientras lo hacía se le figuraba una auténtica perversión que trató infructuosamente de quitarse de la cabeza.

Como no pudo hacerlo, ni la noche siguiente ni las que vinieron después, él mismo diseñó una larga camisa sin más aberturas que las de cuello, brazos y piernas; robó la tela del arcón donde su madre guardaba algunas sábanas de su ajuar que no llegó a estrenar y cosió su invento a escondidas en solo unas horas. Después, lo ocultó en su armario, debajo de una caja de cartón en la que guardaba viejos juguetes, y desde entonces durmió con él como quien se acuesta con su mortaja para que la muerte no le encuentre desprevenido: serio, circunspecto, riguroso. Al fin y al cabo, Oriol vestía de muerte sus fantasías, pero cuando despertaba por la mañana su ropa aún húmeda rezumaba un inequívoco olor acre que le echaba en cara la naturaleza de sus sueños. A pesar de la prueba evidente de su fracaso Oriol permaneció firme en su determinación durante todo aquel verano y también durante los meses que le

siguieron: dormía arropado con su peculiar cinturón de castidad, se obligaba a mirar a las mujeres del pueblo, y para apartar de su mente cualquier pensamiento que le recordara al desliz de aquella noche, se sumergía en un barreño lleno de agua helada y se mantenía en vela hasta la madrugada.

Por lo demás, y habida cuenta de la insistencia de su madre, así como de la secreta admiración que sentía por Amadeo, Oriol acabó tragándose su orgullo y su antipatía; incluso pidió perdón al joven Rafael, trató de complacerle en todo cuanto estuvo en su mano y se convirtió en su sombra durante aquel verano, solo para poder pasar más tiempo cerca de su padre. Se decía a sí mismo que solo de aquella manera, teniéndole siempre cerca, lograría darse cuenta de que sus sentimientos rozaban más la familiaridad que el deseo, pero Amadeo Serra y su innata elegancia siempre terminaban por colarse en sus sueños y en sus fantasías.

De esta manera, cuando volvieron a verse casi un año después, Amadeo Serra debería haber sido el más sorprendido en aquel encuentro. Oriol era casi quince centímetros más alto, había ganado peso, se había convertido en un joven espigado, de hombros anchos y pecho robusto. Sin embargo, fue Oriol el más atribulado de los dos. Sus dedos largos, nerviosos, apretaron con fuerza los del padre de su amigo; Amadeo mantuvo por unos instantes aquella mano grande, caliente, entre la suya, y entonces Oriol dio por perdidos sus sacrificios, pues pudo notar cómo todos los huesos que formaban su esqueleto parecían derretirse en el punto exacto de aquella unión, allí donde Amadeo apretaba su mano contra la de él, allí donde el otro ejercía la suave presión, justo allí: era el lugar en el que se daban cita todas sus emociones, todo su calor, todo su deseo.

—¿Cómo te ha ido el invierno? —Amadeo palmeó la espalda del amigo de su hijo.

—Hum... —carraspeó—. Hum... Bien. Me ha ido bien. ¿Qué tal en Barcelona, cómo van sus negocios? —se esforzó en seguir hablando—. ¿Les gusta su nueva casa en Camprodón? Y su hijo, ¿cómo está?

Apenas sí escuchó lo que el otro respondía. Igual le daba que a la ciudad entera la hubiera engullido el mar, que los Serra hubieran perdido su fortuna o que la casa de la calle Freixenet que acababan de comprar, como todos los turistas que llegaban al pueblo, fuese una auténtica ruina. Lo único que retenía su atención era el movimiento de los labios de Amadeo mientras pronunciaba todas aquellas palabras que nada le importaban, la punta de su lengua humedeciéndolos de cuando en cuando, la nuez de su garganta subiendo y bajando, al mismo ritmo que hablaba o que tragaba saliva, el sudor que hacía brillar la piel de su antebrazo, cubierto apenas por una camisa clara arremangada hasta el codo, la chaqueta que parecía a punto de resbalar de sus hombros.

—¿Quedamos así, entonces? —la voz de Amadeo regresó de pronto, para su

sorpresa.

—¿Cómo dice? Perdona, se me ha ido el santo al cielo, no sé de qué me estaba hablando —Oriol temió que pudiera darse cuenta de lo que estaba pensando en realidad.

—Te decía que vinieras a casa esta noche. Mi hijo está deseando volver a verte.

Oriol asintió. «Allí estaré», dijo. Después, se despidió de Amadeo apresuradamente, y apresuradamente se dirigió a su casa. Una vez allí, se encerró en el cuarto de baño y pasó un buen rato examinándose con minuciosidad, buscando alguna señal del mal que le afectaba: ronchas en la piel, manchas en la garganta o en la lengua; sentía temblores en las manos e intentó tomarse el pulso, contarse los latidos del corazón, y trató también de retener el aire en los pulmones. Todo parecía en su sitio, y sin embargo, nada estaba en su lugar. Oriol se sentía ardiendo, la garganta le quemaba y la lengua le escocía, había perdido el control de sus dedos, no tenía pulso, no encontraba el corazón y el aire de la estancia no parecía ser suficiente para que sus pulmones le permitiesen seguir viviendo. Salió de la habitación convencido de que estaba enfermo. Tenía fiebre, náuseas, vértigos y varios síntomas que no fue capaz de describir a su madre cuando acudió en su ayuda.

—¡Válgame Dios, hijo mío! Todo el invierno sano, y has de enfermarte justo hoy, que ha llegado Elisenda...

—Si eso es lo que le molesta, no tenga cuidado. Puede ir a visitarles. Yo me quedaré aquí, en la cama. No se preocupe por mí.

Margarita Fuster dejó a su hijo con la tranquilidad de que no tenía nada. Ella misma le tomó la temperatura en la frente, con sus labios, y la notó fría como la de un muerto; tenía las pupilas un tanto dilatadas, eso era cierto, pero el pulso parecía normal. También era verdad que su respiración sonaba agitada y que su voz, normalmente pausada, había sonado con cierta celeridad, pero no era menos cierto que ella había esperado todo un año el regreso de Elisenda Fortuny. Tal como le había prometido, le traería el mensaje de la absolución del mismo arzobispo de Barcelona para los pecados que había cometido por culpa de su vil esposo, a quien esperaba que Dios tuviera en el lugar que merecía, es decir, en el mismo infierno. Apenas podía esperar a escuchar las buenas noticias que su amiga traería de Barcelona. Había pasado la mayor parte de su vida sintiéndose condenada con la peor de las penitencias, la que había de pagar incluso después de muerta, y ahora ella la reconfortaría con las palabras de perdón que el arzobispo habría pronunciado cuando Elisenda le contó su historia en confesión... No era capaz de creerlo. Ni siquiera de niña había experimentado una emoción semejante a la que sentía mientras cruzaba el puente nuevo desde la calle Sant Roc para dirigirse a la calle Freixenet, donde, sin ella saberlo, la esperaba la peor de las noticias: «No hay gracia para tu delito», le dijo Elisenda.

—No hay gracia para tu delito. No sabes cuánto lo siento —apartó la vista, para no ver la expresión compungida de Margarita—. Has pecado, de eso no hay duda. El

señor arzobispo dice que hubieras podido negarte...

—Pero si él me obligaba... Ya te lo conté. ¿No le has dicho tú esto mismo a tu confesor, tal como acordamos?

—Sí, pero tú sabes que el objeto del matrimonio es traer hijos al mundo, y con esa práctica que tú permitías realizar a tu esposo, pocos hijos habéis traído, si me permites que te lo diga, Margarita.

—Los mismos que tú —protestó—, que tú también tienes un hijo, igual que yo...

—Sí, pero no estamos hablando de mí, sino de ti. Yo no he tenido más hijos porque Dios no me los ha enviado, pero tú... La sodomía es un pecado gravísimo que cometen quienes renuncian a los mandatos cristianos —teologizaba Elisenda—, aquellos que caen en las garras de la depravación y de la vida turbia. Y tú, Margarita, también lo has hecho.

—Pero tú sabes bien que yo no he renunciado a mi fe, por eso es tan importante para mí la absolución de mi Iglesia, que, por otra parte, también me exigía que obedeciera a mi marido en todo lo que él dispusiera, igual que te sucede a ti. Y yo no caí en ningunas garras, que todo lo que hice fue porque me obligaba mi marido. Eso lo sabes también: te lo conté el año pasado, y entonces estabas de acuerdo conmigo, Elisenda.

—Bueno, sí, reconozco que entonces pensaba de otra manera —consintió Elisenda un poco aturrullada—. Pero el caso es que has contravenido los mandatos divinos, y nadie puede absolverte de esos pecados, de ninguna de las maneras, ni siquiera el mismísimo Papa si se lo pidiésemos, a menos que tú misma te confieses ante un sacerdote y pidas la absolución a un pecado tan grave como el que has cometido. Si hasta yo, Margarita, con lo que te aprecio, y lo sabes bien, después de haberlo meditado, no sé qué decirte, no solo como cristiana, sino como amiga... Ni si quiera sé si lo que me has contado es la verdad, porque si lo fuera, no tendrías ningún reparo en reconocerlo abiertamente ante las personas que podemos ayudarte... Tienes que comprenderlo.

Las dos guardaron un silencio incómodo durante unos instantes; una se sentía molesta, la otra, decepcionada. Margarita retiró la taza de té que Elisenda había pedido para las dos.

—No me gusta el té —dijo de pronto.

—¿No, querida? Pues los ingleses lo toman a las cinco de la tarde. Todos los días —puntualizó la anfitriona.

—Pues los ingleses me parecen unos bárbaros que ni siquiera son católicos, no sé si lo sabes —apartó la taza más lejos aún—. Tengo que marcharme. Te dejo con tus nuevas costumbres. Las dos mujeres se levantaron de sus asientos.

—¿Nos veremos durante las tardes, Margarita?

—Por supuesto, querida.

No volvieron a encontrarse en el resto del verano, ni en los veranos siguientes, y la amistad que mantenían sus hijos, alentada en secreto por Amadeo Serra, les

ocasionó más de un dolor de cabeza a ambas madres. Precisamente, con el pretexto de reconciliar a las antiguas amigas, el esposo de Elisenda acudió a casa de Margarita unos días después de la disputa. Margarita le hizo pasar a la sala, y tras unos breves instantes de cortesía le hizo saber que su hijo estaba enfermo, quizá de gravedad, desde hacía varios días. Le agradeció el detalle de su visita, y le acompañó a la puerta de la calle en inequívoco gesto de despedida, pero desde allí mismo tuvo que desandar sus pasos, obligada por la insistencia del padre de Rafael.

—Le hará bien verme —dijo Amadeo—. Traigo buenas noticias para él.

La madre frunció el ceño en señal de incredulidad.

—Hágame caso, lo que tengo que decirle les conviene a los dos —insistió Amadeo.

Margarita se mantuvo firme los primeros minutos, pero no tardó demasiado en ceder a la tozudez de Amadeo.

—Hace varios días que no quiere hablar con nadie...

—Conmigo querrá hablar, se lo aseguro.

—Con franqueza, no lo creo —le miró con desdén, pues no quería saber nada de aquella familia de traidores—. Pero si eso es lo que quiere, acompáñame.

La siguió por la escalera, y como hizo ella, apoyó su mano en la barandilla de madera oscura mientras subían. Margarita caminaba delante de él, plenamente convencida de que su hijo lo echaría del cuarto en un abrir y cerrar de ojos, tal como hacía con todo el mundo desde varios días antes; Amadeo también andaba seguro de sí mismo: de sobra sabía lo que le ocurría al amigo de su hijo. Es más, no le cabía duda de qué pasaría en aquel cuarto, más pronto o más tarde. Tal vez por aquella seguridad mantuvo la compostura mientras la madre de Oriol les acompañaba en la habitación y explicó con frialdad lo que había subido a contarles.

—Rafael me ha contado que el verano pasado os hicisteis muy amigos —Oriol asintió, cabizbajo—. Hemos hablado mucho de ti este invierno. Rafael piensa que un muchacho como tú, tan despabilado, malgastaría su vida en un sitio como este, y no se ofenda, doña Margarita, pero mi hijo tiene toda la razón.

—No comprendo a dónde quiere llegar —respondió Margarita, irritada.

—Sencillamente, señora, a que donde mejor estaría su hijo es en Barcelona. Allí podría estudiar...

—Aquí ha aprendido todo lo que necesita saber —le interrumpió la madre.

—Le ruego que no se ofenda, señora, se lo digo por su bien. Me consta que Oriol tiene una institutriz, pero, dígame, doña Margarita, ¿de verdad quiere que su hijo crezca aquí, en un pueblo pequeño como este? ¿Quiere que le eduque una maestra vieja y ya retirada que llegó aquí justamente para descansar, harta de los críos, que ella misma lo dice siempre que puede? Respóndame con sinceridad.

—Aquí tiene todo lo que necesita —insistió Margarita con gesto compungido—. Le recuerdo que el padre de mi difunto marido dejó Barcelona para instalarse aquí, y que aquí levantó una industria próspera que ha heredado mi hijo, igual que heredará

las fábricas de mi familia y también serán suyos los negocios que mi suegro mantuvo en Barcelona.

—Estoy convencido, señora, de que el futuro de Oriol está resuelto. Pero lo que yo les estoy proponiendo es que Oriol pueda tener una vida mejor. Le sugiero, simplemente, que contemple la posibilidad de que su hijo venga con nosotros a Barcelona.

—No haría falta ni su generosidad ni la de su familia, caballero. Oriol tiene allí suficientes parientes y dinero para hacer lo que le venga en gana, si es que algún día decide instalarse en la ciudad.

—Mejor que mejor, doña Margarita. Perdóneme si la he ofendido, sabe que no es mi intención ni la de mi familia, a pesar de esa discusión sin importancia que ha tenido con mi esposa. Yo me he tomado la libertad de hacerle saber la inquietud de mi hijo sobre el futuro del suyo, y he querido manifestarle que, en el caso de que usted decidiera que lo mejor para Oriol es ir a Barcelona, yo personalmente me encargaría de que no le faltase nada, tanto si quiere estudiar como si decide trabajar de firme.

—Le agradezco la intención, caballero. Y ahora, si me disculpa, he de ocuparme de mis asuntos. ¿Me acompaña? Quizá usted también tenga cosas que hacer.

—La sigo en unos minutos, si a Oriol no le importa.

Oriol no respondió. Cuando su madre cerró la puerta al salir, bajó los párpados: no quería ni ver a Amadeo cerca de él, pero le obligó a abrir los ojos:

—Mírame, Oriol. ¿Me vas a decir qué te sucede? —dijo.

No respondió a su pregunta, pero no se impacientó: la repitió cientos de veces, sin importarle su silencio, sin ceder a su testarudez. Acercó una silla a la cama en la que reposaba Oriol, cruzó las piernas y depositó las manos unidas sobre las rodillas, como queriendo aparentar serenidad; en realidad, no era una actitud falsa. Amadeo estaba verdaderamente tranquilo: igual que unas horas antes, sabía también que solo era cuestión de tiempo que finalmente Oriol reconociera lo que le estaba pasando, si es que no lo había hecho ya.

—Tienes ya diecisiete años, ¿no es cierto?

Oriol asintió, callado.

—Cuéntame, ¿ha pensado en ti alguna de las madres de por aquí para que te conviertas en el marido de su hija?

No contestó.

—Te lo digo porque, hace unas semanas, estuve hablando con un amigo sobre el futuro matrimonio de Rafael... ¿Qué te parece? —se levantó de la silla y la acercó más todavía a la cama de Oriol—. ¿Qué te parece? Dime, ¿lo imaginas casado?

Siguió en silencio. Amadeo continuó hablando, con descuido.

—Bueno, tarde o temprano tendrá que suceder algo así, es natural, ¿no piensas lo mismo? Pero Rafael seguirá viniendo a Camprodón todos los veranos, con su esposa y sus hijos, cuando los tenga. Y quizá podamos convencer a tu madre sobre lo de

Barcelona... Ahora solo está enfadada por la discusión con mi esposa. Y tú tienes toda la pinta de ser un hombre de ciudad. Lo pasarías en grande, no sabes la de mujeres que hay allí... Este invierno Rafael ya ha conocido el barrio chino... Le llevé yo mismo. Fue magnífico. Dile que te lo cuente.

—Me duele la cabeza. No quiero seguir oyéndole —Oriol se tapó los oídos con la almohada.

Amadeo se acercó a la cama, y retiró el cobertor. Le miró con dulzura.

—Todavía no me has dicho qué tienes.

—¡No lo sé! Estoy muy enfermo: pulmonía, peste, tifus, o algo peor. Puede que sea algo contagioso —bajó la mirada—. Márchese, se lo pido por favor.

—Pues el médico dice que no tienes nada. Soy el padre de un amigo y por lo mismo, puedes confiar en mí como si fuese tu propio padre, a quien Dios tenga en su gloria. A mí puedes decirme qué te pasa... pero qué te pasa de verdad.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, en un gesto que bien hubiera podido parecer únicamente paternal, dejó caer su mano en el hombro de Oriol. Como sin querer, comenzó a acariciarlo con el dedo pulgar. Oriol se estremeció.

—Se lo pido por favor...

Amadeo sonrió.

—¿Por favor, qué? —ahora le acariciaba con todos los dedos, tierna, suavemente. Ya nada había de paternal en el gesto—. ¿Por favor que me detenga... o por favor que continúe?

Oriol estaba derrotado.

—Por favor... —repitió.

Como respuesta a su súplica, Amadeo comenzó a presionarle el otro hombro con la mano que le quedaba libre. Apartó las sábanas que le cubrían, desabrochó los botones de la camisa de su pijama y dejó las manos sobre su pecho unos instantes. La respiración del enfermo se entrecortó, y los pezones se le endurecieron. Amadeo desvió hacia ellos su caricia. Oriol cerró los ojos, y pudo sentir cómo bajaba por sus costados, le acariciaba los muslos, y se acercaba hacia su sexo. Le detuvo con ambas manos, sin levantar los párpados.

—¿Qué va a hacer? —más que una pregunta, la expresión parecía un ruego en la voz de Oriol.

—Nada, a menos que me digas qué es lo que te está pasando.

Abrió los ojos, al fin.

—No me voy a casar con ninguna mujer —Amadeo arqueó la ceja izquierda, esperando una respuesta más concreta. Oriol volvió a cerrarlos para dársela—. ¡Dios! No sé lo que me está pasando...

—Sí lo sabes. No tengas miedo.

—Tiene razón. Sí lo sé... No quiero casarme con ninguna mujer. Solo pienso en ir a Barcelona, cerca de usted. No puedo pensar en otra cosa, ni soñar con otra cosa... Solo deseo vivir a su lado.

—Me temo que eso no podrá ser, Oriol... —sonrió—. Pero no te preocupes por nada más. Salvo por ese último detalle, todos tus deseos pueden cumplirse.

Completamente dueño de la situación, se levantó de la cama y cerró el pestillo de la puerta del cuarto. Regresó al lecho, se arrodilló sobre el colchón y se dispuso a tomar posesión de lo que en justicia le pertenecía.

Oriol estaba asustado, pero la calma de Amadeo terminó por apaciguarle. Con dedos firmes, continuó con la caricia que Oriol había interrumpido unos segundos antes y aprisionó el sexo virgen de Oriol entre sus manos, lenta, suave, firmemente, sintiendo cómo crecía bajo su presión, bajo su poder.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó Amadeo.

Oriol mantenía los ojos cerrados.

—Dios, sí... me gusta mucho...

—Mira cómo estoy yo —Amadeo dejó de acariciar a Oriol y le acercó la mano hasta su entrepierna—. Tendrás que hacer algo por mí.

Oriol abrió los ojos.

Amadeo se desabrochó el pantalón. Con las manos, acercó la cabeza de Oriol.

—Abre la boca —le apremió—. Abre la boca.

Oriol temblaba de frío y de vergüenza, pero atemperó sus nervios con el sabor salado de la piel de Amadeo. Era cierto lo que le había dicho: no dejaba de pensar en él, pero ni en el más desvergonzado de sus pensamientos había sido capaz de figurarse que algún día Amadeo y él se encontrarían en una situación semejante; de hecho, ni si quiera había pensado que algo semejante pudiera llegar a hacerse. Había fantaseado alguna vez con la idea de que el padre de su amigo se bañaba con ellos, desnudo en el río, y se imaginaba que lo cogía entre sus brazos o que en un descuido le acariciaba el muslo, pero por ardorosa que fuera su fantasía, no hubiera supuesto nunca el sabor salado de aquella piel prohibida, su temblor si le arañaba con los dientes, la manera en que sus venas palpitaban y se endurecían dentro de su boca.

—Chupa —le reclamó Amadeo—. Chúpame bien, seguro que sabes hacerlo.

Oriol, sumiso, lamió y acarició con las manos el sexo de Amadeo, hasta que los gemidos del que ya era su amante anunciaron lo que estaba por suceder. El semen manchó el pijama y la cobija.

Para cuando Margarita subió a la habitación acompañada por una criada que cargaba una bandeja con la cena del enfermo, Oriol había recuperado ya la salud y Amadeo todavía contenía el resuello. Los dos tenían las mejillas enrojecidas, el aliento alterado, y las piernas temblorosas, y compartían además una sonrisa cómplice.

—Su hijo está mucho mejor. Lo único que le hacía falta era una charla con alguien que le aclarase las ideas, alguien que le indicase el camino que debe seguir. Oriol estaba confundido, señora, solo necesitaba alguien que ejerciera sobre él la autoridad que desafortunadamente no puede ejercer su padre. Y si usted está de

acuerdo, yo estoy dispuesto a asumir ese papel: de ahora en adelante me encargaré de que Oriol esté bajo mis órdenes, si me permite la expresión —afirmó Amadeo.

Y Oriol se puso de inmediato a su disposición.

A aquella primera vez le siguieron muchas más, pero en el recuerdo de Oriol siempre resultaban demasiado pocas. Tal vez por esa causa, con el paso del tiempo lo único que lamentaba era no haberle arrancado más besos ni robado más abrazos, haber reprimido aquella caricia, haber guardado silencio la tarde que quiso decirle te quiero y que sin saber por qué, calló. En el fondo sospechaba que todo hubiese acabado en la misma forma en la que terminó, que ni uno solo de los besos que tenía guardados le hubiera servido de nada cuando Amadeo terminó con él. Sabía con certeza que ninguna de las caricias que no le había dado le hubiera brindado consuelo en las noches largas en las que extrañó a su amante. La suya había sido desde entonces una vida amarga, pues Oriol no tenía ni el consuelo de atesorar buenos recuerdos que le endulzaran en su amargor.

Repuesto de su repentina enfermedad, recuperó la amistad con Rafael Serra; de hecho, prácticamente se trasladó a vivir a la casa nueva con el pretexto de levantarse temprano para enseñarle los alrededores de Camprodón, para pescar en el Ter, para salir de excursión, para observar las estrellas desde la azotea o para disfrutar de la casa de los Serra Fortuny, que habían dejado el hotel del primer verano para comprar un chalé modernista en el número 17 de la calle Freixenet, una residencia de dos plantas e inmenso jardín en el que trabajaban sin descanso no menos de doce personas, entre el servicio de confianza que viajaba con ellos desde Barcelona y la gente del pueblo que se encargaba de la limpieza, la comida y el cuidado de la casa. Por las noches, cuando todos dormían, Oriol salía de la cama a hurtadillas y se escondía en un rincón del sótano con la esperanza de que Amadeo le siguiese: había sido el propio Amadeo quien lo había sugerido, pero no siempre acudía a la cita. Oriol le esperaba acurrucado junto a algunos muebles que aún no habían colocado dentro de la casa, muerto de miedo y deseando con todas sus fuerzas que Amadeo apareciese a su lado para conjurar todos sus temores, pero incluso cuando conseguía escabullirse de su mujer las cosas nunca resultaban como había pasado horas imaginando. Amadeo llegaba siempre con prisas y malhumorado, apenas le dirigía la palabra y con ademanes bruscos le apremiaba para que le masturbase; otras veces se acariciaba él mismo y eyaculaba sobre el pecho desnudo de Oriol, y de cuando en cuando murmuraba «chúpala» al mismo tiempo que empujaba bruscamente la cabeza de Oriol para acercarla a su entrepierna. Oriol se entregaba a la tarea con diligencia, en parte porque le gustaba el sabor salado de la piel y le excitaba el olor acre del sexo de Amadeo, y en parte también porque esperaba que aquel gesto tuviese como consecuencia que Amadeo le correspondiera. Pero este siempre salió del sótano sin haberle prestado atención a Oriol. El joven permanecía un rato más en la bodega para

limpiarse los restos de esperma y también para evitar que nadie pudiera descubrirles, y aprovechaba esos instantes para disculparle. Justificaba su silencio, su frialdad, su egoísmo. Amadeo le había prometido una vida nueva, un futuro repleto de felicidad, lejos los dos, en Barcelona, donde todo estaba permitido. Amadeo estaba dispuesto a condenarse, a perder su reputación, solo por estar con él. Y eso era porque le amaba, no había otra explicación.

Pero la mayoría de las veces no ocurría nada y Oriol abandonaba el sótano sin que Amadeo se hubiera presentado, cuando faltaba poco para que amaneciera y el trajín de las criadas comenzara a despertar a todo el mundo. Con los huesos entumecidos y el alma magullada, regresaba al dormitorio de huéspedes para asearse antes de bajar a desayunar.

—¿Has dormido bien, Oriol? —le preguntaba Amadeo, con una sonrisa.

—Perfectamente, señor —mentía Oriol, ocultando su disgusto.

Pasaba todo el día enfurruñado, y las razones para acabar con aquella relación acudían a su mente sin buscarlas siquiera: Amadeo tenía casi veinte años más que él, era un hombre y encima estaba casado, había ganado peso y perdido atractivo, su carácter era insufrible y cuando estaba con él le trataba más como un esclavo que como un amante por el que sintiera aprecio; pero al caer la noche, Oriol bajaba de nuevo los peldaños del sótano con el corazón impaciente, por si acaso aquella madrugada era por fin distinto.

Para cuando se convenció de que ninguna noche iba a ser diferente, el verano estaba tocando a su fin. Las criadas de la casa andaban atareadas guardando manteles, toallas, sábanas y mantas, y colocando ramas de alcanfor entre sus pliegues para protegerlas de las polillas durante los meses del invierno. Algunos de los muebles ya estaban cubiertos con telas blancas para que el polvo no los estropease y la casa entera presagiaba el abandono, antes incluso de que el mismo abandono comenzase a dejar sus huellas. Las muchachas del pueblo se mostraban tristes, porque nunca hasta entonces habían trabajado en una casa de prestigio y la marcha de los Serra Fortuny las condenaba de nuevo a vivir entre la mierda de las vacas, la grasa de los embutidos o el olor dulzón de las galletas. «Busca gente de tu confianza», le había pedido Elisenda a su entonces amiga Margarita, y eso era lo que había hecho ella: reunir a las jóvenes más dispuestas y con mejores referencias de todo Camprodón antes de que los sirvientes de la casa de Barcelona llegasen con los baúles, los muebles y el resto de los enseres de la familia; había colocado a las mismas que ahora lloraban por los rincones de la mansión de la calle Freixenet porque su patrona no quería llevarlas con ella a Barcelona, donde, según contaban, la vida era una fiesta. Había calles que se iluminaban con luz eléctrica y en algunos edificios de más de cuatro alturas, la gente subía de una planta a otra en unas cajas pequeñas, sujetas con cables gruesos y fuertes y tiradas por poleas, *ascensores*, los llamaban. Tenían incluso grandes almacenes, en los que se despachaban cosméticos y medias para las damas, telas para el ajuar, utensilios para la cocina y otros menesteres del hogar, accesorios para caballeros, y

hasta cámaras de retratar, Dios les valga, y mientras tanto ellas, estaban obligadas a vivir para siempre en Camprodón, donde lo máximo a lo que podían aspirar era a que un hombre no demasiado bruto y no excesivamente pobre quisiera casarse con ellas. Qué triste destino, el suyo. Por eso lloraban: porque conociendo lo que deseaban habían de conformarse con lo que tenían.

No eran las únicas que se pasaban el rato quejándose de su suerte; también las doncellas que habían viajado desde Barcelona andaban tristes: absolutamente todas habían encontrado en Camprodón al amor de su vida, justo en los hombres que las otras despreciaban por brutos y pobres, y mientras salvaban de la porquería los muebles de la casa, lamentaban aquella amarga despedida que las condenaba sin remedio al desamor, como ocurría en los folletines que leía su patrona. Sospechaban, con razón, que en el largo invierno ellos no tardarían en olvidarlas, incluso aquellos que habían conseguido que algunas sirvientas les entregaran su más preciado tesoro, y en parte lo comprendían: eran demasiado hombres, y ellas muy poco mujeres, porque si tuvieran lo que había que tener lo dejarían todo y se quedarían para siempre en aquel lugar, aunque fuera sin trabajo y sin futuro, y sin grandes almacenes y ascensores, y, sobre todo, sin que ninguno de ellos les hubiera pedido semejante sacrificio.

Sin embargo, Amadeo era el más apenado dentro de aquel ambiente de tristeza infinita y de despedidas definitivas. Él era, con mucho, el que más perdía de todos, no porque amara a Oriol sino porque nunca hasta entonces había encontrado a nadie con esa capacidad para la sumisión y aquel inexplicable deseo por complacerle. Para Amadeo, su homosexualidad era un castigo de la Naturaleza, una lacra contra la que era inútil luchar y frente a la que el disimulo era la única arma posible; de sobra sabía que había otros como él, pero desde bien joven fue incapaz de aceptar como bueno lo que le ocurría; más bien al contrario, sus sentimientos y, aún peor, sus deseos, siempre le mortificaron hasta el punto de que tardó años en mantener relaciones con un hombre. Para entonces ya estaba casado y su hijo Rafael había cumplido los tres años, pero lo único a lo que se atrevió fue a darle unas monedas a un joven barbilampiño a cambio de que se bajase los pantalones y se masturbase delante de él. Aquello no le pareció tan grave, así que de cuando en cuando regresaba al barrio chino y buscaba algún chaperó; fue aumentando la frecuencia de sus visitas, y algunas veces le pedía que le acariciase, pero el contacto de sus manos, sucias por lo general, solía producirle más repugnancia que placer. Le gustaba era mirar, y le gustaba tanto que empezó a pagar a dos muchachos para que uno sodomizase al otro en su presencia. Nunca pensó hacer lo mismo, pues la idea de introducir alguna parte de su cuerpo en ese orificio infecto y maloliente le producía espanto, pero gozaba hasta el paroxismo viendo los cuerpos desnudos de los dos muchachos, uno a cuatro patas, el otro con el sexo erecto, abriéndose paso poco a poco hasta que su verga desaparecía dentro y volvía a salir luego, triunfante, victoriosa, y lo que al principio era un agujero oscuro se transformaba en una hendidura abierta y acogedora. Siempre

eyaculaba en sus pantalones cuando las embestidas cesaban y distinguía restos de semen escurriéndose por el culo todavía abierto, todavía acogedor, del joven que aún permanecía arrodillado, dolorido y excitado. Cuando pagaba por esto tardaba en volver, ya que sentía que lo había hecho era demasiado indecente y vicioso, pero al cabo de un tiempo de ausencia regresaba a los callejones donde sabía que encontraría lo que andaba buscando. Muchas veces llegó a casa magullado y sin dinero, víctima de agresiones y robos, pero ni el temor a las palizas ni el remordimiento por su perversión le hizo pensar en abandonar aquellas visitas; al contrario, cada vez recurría a aquellos servicios con más frecuencia y cuanto más disfrutaba en su vida oculta, más insoportable era su carácter en su vida pública.

Cuando conoció a Oriol, había cumplido ya los cuarenta y no quedaba ni rastro del atractivo que alguna vez poseyó y malgastó; mantenía el buen gusto por la ropa y dominaba la conjunción de colores, pero su abdomen y su rostro abotargado comenzaban a delatar que la mayoría de las veces encubría su secreto con el licor, para llegar a casa ebrio y agobiado y así poder utilizar la excusa de la embriaguez para marcharse a su cuarto dando un portazo lo más rápidamente posible. Estaba enfadado, y cansado, y en aquellas circunstancias el amor que Oriol sentía por él se convirtió en uno de los misterios más inescrutables de la naturaleza. Al principio, atribuyó la atracción de Oriol a la novedad, porque lo cierto era que en Camprodón casi todos los veraneantes eran viejos y los hombres del pueblo carecían del menor sentido de la estética; también pensó que el joven, casi un niño, pudo encontrar en él la figura del padre muerto y resolvió que Oriol no tardaría en fijarse en otros muchachos de su edad, pero al cabo de un tiempo de observar su veneración inquebrantable, Amadeo se rindió a la evidencia: no había ninguna causa lógica que justificase el amor que Oriol sentía hacia él. Y entonces, se dispuso a tomar posesión del sometimiento que Oriol le ofrecía.

Le trataba con estudiado desprecio; de hecho, excepto el primer día en que lo sedujo, nunca le había manifestado cariño y maquinaba vejaciones para probar su paciencia. Le obligaba a pasar horas encerrado en el sótano de la casa, solo para observar sus reacciones. Le espiaba por las rendijas de la puerta, y comprobaba hasta qué punto era capaz de cumplir sus órdenes —«Quédate aquí, quieto y callado», le exigía, y le ordenaba que esperase en el rincón más frío y lúgubre—. Oriol le obedecía sin rechistar y aquello le producía un placer mucho más delirante que las caricias del mismo Oriol. La madrugada lo sorprendía tan excitado que tenía que masturbarse allí mismo y con el acre olor de su semen adherido a las manos, regresaba a la cama junto a su mujer. Otras veces le negaba el saludo, el encuentro, la conversación, y su goce alcanzaba límites insospechados al descubrir la mirada angustiada de Oriol mientras se alejaba. Se entretenía reflexionando sobre los motivos del joven para seguir a su lado, y le complacía imaginar qué pensaría Oriol sobre él cuando lo trataba de esa manera, si realmente sospecharía que no tenía la menor intención de llevarlo con él a Barcelona ni ese verano ni ningún otro, si

intuiría que no era más que un juguete para él en su juego de ser Dios. Se preguntaba también si Oriol se daría cuenta alguna vez de que en realidad, él mismo se humillaba a través de aquella humillación, pero eso, como tantas otras cosas, Oriol nunca llegaría a saberlo.

Tampoco Amadeo lo sabía todo. Por ejemplo, no llegó a suponer que, a lo largo de los años siguientes, Oriol acabó desarrollando la extraordinaria capacidad de transformar las palabras y los acontecimientos. Solo de aquella manera le era posible seguir confiando en que algún día su futuro sería tal como había imaginado, justo en el momento en el que decidió que su destino se ligase indisolublemente al de Amadeo; de otro modo le hubiera resultado ridículo mantener su vida detenida en el aire por sus promesas, sobre todo considerado que, desde que lo convirtió en su amante, Amadeo no había hecho otra cosa más que tratarle de manera ruin. No le quedó más remedio que disimular cuando lo tenía cerca, y acostumbrarse a pasar los lentos días de invierno escribiendo con la mente largas cartas a Amadeo que nunca echaba al buzón. Al caer la noche, después de que todos se retirasen a dormir, se encerraba en su cuarto y redactaba exactamente lo mismo que había pasado el día entero cavilando. Ninguna de aquellas misivas acabó en manos de Amadeo, porque Oriol prefería esconderlas en un cajón de su escribanía, dentro de una de las cajas de galletas de la fábrica de su abuelo, decorada con dibujos de mujeres que paseaban por la vía romana de Capsacosta y que se protegían del sol con grandes pamelas y con sombrillas de empuñadura de marfil. Allí dentro, junto al único diente de leche que su madre se había acordado de guardar, una estampa de San Cristóbal con el niño Jesús sobre su hombro cuyo origen desconocía, y un diminuto rizo que cortó del pubis de Amadeo la tarde que entró a visitarlo a su habitación, aprisionaba todos sus sueños en trozos de papel de color canela con sus iniciales grabadas en el centro, una excentricidad que su madre copió después de recibir una carta de la familia barcelonesa de su difunto marido.

Apenas alumbrado por la luz azul que desprendía un quinqué, Oriol sentía que el alma se le salía del cuerpo, y era capaz de verse recorriendo los lugares en los que antes se había encontrado con Amadeo, y al ser el alma cosa de Dios, incluso podía observarse justo como se había sentido entonces: dichoso por estar vivo, feliz por tenerle cerca. A través de su espíritu fugitivo, Oriol imaginaba las emociones, los deseos y las sensaciones como si alguna vez las hubiera podido sentir. Manos temblorosas que acariciaban pieles, pieles anhelantes que estallaban en sabores al paso de las lenguas, lenguas ávidas que capturaban los labios, labios ansiosos que recorrían los cuerpos, cuerpos afiebrados que se estremecían con la caricia de las manos temblorosas, tan temblorosas como las de Oriol mientras escribía sus interminables cartas. No podía hacerlo de modo distinto, pues interminables resultaban también sus deseos, y lo que más anhelaba era sentir de verdad todas las

sensaciones que después quedaban atesoradas en la caja de galletas, dejar de pensar en las manos y en los labios de otro tiempo, dejar de fingir que en su boca todavía conservaba el regusto de otra saliva, dejar de imaginar un olor que, por más que le doliera, a los pocos meses de su partida ya había olvidado.

Deseaba que los días transcurriesen rápidos para que llegase pronto el siguiente verano, y como aquello no sucedía, si no que más bien las horas se multiplicaban con velocidad pasmosa y llenaban su vida de un aburrimiento mortal, imaginaba que enfermaba del mal tropical que, según había contado el médico del pueblo, había contagiado un sueño pertinaz a algunos de los emigrantes que dejaron Camprodón en busca de lugares más cálidos, donde de las ramas de los árboles brotaban piezas de oro y piedras preciosas, como rubíes y diamantes, que quedaban al alcance de cualquiera que quisiera recogerlas. Así era como todos volvían ricos, excepto quienes enfermaban de ese o de otros trastornos similares que les imposibilitaban para el trabajo, o se contagiaban de la pereza de los nativos y de los negros, que aunque eran azotados si no trabajaban, no podían renegar —según se decía— de su naturaleza holgazana. Él nunca había visto un negro, en toda su vida. Amadeo, en cambio, sí. También deseaba que aquello cambiase: quería ver negros, indios, chinos. Quería comer otras cosas que no fueran embutidos, conservas y pan de pueblo; deseaba conocer el mundo, para que Amadeo nunca tuviera que avergonzarse de él, ni recriminarle que no sabía nada de la vida, tal como hacía siempre que se mostraba sorprendido por algo. «Eres un ignorante —le decía—, un bobo que no sabe nada de la vida. No tienes ni idea». «No tienes ni idea», le repetía siempre con desprecio. «Es verdad, por eso espero que tú, que eres tan listo y sabes tanto de la vida, me saques de mi ignorancia», le respondía Oriol con una sonrisa.

Pero no quería quejarse; de hecho lo comprendía, pues no imaginaba una tortura mayor que la que su amante tenía que soportar a diario, forzado a esconder sus verdaderos sentimientos, obligado a convivir con una mujer tan inaguantable como Elisenda Fortuny y con un hijo insoportable como Rafael, expuesto además a convertirse en el blanco de todas las habladurías si alguna vez le descubrían. La vida era tan ingrata con aquel hombre que él no podía menos que tratar de compensarle cuando estaban juntos; por eso le complacía en todos sus deseos con docilidad extrema, como si fuese un esclavo que acatase las órdenes de su amo, sin importarle las largas esperas ni los llantos amargos, ni la tristeza infinita. Amadeo nunca le había besado, ni le había abrazado, ni había mostrado la más mínima intención de tocarle después de que Oriol le dejara satisfecho. Muchas noches, con el miembro de Amadeo en su boca o mientras su mano diestra subía y bajaba por su verga empinada, Oriol fantaseaba con la idea de que, cuando el otro eyaculase, se inclinase sobre él para imitar su caricia, pero todas aquellas noches, las que pasaron juntos y las que permanecieron separados, Oriol no había tenido más remedio que ejecutar él mismo los toqueteos que le atribuía a Amadeo en su imaginación. Y durante los últimos tiempos, ya ni si quiera se ilusionaba con la quimera de que era la mano de Amadeo

la que recorría su pene, la que lo endurecía y lo hacía crecer hasta reventar de placer. Empezó a pensar en Amadeo como si fuera una persona diferente, más cariñosa, más atenta, menos cruel. Cada vez más a menudo, se sorprendía pensando en otros muchachos mucho más jóvenes y quizá más complacientes, y se preguntaba qué era lo que le mantenía ligado de aquella forma a un hombre como Amadeo, cada vez más envejecido y más insoportable. No encontraba las respuestas, y precisamente por ese motivo ni una sola de aquellas dudas quedó escrita en ninguna carta, ni siquiera en las que no enviaba y quedaban escondidas en la caja de galletas.

Pero a pesar de la falta de correspondencia y de la brusquedad de sus despedidas, Oriol y Amadeo hablaron por teléfono alguna que otra vez en los años que duró su relación; para no faltar a la verdad, aquellas llamadas siempre obedecieron a la imperiosa necesidad de oír la voz de Amadeo que habitualmente asaltaba a Oriol. No escucharle era peor que la misma muerte, así que reunía todo su valor y todo el dinero que podía juntar sin despertar las sospechas de su familia, y se dirigía hasta el locutorio telefónico de Camprodón. Una vez allí, desafiaba la mirada descarada de Julia, la Legañosa, que a buen seguro contaría después que Oriol había vuelto a poner conferencia con Barcelona, podía escucharla como si ya lo estuviera chismorreando, «Sí, con la casa de los Serra Fortuny, y pregunta siempre por don Amadeo Serra, sin que doña Margarita le acompañase, válgame Dios, dónde acabará esta juventud»; y esperaba paciente a que llegase su turno. Antes, había apuntado en un papel el número y se lo había dado a la Legañosa, y después de creer que solo sería capaz de escuchar los latidos de su corazón peleándose con sus costillas, había oído al fin la voz del ama de llaves de Amadeo. La mayoría de las ocasiones, el señorito no estaba, no, tampoco el señor, pero algunas, casi por casualidad, su amante atendía al teléfono.

Cuando aquello sucedía, la conversación entre los dos se reducía a hablar del tiempo, del estado de la casa de la calle Freixenet, de los demás muchachos, de los dulces, o de la temporada de ópera, a la que Amadeo estaba abonado. El temple de la voz de uno contrastaba con el desmayo de la del otro, pero Oriol siempre depositaba el auricular con la satisfacción de haber escuchado al otro lado del teléfono el sonido del más puro amor. En realidad, no le importaba lo que Amadeo hubiera dicho, ni el tono de su voz al decirlo, ni mucho menos lo que había callado. Él bien sabía que cuando había respondido: «Estoy bien», había querido decir: «Te echo de menos», y que cuando dejó oír su silencio había tratado de expresar su inmensa desolación por no estar junto a él. Sea como fuere, Oriol daba por bien empleado el dinero y la vergüenza que le costaban aquellas llamadas, pues el aliento de su amado llegaba hasta él, y si cerraba los ojos mientras le escuchaba, era capaz de notar la presencia de Amadeo a su lado, como si fuera real. Sentirle cerca valía todo el dinero del mundo, todo el esfuerzo del mundo, por titánico que fuera. Y ya puestos a enfrentar a diario empeños sobrehumanos, de pronto un día comenzó a barajar la idea de que el único remedio que aliviaría su tristeza y su desamor sería partir a Barcelona sin esperar a la invitación de Amadeo. Durante semanas, no fue capaz de cavilar otra

cosa más que esa posibilidad; dejó de comer, de dormir y de pensar en otro asunto que no fuera abandonarlo todo y partir en busca de la vida que quería vivir, lejos de tantos pretextos, de tantas mentiras y de tanta infelicidad. Si alguien le hubiera anticipado lo que había de ocurrir, hubiera pagado gustosamente para que le molieran los huesos a golpes, para que le arrancaran los dientes, para que le sacaran el alma del cuerpo: solo los enamorados son capaces de creer en las quimeras y, por encima de todo, Oriol era uno de ellos. Por eso, a pesar de la distancia que se interponía entre Amadeo y él, y del sufrimiento que le ocasionaba, los que compartió con su amante fueron los únicos años en los que el mundo de Oriol se mantuvo en el suelo, asentado y firme como una roca, aunque solo fuera porque la vida valía lo mismo que las promesas que Amadeo le había hecho la noche que lo conquistó. «Todo saldrá bien», le aseguró. «Créeme, todo irá bien», insistió, que todavía le parecía estar oyéndolo.

«Dentro de unos meses, le dirás a tu madre que quieres aceptar mi oferta de venir a Barcelona, y entonces yo te estaré esperando». Oriol estaba asustado. «Créeme —le repitió—, todo saldrá bien». No tuvo razón.

Oriol tardó mucho en comprender que esa es la manera común con la que todos los amantes tratan de convencer a sus parejas cuando ellos mismos dudan de lo que están prometiendo, y cuando vino a darse cuenta ya habían pasado tres años, un plazo más que suficiente en su opinión para que se decidiese acudir a Barcelona sin esperar la invitación de Amadeo, que nunca llegaba. Cuando abandonó Camprodón y dejó a su madre, tenía los ojos tan húmedos por el llanto y por el frío de una madrugada gélida que Margarita fue incapaz de comprender por qué su hijo partía tan dichoso hacia un destino lleno de fatigas, lejos de la vida cómoda y plácida que le esperaba a su lado.

Tampoco Amadeo pudo anticiparse a los acontecimientos. La carta que Oriol le escribió para anunciar su partida llegó demasiado tarde para disponer su reacción. «Sigo soñando contigo todas las noches. Te cuento cada cosa que me pasa con el pensamiento, me paso el día pensando en ti, y en las cosas que te contaré cuando te vea, y recuerdo mil veces todas las conversaciones que hemos mantenido, hasta que ya no sé si recuerdo lo que dije, o lo que he pensado después», redactó con caligrafía borrosa. Cerró los ojos. Luego los abrió, secos, sin llanto. «Ya no puedo más —continuó—. Ya no puedo más, y ya nada me retiene aquí».

Al mismo tiempo que partió su carta, Oriol abandonó Camprodón con la intención de no regresar jamás a aquel lugar. Nunca había salido de su pueblo, y una determinación como la que había tomado le provocaba un vértigo del que solo se recuperaba imaginando la vida que disfrutaría en Barcelona, llena de lujos y con Amadeo siempre cerca para disfrutar de su amor en plenitud. Estaba seguro de que con la impunidad de una casa anónima y la tranquilidad de sirvientes que no le reconocieran y no hicieran preguntas, fuera cual fuera la calaña de los acontecimientos que presenciara, el carácter de Amadeo se relajaría hasta tal punto que la felicidad sería posible tal como la había soñado, llena de luz y pasteles, de

champán y flores, de placidez y pasión. Y con todas aquellas ideas guiando su viaje, días más tarde, hizo tañer la campana de la puerta de los Serra Fortuny.

—¿Qué desea, joven?

Le recibió un hombre fornido, ataviado con una levita oscura y una camisa clara. Era el mismo mayordomo que algún verano les había acompañado hasta Camprodón y que más de una vez había estado a punto de descubrirle en sus andanzas nocturnas. Aquella noche, en cambio, le miró con desprecio y le trató como si no le reconociese. Oriol fingió no percatarse de aquel detalle y continuó hablándole con corrección.

—Soy Oriol Mora, amigo de la familia... —dudó un instante antes de seguir hablando, congelado por la frialdad del mayordomo—. Vengo de Camprodón.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó, fingiendo no recordar de quién se trataba.

—Busco a don Amadeo Serra —respondió Oriol con aplomo, como si con aquella frase revelase la auténtica naturaleza de sus relaciones.

El criado carraspeó.

—Puede esperarle en la sala. Pero lamento decirle que los señores nunca reciben a estas horas.

Oriol consultó su reloj. Eran las nueve. Frunció el ceño.

—Los señores nunca reciben después de las ocho, señor —insistió el sirviente.

—Siento mucho llegar tan tarde... Ya le he dicho que vengo de Camprodón y el tren ha sufrido un retraso. ¿Le importaría avisarles, de todos modos? —miró a los ojos del mayordomo—. Si es demasiado tarde, podría regresar mañana, pero lo cierto es que ha sido un viaje largo y me gustaría verle ahora.

El mayordomo le miró de nuevo, esta vez con desdén.

—Iré a consultarles —resolvió.

Al cabo de un rato, volvió con expresión estricta. Oriol atendió lo que le decía con el mismo ademán contrariado que había mostrado unos momentos atrás. Nada delató que por dentro le conmovía un terremoto.

—El señor hará una excepción —murmuró—. Le espera en la biblioteca.

Lo condujo por los pasillos a oscuras hasta una sala llena de libros. Amadeo lo esperaba allí, con expresión huraña.

—¿Se puede saber qué has venido a hacer aquí? ¿Qué pretendes? —le espetó, nada más verlo.

—Yo... he decidido venir.

—¿Sin consultarme?

—Mi madre y yo lo hemos arreglado todo. Mi abuelo tenía una casa aquí, una casa preciosa cerca de la plaza de la Boqueria, y ahora es mía. Hace unas semanas mandamos abrirla y ponerla en orden para que yo me instalase con todas las comodidades. No falta ni un detalle, Amadeo, tiene hasta teléfono...

—¡Cállate! —le interrumpió—. ¿Cómo se te ocurre venir aquí?

—He venido a vivir a la ciudad... —tartamudeó—. Mi madre está de acuerdo...

—Pues yo no lo estoy, en absoluto. ¡Lo que le faltaba a esta ciudad es que tú estés aquí! Mañana mismo coges tus cosas y te vuelves a Camprodón, que es donde tienes que estar.

—Pero he venido, Amadeo... He venido para quedarme, para que estemos juntos, como tú me habías prometido...

Se acercó a Amadeo y levantó el brazo para tocarle la mano. Amadeo se retiró para evitar la caricia.

—¡No se te ocurra tocarme! ¿Quién te has creído que eres? —Amadeo hablaba en voz baja, pero parecía estar gritando.

—He venido para quedarme, para que estemos juntos —repitió—. Tú me lo habías prometido...

Amadeo había temido muchas veces que sucediera lo que estaba ocurriendo aquella noche, y había enfermado de terror ante la idea de que por culpa de Oriol acabasen descubriendo su terrible secreto, pero cuando sus temores se hicieron realidad, reaccionó con tanto enfado que la ira no dejó lugar al miedo.

—Estás loco... Un enfermo, eso es lo que eres. Me das pena...

—No me digas eso, Amadeo, te lo suplico... Desde aquella tarde, en mi habitación, ¿no te acuerdas?, desde aquella tarde no he vivido más que para ti, para estar contigo, para esperar a que me llames, para atender a tus órdenes. Si me has dicho que te aguardase en el sótano, allí me he quedado; si me has dicho que me mantenga alejado, eso es lo que he hecho; si me has pedido que saliese con tu hijo, he salido con él, he acompañado a tu mujer, te he esperado tres años —levantó la vista de la alfombra y le miró—. ¡Tres años! En lo único que te he desobedecido ha sido en esto, y tampoco es que te haya desobedecido, porque tú nunca me has prohibido que viniera. He venido por mi cuenta y si tú no quieres, no volveré por aquí, porque lo tengo todo resuelto, ya te lo he dicho. No necesito nada tuyo... Solo te necesito a ti, así que no me digas que te doy pena.

—Tienes razón, no me das pena. Asco es lo que me das... No eres más que un maricón. ¿No te da vergüenza? Si tu padre estuviera vivo... Eres un maricón, eso eres, pero a mí no vengas a mezclarme en tu vida corrompida. Yo estoy casado. Tengo mi familia. Soy un hombre respetable, un hombre decente, ¿me oyes? Un hombre decente, eso es lo que soy.

—Claro que eres un hombre decente, Amadeo, el más decente de todos. Yo no he venido a insultarte...

—Me insultas con tu presencia. Vete de mi casa ahora mismo y no vuelvas más. Te prohíbo que te acerques a mí o a mi familia. Si lo haces, atente a las consecuencias...

—Amadeo, por lo que más quieras... ¿Ya has olvidado lo que hacíamos en el sótano de tu casa, cuando todos dormían? ¿Ya no te acuerdas de lo que yo te hacía? Puedo seguir haciéndolo, nada tiene por qué cambiar...

—Si alguna vez he dejado que me tocaras era por compasión. Siempre andabas

detrás de mí, todo el mundo te despreciaba, hasta mi hijo te despreciaba; me decía: «Por favor, padre, no me obligue a ir con ese maricón, que todo el mundo me señala con el dedo». Pero yo te tenía lástima, y le exhortaba a que fuese tu amigo, «Tú eres un buen cristiano, hijo mío», le decía yo. Y tú siempre detrás de mí, siempre en mi casa, persiguiéndome... Por eso alguna vez te dejé que te acercaras a mí, y cuando me fastidiabas más de la cuenta te decía que fueras a esperarme al sótano, con las ratas, que es lo que eres tú, una rata asquerosa, un marica, que es lo peor que puede ser un hombre... Pero no todo ha sido malo, qué va, también nos hemos reído mucho gracias a ti. Rafael, Elisenda y yo, y muchos de nuestros amigos, cuando les contaba lo torpe que eras, con mi polla en la mano, o lo ridículo que te veías con el pecho manchado de leche... —mintió—. Nos hemos reído mucho, sí... Pero esto ya no tiene ninguna gracia, francamente —Oriol comenzó a llorar—. ¿No lo ves? Si hasta lloriqueas como una mujer... Al principio pensé que con el tiempo se te pasaría, pero ya veo que no... Es una lástima, sobre todo por tu madre, la pobre, que no tuvo suficiente con que su marido fuese un sátiro y la obligase a practicar la sodomía, ¿lo sabías? —Oriol no respondió—. Y ahora le sales tú así... En fin, aunque ahora que lo pienso, tal vez tu padre no estaría tan ofendido si viviera, puede que tú hayas salido a él —comprobó la hora en un reloj de pared—. Y ahora, vete. Vete y no se te ocurra volver por aquí. No quiero ver nunca más esa cara de bobo cerca de mí.

Oriol salió de la casa arrastrando los pies, y con los ojos tan nublados por el llanto que chocó con un par de muebles y con el mayordomo, que lo esperaba junto a la puerta. El criado lo empujó hasta la salida; él mismo se encargó de buscarle un chófer y una vez que Oriol hubo entrado en el coche, le ordenó que se alejase de aquella calle lo más rápidamente que le fuera posible.

—¿Dónde quiere que le lleve, señor? —le preguntó el cochero. El sirviente había cerrado la puerta con un golpe seco.

—Al infierno —respondió Oriol, en parte por la ira, y en parte porque con el disgusto había olvidado su dirección.

Después de deambular sin rumbo durante media hora y de observar de reojo cómo el pasajero trataba en vano de reprimir su llanto, el cochero no pudo evitar sentir lástima por aquel hombre que se estaba derrumbando en el asiento de atrás.

—Me parece que usted ya ha llegado a su infierno particular... ¿Le parece que lo dejemos atrás, aunque sea por unas horas?

Como quiera que el joven no respondió, el conductor tomó de verdad las riendas de la noche y lo llevó a un par de tabernas donde sin ponerse de acuerdo con antelación, coincidieron en dejar la comida sobre la mesa mientras daban buena cuenta del vino que traía el cantinero; la lengua de Oriol comenzó a aflojarse, y sin entrar en detalles sobre la identidad de su amante, confesó a su nuevo amigo su terrible desengaño. Le habló de los planes, de las ilusiones, y también de las mentiras. A estas alturas de la noche, Oriol ya no solo estaba ebrio de rabia; el alcohol le hacía ver las cosas de una forma diferente, y de pronto tuvo la certeza de que con algo de

suerte y de buena voluntad, tal vez no moriría víctima de aquel dolor que unas horas atrás le taladraba el alma.

—Pues claro que no, señorito. Y si me permite que se lo diga, lo que tiene usted que hacer es pagarle a esa zorra con la misma moneda.

Oriol no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Matarla?

—No es preciso que lleguemos a ese punto, caballero.

Para demostrar que estaba en lo cierto, lo llevó con él a un nuevo local en el que fueron recibidos por un grupo de escandalosas mujeres apenas cubiertas con ropas casi transparentes. Cuchicheó con una de ellas, que unos instantes más tarde acompañó a Oriol hasta uno de los cuartos de la casa. En colchón estaba sucio, y la habitación tenía por puerta una cortina con un dragón rojo dibujado en el centro.

—¿Has bebido? —le preguntó la mujer.

—Un poco...

Oriol se sintió confuso mientras ella le limpiaba con un trapo húmedo. En alguna parte de su cuerpo, el dolor que había sentido reclamaba su atención, pero ahora compartía espacio con un incontenible deseo de arrancarle a aquella mujer la poca ropa que la cubría, de sentir cerca a otra persona que no fuera Amadeo, de que otras manos al fin le acariciasen. En el fondo, tenía la esperanza de que los besos que ella le prometía borrasen el sabor de los de Amadeo. No lo consiguió. Cuando salió de la habitación, seguía sintiendo en su boca el regusto de la lengua de su amante traidor.

El cochero le esperaba en la sala, riendo con las muchachas medio vestidas y acariciando distraídamente a una de ellas. Al verlo, se levantó de su silla y le siguió hasta la calle.

—¿Se le ha pasado el disgusto, caballero?

Oriol no respondió. Entrecerró los ojos para acostumbrarse a la luz del día.

—Al menos, reconocerá que se ha olvidado durante unos minutos...

Sonrió.

—En eso sí tiene razón.

—Pues claro... ¿Y ahora, dónde le llevo?

Oriol no dudó.

—A la casa... ¿Dónde me va a llevar?

El cochero acató su orden, y se dirigió nuevamente hasta la calle de la que suponía la novia de Oriol. Ambos guardaron silencio durante todo el trayecto. «Pare», le dijo Oriol más tarde, después de haber recorrido decenas de veces las inmediaciones. Antes de bajar, saldó la deuda que había contraído con él aquella noche, y le dejó una generosa propina por el mundo que le había descubierto. Después, descendió del coche y se sentó en el borde de la acera, en el suelo helado, frente al jardín de la casa de Amadeo y allí permaneció, con el frío calándole los huesos y un dolor insoportable recorriendo su cuerpo, hasta que escuchó el sonido de la cancela al abrirse. De la casa salió Amadeo, junto a su hijo. Ambos llevaban

idéntico bastón con empuñadura de plata, y también era idéntica la sonrisa de satisfacción que los dos lucían en la cara. Pasaron frente a él sin detenerse siquiera a mirarlo, y Oriol le observó mientras se alejaba con la seguridad absoluta de que jamás volvería a ver al amor de su vida en todos los años que le quedaban por vivir.

Se levantó del suelo y trató de respirar. Sentía que se estaba ahogando: el mundo entero se había quedado sin aire, y así permaneció durante años.

VIII

La vida gris

Naná tenía sangre negra en las venas y descendía de una familia de esclavos, pero nunca tuvo conciencia de la existencia de sus cadenas hasta el día en que se enamoró. No sabía leer, ni escribir, y en toda su vida apenas había intercambiado con nadie más palabras que las necesarias para dar órdenes o para recibirlas; sin embargo, aquello no fue obstáculo para que sintiera el amor reventando en su pecho, tal como quedaba escrito en las novelas románticas que las damas de la alta sociedad de Santos, del Brasil y del mundo entero leían con deleite a escondidas de sus padres, de sus hermanos o de sus maridos. Pero a Naná, al contrario de lo que les sucedía a las protagonistas de aquellos folletines y a sus lectoras, el amor no la asaltó la primera vez que vio al que después se convertiría en su hombre amado. Tuvieron que pasar muchos días para que reconociese en el silencio de él el silencio que ella misma había pasado toda la vida guardando, y para entonces, eran ya muchas las noches que Naná le había llevado la cena a la solitaria mesa que el forastero ocupaba en la pensión de José Alfredo Sahuquillo, el patrón de los dos.

Algunas noches, el dueño de la hospedería y del cinematógrafo acompañaba al joven español a cenar. Desde la cocina, Naná les escuchaba hablar de la patria de ambos; mientras colocaba en su sitio las cazuelas de barro, los platos de loza, los vasos de vidrio, y los cubiertos que habían utilizado los huéspedes, volvía a oír al patrono contar cómo se había convertido en el hombre que era hoy en día.

—¿Sabes a qué me dedicaba yo, de chico? —apenas si daba tiempo a que el otro diese la respuesta que de sobra conocía—. Pastor era, fíjate bien, pastor de cabras y ovejas. He pasado más hambre que todos los hombres que están hoy aquí; y en este país, ya ves, empresario. Válgame Dios, si mi madre pudiera verme.

El joven aparentaba prestar atención, pero su mirada clavada en las flores del jardín delataba que su pensamiento estaba muy lejos del barco que había llevado a José Alfredo desde Cádiz hasta el Brasil, y dejaba bien claro que en absoluto le interesaban los días que pasó trabajando en el puerto y en los cafetales; únicamente mostraba atención cuando el relato se acercaba al momento en que José Alfredo conoció al hombre que se asociaría con él en el negocio de la construcción. Aquella empresa fue el punto de partida de la pequeña fortuna que atesoró y que le sirvió para resarcirse del pasado ingrato que le había tocado vivir. Para desquitarse por los años de estrecheces en los que había burlado al frío forrando su cuerpo con papel de

periódico antes de vestirse, dilapidó su dinero en juergas y en putas, de modo que cuando recuperó el juicio ya quedaba bien poco de lo que había ganado. Casi de milagro, consiguió reunir lo suficiente para comprar una pequeña casa en la calle Maria Joaquina, muy cerca del puerto; mandó llamar a algunos de sus antiguos compadres de juerga y los convenció para que le ayudaran a tapar huecos, pintar paredes y arreglar muebles a cambio de todo el vino y el ron que pudieran ingerir mientras trabajaban. Como resultado de aquel contrato, después de cinco semanas de dura labor, el Hotel Internacional abrió sus puertas a todo cristiano que fuese a dar con sus huesos en Santos. Detrás de aquel nombre pretencioso se escondía una posada con nueve habitaciones de paredes desiguales y techos desconchados, en las que el suelo crujía a cada paso a pesar de las buenas intenciones de los obreros. En el hotel se reunían los inmigrantes españoles, portugueses e italianos que llegaban a la ciudad atraídos por la idea de hacer una fortuna rápida. Contrató a Naná nada más abrir la pensión, pues la fama de su cocina y de su belleza mulata había llegado hasta sus oídos, y en poco tiempo, había recuperado parte del dinero perdido en sus días de locura, en buena parte gracias a los guisos de la joven, tan exquisitos que nadie le tenía en cuenta el desprecio con el que los servía.

Una noche, cuando ya se había acostumbrado a su vida, de nuevo tranquila y plácida, le asaltó una idea que le impidió conciliar el sueño; al principio, la desechó por disparatada y trató de dejar de pensar en ella, pero el amanecer le encontró dibujando sobre su escritorio. Esa misma mañana, en cuanto abrieron los comercios, encargó suficiente tela de lona para montar una carpa, y contrató a unos ingenieros para que le dieran forma a los planos que él había esbozado durante la noche. Después, envió algunos telegramas a conocidos del Brasil y, por indicación de estos, cartas a personas que no conocía en España. Unas semanas después, él mismo fue hasta el puerto de Santos para recibir al vapor Río Negro. Con una maleta en la mano, como si su viaje fuera a ser breve, recogió en el muelle a Bruno Bonet.

Llegó desorientado. Arrastraba los pies y la maleta por el suelo de la dársena del puerto y miraba a su alrededor con gesto inconsolable. José Alfredo lo reconoció por aquel ademán, pues el resto de los hombres que descendieron del barco lo hicieron con la misma expresión rebosante de ganas de comerse el mundo que tenían los que se alojaban en su hotel.

—¿Le pesa la maleta, Bruno? —le preguntó cuando llegó a su altura. El otro detuvo su marcha y Sahuquillo aprovechó el momento para ofrecerle la mano en señal de bienvenida—. Soy José Alfredo Sahuquillo, su nuevo patrón.

Bruno le aceptó el saludo con frialdad, mientras dejaba la valija en el suelo del muelle. Ambos mantuvieron la mirada en silencio.

—¿Le pesa la maleta? —el otro repitió la pregunta, más por llenar el silencio que por interés: al instante sintió antipatía por el cámara.

—Me pesa la vida —respondió al fin.

Así era. Bruno había pasado toda la travesía lamentándose por haber accedido a las pretensiones de sus familiares. Apenas sí conocía a aquellas personas, y tenía la certeza de que lo único que querían era quitarle de en medio para hacerse con todos sus bienes. Era cierto que solo poseía el piso de la calle Tallers, pero también era verdad que eso era más de lo que tenía mucha gente; a esas alturas ya lo daba por perdido, igual que su inexistente carrera. Estaba seguro de que antes de que hubiera pisado tierra, los Tavares ya habrían encontrado otro operador de cámara para sustituirle. Nada en este mundo podía hacerle cambiar de opinión: viajar hasta Santos había sido la peor decisión que había tomado en toda su vida.

—Escúcheme, señor Sahuquillo... —notó que le temblaba la voz. Carraspeó antes de continuar—. Sé que es un contratiempo, pero tengo intención de permanecer en Santos únicamente hasta que encuentre a otra persona que pueda hacer el trabajo para el que yo me comprometí... Quiero regresar en cuanto me sea posible.

—Bueno, hombre, pero si acaba usted de llegar... No se ponga usted así. ¿Ha tenido una mala travesía? Cuando yo llegué, la peste acabó con más de la mitad de los pasajeros: todos por la borda, pasto de los tiburones. Fue muy duro. Yo también quería marcharme en cuanto pisé tierra firme. Si no llega a ser por el pánico que me daba volver a subir en un barco... Y ahora, fíjese, tengo toda la vida aquí. Verá como a usted pronto le pasa lo mismo.

En un intento por dar mayor veracidad a sus palabras, José Alfredo cogió la maleta del suelo e hizo amago de volver a caminar.

—Por Dios, ¿qué lleva usted aquí? ¿Piedras?

—No, no son piedras. Es solo un poco de ropa, algunos libros y unas películas que he rodado en el viaje —Bruno no cedió a la amabilidad de su patrón. De hecho, esa era la primera vez en toda su vida que Bruno sentía que el deseo le dominaba más allá de la cordura—. Ya que estamos aquí, me gustaría saber cuándo parte el primer barco a España, si a usted no le importa. Y también el siguiente.

José Alfredo ignoró la pretensión de su cámara y continuó andando. De pronto, dejó de sentir animadversión hacia él.

—¿Películas? ¿Ha rodado usted películas durante el viaje? —Bonet asintió con un gesto, y Sahuquillo no ocultó su sorpresa—. Hum... qué buena idea, joven. Si le parece, más tarde podemos verlas. Quizá sea buena idea proyectarlas en el cinematógrafo. ¿Qué me dice?

Bruno no respondió, pero un leve cambio en su cara dejó entrever cuánto le satisfacía aquella idea. José Alfredo le palmeó la espalda y con la presión de su mano le hizo caminar.

—Vamos, Bonet. Vamos a casa. Verá todo lo que tengo preparado, los proyectos que juntos vamos a poner en marcha —ambos estaban ya cruzando el puerto. Miró de

rejo a Bruno—. Lo primero es asearse, refrescarse un poco, y descansar. Hace un calor sofocante. Después, cuando haya probado la comida de Naná y haya escuchado mis ideas, lo verá de otra manera, se lo aseguro.

—¿Y si no es así?

—Si no es así, mañana mismo le acompañaré aquí de nuevo para que haga usted todas las preguntas que quiera, y con mucho gusto le pagaré el pasaje de vuelta.

José Alfredo Sahuquillo hizo una seña con la cabeza a un niño negro que merodeaba por el malecón y le entregó el equipaje de Bruno. El pequeño les siguió con la maleta a rastras hasta que Sahuquillo repitió el ademán y un coche detuvo su marcha delante de ellos; subieron los tres y realizaron el trayecto sin dirigirse la palabra. De cuando en cuando, Bruno miraba a Sahuquillo y al niño negro, que no permitía que nadie le arrebatase las únicas posesiones que Bruno se había llevado con él hasta el Brasil. El calor era asfixiante, tal como había anunciado Sahuquillo.

—¿Cómo es posible que haga tanto calor, si estamos en enero?

Sahuquillo rio.

—¿Nadie le ha dicho nada de este bendito país? —Bruno negó con la cabeza—. Aquí ahora es verano, hombre de Dios. Las estaciones están cambiadas, y cuando en Barcelona se achicharran, en el Brasil nos morimos de frío. ¿Trae ropa adecuada? —Bonet repitió el gesto—. No se preocupe. Verá como eso también tiene arreglo.

El coche de caballos se detuvo frente a una casa blanca de dos plantas, con las ventanas pintadas de azul y un jardín rebosante de árboles y floresta que daban sombra a algunos bancos de madera forrados de terciopelo rojo. Sentada en uno de ellos, vestida con una bata de flores y el cabello cubierto con un pañuelo blanco, les esperaba una mujer, que al verlos llegar abandonó su asiento. El niño negro corrió hacia ella, y le acarició el pelo encrespado con ternura.

—Ella es Naná. Ya le he hablado de ella: en cuanto pruebe su comida, cambiará de idea.

Sahuquillo tenía tanta confianza en la feijoada, la vatapá y el churrasco de Naná como en la propuesta que pensaba hacerle esa misma noche al recién llegado, aunque aún tuvo que pasar algún tiempo antes de que pudiera ver en los ojos de Bruno algún asomo de entusiasmo. Pero el empresario era un hombre acostumbrado a las tareas difíciles, así que se limitó a observar al cámara mientras comía con desgana las exquisiteces que había preparado Naná, y no hizo ningún comentario cuando Bonet se atrevió a dejar en el plato la mayor parte de la carne y de los frijoles con el pretexto de que el largo viaje le había quitado el apetito.

Tampoco mostró impaciencia por su silencio cuando le enseñó el lugar en el que pensaba instalar el cine. Sobre el suelo, desperdigadas, quedaban algunas de las herramientas con las que se estaba construyendo la sala, y Sahuquillo las retiró con aire distraído.

—Santos es un lugar lleno de emigrantes —dijo, mientras se agachaba a recoger un martillo. Lo sostuvo un instante en la mano antes de continuar—. Aquí se trabaja de sol a sol. La gente llega pobre, y lo único que le sobra es el hambre y las ganas de enriquecerse, pero son pocos los que lo consiguen —dejó el martillo sobre una caja de madera—. La vida es muy dura, amigo mío.

Bruno asintió con indiferencia.

—La vida es dura —repitió—, pero ni toda la dureza del mundo es capaz de terminar con el instinto del hombre por gozar de todos los momentos de alegría que están a su alcance. La mayoría los emplea en ron, o en vino, o en putas, o en las tres cosas al mismo tiempo —sonrió—. Pero los tiempos están cambiando, tan rápido que muchos no se están dando ni cuenta. Ahora hay nuevas maneras de disfrutar, de divertirse, de escaparse de los problemas de uno, y por lo tanto, hay nuevas maneras de formar parte del progreso, de ganar dinero con él... ¿Sabe, Bonet, a qué me refiero?

—Claro que lo sé: está usted hablando del cine.

Sahuquillo asintió. Ninguno de los dos volvió a dirigirse la palabra en el breve trayecto que separaba el lugar en el que en pocos días se levantaría la carpa del Cine Amazonas del Hotel Internacional, ni siquiera para darse las buenas noches cuando Bonet se retiró a su cuarto; pero Sahuquillo estaba seguro de que el cámara había abandonado su intención de marcharse, y tenía razón: desde aquella noche, Bruno asumió como propio el proyecto del antiguo pastor. A la mañana siguiente, cuando los primeros de la cuadrilla llegaron a la obra, se encontraron a un hombre esmirriado, que vestía un traje de pana de color azul claro, con un sombrero de paja en una mano y un pañuelo en la otra, con el que de cuando en cuando se retiraba el sudor que le caía a chorros por la frente y el cuello.

—Buenos días, señores. Soy Bruno Bonet, el proyccionista del cine Amazonas, y estaré con ustedes mientras terminan las obras. ¿Cuántos de ustedes hablan mi idioma? —los obreros le miraron. Bruno tragó saliva: nunca antes había pronunciado tantas palabras seguidas referidas a su persona delante de desconocidos.

Los trabajadores le ignoraron por completo, pero Bonet no se amilanó. Si tenía que quedarse allí, pensó, sería para hacer las cosas bien. Y eso hizo: dirigió personalmente las obras de acondicionamiento del local, escogió el color de la pintura de la sala, el tono del tapizado de los bancos de madera, y el lugar en el que se instalarían los carteles que anunciaban la película. Con fingida indiferencia, pues no quería reconocer su emoción ni siquiera ante sí mismo, revisó los planos que había diseñado Sahuquillo y que había supervisado un arquitecto, y sugirió algunos cambios que mejoraron la visibilidad de la pantalla y la comodidad de los asistentes. El dueño refunfuñó al escuchar la mayoría de las propuestas, pero aplazó su rechazo para que Bonet no perdiera la pasión por su trabajo; solo dejó de oponerse a las ideas del cámara cuando propuso que instalaran un pequeño bar en el pasillo, para que el público que esperaba que la sesión comenzara pudiera tomar algo antes de entrar. El

empresario aplaudió entusiasmado, y estaba tan complacido que permitió que redujeran el número de asientos para que Bonet pudiera disponer de una habitación minúscula en el fondo de la sala, en la que ubicó el proyector.

Cuando el Cinema Amazonas abrió sus puertas por primera vez, el público no pudo reparar en Bruno, que trabajaba en el cubículo del proyector; sin embargo, todos pudieron ver las imágenes que había rodado en su viaje hasta el Brasil. Se asustaron con las olas de la tormenta, mientras el vapor parecía a punto de quebrarse por la fuerza del viento; se sorprendieron con los delfines que acompañaban de cuando en cuando al barco, y comentaron el lujo de los salones de primera clase que Bonet grabó a escondidas antes de que los protagonistas de la película italiana que anunciaba el cartel les hiciesen olvidar sus penas, tal como había predicho José Alfredo Sahuquillo, y también todo cuanto habían visto antes. Nadie lo supo nunca, pero aquel fue el primer día de su vida en que Bruno Bonet se había sentido feliz.

Bruno Bonet perdió la capacidad para recordar sus sueños justo cuando comenzó a cumplirlos. Hasta que llegó ese día, el instante de despertar era el único momento en que se sorprendía sonriendo. Razones tenía para torcer el gesto: estaba recién llegado de un mundo en que la vida era tal como él la había deseado, llena de trabajo bien hecho, de retos cumplidos, de éxitos, de palmadas en el hombro que no querían decir «pobre Bonet», sino un sincero gesto de felicitación. En sus fantasías nadie cuestionaba su manera de vestir, ni de caminar, ni su miedo a la muerte, más enfermizo aún que cualquier enfermedad que pudiera padecer realmente; no tenía importancia el color de su pelo, ni su escasez, ni la viruela marcada en su rostro, ni su mala salud. Era grande, en sus sueños, por eso los recordaba nada más abrir los ojos y se recreaba en ellos, antes de enfrentarse de nuevo a la dura realidad, cuando el espejo le echaba en cara que nunca sería como Juan Tavares. Pero en Santos, el cristal del azogue debía estar fabricado con materiales distintos a los que se usaban en Barcelona, porque ni una sola vez, desde el primer día que llegó, escuchó ninguno de los reproches que solía oír cuando se observaba en casa: *no eres como Juan Tavares, mira qué pinta tienes, pronto morirás sin conseguir nada de lo que pretendes, eres un loco, un demente, un enfermo*. Aquellas palabras que podía percibir nítidamente y que tanto le atormentaban, desaparecieron como por ensalmo en el Hotel Internacional.

Despertaba con los primeros rayos de sol que se colaban en la habitación, y permanecía unos minutos en la cama, escuchando el sonido de las hojas de la jacarandá y del acebo, y de las moreras, y el rumor de las palmeras del jardín mecidas por la última brisa de la madrugada. Se levantaba un instante para abrir de par en par las ventanas, y de un salto se volvía a tumbar sobre el colchón de lana, donde se entretenía tratando de distinguir entre el olor de los narcisos, los jacintos, el jazmín, los geranios, las rosas y los claveles que Sahuquillo había hecho plantar en el patio, vencido por la nostalgia por su tierra. Después salía de la cama y se despabilaba con

las palmas de las manos bien llenas de agua, nada que ver con los ritos de sus mañanas en la calle Tallers, cuando se la lanzaba a pequeños golpes sobre la cara; salía del cuarto vestido siempre con colores claros para espantar el calor y con varios pañuelos en los bolsillos, unos para secarse el sudor y el resto con hojas de menta machacadas para suavizar el mal olor de algunos de los lugares por los que tenía que pasar, y saludaba a todo aquel con quien se cruzaba con una leve inclinación de cabeza y el atisbo de una sonrisa. Nadie lo conocía cuando llegó, y nadie sabía nada de su vida de antes, por eso no se dieron cuenta de que tras la primera noche que durmió allí, amaneció un hombre nuevo.

Las ideas de Bruno comenzaron a surgir como si el cámara fuese una botella de champán recién descorchada, y para regocijo de su patrón, su pericia y sus proyectos parecían no tener fin. Desarrolló técnicas de grabación y métodos de proyección, ideó fórmulas para divulgar los programas del Amazonas, convenció a Sahuquillo para grabar un noticiario semanal con los acontecimientos más relevantes de la ciudad, y concibió la manera de que los comerciantes de Santos costearan las proyecciones, insertando anuncios de sus establecimientos entre noticia y noticia; sugirió al empresario que, tal como se hacía en los cines europeos, también ellos realizaran pases sicalípticos en el cinematógrafo solo para caballeros. Para burlar el control de las autoridades, a las que también Bonet había pedido permiso, las películas llegaban a Santos escondidas en las latas que anunciaban otros rollos, o montadas entre otras cintas, se proyectaban a las ocho de la tarde, y antes de cada pase se apelaba a la máxima discreción de los asistentes con el fin de garantizar la continuidad del espectáculo.

El éxito de aquellas sesiones no tuvo precedentes en la historia del cinematógrafo de Santos, y envalentonado por aquel acierto, propuso a su jefe una ampliación del negocio que el otro aceptó de inmediato. Alentado por su empleado, alquiló por un año el Teatro Brasil, en el que los pases serían diarios. También por iniciativa de Bonet, Sahuquillo se embarcó en un nuevo proyecto, esta vez en solitario: la construcción de su propia sala de cine. En esta ocasión, Bruno participó en la elaboración de los planos para evitar los cambios de última hora, tal como había sucedido cuando comenzaron con el Cine Amazonas. Como resultado de la estrecha colaboración de ambos, en la que se mezclaron a partes iguales la osadía de Sahuquillo y la brillantez de Bonet, el nuevo Cinema Amazonas abrió sus puertas menos de un año después de la llegada del cámara a Brasil.

La apertura del local convirtió a José Alfredo Sahuquillo en el empresario de moda en Santos: nadie en la ciudad había visto nunca un cine semejante, ni siquiera los pocos privilegiados que habían viajado a Europa para pasar largas temporadas allí, según la costumbre de la época. Las butacas disponían de cómodos cojines, y la madera del respaldo y de los reposabrazos estaba tan finamente tallada como las de

las sillas de las mejores casas de la ciudad. Del techo colgaba una gran lámpara de lágrimas de cristal, y en las paredes, disimulados entre las luces de la sala, unos pequeños aparatos inventados por Bonet renovaban el ambiente de la sala con aire perfumado. Un grupo compuesto por siete músicos se encargaba del acompañamiento musical de las películas, y un italiano recién llegado al hotel pintó la sala y algunos cuadros que colocaron en la entrada del cine para pagar sus primeras semanas de albergue ayudando en la decoración del local. Sahuquillo no confiaba demasiado en el criterio artístico del cámara, pero también en esa ocasión estuvo acertado: no solo todos alabaron el gusto de Sahuquillo, sino que en pocos meses el joven pintor alcanzó fama en el país entero.

Durante todo aquel tiempo, Bonet se siguió encargando de la proyección de las películas, que elegía entre el catálogo brasileño y la oferta de Barcelona; normalmente escogía comedias, dramas de misterios, o historias de aventuras y persecución, pero de cuando en cuando, para probarse a sí mismo, proyectaba cintas de los hermanos Tavares, que, de manera casual, siempre se exhibían con algún pequeño fallo que provocaba el enfado del público. Desde su escondite tras la cámara, Bruno sonreía al escuchar los insultos que los Tavares eran incapaces de oír, y en el fondo, deseaba que el tiempo transcurriese rápidamente para que llegase el día en que pudiese contarle a Juan Tavares de qué manera le llamaba la gente de Santos, para que aprendiera, para que supiera que incluso a él podía llegarle la hora del terrible fracaso.

Después, regresaba a su cuarto. Atravesaba las calles solitarias, observando el centelleo de las farolas que parecían temblar a su paso; cruzaba el jardín y casi siempre se sentaba unos minutos en uno de los bancos, bajo la jacarandá y sus flores azuladas, y se entretenía disfrutando de ese aire como si fuese un regalo merecido, como si el que había respirado hasta aquel momento no le hubiese resultado suficiente. Entraba en el hotel, y mientras comía la cena que la criada le había dejado preparada, miraba de reojo la cocina de Naná, inmaculadamente limpia y ordenada; subía las escaleras y contaba el crujido de sus pisadas en el suelo, siempre cuarenta y tres, hasta llegar a su habitación. Allí, se desvestía y se refrescaba con el agua del jarrón antes de meterse en la cama. Cerraba los ojos, con la intención de complacerse con el recuerdo de los buenos ratos que le había deparado aquel día, como todos los días desde que llegó al Brasil. Pero cada noche le sorprendía el mismo pensamiento, siempre a traición. «¿Cómo era posible? —le reprochaba su propia voz en la mente—. ¿Cómo era posible que aquella victoria siguiera encontrándole solo?»

Naná tenía las manos ásperas, y la misma aspereza parecía haber contagiado su carácter. Apenas hablaba con nadie, y su trato con los clientes del hotel se reducía a servir los platos que cocinaba, y a retirarlos cuando no quedaba en ellos ni rastro de alimento; si algún hombre se decidía a invitarla a pasear, o le pedía que le

acompañase a una de las sesiones del cinematógrafo, lo único que obtenía como respuesta era frialdad de su mirada y menos ración en su siguiente comida. Hubo quien pensó al conocerla que era muda, y tampoco faltó quien sentenciara que estaba loca, pues nadie en su sano juicio podía pasar tanto tiempo callado y aislado del mundo, pero en realidad Naná no tenía problemas de cordura, sino de tristeza.

Porque Naná era una mujer triste, y aunque nunca acertó en encontrar el motivo de aquella pena, la aceptó como una parte de ella misma, de la misma manera que aceptaba el color de sus ojos, o los rizos de su pelo, o el tono de su piel. Sentía la tristeza en cuanto se despertaba, y antes de dormir, y tenía la certeza de que en sueños continuaba triste. Le dolía la tristeza si estaba con gente, y más todavía si se quedaba sola, y quizá por convivir tanto tiempo con esa misma tristeza, era un dolor que no podía describir. De haber nacido en otro tiempo, hubiera acudido a un doctor con la esperanza de que le curase aquel mal que tanto le afectaba el alma, pero siendo como era pobre y bruta, no le quedó más remedio que acostumbrarse a sus sentimientos de la mejor manera que pudo: en silencio.

Pasó mucho tiempo intentando averiguar qué fue lo que hizo que se enamorase de él, pero tampoco para esa pregunta encontró una respuesta, o al menos, una con lógica. Enfrascada entre los cacharros de la cocina, trataba de dar con el momento en que había dejado de sentir por él la misma indiferencia que le producía el resto de los hombres, mujeres y niños con los que se cruzaba, con la única excepción de los de su propia sangre; recordaba el día de su llegada, cuando lo vio descender del coche vestido con una ridícula ropa de abrigo, junto al patrón y a su hermano Josué. El niño corrió hacia ella, en busca de los caramelos de azúcar quemada que siempre guardaba en un bolsillo del delantal, y ella le revolvió el cabello con dulzura. El extranjero pasó a su lado sin mirarla siquiera, y más tarde tuvo la desfachatez de jugar con los platos que había preparado para él, cuando hacía ya horas que había cocinado para los demás clientes, sin apenas probar bocado y sin darle las gracias por la comida. Transcurrieron varios días antes de que escuchase su voz, y semanas hasta que lo vio sonreír. Tal vez por ese motivo se sintió cercana a él, y comenzó a cuidarle casi sin darse cuenta. Naná fingía haber olvidado su cena cuando ya se había retirado al dormitorio, y bajaba a la cocina a prepararla justo unos minutos antes de que llegase del cine; ya de camino a su pieza, se acercaba hasta el cuarto de Bruno Bonet para cambiar el agua de su jarra por otra más fresca, porque en ese momento le parecía recordar que por la mañana una mosca se había metido dentro; planchaba sus camisas con más esmero que las del resto, y perfumaba la habitación con las flores del jardín, para que no extrañase su tierra. Pensaba en él cada vez más, e incluso una tarde, por pura curiosidad, pidió permiso a Sahuquillo y se acercó hasta el Cine Amazonas; se sentó en una de las últimas filas, y desde su asiento se entretuvo tanto con las películas como con la idea de Bonet manipulando la máquina, cambiando los rollos, actuando como un auténtico maestro de ceremonias de aquel espectáculo. Aquella noche, preparó la cena con más interés que otras veces, y Bonet encontró en su plato

una ración abundante junto a una botella de vino, pero tampoco podría decir que fue entonces cuando se enamoró. Tal vez sucedió el día en que el cámara se dirigió a ella por primera vez para pedirle que actuase en uno de los comerciales que rodaba en la ciudad.

—Su papel será sencillo: tiene que entrar en la tienda y pedirle al vendedor tres metros de seda roja. Él se la dará, y usted fingirá que le paga —Naná no respondió—. ¿Me escucha, señorita Naná?

Fiel a su costumbre, mantuvo un obstinado silencio que solo se quebró para ordenar al dependiente que le trajese los tres metros de seda roja, pero mientras se contemplaba a sí misma en la pantalla, con su traje blanco de los días de fiesta, pensaba que aquella había sido la primera vez que alguien la había llamado de esa manera, *señorita Naná*, y ella, que siempre se había sentido el ser más miserable que pisaba la tierra, se vio en ese momento justo así: como si en verdad fuera la señorita Naná.

Imaginó la sonrisa del cámara cuando algunos hombres del público silbaron al ver su imagen, y se sorprendió deseando que él también sintiera lo que los demás. En lugar de atender al argumento de la película, se pasó el rato preguntándose si le gustarían sus guisos o los encontraría sosos, o quizá salados, o demasiado picantes; si le parecía arisca, amable o antipática, si la encontraría hermosa, o si le disgustaría el color oscuro de su piel, tan distinta a la de él. Aquella noche le esperó despierta, sentada en una banqueta de la cocina. Cuando al fin llegó, le sirvió la cena que había aguantado caliente en el fogón hasta que llegó al hotel sin pronunciar palabra; se mantuvo de pie junto a su mesa y le llenó el vaso de vino cuantas veces él lo vació. Después retiró los platos, y mientras él fumaba un cigarro puro que guardaba en un bolsillo de la camisa, ella se sentó a su lado.

—Mi nombre es Anastasia —le dijo. Bruno asintió con la cabeza mientras apagaba la colilla.

Y aquella noche durmió con él.

Siempre había tenido la certeza de que sería capaz de intuir los acontecimientos más importantes de su vida; de hecho, desde niño había desarrollado la extraña habilidad de presentir antes que nadie cuándo se pondría enfermo, y avisaba a su madre para que fuera llamando al médico cuando los síntomas de su enfermedad aún no se habían hecho evidentes. Le encontraban en la cama, ardiendo en fiebre, y mientras el galeno le aplicaba cataplasmas y bálsamos para calmar su dolor, su madre rezaba para dar las gracias por aquel milagro que, de nuevo, había salvado la vida de su hijo. Pero no había nada de sobrenatural en la advertencia de Bruno; al contrario, el pequeño conocía su cuerpo de tal manera que era capaz de notar hasta el menor de los cambios antes de que se manifestara. La muerte de sus padres le pilló desprevenido, aunque aquello no fue suficiente para que el joven perdiera la fe en su capacidad de

adivinación, así que aquella noche, mientras fumaba otro cigarro tumbado en la cama, lamentó no haber presentido qué le iba a pasar. De haberlo supuesto, se habría aseado antes de cenar, se hubiera mudado de ropa, y por descontado, hubiese prestado atención a la película pornográfica que proyectó sin mirar ni siquiera de reojo. Sintió no haberse dado cuenta de lo que esa noche sucedería con Naná, y más todavía, no haber podido grabar con su cámara cuanto había sucedido en su cuarto en esas horas. Porque fueron horas, horas enteras cargadas de una belleza indescriptible. Más que el sabor de la piel de Naná era su brillo, y más que el placer que sus movimientos le brindaban, era la hermosura con la que ella desplazaba su mano de un lugar a otro, de su pecho a su cuello, de su cuello a su cabeza, de la cabeza a la espalda, de la espalda a su entrepierna. Bruno deseaba haber immortalizado la hendidura de su sexo húmedo y salado, sus labios entreabiertos, la punta de su lengua abriéndose paso entre la boca de él, el brillo de su mirada mientras le abrazaba. Su silencio.

Pero Naná no guardó las palabras por su propia voluntad. «Me llamo Anastasia», le había dicho, y fue incapaz de seguir hablando. Con gusto le hubiera contado que llevaba meses observándole y que sin saber bien por qué, su indiferencia se había convertido en un sentimiento inexplicable del que no había podido ni querido desprenderse. Le hubiera revelado que había acudido a un curandero, pues al principio pensó que se trataba de una enfermedad de la mente que le impedía dejar de pensar en él, y que había tomado cada día las hierbas hervidas que el santero le recomendó. Cada noche había untado con miel un plato de barro y sobre él había colocado tres lamparillas; mientras las prendía, había pronunciado su nombre, y había rezado para que los dioses lo sacaran de su pensamiento. De haber comprendido lo que sentía por él, sus ruegos hubieran reclamado que aquella noche llegase antes, que Bruno le hubiese pedido inmediatamente que fingiese ser la clienta del comercio, para reconocer en la oscuridad del cinematógrafo que no estaba enferma, sino enamorada.

«Me llamo Anastasia». Eso le había dicho, cuando en realidad le quería decir: «Te amo», pero la voz se le quedó ese día más dentro que nunca, y no encontró otra manera de expresar sus sentimientos que no fuera a través de su cuerpo, por eso se lo ofreció como si fuera el único regalo que pudiera darle. Anastasia no había sufrido nunca algo semejante a lo que parecía quebrarle hasta el más fuerte de sus huesos, así que no se imaginó que había una forma distinta de sentir el amor, ni que existía otra para demostrarlo. No se acobardó por la mirada desconcertada de él cuando le siguió desde el comedor hasta la puerta de su habitación, ni cuando cruzó el umbral, justo un paso por detrás de él y con la cabeza gacha en prueba de sumisión. Solo le miró a la cara cuando estuvo frente a él, de pie en mitad de la pieza, y se acercó. Levantó el brazo hacia su rostro, y entrecerró los ojos, para reconocerlo tal como lo había imaginado mientras lo esperaba.

Esa fue también la primera vez que Bruno se dejó sorprender por los acontecimientos. Antes de que Naná le tumbase sobre la cama y le arrancase

literalmente la ropa, que quedó esparcida hecha jirones por el suelo del cuarto, tuvo el impulso de pedirle a la cocinera que saliese de la habitación y le dejase tranquilo. Que estaba cansado, le quiso decir, pero entonces la miró los ojos, y tuvo la certeza de que nada de cuanto dijera podría hacerla cambiar de opinión, y cuando quiso darse cuenta, ella le estaba acariciando la nuca con una mano y las costillas con la otra, y entre sus piernas notaba la leve presión de su muslo. Imaginó su color aceitunado, y quiso verlo, y una vez lo hubo visto, deseó tocarlo. El tacto de su piel era suave, nunca lo hubiera supuesto, y el roce de sus manos, ásperas, fue capaz de revivir sentidos que ya daba por perdidos. Ella le acarició el cuerpo entero, y se detuvo especialmente en su sexo, con lentitud, como quien toca un tesoro; de la mano pasó a la lengua, y de la lengua, a la boca. Él trataba en vano de tomar partido en aquella fiesta, pero Naná lo impedía con determinación férrea. No era gratuito. En el fondo, concebía aquel acto más que como algo carnal del que ambos podían gozar, como un obsequio: él le había regalado todo lo que ahora sentía, y ella no podía corresponder a semejante generosidad con un arte que dominaba casi tanto como la cocina. Así que convirtió su cuerpo en un plato gigante y le dio de comer de su cuerpo, y le dio de beber de su cuerpo, y entre una cosa y otra, le entretuvo con besos y con caricias, y lo besó, y lo acarició como si en cada uno de aquellos gestos le fuera la vida. Subió sobre él, se lo metió dentro a horcajadas, y comenzó a moverse, con la cabeza echada hacia atrás, siguiendo un ritmo desconocido para Bruno, que no tardó en dominar a la perfección cada uno de los movimientos de la mulata.

Tampoco Bruno conocía la pasión de aquella forma, mucho menos un amor de semejante calibre, hasta que Naná se coló aquella noche en su cuarto, así que recibió cuanto ella le estaba entregando sin ser consciente de su valor. En su memoria, pasó horas tumbado en la cama, sin realizar otro movimiento que no fuera acariciar con descuido las caderas de Naná, pero realmente solo pasaron unos minutos. Poco después de que Naná se sentase sobre él, Bruno sintió cómo el cuerpo entero se le derretía; apretó con fuerza los dedos en la carne de ella, y Naná detuvo la cadencia de sus movimientos; se dejó caer sobre su pecho, y únicamente el vaivén de su respiración agitada revelaba que siguiera viva. En silencio, lo único que ella deseaba era que Bruno le acariciara la espalda, o el pelo, o las manos, que la mirase a los ojos, no hacían falta las palabras, que de alguna manera le hiciera saber que él sentía por ella lo mismo que estaba sintiendo. Por un momento, pensó que su amante se disponía a hacerlo, pero Bruno ladeó la cara hacia la ventana, y se quedó dormido.

Naná no le tuvo en cuenta ese desplante. Ni ese, ni los demás; de manera natural, sin esforzarse siquiera, se acostumbró a justificar su malhumor cuando ella le daba los buenos días en el comedor. «¿Durmió usted bien, don Bruno?», le preguntaba mientras le llenaba la taza de café negro y humeante. De sobra sabía ella cómo había dormido, pues no hacía mucho que había abandonado su alcoba. Él encogía los

hombros por toda respuesta, y ella repetía el mismo gesto con el resto de los huéspedes, que no encontraban explicación para aquel repentino cambio en el carácter de la cocinera. «Andará cansado», pensaba Naná. «Ocupo demasiado espacio sobre su colchón», se reprochaba, y para reparar su fallo se encerraba en la cocina con la intención de preparar los mejores platos para su amado. Tampoco en eso acertaba: las alubias le producían gases, y el cuscús, ardores; la buchada de carnero le daba arcadas y la banana indigestión; no toleraba su *caipirinha*, ni su café, y de no ser porque el resto de los clientes no daban muestra de ninguno de los síntomas de Bruno, hubiera llegado a pensar que había perdido su don en la cocina. Una vez había escuchado que, si los sentimientos eran verdaderos, quien comía los alimentos que uno cocinaba podía contagiarse con ellos, pero de ser eso cierto, Bruno solo parecía darse cuenta de que la amaba al llegar la noche, cuando dejaba entreabierta la puerta de su pieza para que ella pudiera colarse dentro.

Pasaron juntos casi dos de los tres años que Bruno permaneció en Santos, y en todo aquel tiempo, apenas si intercambiaron otras palabras que las indispensables para que ella le sirviera en la mesa cada una de las comidas que preparaba pensando en él y en el amor que le hervía en el pecho con una fuerza incomprensible. Si alguien le hubiese advertido que le quería de aquella manera solo porque Bruno no la correspondía, le hubiera plantado un escupitajo en la cara sin dudarlo ni un momento, así que a falta de otra explicación, Naná se conformó con la única que tenía a su alcance: Bruno Bonet era el hombre de su vida, su alma gemela, su otra mitad. Pero Bruno se marchó de Santos sin conocer ese detalle, ni ningún otro de la mujer a la que ignoraba durante el día y a la que buscaba al caer la noche.

Siendo como era, de naturaleza callada, Bruno no se extrañó del silencio de Naná. Es más, lo único que le sorprendía, e incluso le importunaba en ocasiones, era la manía de la cocinera de canturrear cuando lo tenía cerca. No es que la cantinela fuese desagradable, o que el tono de Naná le resultase molesto; más bien era la seguridad de que la triste melodía que ella tenía prendida en los labios en cuanto cruzaba el portón de la casa se dirigía única y exclusivamente a su persona.

—Por Dios bendito, Naná, ¿se puede saber qué es lo que cantas a todas horas?

José Alfredo Sahuquillo fue el único que se tomó la molestia de preguntar a Naná por aquella música, pero ella le respondió encogiéndose de hombros: realmente, no sabía qué cantaba ni por qué lo hacía; Bruno Bonet sería el único que con el tiempo, y a su pesar, acabaría comprendiendo la causa y el sentido de aquel canto a media voz, pero en las tardes calurosas de Santos lo único que le provocó la voz de Naná fue indiferencia, hasta el día en que el patrón preguntó a Naná qué estaba cantando.

—Bueno, Naná, como sigas así pronto te veremos en el Teatro Amazonas —bromeó Sahuquillo.

—¿Del Amazonas? —preguntó Bonet.

—Claro, chico, ¿es que no sabes nada del Brasil?

La verdad era que había aprendido bien poco en todo el tiempo que llevaba en el país; a lo sumo, se había molestado en aprender algo de la historia reciente de Santos y de los principales comerciantes de la ciudad, más que nada para tener algo de qué conversar cuando filmaba los anuncios de los establecimientos. Así que cuando Sahuquillo le hizo aquel reproche sobre su ignorancia de aquella tierra, él respondió con sinceridad.

—No, no sé nada —le dijo—. ¿Qué es eso del Teatro del Amazonas?

El empresario se lo contó con tanto detalle que cuando, unas semanas más tarde, Bruno llegó a Manaus, tenía la sensación de haber estado ya allí. Con la cámara a cuestas, grabó las calles de la ciudad que todavía conservaban los restos de la aldea que había sido hasta que el caucho la salvó de la miseria, las chabolas flotantes, y las lujosas mansiones de fachadas de azulejos; rodó las calles, la gente, los árboles, los coches, el río Negro, y el Amazonas. Pasó quince días en Manaus, y cada uno de ellos se acercaba hasta el teatro dispuesto a grabarlo pero siempre acababa sentado en un banco, junto a la fuente de la entrada por la que en los días de representación corría champán en lugar de agua. La noche le sorprendía observando el edificio con la máquina en el suelo, mientras trataba de figurarse cómo conseguiría que la cámara capturase no solo el lujo de los mármoles y las porcelanas italianas, o de los azulejos franceses, o de las cristalerías y las arañas de Bohemia. Se preguntaba si existiría alguna manera de que sus imágenes pudieran expresar la magnitud de las paredes, la intensidad de los frescos, la pequeñez de los hombres, en fin, comparados con sus sueños. Desde que llegó a Manaus, supo que tras ese viaje regresaría a casa y no deseaba otra cosa más que poder presentarse ante los hermanos Tavares con la más grandiosa película realizada sobre la más grandiosa ciudad. Como todos, él ignoraba entonces cuál sería el final de Manaus, pero incluso de haberlo sabido, hubiera deseado que su culminación como director fuese de la mano de aquel puñado de casas que se habían levantado entre el fango hasta convertirse en el mayor exponente de todos los lujos que el ser humano era capaz de atesorar, pues fantaseaba con la idea de que su destino tenía una extraña relación con aquella ciudad, y que también su porvenir se vería rodeado de lujos y de derroches. Y en el fondo, estaba en lo cierto, aunque de una forma que nunca había sospechado, ya que igual que el futuro de Manaus se deshizo con la misma rapidez con la que se había construido, terminaron fracasando los sueños de Bonet. En el caso de la ciudad, el declive fue consecuencia de las infames maniobras de otros países que quisieron arrebatar al Brasil el monopolio del caucho; con el cámara, el destino resultó más cruel y le gastó una broma pesada mientras regresaba a Santos, acodado en la barandilla del vapor que cruzaba el Amazonas.

Tenía los ojos cerrados, sentía en su cara la brisa de la tarde, y sonreía confiado: ya había encontrado la idea que buscaba desde que llegó a Manaus. Ya sabía cómo enlazaría el material que había rodado, cuál sería el ritmo de la narración, dónde

cortaría, qué música se tocaría como acompañamiento de la historia. Ya se veía en el salón de los Tavares, ufano como nadie lo había estado nunca en aquella sala, «Miren lo que he hecho, señores», les diría con satisfacción. Observaría de reojo las expresiones de los dos hermanos al contemplar la película en la habitación en penumbra, y se detendría especialmente en el ademán sorprendido de Juan, que al cabo de esos años habría sufrido una terrible enfermedad que le habría desfigurado el rostro, o estropeado el carácter, o arruinado la fortuna, no lo tenía decidido. En cualquier caso, se acercaría despacio a su lado. «¿Qué tal se encuentra, Tavares?», le preguntaría cortés. Pero el otro no tendría palabras, rendido por fin a la superioridad que nunca había querido reconocer. Recordó la amabilidad con la que le trataba Juan Tavares, aquella falsa cordialidad que tanto le mortificaba, y se sintió satisfecho con la idea de que por fin podría pagarle con la misma moneda. «La venganza es un plato que se toma frío —pensó—. Y tanto». Sonrió, y se asomó por la baranda del barco, y abrió los ojos para tratar de ver el fondo del río como si fuera un niño curioso de la vida que se le ofrecía como si fuera nueva, como si el río fuera otro río, como si el barco fuera otro barco, como si Bruno fuera otro Bruno.

Se preguntó si aquello que sentía en el centro del pecho tenía algo que ver con la felicidad, y aunque no encontró respuesta para esa pregunta, concluyó que viajar hasta aquel país había sido la decisión más acertada de toda su vida. Aquel fue el último pensamiento que podía recordar, y de hecho, era el único que regresaba de manera incesante a su cabeza, una y otra vez, cuando creía morir de dolor y las personas quedaron reducidas a formas fantasmales que entraban y salían de su cuarto hablando a media voz. Tiempo más tarde, supo que lo que sentía en el centro de su pecho y que identificó con la felicidad que llevaba tanto tiempo persiguiendo, no era sino la picadura de un mosquito que le contagió la malaria mientras él elucubraba sobre un futuro que, una vez más, nunca se haría real.

Al poco de llegar a Santos, Bruno comenzó a sentirse mal. El trabajo le cansaba más de lo habitual, la cabeza le estallaba a media tarde y por las noches se despertaba empapado en sudor frío; al principio no le dio importancia, pues estaba convencido de que esa felicidad recién llegada a su vida había conjurado su mala suerte con las enfermedades y le había convertido en un hombre prácticamente inmortal, pero cuando su cuerpo empezó a convulsionarse con unos escalofríos tan terribles que no se calmaban ni con todas las mantas del hotel ni con las friegas con alcohol de romero que le daba Naná, comenzó a preocuparse de verdad.

Cuando el médico le diagnosticó la enfermedad, Bruno ya no tenía fuerzas ni para entender el significado de lo que el doctor le estaba diciendo, y aunque se mantuvo lúcido, no recobró la conciencia hasta que llegó a su casa de la calle Tallers. Como si fuera un sueño, recordaba la cara estremecida de Naná mientras le cambiaba el trapo húmedo de la frente y murmuraba una letanía incomprensible en un susurro. También le parecía escuchar la voz de José Alfredo Sahuquillo ordenando que se lo llevaran de allí, deseando en voz alta que se muriera fuera de su casa, y otra vez las oraciones de

Naná, y de nuevo aquella música que de pronto le parecía dulce. En algún momento preguntó si estaba muerto, y más de una vez reclamó sus películas, pero la vida y las ilusiones se le habían hundido juntas en el fondo del Amazonas.

Solo Naná veló su agonía, día y noche; fue Naná quien empaquetó sus cosas, sus trajes claros, sus pañuelos perfumados con hojas de menta, sus sombreros de rafia, las películas que pudo rescatar de Sahuquillo, que ya lo daba por muerto y había iniciado los trámites para contratar un nuevo operador de cámara cuando el antiguo todavía luchaba por sobrevivir en su cama del Hotel Internacional. Naná cuidó de Bruno como lo había hecho absolutamente todo en su vida, sin decir ni una palabra. Ambos se miraban en silencio. Naná quería que su cara se grabase en su memoria; sabía que tendría una vida larga, y que no tardaría en encontrar otros hombres, que otros besos borrarían el sabor de los de él, y que el sudor que había derramado sobre su piel pronto se confundiría con el de otros cuerpos, pero no podía consentir que el recuerdo de aquel hombre se perdiese entre los recuerdos que acumularía después, así que le observaba sin descanso, y cuando el enfermo dormía, acariciaba su cara, sus brazos, sus piernas, su pecho. Olía su piel, tocaba su sexo y sonreía al notar cómo se endurecía con el contacto de su mano caliente. Trataba de hablar, pero las palabras quedaban capturadas en su garganta, como si una fuerza superior impidiera que saliesen de allí adentro. Y en realidad así era, aunque solo en parte, porque en esas ocasiones Naná enmudecía de puro miedo, y solo fue capaz de superar su terror el día que vinieron a buscar a Bruno.

—Aún no está listo —les dijo a los hombres que Sahuquillo había contratado para que llevasen a Bonet hasta el barco.

Se encerró en la habitación con su hombre. Le desvistió y lavó todo su cuerpo con un trapo humedecido en agua de rosas; después, lo secó con un paño de algodón y le ayudó a vestirse con delicadeza. Bruno tenía los ojos cerrados. Dejaba que ella lo cuidase por última vez, y por última vez escuchaba aquella melodía en los labios de Naná. De pronto, ella dejó de cantar y se sentó a su lado en la cama. Debieron pasar horas encerrados en el cuarto, mirándose fijamente, en silencio, los dos.

—Abran la puerta —ordenaron desde fuera.

Naná se puso en pie, y se acercó hasta Bruno.

Sahuquillo abrió la puerta con la llave maestra, y con un gesto mandó a los dos sujetos que levantasen a Bruno de la cama. Naná les siguió por las escaleras. Metieron a Bruno en un coche de caballos. El patrón carraspeó antes de hablar.

—Bonet... Esto es lo mejor para usted. Aquí nada garantiza que se vaya a restablecer. En cambio, en casa, cuidado por los suyos, quizá tenga más posibilidades... —bajó la mirada al suelo, avergonzado—. Esto es lo mejor para ti, créeme.

Bruno no le respondió. Miró a Naná.

—Anastasia... —la llamó. Tragó saliva, para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta, inexplicablemente.

Bruno la llamó por su nombre verdadero varias veces, sin atreverse a decirle todo lo que le bullía en la mente. Quería darle las gracias por todos los detalles que no había valorado, por entregarle su cuerpo de aquella manera, libre y sin pudor, por no haberle tenido en cuenta que no hubiese sabido amarla ni agradecerle su amor.

—Mi nombre es Anastasia —respondió al fin. Bruno asintió, y ella continuó hablando—. Mi nombre es Anastasia.

Ella comenzó a notar su ausencia antes de que se hubiese marchado, y la certeza de que nunca más volvería a verla, ni a tenerla a su lado, hizo que le temblasen las piernas. Desde la ventanilla sucia del coche alquilado, Bruno la observó empequeñecer, dignamente, sin derramar una lágrima, y la recordó tal como la había disfrutado todas aquellas noches en su habitación. Por última vez, volvió a tenerla frente a él tal como la había tenido ante sus ojos todo ese tiempo sin ser capaz de verla, desnuda, entregada, conmovedora. Perdida.

Aquella fue la última vez que vio a Naná, pero su recuerdo acudía a visitarle cada noche, antes de dormir. De hecho, la imagen desnuda de Naná en medio de la calle le acompañaba hasta el alba la mayoría de las madrugadas, cuando regresaba de la jarana nocturna en compañía de Juan Tavares. Las palabras del director todavía resonaban en sus oídos «¿Ya se marcha a casa?», «Le ordeno que se quede un rato más», y todavía hervía en su pecho la rabia contenida por no gritarle en la cara cuánto le odiaba. Cuánto le envidiaba, en realidad, y cuánto lamentaba haber regresado a Barcelona de esa manera.

Durante muchos meses, deseó haber muerto en Santos, o en el Amazonas, o en el barco que le trajo de vuelta al piso vacío y sucio de la calle Tallers donde no le esperaba más que su desolación. Nada más llegar, se encerró en la casa y se acostó sobre el colchón polvoriento, dispuesto a dejarse morir, pues ese y no otro era su destino. Con los ojos cerrados, mientras trataba de acostumbrarse a que el mundo no se moviese a su alrededor, imaginaba cómo hubiera sido su vida de haberse quedado en Brasil. Olvidaba que él mismo había previsto su regreso a casa después del viaje a Manaus, y lamentaba la suerte que le había obligado a perderse aquel futuro lleno de lujos y éxitos que sin duda le hubiera brindado aquel país. Al principio, de la mano del traidor Sahuquillo, pero más tarde él solo hubiera levantado una industria cinematográfica allí; era en Brasil, ahora lo sabía, donde su nombre hubiera entrado a formar parte de la historia como protagonista y no con un papel secundario. Sin embargo, aquí, ¿qué podía esperar? Su oportunidad había llegado, y él la había dejado pasar de largo. Y para eso, pensaba, mejor estar muerto. Ignoraba cuánto tiempo transcurrió en tan lamentable estado, aunque si por él hubiera sido, no hubiera salido de allí más que con los pies por delante. Pero ni eso le permitió conseguir Juan Tavares: entró con su propia llave y acompañado de una nube de sirvientas que en un par de horas limpiaron la casa hasta dejarla impecable; cuando las mujeres todavía

estaban aseando las habitaciones varios hombres cargados de comida llenaron la despensa, y al mismo tiempo que ellos, llegó un médico amigo de la familia, de la familia Tavares, con una enfermera. Le recetó quinina para tratar la enfermedad y un jarabe para abrir el apetito, y allí mismo le hizo beber un remedio para la falta de ánimo.

—Pero, bueno, Bonet... —Juan Tavares le miró, con expresión afable—. ¿Te acuerdas cuando éramos unos críos? —Bruno no respondió—. Tú siempre estabas enfermo, más de una vez estuviste agonizando de verdad y ahí estaba Bonet, tan testarudo que no quería dejar el mundo tan pronto. ¿Te acuerdas? —el otro seguía mudo—. Después, te has pasado la vida cuidándote. Mira, ya sé que lo de la malaria ha sido un trago muy duro, y que lo has tenido que pasar tú solo, en un país extraño, pero ahora estás aquí, con nosotros. Así que, olvídate de dejarte morir entre estas cuatro paredes. ¿Me oyes?

—¿Dónde estoy?

—En tu casa ¿no la reconoces? Este es tu mundo, Bruno. Y este es tu trabajo, con Gumersindo y conmigo. Nosotros somos tu familia.

—Mi familia... Ellos querían que me marchase a Brasil para vender este piso —protestó, enojado.

—¿Qué estás diciendo? Eso no es cierto. Yo mismo me he encargado de mantenerla tal como tú la dejaste, para cuando regresaras... Siempre supe que volverías con nosotros.

—¿Cómo ha sabido que había regresado?

—Sahuquillo nos envió una carta en el mismo barco en el que viniste tú. Estuvimos esperando que nos buscaras. Al no saber de ti, nos temimos lo peor. Por suerte, hemos llegado a tiempo.

—¿Ha mandado las películas?

—¿Qué películas?

—Las que dirigí en Brasil.

—No te preocupes por eso. Ahora solo tienes que pensar en recuperarte, y cuando te encuentres mejor, todo volverá a ser como antes de marcharte.

Juan Tavares tenía razón: cuando se recuperó, todo volvió a ser como antes, exactamente. Quienes lo conocían durante el día, volvieron a alabar su tesón, su inteligencia y su habilidad tras las cámaras, y aquellos que frecuentaban su compañía nocturna siguieron elogiando su moderación con el alcohol y las drogas, su discreción con los líos de faldas de sus compinches, y la sobriedad en el trato con las mujeres fueran de la calaña que fueran, lo mismo damas que putas; muchos eran quienes aún le tachaban de loco, y por entonces comenzó a circular el rumor de que la culpa de aquella extraña demencia la tenían las fiebres que un mosquito salvaje le contagiara en una ciudad de Brasil. Retomó de nuevo los viejos hábitos, y únicamente de aquella

manera pudo acostumbrarse a vivir otra vez la vida de antes, cuando no había estado cerca de cumplir sus sueños. Seguía a Tavares durante el día, y en la noche no era capaz de rechazar su compañía; durante mucho tiempo, lamentó aquella falta de hombría que le impedía negarse ante cualquier pretensión de su jefe y pensó que aquella inquietud le duraría la vida entera, pero el día en que la vio por primera vez se dio cuenta de su error.

Aquella noche, intentó dormir mientras revivía el modo en que había acariciado los rizos de su pelo negro, el deleite con el que había lamido sus pechos firmes. Volvió a sentir el sabor de su boca y de nuevo la hizo suya hasta que su cuerpo dejó de pertenecerle. La recordó desnuda en la oscuridad de la habitación, y fantaseó de tal manera con la idea de que estaba a su lado que en algún momento llegó a dudar que no estuviese junto a él en la cama, tal como había estado después de que la descubriese con Juan Tavares, unas horas antes. «¿Por qué no?», se preguntó. Ese sueño sí era posible. Salió de la cama de un salto, y se vistió a toda prisa con la misma ropa que había dejado extendida sobre una silla, frente a la puerta. Con una mano se alisó el pelo, y con la otra se arregló el cuello de la camisa; palpó el bolsillo derecho de la chaqueta para comprobar que su cartera seguía en su sitio, y se miró en el espejo antes de salir del cuarto. Caminó a grandes zancadas, y cuando llegó al local de *madame* Giselle, la luz del farol que pendía sobre la puerta le hizo saber que todavía estaba a tiempo de pasar. Preguntó por Candela la China. «Ahí la tienes», le respondió una fulana. La observó desde la escasa distancia que les separaba, tan corta que podía sentir su perfume almizclado y también el olor a tabaco del hombre que estaba con ella.

Dio media vuelta, y regresó a casa con las manos hundidas en los bolsillos y una melodía triste y familiar clavada en la cabeza, que tarareó todo el camino sin saber qué significaba ni por qué era incapaz de arrancársela de los labios. Más tarde, en la soledad de su cuarto, dio con la respuesta: el día que conoció a Candela Galán había aprendido a escuchar cómo sonaba el amor imposible. Y aquella noche, soñó con Naná.

IX

La noche

Después de haberlos escuchado durante toda la noche, *madame* Giselle se sentía agotada. Separó ligeramente el cuerpo del respaldo del sillón de terciopelo dorado, ladeó el cuello hacia ambos lados para desentumecer los huesos y acercó su mano hasta la mesita de tres patas instalada en el centro de la sala para coger su copa. Había pasado varias horas sin moverse, sin hablar, sin pensar, atenta únicamente a las historias que le relataban, y de pronto tomó conciencia de la situación: varias botellas de champán francés vacías, un par de copas rotas en el suelo, un frasco de cocaína casi vacío, y frente a ella, tres personas con el rostro desencajado por el cansancio del tiempo transcurrido y por el sufrimiento de los recuerdos desenterrados. Observó a Bruno, el último en referir sus miserias para ganar aquella absurda apuesta; miró a Candela, todavía con restos de lágrimas en los ojos, y recordó la primera vez que la vio, vestida con un traje lleno de manchas y con la expresión orgullosa. Oriol era el único que todavía guardaba la compostura: apoyaba el brazo izquierdo en el respaldo de la silla y con la mano derecha sostenía un vaso vacío. Adelantó el cuerpo hacia la mesa para coger la botella de champaña.

—¿Un poco más, *madame*?

—Por supuesto, querido —*madame* Giselle acercó su copa para facilitar la tarea de Oriol—. ¿Saben ustedes cuánto vale cada una de estas?

Bruno encogió los hombros y Candela forzó una sonrisa.

—Treinta pesetas, señora mía —respondió Oriol—. Treinta pesetas que pagaremos religiosamente, como todo lo demás. Aunque si quiere que le diga la verdad, ya que esta noche estamos haciendo confesiones, permítame que le diga con todos mis respetos que me parece un precio un tanto abusivo.

—Aquí no solo se paga el alcohol, amigo Oriol. En mi burdel ponemos a disposición de nuestros clientes todos los deleites para los sentidos. La vista, el oído y el olfato cuestan tanto como el gusto y el tacto, caballero —sonrió—. ¿Qué hora es?

Oriol extrajo un pequeño reloj del bolsillo de su chaleco. Las manecillas eran de oro, y marcaban el paso del tiempo sobre doce diamantes finamente tallados con la forma de cada hora. Todos fijaron su atención en la joya.

—No me miren así, por el amor de Dios. No es culpa mía. Era de Joan Mora padre, después fue de Joan Mora hijo, y debería ser para mi primogénito, pero ya imaginarán que en mí se perderá esta herencia. No tengo intención de tener hijos,

legítimos al menos, qué le vamos a hacer —rio—. Nada de lo que soy es responsabilidad mía, ya se lo he contado antes... —observó el reloj—. Faltan veinte minutos para las siete de la mañana.

Madame Giselle se levantó de la mesa. Con una mano se alisó el vestido y con la otra se retocó el peinado.

—Llevamos aquí encerrados casi seis horas —les miró—. Pensamos que lo sabemos todo de la vida, que no hay nada que nos pueda sorprender. Sabemos que una botella de champán francés cuesta treinta pesetas, y sabemos también que no existe nada dentro de este lugar que no se pueda comprar, ¿no es cierto, Oriol? —él asintió, y *madame* Giselle continuó hablando—. Hemos bebido varias, y también hemos tomado *whisky*, y ron. Sabemos, sabe usted, Oriol, lo que tendrá que pagar por esto. Díganme, ¿cuánto hace que vienen a mi negocio? ¿Dos años, tres quizá? Y hasta hace seis horas, no les conocía...

—Y ahora que sabe nuestras historias, *madame*, ¿cuál es su veredicto? —preguntó Oriol, impaciente.

—Todos huimos de algo en esta vida, hasta aquellos que parecen no moverse de su sitio.

—Eso está muy bien, señora, pero no la hemos traído aquí para hablar de filosofía. Háblenos de nuestras historias —insistió Oriol. Sonrió, para quitarle acritud a sus palabras.

—Ustedes huyen de algo muy difícil. Los tres. Candela ha llegado hasta aquí tratando de librarse de su desconsuelo, Bruno intenta evadirse de su eterna insatisfacción, y usted, Oriol, pretende escapar de su desamor.

—En eso tiene usted razón, *madame*, pero le recuerdo de nuevo que está usted entre nosotros en calidad de juez: debe dictaminar quién carga con la historia más triste de todas, puesto que los tres creemos merecer el primer lugar de la lista.

Madame Giselle se dirigió hacia la celosía, y contempló a las parejas que todavía bailaban en el salón; vio a un par de pupilas apoyadas en las columnas que figuraban cariátides, y mostrando impudicamente su desnudez, y a otras que se contoneaban solas al ritmo de la música, frente a unos pocos clientes que no terminaban de decidir con cuál de ellas subirían a la habitación. Desde su escondite, observó el techo pintado con hombres y mujeres desnudos, algunos de ellos haciendo el amor, y sintió lástima de los músicos, que tocaban un triste tango con los ojos prácticamente cerrados por el sueño y por el humo del local. Tomó un sorbo de su champán.

—Está bien, amigos míos. ¿Quieren que les diga mi opinión? —los tres contestaron con un gesto afirmativo—. Son unos pobres infelices. Sus relatos están llenos de nunca y de jamases. Parece como si cada uno de ustedes tuviera la voluntad inquebrantable de seguir una mala suerte eterna, y se hubiera dejado llevar por ella, en lugar de sobreponerse a los reveses. Me han contado sus vidas de forma absolutamente triste...

—Es que nuestras vidas han sido tristes, señora —repuso Oriol.

—Puede que lo hayan sido en algún momento, como la de todo el mundo. Hasta los más infelices han podido vivir instantes de felicidad. ¿Quieren decirme que ustedes son diferentes? Si esa es su intención, permítanme que lo dude. Intento decirles que podían haber intentado ver el sentido positivo de todo lo que les ha ocurrido. Usted, Oriol, ha hecho esto mismo en todos los aspectos de su vida en los que no tenía nada que ver su amor por Amadeo. Puestos a aceptar el destino, podían haber asumido que cualquier cosa que pasa es porque conviene que acabe sucediendo.

—Esa es una forma muy fácil de ver las cosas, *madame* —replicó Candela, contrariada.

—¿Y qué tiene eso de malo? La vida ya es bastante complicada como para que nosotros no tratemos de simplificarla —miró a Bruno—. Respóndame usted, Bonet, ¿quién le parece más miserable, el hombre que finge ser ciego para recoger limosna, o el que se hace pasar por cojo?

—No puedo responderle... Los dos son víctimas de la misma miseria, señora.

Madame Giselle asintió con un gesto.

—En efecto, caballeros: los dos son pobres de solemnidad. Seguramente los dos pasarán la noche en una casa de dormir sobre un jergón de paja y, si hace frío, se tapanán con una sábana inmunda que hace un mes que no se lava. O tal vez se recostarán en uno de los bancos de las tabernas hasta el amanecer, y se despertarán a la brava, cuando el tabernero tire de la cuerda que las sostiene. No se puede decir quién tiene peor suerte. Igual que sucede con ustedes. Aunque hay una diferencia de importancia capital, porque esos pobres saben muy bien a qué atenerse, mientras que ustedes no son capaces de darse cuenta de la verdad.

—¿Nos la revelará usted, *madame*? —preguntó Candela con voz irónica.

—Claro, querida —fingió no haber advertido la insolencia del comentario de Candela—. El único veredicto que puedo darles en esta pantomima de juicio es que todos ustedes son igualmente penosos. Vivir añorando el pasado es tan absurdo como vivir esperando el futuro, señores: lo que importa es el presente, vivir el presente, disfrutar cada mañana por el simple hecho de estar vivo. Usted, Bruno, debería saberlo bien: podía haber muerto, y en cambio la vida le brindó una nueva oportunidad. Una suerte que pocos tienen y que usted desprecia. Además, déjeme decirle que no es tan feo como quiere creer, Bruno. De acuerdo que no es un Apolo, pero ¿se ha fijado bien en los hombres que le rodean? Comprendo que tenga miedo a morir, eso no le convierte en un bicho raro, caballero. Yo siento pánico ante la idea de la muerte. Respecto a su amor por Candela... Debería olvidarlo, pero francamente, tampoco puedo criticarle: ella es la mejor de todas las muchachas de este local. A mi juicio, lo peor de su caso es que siempre anda añorando lo que no posee y no es capaz de disfrutar de los pequeños regalos de la vida... Si no hubiera sobrevivido a esa enfermedad, solo Naná le hubiera llorado. ¿Es usted consciente de eso, Bruno?

El cámara guardó silencio y *madame* Giselle dirigió su mirada a Oriol.

—Y a usted, ¿qué puedo decirle, Oriol? Vive rodeado de lujos en una ciudad llena de pobreza, y tiene a su disposición a hombres y mujeres para hacerle disfrutar, a cambio de lo que a usted le sobra: el dinero. ¿Cuál es su tragedia? ¿Amó y no le amaron? Pues bienvenido al mundo real, caballero, donde estas cosas pasan continuamente. Usted tiene la suerte de poder vivir lamentándose por ello, cuando la mayoría de la gente no puede permitirse el lujo de hacerlo. La vida es larga, y es dura, pero la peor de sus desgracias, Oriol, es su manera de vivirla.

Miró a Candela, moviendo la cabeza con cierta tristeza.

—En cuanto a ti, Candela... Fuiste valiente, ignoraste el pudor, el qué dirán, los convencionalismos. Te pusiste el mundo por montera. Hiciste una apuesta arriesgada y perdiste, es verdad, pero ¿qué crees que hubieras ganado si las cosas hubieran sucedido de otro modo? Ese hombre era un cobarde, y así te lo demostró; esa relación solo era posible frente a un mundo al que oponerse: sin ningún obstáculo al que enfrentarse hubiera acabado muriendo, y créeme si te digo que no hay nada peor para un amor que ha sido grande que un desamor igualmente grande —Candela bajó la vista, confundida por las palabras de *madame* Giselle—. El pasado ya no tiene remedio, así que déjenlo en paz y aprovechen cada día que aún les queda por vivir. Dejen de pensar que son ustedes unos desgraciados y asuman que son unos supervivientes. Como todos nosotros.

Apuró el contenido de su copa.

—Y ahora, si me disculpan, he de retirarme —detuvo su mirada en cada uno de ellos, todavía sentados alrededor de la mesa—. Tenemos mucho que hacer todavía.

Madame Giselle no solo atinó en la resolución del pleito, sino que aquel fue también el primero de una larga lista de acertados augurios. En efecto, el trabajo no les faltó a ninguno de ellos desde ese día, especialmente a Oriol, que durante un tiempo no dejó de pensar en la película de los Tavares. Se preguntaba qué habrían pensado quienes la vieron, si disfrutaron más de su cuerpo que del de Candela, si acaso percibieron cuánto había gozado él exhibiéndose ante un público como ellos, desconocidos y selectos; de tanto reflexionar llegó incluso a encontrarse fallos, y una mañana se levantó de la cama con el firme propósito de enmendarse para el futuro.

Se tomó tan a pecho su papel como galán que, después de un periodo de meditación solitaria, no hubo tarde que no se acercase hasta la casa de los Tavares para proponer argumentos, plantear localizaciones, y en voz baja sugerir aberraciones que sin duda mejorarían el resultado del trabajo. Finalmente, Juan Tavares, cansado de que su amigo e inoportuno actor le hostigase en las sagradas horas de la siesta, lo persuadió para que expresara sus ideas por escrito y lo emplazó en los estudios del Paseo de las Acacias a las ocho en punto de la mañana siguiente para estudiarlas en profundidad, según le dijo. Juan Tavares fijó así la cita para desquitarse por todas las horas de sueño que el otro le había robado entre las noches de juerga y las

desacertadas visitas después de las comidas; en el fondo, sospechaba que Oriol no aparecería por su oficina, y su sorpresa fue mayúscula al verlo llegar vestido con la austeridad de un abogado y con un cartapacio repleto de papeles debajo del brazo. Su aspecto era impecable, a pesar de las ojeras que de inmediato se encargó de justificar al percatarse de la mirada del director.

—No son resultado de lo que está usted pensando, caballero —bromeó—. He pasado la noche en vela, es cierto, pero no he salido de mi casa —abrió la carpeta y le mostró su contenido—. Esta es la causa de mis desvelos.

—Es la primera vez que te escucho una disculpa por tu aspecto —se burló Juan.

—La ocasión lo merece —tomó asiento, se desabrochó el botón de la levita y se aflojó el nudo de la corbata con un aire tan ceremonioso que provocó la risa de Tavares—. No te rías, amigo mío. Tenías toda la razón cuando nos advertiste del futuro del cine, y del papel que íbamos a jugar con esta película. Dime, ¿rodaremos más?

—Sin duda.

—¿Para el mismo cliente, si podemos llamarlo así?

—Me consta que ha quedado muy satisfecho con el primer encargo. Yo no he tratado con ellos: sabes que Gumersindo se ha encargado de las gestiones, y por él sé que ha sido un éxito. La presencia de la China fue una exigencia de ellos, pero no contaban con la excelente pareja que habéis formado —respondió el director.

—Sí, pero ¿habrá más encargos suyos?

Juan dudó antes de responder.

—Sabes que este es un asunto que exige la máxima discreción por nuestra parte... Cualquier referencia a su identidad podría costarnos la ruina a todos —protestó.

—Lo sé, lo sé... No voy a preguntarte su nombre... Aunque para mí es un honor que una persona de suma importancia en este país, así os referisteis a él cuando rodamos la primera película, ¿no es cierto? —Juan asintió—, que él, nada menos, él y sus amistades, hayan disfrutado con nosotros de esta manera. Es un honor, quién me lo iba a decir... Tal vez no haya manera de probar que el encargo procede de él, eso está claro, pero si con discreción absoluta por nuestra parte, consiguiésemos que esto se supiera... Tal vez nuestro negocio se beneficiaría. Los Tavares siempre habéis hecho trabajos de calidad, y ahora no va a ser menos. Eso nos prestigiaría.

—¿Nos?

—No es por dinero, y lo sabes perfectamente, pero me gustaría formar parte activa de este proyecto. No solo quiero poner mi cuerpo en vuestras películas: también quiero que mis ideas estén a vuestra disposición —Juan Tavares escuchó a Oriol absolutamente atónito—. No me mires así, por el amor de Dios. Al final, ninguno de nuestros nombres va a pasar a la historia por esto. Lo más probable es que las películas acabarán olvidadas o destruidas, y si algún día alguien descubre que andabais metidos en esto, tú y tu hermano lo negaréis.

—No imaginas las sorpresas que me estás dando hoy —Juan estaba asombrado

por las palabras de Oriol, a quien apreciaba profundamente a pesar de considerarlo un crápula.

—Muchas veces, Juanito, lo que se ve no es todo lo que hay. Es más, hay casos en los que lo más importante es lo que permanece oculto, como pasa con los icebergs —sonrió, pensando en la noche de confesiones en el burdel.

—Aunque contemos con la connivencia de las autoridades, la pornografía es ilegal —objetó—. No te ofendas, porque sabes que yo no lo creo, pero encima a ti te persigue la fama de homosexual... Sinceramente, Oriol, no sé por qué pretendes mezclarte en esto más de lo que ya estás.

Oriol ladeó el cuello para desentumecerlo y ahogó un bostezo.

—No he dormido en toda la noche —se excusó—. ¿Te has fijado en las mujeres que aparecen en otras películas, incluso en algunas europeas? —esperó a que Juan respondiera un escueto «sí» para proseguir—. Son absolutamente deformes, algunas están más cerca de los cetáceos que de los humanos, y de ellos... mejor no hablamos; no es culpa de ellas, pobres, que no ganan ni para un vaso de vino, ni tampoco de los supuestos directores, que bastante hacen con el material que tienen. He estado pensando mucho, en lo que he visto, en lo que he hecho, y en lo que dijo tu hermano sobre el futuro. Yo le creo, Juan. Creo que si hacemos un trabajo de calidad, que si ofrecemos mujeres bellas y hombres expertos y bien dotados, nada de penes falsos, nosotros conseguiremos que las cosas cambien.

—¿Cómo van a cambiar? Estás loco —sentenció.

—En absoluto, amigo mío. Estamos en el siglo veinte, ¡en el siglo veinte! —repitió—. Hace unos años, nos alumbrábamos con candiles y ahora todas las calles tienen luz eléctrica. Muchas casas particulares tienen teléfono... Todavía me acuerdo de Julia, la legañososa, y de la cara que pusieron las sirvientas de mi casa en Camprodón cuando se enteraron de que en Barcelona había edificios con ascensores. Y ahora, ya ves, los hombres no estamos obligados a llevar sombrero por decoro, y algunas mujeres enseñan los tobillos en plena calle, ¿qué te parece? Es el progreso, Juanito, el progreso, y también afectará a la radio, y al cinematógrafo, y a la pornografía. Llegará un día en que no será un negocio oculto, sino un trabajo próspero, óyeme bien. Somos jóvenes y quizá estemos todavía vivos cuando eso ocurra —tomó aire, henchido satisfacción—. Y por eso quiero estar junto a vosotros, aunque sea en el anonimato, que es lo que a la postre nos espera a todos.

Juan Tavares se había quedado mudo ante la vehemencia de Oriol, al que creía haber conocido hasta ese momento.

—Y ahora, échale un vistazo a lo que te he preparado mientras yo duermo un poco aquí mismo, en este sillón tan cómodo que tienes en tu despacho —se reclinó en el respaldo—. Despiértame cuando lo hayas leído.

Oriol no descansó demasiado aquella mañana. Al poco de haberse dormido, profundamente, eso sí, Juan Tavares lo despertó con sus zarandeos.

—Dios del cielo —murmuró Tavares—. No solo tu cuerpo es prodigioso... ¡tu

mente es el colmo de la depravación!

—¿Estás de acuerdo, entonces?

—Tal vez el futuro no sea como tú dices, pero sería de locos no aprovechar el presente del que disponemos.

La unión entre los directores de cine y el nuevo actor resultó tan fructífera que Gumersindo y Juan llegaron a plantearse contar con Oriol para sus trabajos legales. Ambos acogían con entusiasmo cada una de sus ideas, que, por lo demás, eran la causa secreta de la fama que alcanzaron las películas. Los éxitos se sucedían uno tras otro, y solo una vez fracasó en un proyecto, cuando convenció a los dos hermanos para que entregasen una cinta con el sonido de la voz de los actores.

—Eso es imposible —protestó Gumersindo.

—No es imposible: yo he visto algunas películas sonoras —afirmó Oriol.

—No seas necio: no son películas sonoras, aunque todo llegará. Tú has visto películas con cronofonía. Los actores recitan el papel en un gramófono, y después actúan ante la cámara procurando que su voz coincida con lo que han grabado antes, pero eso no dará resultado con una película pornográfica —explicó Gumersindo.

—¿Por qué no? —Oriol estaba empeinado en escuchar su propia voz en la pantalla y no daba fácilmente su brazo a torcer.

—Porque en estas películas no hay mucho diálogo —ironizó el director—. Solo hay gemidos, y será muy difícil hacer coincidir ambas cosas.

Oriol guardó silencio. Juan se levantó del sillón y caminó hacia su hermano.

—Bueno, Gumersindo, la verdad es que podríamos intentarlo. Si sale mal nadie lo sabrá: tiraremos el material que no sirva y utilizaremos el sistema de siempre, pero si da buen resultado, será otro éxito para nosotros. Yo creo que no perdemos nada por intentarlo.

Juan y Oriol se aliaron en contra de Gumersindo, que a la postre, tuvo razón: la cronofonía aplicada a la sicalipsis fue un fracaso estrepitoso, pero ese detalle no repercutió en el futuro de su alianza. Al contrario, los Tavares hicieron caso de todas sus propuestas con la excepción de filmar en exteriores y de introducir animales en los argumentos, aunque ciertas películas extranjeras sí se hubieran atrevido y algunos clientes del *madame* Giselle hubieran reclamado ese servicio.

—Estamos en España, y aquí, el que quiera ver espectáculos con los animales que vaya a los toros, o que se mire los cuernos en un espejo —dijo Gumersindo, dando por zanjado el asunto.

La mayoría de las películas que rodaron en aquellos meses nacieron fruto de la fantasía prodigiosa y arrebatada de Oriol. Gracias a su empeño, las actrices que acompañaban a Candela, que jamás perdió protagonismo, fueron escogidas de entre las mejores prostitutas, cupletistas e incluso aspirantes a actrices de la ciudad y de sus alrededores; de su cabeza salió la idea de que Candela se travistiera de hombre para

conquistar a una pobre institutriz recién llegada del pueblo, que una vez repuesta de la sorpresa se entregaba de lleno al placer homosexual; también fue obra suya que ella se masturbara con habilidad de meretriz frente a un espejo vestida de sirvienta, y juntos, Oriol y Candela, representaron ser un matrimonio hastiado de la monotonía de su vida conyugal que imitaba las escenas que protagonizaban los actores de la película que estaban viendo en un cine solitario a los que más tarde se unían el acomodador, la taquillera y la vendedora de tabaco y dulces. En aquella ocasión, a punto estuvo de írsele la mano con el otro actor y solo la intervención de Candela en plena orgía salvó el rodaje y su reputación.

—Eres un inconsciente —le reprendió cuando se quedaron a solas.

—No me he dado cuenta, mujer, ha sido la emoción del momento... No me negarás que daban ganas de acomodarse con un hombre como ese.

Ambos rieron.

—Ten cuidado, Oriol, una tontería así puede costarte un serio disgusto. Para empezar, los Tavares no seguirían contando contigo para esto, y los dos sabemos que no lo haces por dinero, sino porque te gusta.

Candela tenía razón: hacía mucho tiempo que Oriol no estaba tan entusiasmado. De hecho, no recordaba haberse sentido así nunca, con la excepción de los años que duró su relación con Amadeo Serra. E incluso entonces, la ilusión de Oriol siempre parecía a expensas de lo que su amante quisiera darle: sentía la dicha a través de él, y el dolor llegaba por medio de él; la alegría dependía de sus cartas y de sus visitas, y la angustia llegaba de la mano de sus silencios y sus despedidas. Si Amadeo estaba bien, Oriol también lo estaba; si Amadeo confiaba en el futuro, no había dudas en la mente de Oriol. Y después de su traición, más allá del dolor que le causaba esa ausencia, Oriol creyó haber perdido la capacidad para tener un sueño, y mucho más para perseguirlo; no podía decir que en aquellos años hubiera sido infeliz, pero lo cierto era que había logrado vencer a la tristeza ayudado por grandes dosis de drogas, sexo y alcohol, amalgamadas de tal manera que conseguían que los días transcurriesen en un duermevela, que las noches durasen un suspiro y que los recuerdos se amontonasen en su cabeza con tal desorden de caras, cuerpos y voces, que era imposible rescatar a Amadeo de la memoria.

Sin embargo, en los últimos tiempos se descubría a sí mismo en la cama, solo y sobrio, y relativamente feliz. Dormía como un niño, y apenas el amor que Bruno sentía por Candela le costaba algún desvelo. Apreciaba al cámara desde la primera noche que salieron juntos a festejar el brillante trabajo que habían realizado, aunque para ser honestos, en un principio lo que sintió hacia él tenía más que ver con la compasión que con el afecto. Hasta cierto punto, le divertía espiar su mirada lánguida cuando Candela estaba cerca, y si se esforzaba lo suficiente llegaba a percibir en los latidos de las venas de sus sienes la excitación que su presencia le producía; las manos le sudaban, y la piel de su cara pasaba del encarnado al pálido con tal rapidez que Oriol se acercaba con disimulo hasta el cámara para poder auxiliarle en caso de

desmayo. Ella pasaba por su lado sin mirarlo siquiera, o, como mucho, le lanzaba un guiño desde la distancia antes de detenerse junto a cualquier hombre con el que no tardaba en subir los peldaños que conducían a las habitaciones. Bruno les veía desaparecer acodado en la mesa, y se llevaba la copa a los labios para ocultar su temblor. Solo la vergüenza impedía que rompiera a llorar como un crío en mitad del salón del burdel, y el decoro le obligaba a quedarse clavado en la silla en lugar de salir corriendo tras ella para implorarle que no diese un paso más si él, para no ofrecerle todo el dinero que tenía guardado y el que aún había de ganar a cambio de que tomase la mano que le tendía y saliesen juntos de allí para no volver jamás. Oriol era el testigo mudo de la desolación de Bonet, aunque para entonces la escena ya había dejado de parecerle cómica y permanecía cerca del cámara para brindarle consuelo.

—No te tortures, amigo Bonet —le decía mientras retiraba una silla para acomodarse junto a él.

Bruno fingía no saber de qué le estaba hablando, pero aceptaba la copa que el otro le traía y tomaba sin rechistar un trago tras otro hasta que el alcohol terminaba por nublarle la vista y el dolor que había sentido un rato antes dejaba de importunarle. Entonces Oriol le acompañaba a su casa, sacaba la llave del bolsillo del pantalón de Bruno y lo llevaba hasta la cama; allí, le ayudaba a vomitar la bebida y la amargura que le revolvían las entrañas a partes iguales, y esperaba a que se hubiera dormido para marcharse. Pero antes había tenido que responder, una por una, a todas las preguntas que Bruno repetía cada noche que Oriol le arrastraba hasta su habitación.

—Dime —le pedía, con la lengua enredada—, ¿crees que a Candela le gustará hacer el amor con los demás más que conmigo? ¿Crees que te prefiere a ti?

—Yo no hago el amor con ella, amigo mío. Nadie hace el amor con Candela —respondía Oriol—. Actúa conmigo, igual que actúa con todos los que suben a la habitación. También contigo. Muchos hombres la aman, no eres el único; ella los conquista con su belleza, con su altivez, y con su indiferencia. Deja que la adoren —intuía la pregunta de Bruno, y anticipaba la respuesta—. No sé por qué lo hace. Tal vez para vengarse de su amante.

Bruno sollozaba un instante más, en silencio. Después, contenía su berrinche y continuaba hablando con la voz espesa por la borrachera.

—Cuando la veo desaparecer con otros hombres preferiría haber muerto de malaria o de cualquier otra enfermedad dolorosa y horrible: todo antes que tener que soportar esto. No quiero ni imaginar lo que harán con ella, ni lo que ella les hará.

—Amigo Bonet, permíteme que te diga que tener celos de una prostituta es el colmo de la estupidez.

—Lo sé, pero muchas veces me entran ganas de subir tras ellos y matarles a los dos.

—Espero que no te entren esas idas en los rodajes. Una cámara puede ser un arma muy peligrosa.

—No tengas ningún miedo: contigo es diferente —sonreía con una mueca y le señalaba con el dedo tembloroso—, porque tú eres el único hombre del que no siento celos. Te juro por Dios que no pienso volver a tocarla.

—Harás mal. Candela es muy buena en la cama, y por el momento, su cuerpo es lo único que puedes gozar de ella.

Entre lágrimas, Bruno imploraba a su amigo que le hablase de Candela. Insistía sin descanso hasta que finalmente Oriol se apoyaba en una esquina de la cama, y comenzaba a hablarle del regusto de sus labios, de su suavidad; bajaba la voz para relatarle cómo sus pechos se afirmaban y sus pezones se endurecían con el contacto de su lengua, y cómo la mano experta de él conseguía que brotase un líquido cálido de su sexo, donde unos segundos más tarde paladeaba su sabor indescriptible. La respiración de Bruno se agitaba, y entrecerraba los ojos para recordar cómo él mismo acariciaba la piel suave de Candela, cómo recorría todo su cuerpo, deteniéndose en aquellas partes que probablemente nunca habían sido acariciadas por hombre alguno; era Bruno, y no Oriol, quien se entretenía atravesando con su lengua la distancia entre el hueco de su cuello y el espacio entre sus senos, en un peregrinaje voluptuoso y sensual que conseguía que el pecho de ella se estremeciera; también era Bruno quien apoyaba la cabeza sobre su vientre para jugar con los rizos oscuros de su pubis y quien sentía detenerse en su nuca la mano de Candela, que con una caricia tan breve le anunciaba que también ella quería darle placer.

Decenas de veces había visto a Candela levantarse del lugar en el que Oriol la mantenía tumbada para inclinarse sobre él. Protegido por su cámara, y, aun así, con el corazón hecho pedazos, había grabado las manos y la boca de Candela alrededor del miembro de él, humedeciéndolo, endureciéndolo con la punta de la lengua y la presión de sus dedos, introduciéndoselo en la boca como si fuera un manjar exquisito, y aquella imagen le perseguía hasta destrozarle los nervios y el ánimo; no le sorprendía nada de lo que Oriol le contaba, sentado en el borde de su colchón, y, sin embargo, solo a través de su voz era capaz de dominar el dolor que aquellos recuerdos le producían y de entregarse al placer de lo que el otro le estaba contando, hasta tal punto que creía ser él quien la obligaba a cambiar de postura, quien hacía girar su cuerpo para que se mostrase abierto ante el suyo, quien sentía cómo su sexo se hincaba en el de ella, que lo recibía generoso, hospitalario, caliente, húmedo.

En este punto del relato, Oriol notaba la excitación de su amigo y se retiraba de la cama.

—¿Insistes en que nunca volverás a acostarte con Candela?

—No. Antes muerto.

Bruno sonreía al escuchar su propia mentira, porque de sobra sabía que en cuanto se recuperase de su resaca acudiría al local y esperaría paciente su turno para conjurar en el cuerpo de Candela su resentimiento contra los demás. El cámara nunca llegó a sospechar que, enternecido por su inconsolable llanto, Oriol había llegado a dos conclusiones. La primera fue que lo mejor que podía hacer por su amigo era dejar de

relatar unos encuentros que el otro fingía escuchar siempre como si fuera la primera vez, sin sorprenderse por el hecho de que Oriol los contase de la misma manera. Y la segunda fue que mucho más útil que dejar de contarle aquellas historias sería pagar él mismo a Candela para garantizar que conversaría con ellos un rato cada noche, y así el cámara tendría algo bueno para llorar en sus borracheras entre tantos malos recuerdos.

De esta manera fue como entre los tres comenzaron a tejerse los lazos de una amistad que, además de la necesidad mutua, tenía como elemento común el hecho de que ninguno de ellos se hubiera mostrado nunca ante nadie de aquella manera, sinceramente. Candela descansaba junto a ellos sus pies destrozados, amén de otras partes doloridas de su anatomía, y correspondía a ese generoso gesto con sus propias muestras de afecto. Revolvía el pelo de Oriol, tomaba el brazo de Bruno, y, a veces, reposaba su cabeza en el hombro de este para ahogar un bostezo o para ocultar su disgusto cuando el tiempo se acababa y había de regresar a su trabajo.

De cuando en cuando, Bruno le pedía que subiese con él a una de las habitaciones, y Candela le acompañaba con una sonrisa franca, fruto del sonrojo con el que el cámara le hacía la propuesta. Pero no era solo por ese motivo: también sonreía porque sabía que Bruno la trataría como si ella fuera una novia y él un novio impaciente, y desviaría la mirada mientras ella se quitaba la ropa y aprovecharía el reflejo del cristal de la cómoda para espiar su desnudez, y, ya en la cama, la acariciaría con ternura y la poseería con cierto respeto, consciente de que entraba en un cuerpo que no era de él, y no como el resto de los hombres con los que se acostaban, que llegaban a pensar que Candela no era sino una prolongación de ellos mismos. De hecho, la propia Candela, a fuerza de convertir su cuerpo en una mercancía, había llegado a olvidar que ella era su legítima propietaria.

Tampoco Oriol le desagradaba. Por primera vez desde que llegó a Barcelona, no le molestaba la proximidad con otros seres humanos; más bien al contrario, se sentía protegida junto a ellos. Comenzó a sentir nostalgia por la Candela de antes, cuando Fernando aún no le había traído la desgracia, y confiaba en lo que el futuro pudiera ofrecerle. De hecho, sentada entre el único hombre con el que disfrutaba de veras del sexo, y el que capturaba aquel sometimiento para el regocijo de otros, sentía que al fin la vida le había ofrecido algo bueno.

Los tres pensaban lo mismo, en realidad, y de no ser por vergüenza de lo que los demás pudieran pensar, más de una noche de borrachera y otros excesos hubieran terminado llorando unos en brazos de otros de alegría por tenerse cerca. Bruno, que hasta entonces amaba a Candela sin causa lógica, cayó rendido ante ella por más razones de las que hubiera sido capaz de explicar. Se enamoró de su risa, enloqueció por su manera de apartarse de la frente el mechón que se le escapaba del peinado, y adoró hasta límites insospechados cada una de las palabras que salían de la boca de ella, que, por lo demás, eran siempre juiciosas y con ingenio. El cámara fantaseaba cada noche con la idea de que Candela pudiera llegar a amarle, y al meterse en la

cama, lo hacía con tal mezcla de embriaguez y de dicha que le era imposible escuchar al antiguo pensamiento que le reprochaba fastidiosamente su soledad. Por su parte, Oriol no podía evitar maravillarse al descubrirse, cada vez con más frecuencia, sentimientos no sexuales hacia otras personas, por más que la relación aparente que había entre los tres se asentase sobre el sexo. Así las cosas, sin comentarlo entre ellos, acabaron descubriendo que había algo más que les unía en aquella amistad nueva que tenía el aspecto de una ya antigua, y es que ninguno se había sentido tan cerca de la felicidad como hasta ese momento.

Fue Juan Tavares quien trajo la mala noticia. Llegó al burdel de *madame* Giselle con aspecto cansado y se acodó en la barra del salón, sin acercarse ni a Bruno ni a Oriol. Por costumbre, se encontraban en el local al caer la tarde sin que mediase cita alguna y daban comienzo a una larga noche de juergas y despropósitos. Al verlo entrar, los dos pensaron que algo grave había ocurrido, más por el papel de periódico que asomaba debajo de su brazo —Juan acostumbraba a leer los periódicos después de comer, porque decía que así le era más fácil conciliar el sueño—, que por el rictus contrariado de su cara. Sin pronunciar palabra, ambos se levantaron de la mesa que ocupaban y se acercaron a él.

—¿Qué llevas ahí? —Oriol palmeó su espalda.

Por toda respuesta, Tavares desplegó el *Informaciones* ante los ojos de Oriol.

—Ya veo —lo plegó con diligencia sin detenerse a mirarlo—. Dime, ¿a qué se debe esa cara, Juanito?

Juan repitió el gesto: extendió el diario y señaló con un dedo el titular de la primera página. Por si aquello no fuera suficiente, leyó en voz alta:

—El capitán general de Cataluña se ha sublevado al frente de la guarnición —les miró a los ojos, con expresión asustada.

—¿Y? —Oriol le observaba, divertido. Bruno permaneció en silencio.

—¿Cómo que y? ¿Quieres hacer el favor de tomarte algo en serio, por una vez en tu vida? —Juan estaba enojado—. Esto es un golpe de estado, un pronunciamiento militar... Nadie sabe lo que pasará ahora...

—No pasará nada, hombre, y menos aquí. Como mucho... No sé, como mucho las cosas se pondrán feas por unos días, y luego todo volverá a la calma. Tranquilízate.

Para demostrar la certeza de sus palabras, dos días después el propio Oriol se acercó a primera hora de la mañana hasta la casa de Juan Tavares con dos periódicos.

—¿Has leído *El Liberal*? —el director negó con la cabeza—. ¿Y *El Sol*? —asintió—. Muy bien. Entonces habrás visto como yo tenía razón. El Directorio asumirá el poder como mucho treinta días, lo dice ahí, bien claro —abrió las páginas de *El Liberal* y mostró el editorial a Tavares—. No hace falta que lo leas: confirma que solo cuarenta y ocho horas después del pronunciamiento, el orden es completo en

todo el país, y dice además que el general tiene la confianza de la Corona —cerró el periódico, orgulloso—. ¿Lo has entendido bien? Nuestros encargos siguen garantizados. Así que, deja de preocuparte de una buena vez, y sigamos con lo nuestro.

Juan negó un par de veces con la cabeza.

—Gumersindo y yo hemos estado hablando sobre ese asunto —dijo, con gravedad—. La pornografía ya era ilegal antes del pronunciamiento, así que puedes imaginar qué va a pasar ahora. No será difícil de suponer, ni siquiera para ti.

—Francamente, yo no creo que vaya a suceder nada.

—Pero no se trata de lo que tú creas, sino de lo que creamos Gumersindo y yo. Nosotros somos quienes corremos los mayores riesgos. Todo el mundo sabe el tipo de películas que estamos rodando en los últimos tiempos. Acuérdate las veces que se han formado altercados en las puertas de nuestros estudios porque esa gentuza quería ver las películas en directo y sin pagar —rieron los dos—. Más de una vez el gobernador se ha quedado dentro. Ahora solo tendría que hablar, y nosotros estaríamos perdidos.

—Pero, ¿qué sentido tendría eso? —protestó Oriol.

—Serviríamos de ejemplo, de escarmiento público. Dos de los mejores directores de cine del país, figúrate... Qué desprestigio... —Juan hablaba con indecisión—. Y no se trata solo de eso. Estamos cansados de este tipo de películas —Oriol alzó una ceja, incrédulo—. Al principio era divertido, no lo voy a negar, pero ya no lo es.

—Eso no tiene nada que ver con el golpe de estado, Juan.

—Es cierto. Hace algún tiempo que habíamos decidido pasar una temporada en París —evitó la mirada de su amigo—. Gumersindo se ha marchado, y yo me reuniré con él en unos días. No me mires así: no estamos huyendo. Aquí no tenemos nada, vamos a ampliar nuestros horizontes. Te recomiendo que hagas lo mismo.

Oriol se hizo el firme propósito de no seguir el consejo de su amigo. Cuando los Tavares abandonaron la ciudad, él continuó acudiendo cada noche a las tabernas, los *cabarets*, las rifas, los infames burdeles de otros tiempos y los locales clandestinos donde podía poseer lo que más le satisfacía, puesto que, tal como él mismo había argumentado ante Juan Tavares, todo estaba donde había estado siempre, pero haciendo menos ruido; se felicitó por recobrar las viejas costumbres y se reencontró con antiguos amantes, a los que había descuidado durante los últimos meses. Nadie le reprochó aquella ausencia, para unos pocos injustificada y para la mayoría, desapercibida. Dejó de frecuentar la compañía de Bruno y Candela, más por dejadez que por evitar que les relacionasen con las películas pornográficas que, como supuso Juan, habían comenzado a ser perseguidas; pasaba las tardes esnifando cocaína, bebiendo absenta y poseyendo a hombres jóvenes, casi unos niños, que después del fugaz instante de placer, siempre le recordaban el declive de su propio cuerpo, y lo que era aún peor, su terrible soledad. Cuando ellos recogían su dinero y abandonaban la cama, Oriol se entretenía bebiendo y pensando en Bruno, en Candela, en Juan

Tavares, en las personas que había conocido en su vida y que de una forma u otra, ya solo existían en su memoria.

Como si del reproche de un amante se tratase, las palabras del director regresaban a su cabeza una y otra vez. «Aquí ya no tenemos nada», le había advertido. Pero no era cierto, y si lo fuera, no era un castigo. Y Oriol, que había pasado la mayor parte de su vida tratando de huir de los malos recuerdos, no pudo evitar hacerse cargo de que no le quedaba ninguno del que escapar. Por eso, decidió regresar, sin despedirse de nadie, salvo de una persona.

Había pasado años reconstruyendo su cara y su cuerpo con el pensamiento, y se había acostumbrado a la tortura de haberlo desterrado de su vida a pesar de habitar en la misma ciudad, y de saber que con solo cruzar unas calles lo tendría de nuevo ante él. Más de una vez había estado a punto de alquilar un coche y de esperar a que saliera de casa, para verlo pasar mientras él se quedaba oculto en su interior, como un delincuente, pero en el fondo sabía que la imagen de Amadeo Serra contento sería más dolorosa que el peor de sus recuerdos y que su estremecedora ausencia; pero aquel viaje podía muy bien ser el definitivo: había enviado varias cartas a Camprodón para ordenar que lo preparasen todo para su regreso. Volvía a casa, tal vez para siempre, y en contra de todo pronóstico, era un regreso feliz. Aquello bien merecía una despedida.

Para su reencuentro se vistió con un traje cruzado de lana negra y quiso darle luz a su atuendo con una camisa blanca de hilo con el cuello y los puños de seda. Calzaba unos botines negros, a juego con la empuñadura del bastón que ya comenzaba a utilizar por necesidad más que por coquetería: no mentía cuando le confesó a Bruno que se sentía un viejo en una de aquellas noches de borrachera para alejar al fantasma de Candela en la cama con otros hombres.

—¿Cómo vas a ser un viejo? —objetó Bonet—. ¡Si estás en lo mejor de la vida!

—Soy un viejo porque no cuenta el tiempo que has vivido, amigo Bonet, sino cuánto te ha castigado la vida.

Agazapado dentro del coche, hecho un figurín aunque sabía que no saldría del vehículo, Oriol repasó uno a uno todos los castigos que tanto había lamentado: el falso amor de Amadeo, la indiferencia de Amadeo, la deslealtad de Amadeo. Imaginó qué haría si su amante saliese de la casa en ese momento y le descubriese. Sin duda, Amadeo le suplicaría perdón y le pediría una oportunidad. Cerró los ojos y vio a Amadeo rendido ante él, humillado por el peso de los años y de la culpa. «No he sido más que un desgraciado sin ti —le diría—. Te he visto en las películas. Estabas fabuloso», añadiría con admiración. Después le confesaría que su vida era un infierno, que no había pasado un solo día sin que lamentase aquel terrible error. Él, por supuesto, se haría de rogar y fingiría que se había detenido allí por casualidad, tal vez por una avería en el auto. Ya repuesto de la sorpresa, Amadeo le invitaría a entrar en la mansión, donde, aprovechando que no había nadie, Oriol le demostraría cuánto había aprendido en aquellos años de ausencia. Y luego, le abandonaría vilmente, tal

como había hecho él. Desde la puerta, le miraría con desdén. «No eras tan bueno», le espetaría antes de marcharse.

Todavía tenía la sonrisa dibujada en su cara por aquella invención cuando lo vio. Caminaba solo, con pasos lentos. Parecía apenado. Lo encontró más bajo, algo más grueso y demacrado. No tenía aspecto de hombre feliz. Se detuvo un instante para fisgar el coche que estaba parado delante de su casa.

—¿Tiene algún problema? —le preguntó al cochero.

Oriol se estremeció al oír su voz.

—Ninguno, señor. Estamos esperando —el conductor respondió de manera intuitiva al observar el susto reflejado en la cara de Oriol.

Amadeo dirigió su mirada hacia el interior del automóvil con desgana. Oriol se replegó en el asiento y ladeó la cara para evitar que le viera, un gesto inútil pues hacía tiempo que Amadeo había perdido parte de la visión y para él los rostros de las personas no eran más que masas informes y desconocidas sin la ayuda de unas lentes que ese día se había dejado olvidadas sobre su escritorio. Que Amadeo no le reconociese era una de las pocas posibilidades para aquel reencuentro que Oriol no había imaginado. Pero tampoco hubiera supuesto nunca su propia reacción: cuando comprendió que el otro no le había identificado le miró fijamente antes de indicarle al conductor con un gesto que reanudase la marcha. Observó el doble mentón que sobresalía de su garganta a pesar de la barba con que trataba de disimularlo, probablemente por indicación de su esposa; estudió su indumentaria, y la encontró vulgar: los colores de la ropa no combinaban y algunos de sus accesorios, como el reloj y el galón que remataba el abrigo, estaban pasados de moda. Sintió pena por él, no solo por aquella falta de estilo y de estética, ya de por sí lamentable, sino porque todo parecía indicar que su vida estaba en consonancia con su apariencia. Con el pensamiento, le perdonó su traición y con el pensamiento, le pidió perdón por la suya. Unos momentos atrás habría jurado amarle hasta el fin de sus días, y ahora no podía menos que rendirse a la evidencia: tampoco el suyo hubiera sido un amor eterno.

X

La larga espera

La estaba esperando en su habitación, reclinada en un diván frente a la ventana. Llevaba el cabello suelto y vestía una túnica blanca, sin ningún tipo de adorno. Al oírla entrar, apartó la vista del libro que leía y lo dejó caer en su regazo. La recibió con una sonrisa franca y el rostro, habitualmente severo, se transformó como por ensalmo.

—Te esperaba —le dijo como bienvenida.

—Está usted bellísima, *madame* —Candela no pudo evitar el piropo.

—¿Tú crees? Estoy hecha un adefesio, mira cómo voy, casi sin vestir, descalza... —señaló su cuerpo—. Pero no te he mandado llamar para que me halagues... conozco mis limitaciones. No soy tan hermosa como tú, y las dos sabemos que los años no pasan de balde.

Candela permaneció en pie en medio de la sala. Observó el techo, pintado de azul cielo, y las paredes de color marino. La luz entraba de la calle atravesando los visillos de los ventanales. En la pieza no había más muebles que el sofá en el que la había recibido, una silla y una mesa con una jarra de agua y un vaso. En las esquinas del cuarto, varios jarrones llenos de claveles perfumaban el aposento, y tras un biombo, se entreveía la cama.

—Siéntate, querida.

Candela la obedeció.

—Gracias, *madame*.

La otra sonrió.

—Deja de llamarme *madame*.

—¿Cómo quiere que la llame, entonces?

—Por mi nombre, querida —guardó silencio unos instantes—. Aquella noche, ¿recuerdas?, cuando me contasteis vuestras historias... me fui de allí sin contar ninguna de las mías. Entonces no me importó, pero ahora todo me parece distinto. Apenas han pasado unas semanas, pero recordar esa noche es como pensar en otra vida.

—¿Por qué piensa eso, *madame*? ¿Es por el pronunciamiento? No tiene que preocuparse por nada, dicen que no será tan duro como parece, que en poco tiempo todo volverá a ser como antes.

La mujer negó se entretuvo mirando por la ventana antes de responder.

—No, querida. No es por el golpe... yo también he escuchado los rumores y sé que no pasará mucho antes de que todo esté en orden de nuevo —encogió las piernas dentro del vestido—. Es solo que estoy cansada —la miró, con tristeza—. Estoy cansada de respirar este aire, de vivir esta vida que es como si no fuese mía.

Candela esbozó una sonrisa triste.

—La comprendo, señora.

—No comprendes nada, querida mía. Para empezar, mi nombre no es *madame* Giselle. No nací en París, todo el mundo lo supone aunque nadie diga nada... ¿Has visto alguna vez a una parisina con un acento menos francés? Solo tu acento limeño de Cuenca supera al mío —movió la cabeza a ambos lados. Las dos rieron—. Mi nombre es Jacinta Rojas Expósito, y te debo una historia, Candela.

Dio un par de palmadas y de una puerta enmascarada entre el azul de las paredes, salió una joven sirvienta. Llevaba una bandeja con agua fresca y un par de vasos de cristal adornado con flores talladas en el vidrio.

—¿Has oído hablar de las murallas de Jericó? —Candela asintió en silencio, mientras tomaba el agua que la criada le ofrecía—. ¿Has oído hablar de Josué? —volvió a asentir—. ¿Y de Rajab? —esta vez, negó con un ademán—. Pues ella es la parte más importante de la leyenda. Sin Rajab, las murallas jamás se hubieran derribado, para que veas lo injusta que es la historia. Antes de que Josué entrase con sus tropas en la ciudad, mandó un par de espías para que averiguasen todos los secretos que pudieran facilitar la tarea que el mismísimo Señor le había encargado, es decir, la conquista de la ciudad de Jericó. Los espías se refugiaron en la casa de Rajab, que les dio toda la información que necesitaban a cambio de que la dejaran con vida, a ella y a su familia, porque la costumbre de la época obligaba a los conquistadores a matar a todos los conquistados. Así lo hicieron, y cuando Josué entró en Jericó haciendo resonar sus famosas trompetas, decidió seguir al pie de la letra todos sus consejos, que no fueron pocos. Ella era tremendamente bella, pero su inteligencia aventajaba a su belleza, así que Josué no se conformó con respetar el juramento que había hecho y respetó su vida y la de los suyos, sino que la tomó como esposa, la amó y la honró por el resto de sus vidas, y Rajab se convirtió en antecesora de profetas como Ezequiel, o Jeremías.

—Bonito cuento, señora Candela estaba impaciente porque la mujer comenzase a explicarle quién era en realidad y cómo había conseguido hacerse pasar por *madame* Giselle.

—No es un cuento, querida, es una historia que no he terminado de contarte. Rajab era una de las ramerías más deseadas de Jericó —Candela sonrió—. No es broma. Era puta, como tú y como yo, y era lista, también como nosotras. Y ya ves, terminó desposada con el mismísimo Josué.

Jacinta Rojas, liberada al fin de la carga de *madame* Giselle bebió un gran trago. Retiró unas gotas de agua de la comisura de sus labios con los dedos. Miró a Candela antes de seguir hablando.

—En Babilonia, todas las mujeres debían prostituirse una vez en la vida, quisieran o no. Era obligado que fueran hasta el templo de la diosa Mylitta, y una vez allí, tenían que esperar a que un hombre las escogiera para acostarse con ellas. Solo entonces, una vez perdida su virginidad con cualquiera que hubiera pagado por ellas, podían regresar a sus casas. El dinero, por supuesto, se lo quedaban los sacerdotes. Todo está inventado desde hace mucho tiempo. Tú misma lo sabes bien. Dicen con razón que esta es la profesión más antigua del mundo. Por eso yo la he ejercido con orgullo. Bueno, por eso, y porque, como ves —señaló a su alrededor—, no me ha ido mal en la vida.

—Eso no lo puede negar. Pero siga, se lo ruego, estoy deseando escuchar cómo lo ha conseguido.

—Yo tenía trece años cuando llegué a Barcelona, en un tren que tardó siglos en llegar hasta aquí, con toda mi familia. Éramos pobres como las ratas, pero estábamos llenos de sueños. Pensábamos que aquí tendríamos la oportunidad de salir adelante, que nos acompañaría la suerte, que trabajando en las fábricas nos iría mucho mejor que escarbando sin descanso la tierra de los demás... qué sé yo. Cuando llegamos era verano, y la primera noche dormimos en la calle. La segunda, mi padre gastó parte del dinero que había traído escondido, cosido en los calzones, para que nos quedásemos en una casa de dormir. El pobre pensó que sería por una noche, pero pasamos varias allí. ¿Nos imaginas? Siete personas amontonadas en dos catres, porque no podíamos pagar tres... por eso ahora tengo una cama tan grande, para darme el gusto. Allí pasamos todas las calamidades que te puedas imaginar, pero mi padre no tardó en encontrar trabajo como bracero en el puerto, mi madre empezó a limpiar las inmundicias de la casa en la que dormíamos, y mis hermanos y yo entramos en el próspero negocio de las puntas de tabaco: recogíamos colillas del suelo que se convertían como por arte de magia en nuevos cigarros. Una vez al mes, íbamos hasta el palacio de la Virreina y allí un hombre nos escribía las cartas que mandábamos a nuestra familia. Ellos también debían pagar para que otra persona les leyese todas las mentiras que el escribiente copiaba con una caligrafía impecable: que si nos iba mejor de lo que habíamos imaginado, que si mi padre había encontrado un gran trabajo, que si vivíamos en un piso precioso en plenas Ramblas, que si cuando estuviéramos definitivamente instalados les enviaríamos el dinero para que también ellos vinieran, que si todos los hermanos, incluida yo, íbamos a una escuela donde nos enseñaban a leer y a escribir... en fin.

La criada entró de nuevo, esta vez con una fuente repleta de fruta que dejó sobre la mesa. Jacinta cogió un racimo de uvas.

—Pero la fortuna acabó por sonreírnos, y al cabo de un tiempo pudimos alquilar una habitación. Imagínate. Aquello era un sueño hecho realidad, un lujo con el que ya habíamos dejado de fantasear. En parte, aquello sirvió para que mi padre tranquilizase su conciencia por las mentiras de las cartas. La casa estaba muy cerca de las Ramblas, desde esta ventana puede verse el edificio, lo que son las cosas. A menudo, me

entretengo mirándola, como si pudiera verme a mí misma entonces, entrando y saliendo por ese patio, con toda la vida por delante...

—¿Y qué vería, *madame*, perdón, señora?

—No era más que una niña... Una cría llena de ilusiones. Vivía la vida en estado de perpetua espera: esperaba que todo cambiase, esperaba que pudiéramos tener un piso, que mi padre llegase a casa con algo más que pescado podrido para cenar. Esperaba dejar de tener los dedos negros y el vestido sucio y roto de tanto arrastrarme por el suelo para recoger las colillas, y sobre todo, esperaba aprender a leer y entrar en el restaurante Suizo de la Plaza Real. No quería hacerme mayor hasta que ninguna de esas cosas sucediese. Finalmente, pude hacer esas y otras cosas más, pero la mía fue una larga espera —Jacinta hablaba con voz pausada y de cuando en cuando detenía su relato para comer fruta—. A los dieciséis años, el cuerpo aún no se me había desarrollado, seguía con formas de niña y no sangraba cada mes. Cuando mi madre se dio cuenta, me llevó a lo más parecido a un médico que se le ocurrió.

—¿Un curandero?

La voz tranquila de Jacinta había seducido a Candela, y conforme avanzaba su relato, creía verla cada vez más joven y bella.

—Peor todavía: una pitonisa que vivía debajo de nuestra habitación. Era un edificio de cuatro plantas. En las dos primeras, vivía una familia de comerciantes que había hecho fortuna con el negocio de las lámparas; en el cuarto piso, vivíamos nosotros en nuestra habitación alquilada, y en el tercero, estaba la casa de *madame* Colette, que se anunciaba como la vidente sonámbula reina de las clarividencias. En realidad, era la mantenida del comerciante del primer piso, que se había encaprichado de ella durante un viaje a París para comprar cristales. Allí se ganaba la vida como adivinadora, pero decidió aceptar la propuesta de su amante, más por cambiar de aires que por amor, y trasladó a Barcelona su negocio. No debía ser mala, porque nada más verme supo lo que me pasaba. «Su hija no quiere crecer, señora», dijo con las erres enredadas. «¿Cómo que no quiere crecer?», le respondió mi madre. «Su hija no quiere ser como usted, ¿no se da cuenta?» Era una verdad tan grande que mi madre no pudo evitar aceptarla. Le preguntó qué podíamos hacer. «Tráigamela todas las tardes, a las cinco en punto». Lo primero que hizo fue darme un baño con agua perfumada, y después me regaló un vestido color crema con un sombrero y un bolso a juego. Limpia y cambiada, me guio hasta una mesita cerca del balcón y allí comimos chocolate con pasteles. Pasamos dos horas sin pronunciar palabra, mirándonos en silencio, y cuando el reloj marcó las siete en punto se levantó y con un gesto me hizo seguirla hasta la puerta. «No tienes por qué ser como tu madre», me dijo recostada en el vano. Volví a la tarde siguiente, y todas las que vinieron después durante muchos meses. Me enseñó a leer, a escribir, a comer con la boca cerrada, a echar las cartas, a hablar con idioma extranjero, a fingirme sonámbula para impresionar y a poner los ojos en blanco mientras acariciaba una bola de cristal sobre un tapete rojo con estrellas bordadas. Ella quería que yo la ayudase en su consulta porque no daba

abasto. No sé de dónde salía tanta gente con dinero pero a ella le faltaban horas en el día para atenderlos a todos. Para aprender el oficio, cuando llegaban los clientes me escondía tras un biombo y la observaba trabajar. No nos habíamos puesto de acuerdo; debió leer en mi mente que la idea de ganarme la vida como ella me hacía más feliz que seguir los pasos de mi madre, pero mis problemas de crecimiento seguían sin solucionarse, hasta el día en que su amante vino a visitarla sin que me diera tiempo a salir de la casa.

Candela la observaba fascinada, sin atreverse a interrumpirla.

—Aquella no fue la primera vez que vi un hombre desnudo; muchas veces había espiado a mis hermanos mayores cuando se quitaban la ropa. Imaginarás que habiendo pasado tantas noches en una casa de dormir, tampoco me sorprendí por las intenciones del comerciante. Sin embargo, lo que presencié ese día cambió para siempre mi vida. La forma que el destino escoge para revelarse ante una no deja de resultar curiosa. Había visto muchas veces cómo mi padre se subía sobre mí madre y se restregaba sobre ella, pero hasta entonces nunca se me había ocurrido que se pudiera disfrutar con ello, pensaba que era una necesidad del cuerpo, como comer, o como defecar. Desde mi escondite sentí el olor y el placer del comerciante de tal manera que me hubiera gustado unirme a ellos. Quise lamer los pechos de Colette y hundir mi lengua hasta el fondo de su sexo, como él lo hacía, y deseé tener su verga entre mis manos, dentro de mi boca, atravesando mi cuerpo, igual que atravesaba el de ella —bebió un sorbo de agua y sonrió—. No sucedió nada de eso, pero cuando desperté al día siguiente las sábanas estaban manchadas de sangre. Bajé corriendo a casa de *madame* Colette. No hizo falta que le dijera nada: ella ya lo sabía todo. Había tardado mucho tiempo en convertirme en una mujer, pero cuando lo conseguí, lo hice con las ideas claras. «¿Estás segura de que no quieres ser pitonisa?», me preguntó por asegurarse. Yo le respondí que no. «Entonces, lo mejor será que hagamos las cosas como es debido. No es bueno que luchemos contra el destino». Se puso un sombrero adornado con tres plumas de avestruz y lo fijó en la cabeza con un alfiler largo, rematado con un diamante falso. Salimos juntas a la calle y caminamos apenas unos minutos. La casa de *madame* Giselle quedaba cerca de la nuestra.

—¡*Madame* Giselle! —exclamó Candela.

—Entonces esto no era como lo ves hoy. Las habitaciones estaban decoradas con muebles lujosos, con cuadros de pintores conocidos en todo el mundo, y en aquella pared —señaló hacia el fondo— había una biblioteca llena de libros en varios idiomas. Lo vendí todo, y envié lo que me dieron a mis padres con una nota anónima que no pudieron leer. Sospecharon que era mía y sintieron vergüenza, pero aún así se quedaron con el dinero. *madame* Colette conocía a *madame* Giselle porque alguna vez la había llamado para que le predijera el futuro: por eso nos atendió, aunque jamás recibía a nadie y solo salía de esa sala lo imprescindible. Con un gesto de la mano apremió a hablar a *madame* Colette. «Vengo a traerle a esta criatura», le dijo *madame* Colette. Le contestó que el suyo era uno de los mejores burdeles de

Barcelona, sino el mejor, y que esa no era la forma para llegar hasta allí. Le dijo que sus clientes querían lo mejor, y que ella solo estaba dispuesta a darles lo que pretendían, ni más ni menos. Me ordenó que me pusiera en pie y comenzó a enumerar mis defectos. Dijo que era demasiado flaca, demasiado alta, y la muy pécora se atrevió incluso a decir que tenía la cara demasiado cuadrada, y que carecía de la menor gracia —soltó una carcajada—. ¿Puedes creerlo? —continuó hablando sin esperar respuesta—. Todo fueron negativas. *madame* Colette esperó a que terminase de hablar. «Tiene toda la razón, *madame*. Pero yo he visto su destino. Y está aquí, junto a usted». Volvió a exigirme que me levantara y ella hizo lo mismo. Se acercó a mí. «Será virgen, por lo menos...»

—¿Por qué se tomó todas esas molestias?

—Porque era verdad que había visto mi destino, y como ves, tenía razón: mi destino estaba ligado al de *madame* Giselle.

—Sí, pero...

Jacinta impidió que siguiera hablando.

—No, no digas nada hasta que no escuches la historia completa. Yo me hice puta porque así lo quise, igual que tú. A ti no te importa irte a la cama con varios tipos en la noche, o con varios a la vez; no te importa acostarte con una mujer, o con dos; no te importa participar en una orgía, ni disfrazarte de hombre; no te importa nada de lo que haces... A mí no es que no me importara, Candela: es que me gustaba. Algún día se demostrará que el vicio es una enfermedad, y entonces se sabrá que yo he estado contagiada —rio de nuevo—. Disfrutaba vistiéndome con ropa sugerente, exhibiéndome ante los hombres, bailando con ellos, provocándoles con mis palabras y con mis gestos. Cuando subíamos a la habitación, yo no fingía en absoluto, y eso me hacía diferente a las demás. Todos los clientes me preferían a mí, aunque no fuera la más agraciada, tal como *madame* Giselle había hecho notar nada más verme. El vicio es una enfermedad de la que yo he sido víctima desde hace mucho tiempo —repitió—. Así que he tratado de vivir con ello lo mejor que he podido.

Había anochecido, y la sirvienta entró de nuevo en la habitación para prender las luces.

—Un día, mandó a su criada a buscarme. Quería felicitar me personalmente, y ya que estábamos en esa tesitura, también quiso comprobar por sí misma la calidad del producto que ofrecía a sus clientes. Aquellos exámenes se repitieron con bastante frecuencia —se levantó del diván y se acercó hasta la ventana. Retiró la cortina y contempló cómo la calle comenzaba a iluminarse—. ¿Te has fijado alguna vez, querida?

—¿En qué, *madame*?

—En que la mayoría de las veces, tenemos poco que ver con los acontecimientos que cambian nuestras vidas. Es curioso.

Candela también se aproximó hacia el ventanal y dirigió la mirada hacia las luces que se prendían en las farolas.

—Es cierto —dijo.

—Sin saber adónde me llevaría, me convertí en la persona que más relación tenía con *madame* Giselle, o eso fue lo que debió pensar su doncella cuando la encontró muerta una mañana. Estaba tan aterrorizada que no sabía a quién acudir ni qué hacer, había pasado la mitad de su vida al servicio de aquella mujer y no se le ocurría el modo de salir de ese trance. Tenía miedo de que la acusaran de haberla matado, de perder su trabajo, de acabar siendo puta, o de las tres cosas al mismo tiempo, vete tú a saber. Yo le ofrecí la única solución que se me ocurrió en ese momento: si ella mantenía la boca cerrada, yo me encargaría de que nada de aquello sucediera, a menos que ella quisiera —guiñó un ojo y sonrió—. Hoy la has conocido: ella te ha traído hasta aquí y te ha atendido como mi invitada.

—No doy crédito a lo que me está contando, señora... —murmuró Candela.

—Pues será mejor que lo creas, porque la realidad supera con mucho a las mejores de nuestras fantasías —repuso *madame* Giselle—. En un santiamén, resolví la manera de conseguir el control del mejor burdel de toda Barcelona, como decía siempre *madame* Giselle. Cuando todavía no habíamos decidido qué hacer con el cuerpo de la difunta, la criada y yo encontramos en el secreter un sobre con el membrete de un despacho de abogados.

—¿Su testamento?

—Efectivamente. Hasta unos años antes de llegar a Barcelona, *madame* Giselle había sido una de las mejores cortesanas de París, y como testimonio de aquel tiempo poseía una valiosísima colección de joyas y obras de arte, en su mayor parte, regalo de hombres a los que apenas recordaba y a los que nunca había amado, o al menos, así lo hacía constar en su testamento. Jamás apreció ninguna de aquellas alhajas, aunque tomó la precaución de guardarlas en vida por si su suerte cambiaba. Pero una vez muerta rodeada de lujos, de nada le servían. Unos meses antes de morir, dejó constancia en aquel documento de su última voluntad: quería que todas sus pertenencias fuese a parar a un asilo de ancianos pobres de París. Me pareció una idea inconcebible, y además, una traición y una falta de respeto a mi persona.

—¿Una falta de respeto a su persona?

—Sí, y deja de repetir lo que digo, por favor, me estás crispando los nervios. Fue una falta de respeto, en efecto: me hacía cargo de todos sus papeles, de sus cuentas, de sus archivos, de todo lo concerniente a la casa y a la propia *madame* Giselle hasta el punto de que muchas veces, cuando estaba demasiado cansada, como decía ella, yo misma me ocupaba de escribir y firmar sus documentos, y la muy arpía había hecho ese testamento a mis espaldas... a mis espaldas, ¿puedes creerlo? No podía consentir tal cosa, así que eché a la criada de la habitación con la excusa de despedirme de *madame* Giselle y escondí el testamento. Esa tarde, yo misma redacté uno bien distinto y lo llevé a un notario haciéndome pasar por *madame* Giselle, vestida con uno de sus trajes, maquillada y perfumada con sus afeites y sus colonias, hablando con su acento y caminando con pasos pequeños y cansados, como ella. Si alguien se

dio cuenta, nadie dijo nada. Total, para la gente de bien las putas somos todas iguales. Seguramente, la propia *madame* hubiera hecho lo mismo que hice yo: aquel burdel me pertenecía tanto como a ella, y como ves, tomé posesión de lo que era mío.

—Pero lo que usted me está contando es increíble, señora —Candela no pudo evitar mostrar su sorpresa.

—Pues de nuevo te recomiendo que lo creas, querida. Te recomiendo que lo creas —repitió— de la misma manera que te recomiendo que comiences a creer que las cosas pueden cambiar, de un día para otro, aunque antes de que algo suceda no seamos capaces de sospecharlo. Yo no imaginé lo que sucedería con mi vida cuando aquella tarde sonó el timbre en casa de *madame* Colette, ni tú intuiste lo que podría ocurrir cuando Bruno, Oriol y tú me escogisteis para que juzgase vuestras historias. Pero todo sucede como ha de suceder, independientemente de lo que deseamos, y también de lo que tememos.

—Francamente, *madame*, no entiendo dónde quiere ir a parar con todo esto —objetó Candela.

Jacinta sonrió.

—Estoy en deuda contigo. No solo porque me hayas hecho ganar mucho en el tiempo que has trabajado para mí... —palmeó la espalda de Candela—. Aquella noche, cuando me contaste tu historia, sentí como si pusieras tu vida en mis manos.

—Eso es absurdo.

—La vida es absurda la mayoría de las veces, Candela. ¿No fue absurdo que Fernando prefiriese quedarse con su esposa, a la que no amaba, en lugar de huir contigo? ¿No es absurda la vida de Amadeo Serra? ¿Y qué me dices de Bruno? ¿No es absurdo el amor que siente por ti? —Candela guardó silencio—. Lo único que nos queda es ser absurdos nosotros también, y hacer cosas ridículas, y que nos tomen por locos, a menos que queramos renunciar para siempre a conseguir un poco de felicidad.

—¿Un poco de felicidad? —repitió sus palabras y no pudo reprimir un gesto de amargura—. Yo solo creo lo que puedo ver, y tocar, y nunca he visto la felicidad, señora.

—Aún así, existe, niña. No es como la imaginamos, como la buscamos. Queremos ser felices siempre, y no nos damos cuenta de que la felicidad se construye con todos los momentos dichosos que atesoramos en una vida. Claro que la felicidad existe... aunque no la veas. Tampoco has visto nunca el fondo del mar, ni has visto tu corazón, ni el mío, y yo te garantizo que están aquí —aproximó su mano al pecho de Candela—. Aquella noche os dije la verdad, los tres desperdiciabais vuestra vida lamentando el pasado. Pero os juzgué con la dureza que nunca encontré para juzgarme a mí —encogió los hombros de nuevo—. Es más sencillo criticar los errores de los demás, aunque sean los mismos que nosotros ya hemos cometido.

—No me irá a decir ahora que también ha sufrido por amor...

—Todo el mundo sufre por amor, Candela. Quien lo tiene, quien lo pierde y quien

nunca lo ha conocido, que es quien arrastra la pena más grande. Tú y yo somos muy parecidas, Candela, las dos hemos amado al hombre equivocado. Algo que, por desgracia, suele suceder con mucha frecuencia.

Fuera había anochecido. Por la ventana se colaba en centelleo de la luz de las farolas y las voces, y las risas de los que pasaban cerca del burdel.

—¿Tienes hambre? —preguntó Jacinta.

—Tengo hambre de sus historias, señora.

Aun así, *madame* Giselle llamó a la criada y ordenó una cena fría y champán para las dos. Comieron y bebieron en silencio, hasta que Jacinta continuó con su relato.

—Todo el mundo le llamaba el Chino Quitapenas, aunque en realidad no era chino, sino japonés, y su único mérito para quitar las penas se encontraba en el licor que despachaba en su tugurio a un precio de miseria, muy cerca de aquí. Cuando yo lo conocí era un viejo encorvado y triste que aparecía por el local siempre a última hora, cuando casi todo el mundo se retiraba. Se llamaba Yasuo, Yasuo Kurihara. Siempre decía que no somos más que lo que perdemos, y era verdad. Tenía un problema de conciencia que le impedía dormir, por eso venía siempre tan tarde, después de cerrar su taberna y de dar mil vueltas en su cama. Llegaba siempre con cara de sueño y de susto, y se iba a la cama con la primera que se encontraba. Decían que ni las tocaba, que se quedaba muy quieto en la cama, con los ojos abiertos, hasta que amanecía. A mí me daba pena, tan mayor, tan solo, tan perdido... No sé, una también tiene su corazón, ¿no te parece? Y además, a esas horas yo ya estaba cansada de tanto trajín, así que comencé a hacerme la encontradiza con él cuando llegaba. Lo que me habían contado las otras era verdad, ni me miraba, ni me tocaba, ni me hablaba, pero al cabo de muchos meses de ver amanecer juntos, me tomó confianza. Quiso saber mi nombre, mi edad, si me gustaba lo que hacía, si no hubiera preferido casarme, tener marido, hijos, esas cosas que todo el mundo se cuestiona sobre nosotras y que nadie se atreve a preguntar. Yo le respondí a todo, hechizada por su manera de hablar, suave, sin prisa. Él sabía que tenía todo el tiempo del mundo, y quizá eso era lo que más le dolía.

La sirvienta entró para retirar las bandejas de la cena.

—Poco a poco, también comenzó a contarme cosas. No era tan mayor como yo imaginaba, tenía poco más de cincuenta años pero la mala vida hacía que aparentase bastantes más. Su insomnio fue providencial para que aprendiese el idioma cuando llegó a Barcelona y le ayudó a desenvolverse en la taberna, pero también fue su mayor castigo. Día y noche tenía que cargar con la tristeza infinita de haber perdido a su amor...

—Vaya por Dios, otra pena de amor... —protestó Candela.

—Sí, otra pena de amor, Candela. Al fin y al cabo, el hombre se ha movido siempre por amor y por dinero, no lo olvides. Ella se llamaba Fukahori Etsuko, pero

él la recordaba cada día con otro nombre: Kwan-Non. Así la había llamado la primera noche que la poseyó, Kwan-Non, pues ese y no otro era el nombre que ella merecía, el de una Venus, el de una diosa que había comenzado a cambiarle la vida con cada uno de sus besos, y que se la transformó definitivamente con cada uno de los segundos que tuvo que pasar sin ella, que, para su desgracia, resultó ser mucho más tiempo que el que la disfrutó. Pero no era preciso que llegase el anochecer para que aquel recuerdo le arrebatase la calma. Cualquier momento de quietud era motivo más que suficiente para que Yasuo escuchase de nuevo el sonido suave de la suave tela de sus enaguas al deslizarse hasta el suelo para mostrar su majestuosa desnudez, tal como la vio por primera vez: la piel, también suave, tan clara que las venas casi imperceptibles que recorrían el cuerpo teñían los brazos de color añil. Tenía la cabeza gacha y en los pliegues de sus orejas se intuía su piel sonrosada. El resto de la cara, el cuello y el cabello, relucían con un color marfileño, y desde el suelo pudo percibir el aroma de camelias con las que había preparado su maquillaje. El vello de su pubis, rizado y negro, era abundante y corto; mantuvo las piernas juntas, con las palmas de las manos pegadas a los muslos hasta que él le sugirió, con la voz quebrada por el deseo, que las separase y que se acercase hacia donde la esperaba. Para hacerlo, tuvo que sortear las decenas de prendas que permanecían en el suelo y atestiguaban el celo con el que Kwan-Non se había arreglado horas antes: vestidos, cinturones y fajines quedaron esparcidos mientras ella se desprendía poco a poco de ellos, con la mirada fija en la de él y la sonrisa prendida en la cara, pálida como la luna llena, blanca como la azucena. Así era como volvía a verla, cada día, una vida después de que aquello sucediera.

—¿Era su mujer?

—No, no era su esposa, aunque ellos se consideraban casados. Kwan-Non era prostituta, como nosotras. Yasuo la conoció Yoshiwara, una ciudad inmensa llena burdeles a la que Yasuo acudía con mucha frecuencia para aliviarse. Había tomado muchas precauciones para no encapricharse de ninguna mujer, pero no pudo evitar enamorarse de aquella que temblaba delante de él, desnuda, en silencio. Él le preguntó: «¿Por qué tiembles, mujer?» Ella le respondió: «Porque te estaba esperando». Le juró que no mentía, que había soñado su cuerpo, su voz, su olor, y el calor de sus manos al acariciarla, y tanto si aquello era cierto como si mentía, él no dejó de creer en sus palabras mientras vivió. Admitió que cuanto sucedió aquella noche obedecía al sueño que su amada había imaginado para ambos: los besos, las caricias, las palabras, el sudor, los gemidos no eran más que el resultado de un destino que ella pudo ver antes que nadie y que él se encargó de consumir en aquella noche, y tal como ella predijo, en las que vinieron después: estaban hechos el uno para el otro. Nada en este mundo podría separarlos.

Dejó de hablar un instante para beber un sorbo de champán, pero Candela la apremió con un gesto para que siguiera con su historia. Jacinta sonrió.

—Yasuo pasó con ella cada una de las noches de los meses siguientes y

prácticamente gastó toda su fortuna en evitar que otros hombres poseyeran un cuerpo que no había de ser más que suyo. Pasaba los días ensimismado, urdiendo un plan que le permitiese hacer reales todas sus fantasías. Apenas hablaba con nadie, y caminaba cabizbajo y lastimado, pues el amor que sentía era tan grande que el mismo cuerpo le resultaba pequeño, y por eso le dolían las costillas, el estómago, la garganta y hasta el corazón, y no encontraba consuelo para su mal en otra medicina que no fueran los ojos de Kwan-Non. Ella le esperaba al caer la noche tal como le había recibido la primera, erguida sobre sus enormes zapatos de madera, sumisa, en silencio, pálida como la misma luna y envuelta en batas de seda, sin disimular lo que era ni lo que quería. Le seguía hasta el dormitorio, y volvía a preparar el lecho que más tarde deshacían a empujones con sus cuerpos y con su pasión. Allí quedaban después: la ropa esparcida por el piso, el vaso de sake caído en el suelo, el olor a camelias en la habitación, la mano de ella sobre su pecho, la respiración agitada de los dos. Yasuo la contemplaba hechizado por su belleza y sin darse cuenta apenas, comenzaba de nuevo a acariciarla. Al tiempo que rozaba el cabello de la que ya consideraba su esposa, acariciaba la idea de tener una vida larga y pasarla junto a ella. Mientras con los dedos recorrían sus costados, tocaba las caras risueñas de los hijos que engendraría en ella, y cada vez que su lengua entrelazaba la de ella, él pronunciaba en silencio las palabras que habían de acompañarle siempre: «Kwan-Non, que no he de conocer otra diosa más que a ti». Mientras tanto, buscaba la manera de que su familia aceptase para su único hijo a aquella mujer, pues temía, con razón, que no supieran ver en ella más que a la ramera que vendía su cuerpo en un burdel del Yoshiwara. Le dedicó más horas a ese pensamiento que a cualquier otro asunto que hubiera meditado en la vida, pero aun así, no llegó a encontrar la solución. Un día, cuando recién había anochecido, la ciudad entera se cubrió de una niebla espesa, y él intuyó que algo terrible había ocurrido. Dos días después de aquel presentimiento, Yasuo Kurihara abandonaba Japón para no regresar nunca: allí solo quedaban el cadáver de su amada, y todas sus ilusiones.

—Ya me imaginaba yo que la historia no podía acabar bien —murmuró Candela, con un nudo en la garganta.

—En realidad, la bruma no tuvo nada que ver con la muerte de Kwan-Non, sino con un repentino aumento de la humedad que portaba el aire, pero a Yasuo Kurihara no le importó cualquier explicación que pudiera dar la ciencia. Para él, la niebla que aquel anochecer cubrió la ciudad súbitamente, no fue más que la forma que su mujer escogió para su despedida. Siendo como era una diosa, eligió su manera de morir y también el modo en el que Yasuo sabría de su muerte; por eso el hombre no pareció sorprenderse cuando encontró su cadáver expuesto en la puerta del burdel en compañía de otro cliente. No preguntó qué había sucedido, él lo sabía bien; solo se acercó hasta el lugar en el que yacía sin vida y le acarició la mano con ternura mientras contenía el llanto y, en silencio, le suplicó mil veces que retornase del lugar en el que se hallaba para que juntos pudieran hacer realidad todas las ilusiones que

habían compartido; «Kwan-Non —la llamaba—, que no he de conocer otra diosa más que a ti, Kwan-Non, que tu marcha me deja sin suelo, sin día, sin noche, sin cielo, Kwan-Non, que tu marcha me deja sin sueños». Todas sus súplicas fueron en vano. La frialdad de su cuerpo fue la única respuesta que ella pudo darle, por eso la lloró aquella noche como había de llorarla la vida entera: sin lágrimas, para que nadie supiera nunca la profundidad de su dolor. Veló el cadáver sentado sobre el suelo de madera del burdel, sin dirigirse a nadie y sin dar crédito los comentarios de los demás. Él bien sabía que ella no se había suicidado comiendo pescado crudo por amor a ese cliente, tal como anunciaban los dueños del prostíbulo; aun sin haber estado presente, él conocía la verdad más que nadie, de una manera tan clara que le parecía estar viendo el espanto en la cara de Kwan-Non cuando le ordenaron que atendiera a un visitante recién llegado a la casa. Ella arguyó decenas de excusas que de nada le valieron, rogó que permitiera a otra cortesana recibir al nuevo cliente, suplicó al guardián que no la obligase a acostarse con otro, y finalmente, ataviada como estaba para esperar a su único dueño, sirvió al hombre sake, algas, raíces de loto, caracoles marinos y pequeñas porciones de fugu a las que no había retirado las tripas. El efecto del veneno fue letal e inmediato, y aunque expusieron su cuerpo a la entrada del burdel junto aquel desconocido como si se tratase de su cliente favorito, Kwan-Non murió pensando en su amado, musitando su nombre, reclamando su perdón. Yasuo Kurihara no tuvo la menor duda de que las cosas sucedieron de aquella manera; es más, el sacrificio de Kwan-Non para que nada ultrajara su amor fue lo único que le dio fuerzas para soportar la larga vida que hubo de vivir sin ella, y solo al final de sus días, los recuerdos y los sueños se mezclaban en su mente con tal facilidad que el no era capaz de distinguir qué era lo que había ocurrido realmente y qué era lo que había imaginado, pero al fin y al cabo, lo mismo le daba: en la vida, pensaba Yasuo, además de lo que perdemos, no somos otra cosa más que lo que recordamos.

Detuvo su relato al darse cuenta del llanto silencioso de Candela.

—¿Te encuentras bien, querida?

—Sí... Solo es que... es una historia muy triste, señora, como las de las novelas, pero esta es real —respondió—. Por favor, continúe.

—El recuerdo de Kwan-Non le ayudó a soportar el resto de su existencia, y que también le auxilió en las decisiones que adoptó para poder vivirla. Cuando se echaba en la cama y el sueño le vencía apenas un instante, ella se aparecía ante él para sugerirle lo que tenía que hacer, abrir el negocio, abaratar el precio de las consumiciones, no meterse en peleas con los chulos ni los rufianes, fingir que no entendía el idioma si alguien le importunaba... Así se le pasó la vida, añorando todo cuanto había tenido, despreciando todo cuanto poseía, acatando las órdenes que el espíritu de Kwan-Non le daba en su duermevela. Fue precisamente ella quien le previno de que pronto moriría y siguiendo su consejo empezó a venir al burdel de *madame* Giselle para que la muerte no le encontrase solo. Cuando murió casi un año

después de su advertencia, yo estaba con él.

Jacinta se detuvo para beber agua.

—Desde entonces, no ha pasado un solo día sin que le haya recordado. Cada día, Candela. Cada día pienso en él, y me pregunto si le amaba. Yo estaba fascinada por su manera de hablar de ella, el cariño que había sobrevivido al paso del tiempo, el temblor de sus labios al mencionarla. Adoraba la idea de que alguien me amase de aquella forma, completamente.

Pero también me gustaba su sonrisa pausada, su amabilidad, su voluntad inquebrantable de sobrevivir, su modo de interesarse por mí, su respeto, sus consejos. Me pregunto si le amaba, y la respuesta más sincera que puedo darme es que ese ha sido el sentimiento más cercano al amor que he tenido en la vida, aunque se trate de una historia que ni siquiera yo he vivido. A veces me basta con eso, pero otras... no puedo reprimir la rabia por haber estado tan cerca del amor y no haber podido sentirlo —cerró los ojos—. Pero así es la vida, no amamos a quien queremos, sino a quien podemos. Ya ves que no soy tan diferente a vosotros: yo también estoy obsesionada con el amor y con el desamor, solo que vosotros tuvisteis el coraje de vivirlo en primera persona y yo me he conformado con que me lo contaran. Primero Yasuo, luego vosotros... Por eso os envidio tanto. A los tres.

Se levantó del diván y se aproximó a la ventana. Corrió las cortinas y se acarició los brazos por encima de la ropa para darse calor.

—Ya está refrescando —dijo—. Te he contado todo esto, Candela, porque la noche de aquella pantomima de juicio yo me sentí en deuda contigo, y ahora estoy dispuesta a saldarla.

—¿Cómo?

—Me gustaría poder decirte que Fernando vendrá a reunirse contigo, como te prometió. Quisiera asegurarte que si tienes fe las cosas terminarán cambiando para ti, o que si deseas sinceramente que algo suceda por fuerza acaba sucediendo. No sabes cuánto daría, Candela, por tener en mis manos la llave que acabe con tu infelicidad... —le acarició el brazo con ternura—. Pero, lamentablemente, no puedo hacer ninguna de esas cosas.

—¿Entonces, qué pretende?

—Me marcho de Barcelona. Mañana. Hoy mismo, si puedo. Ya estoy cansada de esto, de esta reclusión, de no ver la luz del sol más que a través de los cristales de mi coche o de los ventanales de mi casa... Quiero viajar, dar la vuelta al mundo, hacer un crucero, volver a mi tierra... Qué sé yo... Quiero enamorarme... —miró fijamente a Candela—. Me marcho, Candela... Me marcho —repitió, como si ella misma no acabara de creerlo—. Y quiero que tú seas *madame* Giselle.

XI

La larga noche

Tal como habían augurado los más optimistas, la dictadura del general Primo de Rivera no revistió los tintes ruinosos que algunos temían, aunque al principio, el burdel sí se había resentido. En el salón, las muchachas aguardaban con paciencia a los hombres que no acababan de llegar y entretenían la espera como podían; unas trataban de arreglar su vestimenta, otras se retocaban el cabello o el maquillaje, y la mayoría aprovechaba el descanso impuesto para comentar los chismes de las demás y para augurar el fin de los días de *madame* Giselle. Se equivocaban. Aunque muy poco a poco, los clientes fueron regresando, y a los antiguos parroquianos se sumaron otros nuevos que demostraron que no había ley capaz de prohibir el deseo. Nunca hasta entonces había visto Candela tanto trajín en el salón. No había noche que la habitación para las orgías, con una cama enorme y decorada tan solo con espejos gigantes en paredes y techos, no estuviese completa; tampoco faltaban clientes imaginativos, que solicitaban el cuarto del ataúd, donde se fornicaba en un féretro iluminado por cuatro cirios, y fue precisamente en esas fechas cuando Candela tuvo que renovar la colección de disfraces para que nadie se quedase sin realizar sus fantasías con niñas, monjas, estudiantes, curas o animales.

Candela observaba las idas y venidas de muchachas y clientes tras la celosía que hasta unos días antes estaba reservada para *madame* Giselle, cuya personalidad había terminado asumiendo. Ella misma le había aconsejado sobre el modo de afrontar la dictadura antes de marcharse.

—Cuando el nuevo gobernador tome posesión de su cargo, parecerá que ha llegado el fin del mundo —le advirtió—. No debes asustarte: la sangre no llegará al río.

—¿Cómo está usted tan segura, *madame*? —Candela estaba inquieta.

—Esta no es la primera vez que sucede algo así, querida. Cada vez que un gobernador asume su puesto, nosotros pagamos las consecuencias: se castiga la prostitución y se persigue a todo aquel que quiere divertirse, que quiere disfrutar de la vida. Pero de la misma manera que no se puede impedir que los hombres sigan respirando, no es posible conseguir matar las ganas de vivir, de beber, de bailar, de ir de putas... menos en Barcelona.

—Entonces, ¿qué pasará?

—Pues nada, ¿qué va a pasar? Nada en absoluto. Durante unos días, tal vez

semanas, habrá amenazas de multas, de cierres, de castigos... Pero poco a poco las medidas se relajarán, y al poco tiempo, todo será como antes —se acercó a ella, mirándola con un mohín—. ¿A qué viene esa cara? Tú misma pronunciaste estas palabras hace un par de días.

Candela se sentía angustiada por su marcha. Por las noches le costaba dormir, y la comida siempre permanecía en el plato cuando lo retiraba. Quedarse sola en Barcelona sin Jacinta Rojas le producía auténtico terror, no porque sintiera el menor afecto hacia aquella mujer que se había enriquecido a su costa, sino porque la figura de la falsa *madame* Giselle había sido lo más real de su vida a lo largo de todos aquellos años.

—Sí, pero entonces la responsabilidad era solo suya... —ambas rieron—. ¿Y si yo no soy capaz de hacerlo como usted, o como la auténtica *madame* Giselle?

—¡Si es que ella era la auténtica! —rieron de nuevo—. No tienes que preocuparte por nada, querida. Tú eres la persona que más cerca ha estado de mí, como me ocurrió con *madame* Giselle, sabes cómo actúo y cómo pienso, y conoces este negocio mucho mejor que yo cuando empecé.

—¿Y si aún así descubren que yo no soy *madame* Giselle?

—¿Cómo van a descubrir algo así? No hay manera de que nadie te desenmascare: solo los hermanos Tavares, Oriol Mora, Bruno Bonet y tú habéis estado conmigo. Los Tavares y Oriol ya no están en Barcelona. Bonet se sorprenderá por tu marcha, pero nunca te ubicaría en mi lugar y terminará pensando que tú también te has ido a otra ciudad más tranquila, o que has aceptado la protección de un viejo rico, o que te has muerto. No tengas miedo —insistió—. Solo tienes que ser prudente durante un tiempo, tomar a una nueva doncella, acatar las órdenes de las autoridades, especialmente respecto a la pornografía, y evitar ser vista en público.

—¿Y el resto de las chicas? Ellas sí la han visto.

Jacinta la miró con tranquilidad antes de responder.

—Me han visto solo una vez en su vida, igual que tú cuando llegaste a mi casal... Si no hubiera sido por lo de las películas, tú y yo tampoco hubiésemos vuelto a estar juntas —suspiró—. Mira, Candela, si alguien te reconociese no tienes de qué preocuparte. Todo es legal: yo te he cedido la propiedad de este local. Tú eres ahora la dueña legítima, y puedes gestionarlo como mejor te plazca. Yo decidí ocultar mi identidad porque pensé que lo mejor era continuar con el misterio con el que *madame* Giselle había dirigido su casa. Tú puedes hacer lo que quieras, puedes exhibirte en público si así lo deseas, pero yo te recomiendo que mantengas la calma, y que dejes que las cosas sigan como estaban.

Candela siguió al pie de la letra todos los consejos de Jacinta Rojas, excepto uno. Cuando el general Carlos Losada comenzó a hacer públicas todas las restricciones a las que se vería sometida la ciudad, la nueva *madame* Giselle las respetó como si

fuesen mandatos divinos. Durante un tiempo, prohibió la exhibición de películas sicalípticas, ningún músico de su local se acercaba a sus instrumentos después de la una de la madrugada, sus chicas tenían prohibido asomarse a la calle o escandalizar a los clientes más de la cuenta so pena de perder su empleo, y a pesar de ser de las pocas dueñas de un burdel que no fue multada, no se olvidó de demostrar generosos detalles con los representantes de la autoridad, desde servicios gratuitos hasta donativos a título personal de los que no quedaba constancia en ningún lugar. Sin duda Jacinta hubiera estado satisfecha de su actuación, al menos hasta el día que volvió Bruno Bonet.

Lo vio entrar desde su escondite, y desde allí mismo pudo intuir la breve conversación que mantuvo con cada una de las mujeres que merodeaban por el salón. Acompañadas o no, todas recibieron aquella noche la visita de Bonet y tuvieron que escuchar su azorada pregunta. «¿Has visto a Candela?», «¿Sabes dónde fue la China?». Por el gesto de su cara, supuso también la respuesta de ellas: nadie sabía nada, y mejor si no volvía, que bastantes eran ya como para soportar semejante competencia. Bruno recorrió varias veces la sala, paseó entre las columnas y fingió escuchar con atención las palabras de una joven rubia con la que entabló conversación al cabo de un rato.

Candela les espío durante un instante que se le figuró demasiado largo, hasta que al fin, Bruno le dio una propina y salió del burdel; pensó que se habría conformado con las vagas explicaciones de las muchachas, pero se equivocó: su enamorado regresó todas las noches, y todas las noches los acontecimientos sucedieron como si el tiempo se hubiera detenido en la primera. «¿Has visto a Candela?», «¿Sabes qué fue de la China?». Ya tenía fama de loco, así que no fue necesario que le cargaran con una tara nueva: quien más y quien menos tomó aquel hábito como el de un pobre tarado y se acostumbró a su presencia sin inmutarse; todos, excepto Candela, que cada vez que lo veía cruzar la entrada y dirigirse con paso firme hacia el centro del salón, no podía evitar sentir lástima de él. Fue por compasión que le mandó una nota, para que no creyese que estaba presa o muerta, y no por aquel amago de inquietud que sintió cuando lo vio hablar tanto rato con la prostituta rubia a la que echó a la mañana siguiente por perder demasiado tiempo con los clientes sin obtener nada a cambio. Por compasión envió a su sirvienta al salón por la mañana, y dejó un sobre lacrado para Bruno Bonet en la barra, donde él lo recogió por la noche. Agredió al camarero para obligarlo a confesar dónde tenía retenida a Candela, y amenazó con montar un escándalo que cerraría aquel burdel a menos que la soltasen. No paró de gritar ni siquiera cuando los matones que Candela había contratado para asegurar la tranquilidad del prostíbulo, aunque fuera a golpes, lo lanzaron sin contemplación a la calle.

La sirvienta lo encontró limpiándose los restos de polvo y miseria de los adoquines.

—Sígame, señor —le dijo.

Comenzó a andar y Bruno fue tras ella sin preguntar ni quién era ni adónde le llevaba, en parte porque no temía que una mujer vieja y esmirriada pudiera hacerle daño alguno, y en parte también porque no le importaba que eso sucediera: la vida sin Candela cerca había perdido todo el sentido.

La doncella salió de la calle, anduvo apenas unos pasos y entró en una callejuela contigua que compartía muro con la casa de citas. Abrió una cancela de hierro; después introdujo la llave en una puerta de madera y le invitó a seguirla por una empinada escalera con peldaños de azulejos de color granate y baranda de ébano. Sobre las paredes, colgaban algunos cuadros de desnudos y paisajes, y en el ambiente flotaba un suave aroma que no tardó en reconocer. Cuando terminó de subir, había perdido el gesto compungido y exhibía una sonrisa luminosa en el rostro. No encontraba otra manera de reunirse con Candela.

Aquella noche, Bruno durmió recostado en el mismo diván en el que la joven le contó con detalle lo sucedido en los últimos días. Para acompañar su charla, mandó a la sirvienta que trajese una botella de champán y algunas frutas para comer, tal como solía hacer la anterior dueña de la casa.

—Para recordar los viejos tiempos —bromeó con Bonet.

Él sonrió, pero no fue por la chanza: fue por el reflejo de la sonrisa de Candela, y por lo mismo apuró la copa cuantas veces lo hizo ella, y asintió en silencio cada vez que ella callaba. Al final, cuando el relato de Candela había terminado, Bruno roncaba ruidosamente, borracho de alcohol y de dicha en la misma medida. Candela le descalzó como imaginó que lo haría él, primero el zapato derecho y después el izquierdo, y se entretuvo mirando los calcetines de diferente color y tonos similares. Le desabrochó los botones de la camisa comenzando por el último ojal, y le quitó los pantalones con cuidado para no despertarle. Después, le cubrió con una manta y le observó durante un rato mientras dormía, feliz por haber encontrado al fin un amigo con el que compartir su secreto.

Bruno Bonet y Candela Galán se convirtieron en inseparables desde aquel momento, para alegría del cámara. La precipitada marcha de los hermanos Tavares había dejado a Bonet sin trabajo, y la única tarea en la que se empleó fue en la búsqueda de Candela cuando la creyó perdida, y en su disfrute cuando la encontró. Y Candela, que había pasado la mayor parte de su vida en soledad, se sorprendió a sí misma esperando nerviosa el momento en que Bruno cruzaba el umbral de su casa y las horas que venían después.

Se preparaba a conciencia, como si las cinco de la tarde en punto fueran el único eje sobre el que giraba su existencia: hacia las tres, se recostaba en la cama con un paño húmedo sobre los ojos para que las ojeras desapareciesen; para que su piel pareciese fresca cuando le recibiese, se remojava en una bañera de agua templada durante diez minutos, y para que su aroma llegase hasta él cuando le besaba la mano, depositaba un par de gotas de su perfume en las muñecas. Se maquillaba la cara, perfilaba sus ojos con lapislázuli y daba color a sus pómulos y a sus labios con afeitado.

y carmín. Escogía trajes sencillos de seda, de cintura baja y falda plisada, y se adornaba con largos collares de perlas que daban varias vueltas a su cuello. No era capaz de recordar con certeza qué había estado haciendo durante la mañana; sabía que había ordenado reponer los licores del almacén, y que había repartido notas con disposiciones para los músicos y el encargado, pero no se acordaba con exactitud si el médico había venido a visitar a las chicas, si habían traído ya las sábanas limpias o si el tesorero había cumplido con las cuentas del mes, porque para lo único que le alcanzaba el juicio al salir de su dormitorio, arreglada, perfumada y bella, era para imaginar la expresión de los ojos de Bruno al verla aparecer en la sala.

En realidad Candela, que no había necesitado a nadie con la excepción de Fernando, creía que esperaba ese encuentro con ansiedad porque era la única manera en la que se sentía unida al mundo real. El resto del tiempo transcurría viviendo una vida que no era la suya, entre las paredes de una casa prestada, y si salía a la calle, había de hacerlo oculta bajo grandes sombreros, y guarecida en el anonimato de un coche de alquiler o de una sombrilla. Pero junto a Bruno, todo era diferente. La normalidad regresaba a su vida de la mano de aquel hombre, por más que la relación que hasta entonces les había unido le hubiera llevado a atestiguar con su cámara algunas de sus actuaciones más pervertidas. De hecho, cada vez con más frecuencia, se sorprendía buscando la angustia que la había acompañado desde que Fernando la abandonó y en su lugar, no encontraba otra pena más que la de haber permitido que la amargura entrase en su vida de aquella manera.

—Muchas veces no somos conscientes de la repercusión que nuestras decisiones tendrán en el futuro —Bruno hablaba con voz cálida, como si él también hubiera encontrado su lugar en el mundo gracias a esa farsa.

—*Madame* Giselle me dijo una vez algo parecido. Ella decía que teníamos poco que ver con los acontecimientos que cambian nuestra vida —sonrió—. Durante mucho tiempo, lo único que me demostraba que mi corazón no había muerto era ese dolor, ¿comprendes?, esa rabia inmensa por su traición, que me hacía odiar al mundo entero, y a mí la primera, por no haber sido capaz de retenerlo. Y ahora, en solo unas semanas, ese sentimiento ha desaparecido.

—Como dicen las rimas de Bécquer —se ruborizó—. ¿Las conoces?

—Es verdad que eternamente no podemos ni llorar.

—Pues si ya hemos dejado de llorar, ahora solo nos queda esperar —dijo Bruno.

—¿Esperar?

—Ya hemos llorado, ahora nos toca reír.

Para amenizar la espera mientras llegaba la risa, juntos comenzaron una vida distinta a la que ninguno de los dos había tenido hasta ese momento. Paseaban por las tardes por la calle Ferràn, confundidos con el resto de las parejas que contemplaban los escaparates, en parte para curiosear las joyas y el resto de maravillas expuestas, y

también para escapar del frío que se dejaba caer sobre la ciudad a finales del otoño. Candela burlaba al relente con una estola de armiño y el brazo de Bruno, que acompañaba ese gesto con el mismo ademán cortés que le brindaba el mejor asiento del American Soda, donde tomaban refrescos para que se sintiese más cerca de la casa con dragones colgando en la fachada que a Candela le recordaba su falso pasado oriental. Con igual gentileza, le sostenía el limosnero cuando caminaban por el paseo de Gràcia, le cedía el paso al entrar en el coche de alquiler que arrendaban cada semana para recorrer Barcelona sin que nadie reparase en ellos, y se rendía ante ella con disimulo fuera cual fuera la discusión. Caminaban por las Ramblas hasta que llegaban al puerto, merodeaban por los muelles y desandaban sus pasos para adivinar cuál de los cojos sanaría de su renquera al caer la tarde, qué ciego recuperaría la vista o quién perdería la giba gracias al efecto milagroso de un par de tragos de vino. También deambulaban por el barrio chino, y Candela tomaba notas mentales para aleccionar a sus pupilas: nada de caras pintarrajeadas, ni hablar de incitar a los clientes con gestos soeces. Se retrataron en el estudio de Napoleón i Matarrodona, y encargaron trajes con las mismas telas en los sastres más prestigiosos de Barcelona. En homenaje a Jacinta Rojas, comieron caviar, calamares y lenguado en un reservado del Restaurante Suizo, y Bruno prometió hacer una película sobre el elefante del zoo que años atrás devoraba los sombreros de paja de los visitantes, y enviaron un baúl a Santos lleno de trajes preciosos para que Naná multiplicase su belleza mulata, conquistase a otros hombres, y tal vez así pudiera perdonar a Bruno.

Hablaban sin descanso sobre cualquier tema, y cuando la conversación se prolongaba sin que llegaran a ninguna conclusión, escribían largas cartas, a solas, en las que exponían los argumentos de su postura y al día siguiente las intercambiaban recostados en el diván. Otras veces, la discusión alcanzaba tal magnitud que el alba les sorprendía sin que se hubieran puesto de acuerdo y entonces Candela abandonaba el salón con aire contrariado y dejaba que Bruno se recostara en el sofá hasta bien entrada la mañana. Siendo distintos como la noche y el día, ambos coincidían en que jamás habían tenido un amigo como el que resultó ser el otro, y eso hacía que se perdonasen cualquier discordia por mucho que subiese el tono. Incluso, para evitarse disputas, no volvieron a hablar sobre el sexo, ni mencionaron la manera en que Candela se había ganado la vida, ni tampoco volvieron a insinuar nada respecto al amor que Bruno había sentido por ella. Bonet no intentó nunca acostarse con ella, ni siquiera en las noches que dormía la borrachera en el diván del salón y lloraba amargamente por no haber sabido amar a Naná. Candela sospechaba que el cámara había superado aquella obsesión, pero era idea no era cierta. Bonet estaba enfermo de amor por Candela. Enloquecía si Candela se enojaba, preparaba cada una de las citas con precisión de relojero suizo para que ella no se aburriese a su lado, y se le hacía de día escribiendo en la cama frases ingeniosas con las que complacerla durante sus paseos por la ciudad. Ella nunca se daba cuenta de aquellos pequeños esfuerzos. Reía sus gracias, caminaba a su lado y aceptaba sus regalos con tanta naturalidad que, a

menudo, Bruno confundía su confianza con indiferencia.

Durante aquellos meses pasaron más tiempo juntos que nunca hasta ese momento, y, sin embargo, Bruno sentía que Candela se le escapaba de entre los dedos cuando quería atraparla, algo que sucedía cada vez con más frecuencia. El cámara tenía la seguridad de que ella no sentiría nada hacia él con excepción de aquel aprecio fraternal al que, de alguna manera, se había visto abocada por las circunstancias. En silencio, y en el fondo, le reprochaba que no supiera darse cuenta ni de su amor ni de su dolor.

Tampoco Bruno fue capaz de percibir que Candela había comenzado a encontrarle atractivo y que le hubiera aceptado de mil amores si él le hubiera hablado de sus deseos. Pero se conformaba con verse reflejada en el sentimiento sincero que le mostraban los ojos de su amigo, de tal manera que no pudo reponerse de su partida cuando finalmente, Bruno la abandonó.

De la misma manera que nada anunció su regreso, nada hizo presagiar su marcha, tal vez por ese motivo la tristeza de Candela era mayor, y fue en aumento desde el día en que tomó conciencia de que el que había sido su mejor amigo no iba a volver. La primera vez que Bruno faltó a su cita, Candela lo atribuyó a un despiste; al día siguiente, cuando mandó a la sirvienta que retirase la fruta y el champán, pensó en una enfermedad y cayó en la cuenta de que durante aquellas semanas Bruno había permanecido inmune a los males que tanto le atormentaban. Por la mañana, fue a visitarle vestida con uno de los disfraces de monja que usaban en el burdel. Caminó sonriente hasta la calle Tallers, imaginando la cara de Bruno cuando la viera aparecer con semejante pinta y con un cesto de mimbre repleto de caldos y guisos que la criada había pasado horas preparando, pero la sonrisa se le heló en la cara cuando los vecinos le dijeron que Bruno había dejado la casa hacía varios días, sin que nadie supiera hacia dónde había partido.

Recostada en el mismo sillón donde habían pasado tantas horas hablando una vida antes, le esperó durante días enteros, sin moverse de allí ni para asearse ni para dormir, como si aquella obstinación fuese razón suficiente para que el otro volviera. Mientras le esperaba, segura de que tarde o temprano acabaría regresando, se reprochó cientos de veces su sequedad en el habla, su frialdad en el trato. Nada reclamaba su atención; el resplandor de la tarde y los sonidos apagados de los coches y la gente dejaba paso a la oscuridad y al silencio roto por borrachos y por putas sin que Candela reparase en semejantes detalles; no era que la marcha de Bruno la hubiera vuelto sorda o ciega, era solo que el mundo había dejado de interesarle. El único sonido que aguardaba con impaciencia era el de los pasos de la criada para anunciarle la llegada del señor Bonet, y de la misma manera, mantenía la mirada clavada en el suelo de porcelana que la primera *madame* Giselle mandó comprar al precio que fuera cuando rescataron el cargamento de un barco hundido frente al

puerto dos siglos atrás: prefería mirar aquella loza que había sobrevivido a un naufragio antes que contemplar su propia soledad.

Se le avinagró el carácter, ya de por sí huraño, y por más que se repetía que si había superado el dolor de perder a un amante, con más motivo había de dominar la pena por el abandono un amigo, la aflicción de Candela no encontraba límite ni tampoco fundamento. Reconocía que últimamente había pasado más tiempo con él que con nadie, y admitía que se había acostumbrado a la fascinación que desprendía su mirada cada vez que la tenía delante, pero nada de eso justificaba que se sintiera de aquella manera, vacía, como si sin los ojos de Bruno hubiera perdido su propio reflejo. Se volvió déspota y desconsiderada; cambió varias veces de orquesta, echó del burdel a algunas prostitutas sin motivo aparente, se peleó por carta con el encargado y, finalmente, su misma criada la plantó.

—Es usted inaguantable, señora. Ni por todo el oro del mundo va a encontrar a alguien que la soporte —le dijo cuando se despidió.

Candela la observó marcharse sin detenerla y con el firme propósito de no reemplazarla. «Que se vayan todos», pensaba. Era mil veces mejor quedarse sola a tener que justificar ante nadie su sufrimiento; por lo demás, ya había llegado a la conclusión de que herir a los demás era la única manera de sobrellevar su propia amargura, aunque tampoco ese alivio duró demasiado. Igual que la cólera siguió al desconcierto, la rabia no tardó en ser sustituida por una terrible tristeza; y precisamente las lágrimas fueron las culpables de que, al fin, Candela se hiciera cargo de la causa de aquel dolor. El llanto la sorprendió asomada a la ventana de una madrugada fría, y pensó que era el recuerdo inoportuno de Fernando lo que provocaba sus lágrimas. Se colocó un chal sobre los hombros y se dispuso a esperar al amanecer; cerró los ojos, y quiso recordar las manos de su amante recorriendo su cuerpo, pero en lugar de los dedos albos de Fernando le pareció ver las manos fibrosas de Bruno, y en vez de la boca carnosa de Fernando, imaginó los labios nerviosos de Bruno. Tragó saliva, y todavía con los párpados entornados, dejó que el recuerdo de uno se colocase al lado del recuerdo del otro. Por un momento, incluso pudo verlos juntos, pero la imagen de Fernando fue perdiendo fuerza hasta desaparecer sin que quedara ni rastro del cabello endrino, ni de la piel tostada, ni de los brazos fuertes ni de los labios siempre con la sonrisa prendida, como si aquel y no otro fuera el mejor de los regalos cuando ella corría a su lado. Solo Bruno habitaba en su memoria.

Candela ya había enfermado cuando creyó haber perdido al amor de su vida, pero esta vez estuvo a punto de morir de pena y arrepentimiento. Demasiado tarde identificó las señales que debían haberla prevenido de lo que estaba sucediendo: la primera vez que sintió celos al verlo con otra mujer, el ansia por tenerlo cerca, las noches que fingió haber olvidado sus sueños después de haber soñado con Bruno, las

pequeñas argucias para arrimarse a él cuando caminaban por la calle o paseaban en coche, un charco, un perro, lo mismo daba el pretexto si a cambio podía agarrarse más fuerte a su brazo, cómo no se había dado cuenta. Había pasado la vida añorando el recuerdo de un hombre a quien había amado desesperadamente y ahora pagaba las consecuencias de haberse negado a reconocer que el amor verdadero no tiene por qué causar amargura. Comprendía a Naná, pues ella misma notaba cómo el cuerpo le ardía por dentro de puro dolor y no encontraba con la fórmula para aliviar aquel tormento. Echaba de menos su risa, sus bromas a media tarde; extrañaba escucharle hablar de las enfermedades reales e imaginarias que tanto le habían atormentado, de los proyectos que había dejado en Brasil y de los planes para el futuro, y sobre todas las cosas, añoraba su complicidad, franca y sincera.

Trató de localizar a su familia, y gastó una pequeña fortuna para refrescar la memoria de los vecinos de Bruno, por si alguno recordaba el más mínimo detalle sobre el paradero del cámara; descubrió la dirección de los hermanos Tavares en París, y les escribió por si Bruno hubiera decidido reunirse con ellos; también mandó una postal a Oriol, e incluso envió una carta a la mulata Naná, más por encontrar consuelo que por dar con una pista. Todo resultó inútil. Pensó en dejarse morir y también la muerte se mostraba esquiva: quiso dejar de comer, de beber y de respirar, pero apenas si resistió medio segundo sin tomar aire y tres días sin probar bocado, hasta que al fin comprendió que lo único que podía hacer era seguir viviendo con el recuerdo de Bruno. Contrató a una nueva criada, y por las tardes, hacia las cinco, se reclinaba en el diván para comer fruta y beber champán vestida con alguno de los trajes que se habían encargado juntos; brindaba con Bruno en el retrato que se hicieron en el estudio de Napoleón i Matarrodona, y mientras tomaba una copa tras otra, se preguntaba cómo hubiera transcurrido todo si no se hubiese empeñado en convertir su vida en una noche perpetua, en una noche triste y larga.

Todavía no había encontrado la respuesta cuando la sirvienta le trajo la carta sobre una bandeja de plata. La tomó con dedos temblorosos y se la acercó al pecho con ambas manos, sin abrirla. Había reconocido la caligrafía alargada de Bruno, y en las letras borrosas del sobre encontró la contestación no solo a esa, sino a todas las preguntas que se había hecho en la vida. Se levantó del sofá.

—Prepara mis maletas. Me marcho de viaje.

—¿No abre la carta, *madame*? —la sirvienta estaba en pie, a su lado.

—No. No es necesario.

Con el sobre cerrado en las manos, se acercó hasta la ventana. Escuchó el murmullo de la gente en la calle al pasar bajo el balcón, e imaginó a Bruno inclinado sobre el papel, quizá alumbrado por la luz de una vela y mecido por el rumor de la jacarandá, escribiendo algo que ella no pensaba leer. Tal vez Bruno ya no la amase, pero dijera lo que dijera en aquella carta, ella quería ser la única que decidiese sobre su futuro y para hacerlo, tenía que presentarse ante él no para oírle, sino para hablarle; para decirle todo lo que había callado mientras estuvieron juntos, para

contarle los sueños de todas las noches que le había soñado en la larga ausencia, para revelarle todos los secretos que le había guardado, para compartir con él todas las verdades que había descubierto, incluso la que acababa de averiguar en ese mismo momento.

—*Madame* Giselle tenía razón —le diría, cuando lo tuviera enfrente—. Es cierto que la felicidad existe.

Bruno la miraría.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntaría, escéptico.

—Porque ser feliz es estar despierto después de una larga noche.



CARMEN AMORAGA nació en Picanya, Valencia, en 1969. Es licenciada en ciencias de la información por la Universidad CEU Cardenal Herrera y ha trabajado como columnista en el diario *Levante-El Mercantil Valenciano*. También ha participado en tertulias en *Canal 9*, *Radio 9* y *Punto Radio*. Trabaja como asesora de relaciones con los medios de comunicación en la Universidad de Valencia y también publica en la Cartelera Turia.

Su primera novela *Para que nada se pierda* fue galardonada con el II Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla. Tras esta obra, publicó *La larga noche* premio de la Crítica Valenciana y también *Todas las caricias*. Con su obra *Algo tan parecido al amor* fue finalista del Premio Nadal de 2007 y con *El tiempo mientras tanto* fue finalista del Premio Planeta en 2010. En 2012 publicó *El rayo dormido*. En 2014 ganó el Premio Nadal por su novela *La vida era eso*.